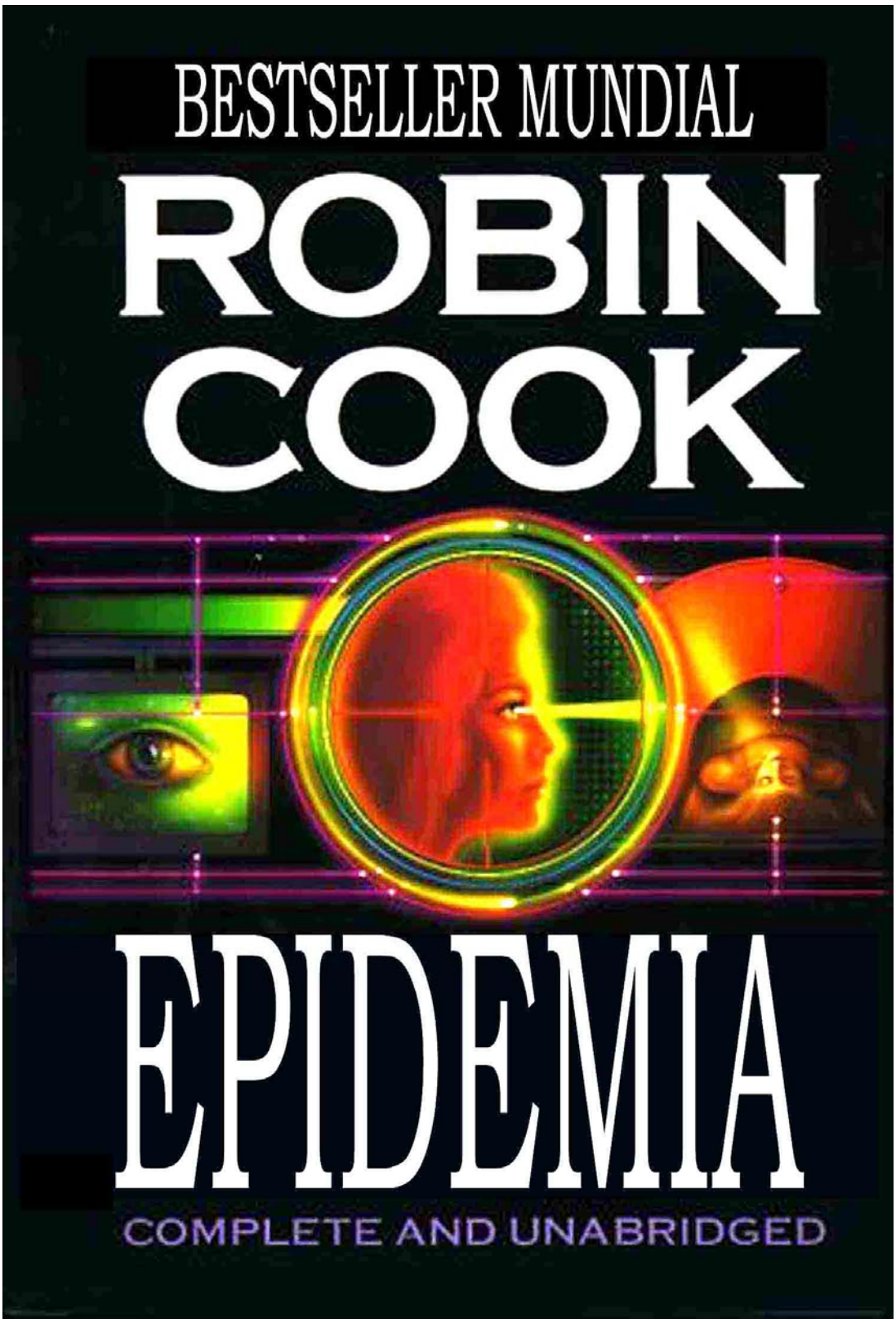
EPIDEMIA
ROBIN COOK



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Zaire (África)
7 de septiembre de 1976

John Nordyke, de veintiún años, estudiante de Biología de la Universidad de Yale, despertó al amanecer en las afueras de una aldea de Bumba (Zaire). Girando en su saco de dormir, empapado en sudor, miró por la ventana de su tienda y escuchó los sonidos del bosque tropical mezclados con los ruidos de la aldea que despertaba. Una brisa ligera llevaba el olor tibio y acre de los excrementos de vaca impregnado del aroma penetrante de los fuegos para la comida. A una gran altura, vislumbró monos saltando a través de la exuberante vegetación que ocultaba el cielo de su vista.

Había tenido un sueño agitado y al despertarse estaba débil y vacilante. Se sentía considerablemente peor que al ser atacado por los escalofríos y la fiebre la noche anterior, una hora más o menos después de la cena. Creyó que podía ser malaria. Aunque se había prevenido tomando fosfato de cloroquina, no había podido evitar las nubes de mosquitos que emanaban todas las noches de los charcos podridos escondidos en medio de la jungla pantanosa.

Con paso tambaleante llegó al poblado y preguntó por la clínica más próxima. Un sacerdote itinerante le informó que había un hospital en una misión belga en Yambuku, pequeña aldea a unos pocos kilómetros de allí. Enfermo y asustado, John levantó rápidamente el campamento, guardó la tienda y el saco de dormir en la mochila y emprendió el camino a Yambuku.

Había obtenido licencia de la universidad por seis meses para fotografiar animales africanos, como el gorila de montaña, en peligro de extinción. Desde niño había soñado con emular a los famosos exploradores del siglo XIX, los primeros en abrir el Continente Negro.

Yambuku era escasamente más grande que la aldea que acababa de abandonar y el hospital de la misión no le inspiró la menor confianza. Era apenas un pobre conjunto de edificios construidos con bloques de cernada que estaban pidiendo reparación a gritos. Los techos eran, o bien de metal corrugado en vías de herrumbrarse o bien de paja como las chozas nativas. No parecía haber electricidad.

Después de presentarse ante una monja envuelta en el atuendo tradicional que sólo hablaba francés, le ordenaron esperar con una multitud de nativos en diversos estados de inanición o enfermedad. Observando al resto de los pacientes, John se preguntó si no habría peligro de que le contagiaran alguna enfermedad más grave que la que tenía. Por fin lo atendió un atareado médico belga que hablaba algo de inglés, aunque no mucho. El examen fue rápido y, tal como suponía, el diagnóstico fue un principio de malaria. El médico le recetó una inyección de cloroquina y le aconsejó que volviera si no se sentía mejor al cabo de uno o dos días.

Al terminar el examen, lo enviaron a la habitación de tratamiento a hacer cola para que le inyectaran. Fue entonces cuando advirtió la falta de asepsia. La enfermera no tenía agujas desechables y se limitaba a rotar tres jeringuillas. Estaba seguro de que su corta permanencia en la solución desinfectante en que las ponía, no bastaba para librarlas de gérmenes. Cuando le llegó el turno, pensó protestar, pero no hablaba muy bien el francés y también sabía que necesitaba la medicina.

Durante unos cuantos días se alegró de haberse callado porque muy pronto empezó a sentirse mejor. Permaneció en la zona de Yambuku donde fotografió a los aborígenes budzas, tribu de ávidos cazadores que se demostraron ansiosos por lucir su destreza ante el extranjero rubio. Al tercer día, John se preparaba para volver a remontar el río Zaire siguiendo los pasos de Henry Stanley cuando su salud empezó a empeorar rápidamente. Primero sintió un terrible dolor de cabeza seguido en rápida sucesión por escalofríos, fiebre, náuseas y diarrea. Con la esperanza de que se le pasara, se quedó en la tienda y tembló toda la noche soñando con su

país, con sábanas limpias y un baño al final del pasillo. Tras vomitar varias veces en la oscuridad, recogió sus cosas con gran dificultad y se encaminó muy despacio al hospital de la misión. Al llegar al complejo, vomitó una sangre roja y brillante y se desplomó en el suelo de la clínica.

Una hora más tarde despertó en una habitación donde había otros dos pacientes afectados ambos por una malaria que se resistía a la medicación.

El médico -el mismo que lo había examinado la vez anterior- se alarmó al advertir la gravedad del cuadro y notó además unos curiosos síntomas adicionales: una erupción extraña en el pecho y pequeñas hemorragias superficiales en los ojos. Si bien el diagnóstico seguía siendo malaria, el médico estaba preocupado porque no se trataba de un caso típico.

Como precaución adicional, prescribió una dosis de cloranfenicol por si el chico tenía fiebre tifoidea.

16 de septiembre de 1976

El doctor Lugasa, director general de salud para la zona de Bumba, contempló por la ventana de su despacho el río Zaire que brillaba bajo el sol de la mañana. Hubiese preferido que aún se llamara el Congo con todo el misterio y la emoción que el nombre conjuraba. Luego, haciendo un esfuerzo por volverse a concentrar en su trabajo, miró otra vez la carta que acababa de recibir del hospital de la misión de Yambuku refiriendo la muerte de un estadounidense, John Nordyke, y de un agricultor que visitaba la zona desde una plantación próxima al río Ébola. El médico de la misión sostenía que las muertes habían sido causadas por una infección desconocida que se extendía rápidamente. Dos pacientes internados junto al estadounidense, cuatro personas de la plantación que habían cuidado al agricultor y diez de los pacientes del ambulatorio de la clínica, presentaban graves cuadros de la misma enfermedad.

El doctor Lugasa sabía que le quedaban dos caminos. Primero, podía no hacer nada, lo que era, indudablemente, la elección más aconsejable. Sólo Dios sabía qué virulentas enfermedades endémicas podían surgir allá en la selva. La segunda alternativa era llenar la impresionante colección de formularios oficiales que requería informar el incidente a Kinshasa, donde alguien como él, pero más elevado en la escala burocrática, decidiría, probablemente, no mover ni un dedo. Desde luego, el doctor Lugasa sabía que si optaba por llenar los formularios no tendría más remedio que viajar a Yambuku, idea que le resultaba especialmente desagradable en esa época del año particularmente calurosa y húmeda.

Con un mínimo de remordimiento, tiró la caria a la papelera.

23 de septiembre de 1976

Una semana más tarde el doctor Lugasa se apoyaba nervioso en un pie y luego en otro mientras veía aterrizar el vetusto DC-3 en el aeropuerto de Bumba. El primero en bajar fue el doctor Bouchard, su superior en Kinshasa, a quien había llamado por teléfono el día anterior para comunicarle que acababa de enterarse del brote grave de una enfermedad desconocida que se había producido en la zona del hospital de Yambuku. La epidemia estaba afectando no sólo a los pobladores de la región sino también al personal del centro sanitario. Se había cuidado mucho de mencionar la carta que había recibido una semana antes.

Los dos médicos se saludaron al pie del avión y se alejaron luego en el Toyota Corolla del doctor Lugasa. Al preguntar al recién llegado si no había más noticias de Yambuku, el doctor Lugasa carraspeó, disgustado aún por lo que había oído esa mañana por la radio. Al parecer, de los diecisiete miembros del personal médico, once habían muerto ya además de ciento catorce nativos. El hospital estaba cerrado ya que no había nadie en condiciones de mantenerlo en funcionamiento.

El doctor Bouchard decidió que debía declararse en cuarentena toda la zona de Bumba. Rápidamente efectuó las llamadas necesarias a Kinshasa y ordenó al renuente doctor Lugasa que consiguiera un medio de transporte con el que dirigirse al día siguiente a Yambuku para evaluar la situación sobre el terreno.

24 de septiembre de 1976

Al día siguiente, cuando ambos médicos entraron en el patio desierto del hospital de la misión de Yambuku, los recibió una quietud sobrenatural. Una rata pasó corriendo por la balaustrada de un porche vacío y un olor pútrido les asaltó el olfato. Se cubrieron la nariz con un pañuelo y bajaron del Land Rover sin muchas ganas, para acercarse cautelosamente al primer edificio. Tras echar un vistazo, descubrieron allí dos cadáveres que empezaban a descomponerse a causa del calor. Sólo al mirar dentro de la tercera construcción, encontraron a alguien aún con vida, una enfermera que deliraba por la fiebre. Los médicos entraron en la sala de operaciones y se pusieron guantes, batas y mascarillas en un intento tardío de protegerse. Temiendo aún por su propia salud, atendieron a la enfermera y buscaron luego más miembros del personal. Entre casi treinta muertos, encontraron otros cuatro pacientes que apenas se aferraban a la vida.

El doctor Bouchard se comunicó por radio con Kinshasa y solicitó ayuda urgente a la Fuerza Aérea de Zaire para evacuar a varios pacientes de la misión y llevarlos a la capital, pero cuando se consultó al departamento de enfermedades infecciosas del hospital universitario cómo se debía aislar a los enfermos durante el vuelo, sólo la enfermera sobrevivía. Bouchard señaló que las técnicas de aislamiento debían ser las mejores ya que era evidente que se trataba de un mal sumamente contagioso y extremadamente mortífero.

31 de octubre de 1976

El virus de Yambuku se logró aislar en los tres laboratorios internacionales de forma casi simultánea. Se advirtió que era estructuralmente similar al virus Marburg descubierto en 1967 en un brote fatal entre empleados de laboratorio que manipulaban monos verdes de Uganda. El nuevo virus, considerablemente más virulento que el Marburg, fue denominado Ébola por el río del mismo nombre que corre al norte de Bumba, y se le consideró el microorganismo más mortífero conocido desde la peste bubónica.

16 de noviembre de 1976
30 de septiembre de 1976

La enfermera belga evacuada en avión murió a las tres de la madrugada a pesar de la terapia intensiva que recibió durante seis días. No se emitió un diagnóstico, pero después de practicársele la autopsia, se remitieron muestras de su sangre, hígado, bilis y cerebro al Instituto de Medicina Tropical de Amberes, Bélgica; al Centro para el Control de Enfermedades de Atlanta, Estados Unidos, y al Establecimiento de Investigación Microbiológica en Porton Down, Inglaterra. En la zona de Yambuku -había para entonces doscientos noventa y cuatro casos de la enfermedad con una tasa de mortalidad cercana al noventa por ciento.

Dos meses después del brote inicial, la enfermedad de Yambuku se consideró controlada con éxito, ya que durante varias semanas no se presentaron nuevos casos en esa zona.

3 de diciembre de 1976

Se levantó la cuarentena en la región de Bumba y se reanudaron los servicios aéreos. Evidentemente, el virus Ébola había regresado a su fuente original. El origen de esa fuente quedó, sin embargo, en el más absoluto misterio. Un equipo internacional de profesionales, entre los que se encontraba el doctor Cyrill Dubchek del Centro para el Control de Enfermedades que había desempeñado un papel importante en la localización del virus de la fiebre Lasa, exploró toda la zona en busca de un foco del virus Ébola dentro de los mamíferos, las aves y los insectos. Lamentablemente, los virólogos no obtuvieron resultado alguno. Ni siquiera una pista.

Los Ángeles, California
14 de enero Momento actual

El doctor Rudolph Richter, un hombre alto y de aspecto distinguido, oftalmólogo de Alemania Occidental y cofundador de la Clínica Richter de Los Ángeles, se arregló las gafas para revisar las pruebas publicitarias que estaban desplegadas sobre una mesa redonda en la sala de reuniones de la clínica. A su derecha, examinando las pruebas con igual atención, estaba William, su hermano y socio, graduado en administración de empresas. El material era para la campaña del trimestre siguiente dirigida a la captación de nuevos suscriptores del sistema de pagos adelantados del plan de salud que ofrecía la clínica. Iba dirigido a la gente joven que, como grupo, gozaba relativamente de buena salud. William había señalado rápidamente que era ahí donde se obtenían buenos beneficios en el negocio de los sistemas de salud por pagos adelantados.

A Rudolph le gustaron las pruebas. Era la primera cosa positiva que le había ocurrido ese día. Había empezado mal, con un pequeño choque en la autopista de San Diego que le había abollado su flamante BMW. Luego, la operación de urgencia que le había atrasado la consulta. Después el caso trágico del paciente de SIDA que le había tosido en la cara cuando trataba de examinarle las retinas. Y para colmo lo había mordido uno de los monos que se utilizaban en su proyecto vinculado con el herpes ocular. ¡Qué día!

Repasó un anuncio que iba a salir en la revista dominical del Times y le pareció perfecto. Le hizo una señal de asentimiento a William y éste indicó al hombre de la agencia de publicidad que podía continuar. La página siguiente de la presentación era un hermoso comercial de treinta segundos para la televisión programado en el noticiero de la noche. En él aparecían unas despreocupadas jóvenes en bikini jugando a voleibol en una playa de Malibú con unos chicos apuestos. Aunque exaltaba el concepto de la conservación de la salud mediante el sistema de pagos adelantados tal como lo ofrecía una organización como la Clínica Richter, en contraste con el sistema convencional de pago por servicio prestado, a Rudolph le recordó un costoso anuncio de Pepsi.

Además de Rudolph y William, había otros médicos del personal, entre ellos el doctor Navarro, jefe de medicina. Todos eran directores de la clínica y poseían una pequeña cantidad de acciones. . William carraspeó y preguntó luego si alguien quería hacer alguna pregunta. Nadie respondió. Después de retirarse la gente de la agencia de publicidad, el grupo aprobó por unanimidad el material presentado. Luego, tras un breve intercambio de ideas acerca de la construcción de una sucursal de la clínica para atender el aumento de suscriptores de la zona de Newport Beach, se levantó la sesión.

El doctor Richter regresó a su despacho y guardó con gesto satisfecho las pruebas dentro de su cartera. Era una habitación suntuosa, teniendo en cuenta el sueldo relativamente bajo que obtenía como médico de la clínica. Pero ese sueldo era apenas una remuneración secundaria comparada con los dividendos que obtenía por sus acciones. Tanto la clínica como el doctor Richter gozaban de una excelente situación económica.

Después de hacer varias llamadas, el doctor Richter fue a visitar a sus pacientes postoperatorios: dos casos de desprendimiento de retina con historias clínicas difíciles. Ambos se recuperaban bien. De regreso a su despacho pensaba en los pocos casos quirúrgicos que tenía pese a que era el único oftalmólogo de la clínica. Era preocupante, pero con la cantidad de oftalmólogos que había en la ciudad, tenía suerte de contar con lo que contaba. Agradecía a su hermano que le hubiese convencido de fundar la clínica ocho años antes.

Se cambió la bata blanca por una chaqueta deportiva azul, tomó su cartera y se marchó de la clínica. Eran más de las nueve de la noche y el aparcamiento de dos pisos estaba casi vacío. De día estaba siempre lleno y William ya mencionaba la necesidad de ampliarlo, no sólo porque hacía falta el espacio, sino por la depreciación. Rudolph no entendía verdaderamente esos temas, ni quería entenderlos.

Cavilando sobre los aspectos económicos de la clínica, no reparó en los dos hombres que estaban aguardando en la penumbra del garaje. Ni siquiera notó su presencia cuando empezaron a andar tras él. Los dos vestían traje oscuro. El más alto tenía un brazo que parecía

paralizado en una flexión permanente. En la mano llevaba una gruesa cartera que sostenía en alto por la inmovilidad de la articulación del codo.

Cerca ya de su coche, el doctor Richter oyó los pasos que se apresuraban a sus espaldas y experimentó una incómoda sensación en la garganta. Tragó saliva, lanzó una mirada nerviosa hacia atrás y vio a dos hombres que aparentemente se encaminaban hacia él. Al pasar bajo una luz, pudo apreciar que iban bien vestidos, con camisas limpias y corbatas de seda, lo que le dio cierta tranquilidad. De todos modos, apretó el paso. Dio la vuelta por detrás de su coche preparando las llaves, abrió la puerta, arrojó dentro la cartera y se sentó invadido por el grato olor a cuero del tapizado. Quiso cerrar la puerta, pero una mano se lo impidió. Levantó la mirada y se encontró con la cara serena e inexpresiva de los dos hombres que lo habían seguido. Una leve sonrisa cruzó el rostro del desconocido mientras el doctor Richter lo miraba interrogante.

Intentó cerrar la puerta otra vez, pero el individuo la sujetaba fuertemente desde fuera.

- ¿Me podría decir la hora, doctor? -preguntó el hombre cortésmente.

-Desde luego -respondió Richter, contento de que una razón tan inocua explicase la presencia de aquel hombre.

Miró su reloj, pero antes de que pudiese siquiera articular palabra, se vio arrancado violentamente del coche. Intentó resistirse, pero quedó atontado en el acto por fuerte puñetazo en la cara. Unas manos bruscas le sacaron la billetera y oyó una tela que se desgarraba. Uno de los hombres dijo «empresario» en un tono despectivo, mientras el otro le indicaba: «Toma la cartera» El doctor Richter sintió que le arrancaban el reloj de la muñeca.

Todo terminó rápidamente. Oyó pasos que se alejaban, la puerta de un coche que se cerraba y el chirrido de las ruedas al rozar el suelo de cemento. Durante unos instantes permaneció inmóvil, contento de estar con vida. Encontró las gafas y al ponérselas notó que el cristal izquierdo estaba roto. Como cirujano, su preocupación principal eran las manos. Fue lo primero que revisó aun antes de levantarse del suelo. Luego se puso de pie y examinó el resto de su persona. Tenía la camisa y la corbata de seda manchadas de grasa. Le faltaba un botón de la chaqueta y en su lugar había quedado un desgarrón en forma de herradura. Tenía los pantalones rotos desde la cintura hasta la rodilla.

-Dios mío, qué día -dijo en voz alta pensando que en comparación con el asalto, la abolladura del coche no era nada.

Al cabo de un momento de vacilación, recuperó las llaves y regresó a la clínica. Allí llamó al encargado de seguridad y se discutió si debía darse parte a la policía de Los Ángeles. La idea de una mala publicidad para la clínica lo hizo dudar. Además, ¿qué iba hacer la policía? Mientras cavilaba, llamó a su mujer para avisarle de que llegaría un poco más tarde. Luego fue a mirarse la cara en el espejo del baño. En el pómulo derecho tenía una magulladura salpicada con suciedad del garaje. Mientras se limpiaba cuidadosamente con un desinfectante, trató de calcular con cuánto había contribuido al bienestar de los ladrones. Suponía que debía de llevar unos cien dólares en la billetera, además de sus tarjetas de crédito y su matrícula médica de California. Pero lo que más le dolía era el reloj; había sido regalo de su mujer. «Bueno, tendría que comprarse otro», pensó, y en ese momento llamaron a la puerta.

El encargado de seguridad se disculpó en tono servil diciendo que hasta entonces no habían tenido nunca un problema de esa índole y que hubiese deseado encontrarse en aquella zona. Dijo al doctor Richter que había recorrido el aparcamiento apenas media hora antes en su ronda acostumbrada. Richter le aseguró que no debía culparse y que lo único que deseaba era que no volviese a ocurrir un suceso como aquél. Luego le explicó las razones por las cuales no quería dar parte a las fuerzas del orden.

Al día siguiente, el doctor Richter no se sentía bien, pero atribuyó los síntomas al impacto emocional y al hecho de haber dormido sobresaltado. A las cinco y media de la tarde, sin embargo, se sintió tan enfermo como para considerar si cancelaba la cita con su amante,

una secretaria del departamento de archivo. Al final, sí fue a su apartamento, pero se marchó temprano porque necesitaba descansar, sólo para pasarse la noche dando vueltas en la cama.

Al otro día estaba realmente enfermo. Trató de no pensar en la mordedura del mono ni el paciente con SIDA que le había tosido encima. Sabía perfectamente que el SIDA no se transmite por un contacto tan casual. Lo que le preocupaba era la infección no diagnosticada. A las tres y media sintió escalofríos y un dolor de cabeza con intensidad de migraña que le obligó a cancelar las visitas de esa tarde y a marcharse de la clínica. A esas alturas, estaba seguro de que había pescado una gripe. Cuando llegó a su casa, su mujer lo notó tan pálido y con los ojos tan enrojecidos que lo mandó directamente a la cama. A las ocho, la cefalea era tan intensa que tuvo que tomar Percodán. A las nueve sufrió violentos espasmos en el estómago y diarrea. La mujer quería llamar al doctor Navarro, pero él la tachó de alarmista y le aseguró que pronto se iba a poner bien. Tomó un somnífero y se durmió. Se despertó a las cuatro de la madrugada, consiguió arrastrarse hasta el baño y tuvo un vómito de sangre. Aterrada, la esposa llamó una ambulancia para llevarlo a la clínica. El no protestó. No tenía fuerzas suficientes para protestar. Sabía que estaba más enfermo que nunca en su vida.

20 de enero

Marissa Blumenthal advirtió que se distraía aunque no supo si el estímulo provenía de su propia mente o de algún ligero cambio en el entorno. De todos modos, se le había roto la concentración. Al levantar los ojos del libro que tenía en el regazo, se dio cuenta de que la luz que entraba por la ventana había cambiado del blanco pálido invernal al negro intenso. Miró su reloj. Con razón. Eran casi las siete. Jolines -murmuró utilizando una de las expresiones que le quedaban de la infancia.

Se puso de pie tan rápidamente que sintió un mareo momentáneo. Hacía demasiadas horas que estaba recostada en dos sillas bajas de vinilo en un rincón de la biblioteca del CCE, el Centro para el Control de Enfermedades de Atlanta. Tenía una cita aquella noche y había planeado estar en casa a las seis y media para prepararse.

Tomando el grueso volumen Virología de Fields, se dirigió al estante de reservas estirando sus músculos acalambrados en el trayecto.

Es cierto que había corrido esa mañana, pero sólo tres kilómetros, no los cinco de costumbre.

-¿Necesita ayuda para subir ese monstruo al estante? -bromeó la señora Campbell, la maternal bibliotecaria, abotonándose la rebeca que no salía nunca de sus hombros porque siempre hacía frío en la biblioteca.

Como en todo chiste bueno, había una cierta base de verdad en el comentario de la señora Campbell. El texto de Virología pesaba cinco kilos, o sea una décima parte del peso de Marissa. Sólo medía un metro cincuenta y dos, aunque cuando la gente le preguntaba, respondía que un metro cincuenta y siete, la estatura que alcanzaba con tacones altos. Para volver a poner el libro en su lugar, tuvo que echarlo hacia atrás y casi arrojarlo luego con el impulso.

-La ayuda que necesito con este libro es meterme su contenido en el cerebro.

La señora Campbell rió con su estilo controlado. Era una mujer simpática, cálida, como casi todos los del CCE. A Marissa, el Centro le parecía más una institución académica que el organismo federal en que se había convertido en 1973. Había allí un ambiente de compromiso y dedicación. Si bien las secretarias y el personal de mantenimiento salían a las cuatro y media, los profesionales se quedaban siempre y a menudo trabajaban hasta altas horas de la noche. La gente allí creía en lo que hacía.

Marissa salió de la biblioteca que, en cuanto a espacio, resultaba desesperadamente inadecuada. La mitad de los libros y periódicos del Centro se amontonaban descuidadamente por todas las habitaciones. En ese sentido el CCE era sin duda una agencia de salud regulada por el gobierno federal, obligada a luchar para obtener fondos en una atmósfera de recortes presupuestarios. Marissa advirtió que también tenía el aspecto de una agencia federal. El

vestíbulo estaba pintado de un verde pardusco institucional, y el suelo estaba cubierto por un linóleo gris muy desgastado hacia el centro por el uso. Junto al ascensor estaba la inevitable foto de un sonriente Ronald Reagan. Justo bajo la foto, alguien había clavado irreverentemente una tarjeta que decía: «Si no le gustó el presupuesto de este año, ¡ya verá el del año próximo!»

Marissa subió la escalera que conducía a su despacho -sí es que podía llamársele así, ya que más bien parecía un armario para escobas-, en el piso de arriba de la biblioteca. No tenía ventanas. Las paredes estaban pintadas de un color ceniciento y apenas había lugar para un escritorio metálico, un archivo, una lámpara y un sillón giratorio. Pero tenía suerte de contar con ese despacho. En el Centro la competencia por el espacio era intensa.

Pese a todas las dificultades, Marissa sabía que el CCE funcionaba bien. A través de los años había prestado un estupendo servicio médico, no sólo en Estados Unidos sino también en otros países. Nunca olvidaría cómo habían ayudado a resolver el misterio de la Enfermedad del Legionario años atrás. Desde que la organización había empezado en 1942 como Oficina para el Control de la Malaria con el fin de erradicar la enfermedad del sur americano, había resuelto cientos de casos como aquél. En 1946 pasó a ser el Centro de Enfermedades Transmisibles con laboratorios separados para bacterias, hongos, parásitos y virus. Al año siguiente se incorporó un laboratorio para zoonosis, enfermedades propias de los animales que pueden transmitirse al ser humano, tales como la peste, la rabia y el carbunclo. En 1970 el organismo volvió a cambiar de nombre y desde entonces era el Centro para el Control de Enfermedades.

Mientras guardaba unas cosas en su cartera, Marissa pensó en los éxitos obtenidos por el CCE en el pasado, sabiendo que esa historia era uno de los principales motivos por los que había pensado en ingresar allí. Después de terminar un curso pediátrico en Boston, presentó su solicitud en el Servicio de Inteligencia de Epidemiología y fue aceptada por un término de dos años, durante los cuales se desempeñó en calidad de oficial de inteligencia de epidemiología. Era como ser una especie de detective médico. Había terminado unas tres semanas atrás, justo antes de Navidad, el curso introductorio que supuestamente la preparaba para el nuevo cargo. El curso versaba sobre administración de salud pública, bioestadística y epidemiología (el estudio y control de la salud y la enfermedad en una determinada población).

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de Marissa en el momento en que se ponía el abrigo azul oscuro. Había terminado el curso de introducción, sí, pero tal como le había sucedido con frecuencia durante la carrera de medicina, se sentía absolutamente incapacitada para solucionar una urgencia real. El salto iba a ser enorme desde el aula al campo de trabajo, cuando se le encomendara alguna misión. Saber relacionar en teoría los casos de una enfermedad específica de una forma coherente que revelase causa, agentes emisores y transmisores era muy diferente a saber controlar una epidemia real que involucrase a personas reales. De hecho, no era cuestión de pensar «si alguna vez... », sino en «cuándo».

Tomando su cartera, apagó la luz y volvió a recorrer el pasillo hacia los ascensores. Había hecho el curso de epidemiología con otros cuarenta y ocho compañeros entre hombres y mujeres, la mayoría médicos como ella, aunque también había algunos microbiólogos, varias enfermeras e incluso un dentista. ¿Estarían pasando todos por la misma crisis de confianza en sí mismos? En medicina la gente no suele comentar esas cosas porque va contra la propia «imagen».

Al terminar el curso la enviaron a la División de Patógenos Especiales del Departamento de Virología, el puesto que más le gustaba entre los que había disponibles. Logró el nombramiento por haber obtenido el mejor promedio de su clase. Si bien no tenía una formación sólida en virología -precisamente por eso pasaba tanto tiempo en la biblioteca-, pidió que la asignaran a ese departamento porque la epidemia de SIDA había lanzado la virología a la cabeza de toda la investigación. Anteriormente, siempre había servido de

asistente de bacteriología. Ahora, sin embargo, la «acción» estaba allí y ella no quería perdérsela.

Frente al ascensor saludó a un grupito de personas que esperaban. Conocía a algunos, en su mayoría gente del Departamento de Virología cuya oficina administrativa estaba en el mismo pasillo de su despacho. Otros le resultaron desconocidos, pero igualmente todos la saludaron. Estaba pasando por una crisis de confianza en su actitud profesional, pero al menos se sentía bien recibida. Tuvo que hacer cola en el vestíbulo para firmar la salida, requisito indispensable después de las cinco de la tarde y luego se dirigió al aparcamiento. A pesar de que era invierno, el clima no era tan riguroso como el que había tenido que soportar en Boston durante los cuatro años anteriores, y no se molestó en abrocharse el abrigo. El deportivo Honda Prelude de color rojo estaba como lo había dejado esa mañana: polvoriento, sucio y descuidado. Aún tenía la matrícula de Massachussets; cambiarla era una de las cosas que aún no había tenido tiempo de hacer.

El trayecto hasta la casa que tenía alquilada era corto. La zona de los alrededores del Centro estaba dominada por la Universidad de Emory, que a comienzos de la década de los cuarenta había donado los terrenos al CCE. Rodeaban la universidad hermosos barrios residenciales que recorrían toda la escala, desde la clase media hasta los ostentosamente ricos. Fue en uno de los primeros, Druid Hills, donde encontró una casa de alquiler propiedad de un matrimonio que había sido trasladado a Mica para trabajar en un proyecto de control de natalidad.

Giró por la calle Peachtree (A Marissa le parecía que todo en Atlanta se llamaba peachtree). Pasó junto a su casa, un edificio de madera de dos pisos bastante bien conservado exceptuando el terreno. El estilo arquitectónico era indeterminado a excepción de dos columnas jónicas en el porche. Todas las ventanas tenían postigos falsos; cada uno con una abertura en forma de corazón recortada en el centro. Marissa se la había descrito a sus padres con el término «mona».

En la siguiente calle giró a la izquierda y luego otra vez a la izquierda. El terreno sobre el que estaba construida la casa abarcaba toda la manzana, y para que Marissa pudiese entrar en el garaje, tenía que llegar por la parte de atrás. Frente a la casa había un camino circular, pero no conectaba con el camino de atrás y con el garaje. Ambos caminos habían estado conectados en otros tiempos, por lo que parecía, pero alguien había construido una pista de tenis y eso había terminado con la conexión.

Como tenía que salir esa noche, no encerró el coche en el garaje, sino que giró en redondo y lo subió por la rampa marcha atrás. Mientras corría por la escalera de atrás, oyó los ladridos de bienvenida del cocker spaniel que le había regalado una de sus colegas pediatras.

Ella no había pensado nunca tener un perro, pero seis meses atrás había terminado una larga relación romántica que ella creía que iba a conducirla al matrimonio. El hombre, Roger Shulman, residente de neurocirugía del Hospital General de Massachussets, la había sorprendido con la noticia de que había aceptado una beca de la Universidad de California y de que quería irse solo. Hasta ese momento, tenían convenido que ella le acompañaría al lugar donde él tuviese que terminar su especialización y, de hecho, ella había solicitado cargos de pediatría en San Francisco y en Houston. Roger nunca le había mencionado California.

Como la más pequeña de la familia, con tres hermanos mayores y un padre frío y dominante, neurocirujano de profesión, Marissa nunca había tenido mucha confianza en sí misma. Tomó tan mal la ruptura con Roger que apenas lograba forzarse a dejar la cama cada mañana para trasladarse al hospital. En medio de su depresión, su amiga Nancy le había regalado el perro. Al principio el gesto la irritó, pero Taffy -el cachorrito llevaba el nombre en un lazo muy grande alrededor del cuello- pronto le ganó el corazón y, tal como Nancy había pensado, la ayudó a pensar en otra cosa que no fuese su dolor. Ahora Marissa estaba loca con el perro, contenta de tener «vida» en su casa, un objeto capaz de recibir y de devolver afecto. Al llegar al CCE, su única preocupación había sido lo que iba a hacer con Taffy cuando la enviasen a realizar trabajos de campo. El asunto la preocupó bastante hasta que los Judson,

vecinos de la derecha, se enamoraron del perro y no sólo se ofrecieron, sino que exigieron quedarse con Taffy cuando ella tuviese que salir de la ciudad. Fue como un regalo de Dios.

Al abrir la puerta, tuvo que protegerse de los emocionados saltos de Taffy hasta que pudo desconectar la alarma. Cuando los dueños le habían explicado el sistema, ella no había prestado mucha atención. Pero ahora se alegraba de tenerlo. Aunque los suburbios eran mucho más seguros que la ciudad, por la noche se sentía mucho más aislada que en Boston. Hasta apreciaba el «botón de pánico» que llevaba en el bolsillo del abrigo y que podía utilizar para activar la alarma desde la calle si veía luces inesperadas o movimiento dentro de la casa.

Mientras revisaba la correspondencia, dejó que Taffy gastara parte de su energía contenida dando vueltas en amplios círculos en torno al abeto que había en el jardín delantero. Los Judson sacaban al perro sin falta a mediodía; aun así, desde ese momento hasta que ella regresaba al anochecer, era demasiado tiempo para que un cachorrito de ocho meses estuviese encerrado en la cocina.

Desafortunadamente, no tuvo más remedio que acortar su exuberante ejercicio. Eran más de las siete y la esperaban para cenar a las ocho. Ralph Hempston, un prestigioso oftalmólogo, la había invitado varias veces a salir y aunque ella aún no había superado lo de Roger, lo pasaba bien con Ralph, feliz de que la llevara a cenar, al teatro y a conciertos sin presionarla para que fuera con él a la cama. De hecho, esa noche era la primera vez que la invitaba a su casa y él había dejado bien claro que iba a haber un grupo grande, no sólo ellos dos.

Parecía contentarse con que la relación creciese a su ritmo y Marissa lo agradecía, aun cuando sospechaba que la verdadera razón podía ser los veintidós años de diferencia entre sus edades. Ella tenía treinta y un años, él cincuenta y tres.

Curiosamente, el otro hombre con el que salía en Atlanta era cuatro años menor que ella. Tad Schockley, un doctor en microbiología, que trabajaba en el mismo departamento al que la habían asignado a ella recientemente, había quedado prendado de ella en el momento en que la espió en la cafetería durante su primera semana en el Centro. Era todo lo contrario de Ralph Hempston: dolorosamente tímido, aun cuando sólo la había invitado al cine.

Se dio una ducha rápida, se secó y se maquilló. Corriendo contra el tiempo, repasó el armario descartando rápidamente varias combinaciones. No era una fanática de la moda, pero le gustaba vestir bien. Por último, se decidió por una falda de seda y un jersey que había comprado en Navidad. Como era largo y le llegaba a la mitad del muslo, le parecía que con él se veía más alta. Se calzó un par de zapatos de tacón alto y se miró en el espejo de cuerpo entero.

Salvo por la estatura, Marissa estaba relativamente conforme con su físico. Tenía facciones pequeñas, pero delicadas, y su padre había empleado el término «exquisita» para definirla cuándo ella le había preguntado un día, años atrás, si la consideraba hermosa. Los ojos eran de un castaño oscuro con gruesas pestañas. El pelo también castaño, ondulado, lo llevaba con el mismo peinado desde los dieciséis años: largo hasta los hombros, recogido a un lado con una pinza.

A pesar de que el trayecto hasta la casa de Ralph duraba sólo cinco minutos, el barrio cambiaba significativamente para mejor. Las casas eran más grandes y se asentaban tras amplios y bien cuidados campos de césped. La de Ralph se erigía en un inmenso terreno y hasta ella se llegaba por un camino circular rodeado de azaleas y rododendros que, según su dueño, había que admirarlos en primavera.

Era una casa de tres pisos de estilo victoriano con una torre octogonal que dominaba la esquina derecha del frente. Un porche grande rematado por una complicada ornamentación, empezaba en la torre, se extendía por todo el frente de la casa y continuaba por el lado izquierdo. Descansando en el techo del porche, sobre las puertas dobles de la entrada principal, había un balcón circular con techo cónico que complementaba el de la torre.

La escena se veía festiva. Todas las ventanas de la casa brillaban de luz. Marissa dio la vuelta a la casa siguiendo las instrucciones de Ralph. Creía que llegaba un poco tarde, pero no había más coches.

Al pasar la casa, echó un vistazo a la escalera de incendio que bajaba del tercer piso. La había visto una noche cuando Ralph había tenido que pasar a recoger el aparato de radiollamada que se había dejado en casa. Él le había explicado que el dueño anterior tenía allí arriba las habitaciones de los criados y que el ayuntamiento le había obligado a poner la escalera de incendio. El hierro negro contrastaba grotescamente con la madera blanca.

Aparcó frente al garaje cuya ornamentación hacía juego con la de la casa. Llamó a la puerta de atrás que estaba en un ala moderna que no se veía por el frente. Nadie pareció oírla. Miró a través de la ventana y vio mucho movimiento en la cocina. No quiso probar si la puerta estaba abierta, así que dio la vuelta y llamó al timbre por el frente. Ralph abrió en el acto recibiéndola con un gran abrazo. _Gracias por venir temprano -dijo ayudándola a quitarse el abrigo.

-¿Temprano? Pensé que era tarde. -No, no, en absoluto. Los invitados van a llegar a las ocho y media. -Colgó el abrigo en el armario del pasillo.

A Marissa le sorprendió verlo de esmoquin. Aunque reconoció lo bien que le sentaba, se desconcertó.

-Espero estar vestida adecuadamente. No me habías dicho que era una cena de etiqueta.

-Estás impresionante, como siempre. Sólo busqué un pretexto para ponerme el esmoquin. Ven, te enseñaré la casa.

Le siguió pensando una vez más que Ralph parecía la quintaesencia del médico: fuerte, expresión afectuosa, canas en los lugares más convenientes. Entraron en la sala, Ralph la precedía. La decoración era atractiva pero algo aséptica. Una empleada de uniforme negro estaba colocando los entremeses.

-Empezaremos aquí. La bebida se va a servir en el bar de la sala -dijo Ralph.

Abrió unas puertas correderas y entraron en la sala. Había un bar a la izquierda. Un joven con chaleco rojo estaba sacando brillo a los vasos. Más allá de la sala, pasando a través de una arcada, había un comedor formal.

Marissa notó que la mesa estaba puesta para doce personas.

Siguió a Ralph a través del comedor dentro del ala nueva que tenía una sala de estar y una cocina moderna muy grande. El servicio de banquete estaba a cargo de una empresa especializada, y tres o cuatro personas se .encargaban de los preparativos.

Después de asegurarse de que todo marchaba bien, Ralph condujo a Marissa otra vez a la sala y le explicó que le había pedido que llegase temprano para que hiciese de anfitriona. Un poco sorprendida -después de todo, sólo había salido con él cinco o seis veces-, aceptó.

Sonó el timbre de la puerta. Habían llegado los primeros invitados.

Lamentablemente, Marissa nunca había tenido buena memoria para los nombres, pero recordó al doctor Hayward y a su esposa, porque él tenía un pelo plateado que llamaba la atención. También estaban el doctor Jackson y su esposa, que llevaba un brillante del tamaño de una pelota de golf. Los únicos otros nombres que Marissa recordó después, fueron los del matrimonio Sandberg,-ambos psiquiatras.

Intentando mantener una conversación trivial, Marissa se asombraba de las pieles y las joyas. Ésos no eran médicos de pueblo.

Cuando casi todos estaban en la sala con una copa en la mano, volvió a sonar el timbre. Ralph no estaba por ahí, así que Marissa fue a abrir. Para su gran sorpresa, reconoció al doctor Cyrill Dubchek, su jefe en la División de Patógenos Especiales del Departamento de Virología.

-¿Qué tal, doctora Blumenthal? -preguntó Dubchek con naturalidad, como si hubiese esperado su presencia.

Marissa estaba visiblemente confusa. No había esperado a nadie del CCE. Dubchek le entregó el abrigo a la empleada mostrando un traje italiano azul oscuro. Era un hombre

atractivo, de ojos muy negros e inteligentes y piel aceitunada. Sus facciones eran afiladas y aristocráticas. Pasándose una mano por el pelo para apartarlo de su frente, sonrió.

-Volvemos a encontramos. Marissa devolvió la sonrisa débilmente e hizo un gesto hacia la sala.

-El bar está allí. Dubchek asintió. -¿Dónde está Ralph? -preguntó echando un vistazo a la sala llena de gente.

-Probablemente en la cocina. Dubchek inclinó la cabeza y se alejó al sonar otra vez el timbre. Esa vez Marissa quedó aún más sorprendida. Ante ella estaba Tad Schockley.

- ¡Marissa! -exclamó Tad verdaderamente sorprendido. Ella se recobró y le franqueó la entrada. Mientras le tomaba el abrigo, le preguntó:

-¿De qué conoces al doctor Hempston? -Sólo de reuniones. Me sorprendió recibir su invitación por correo. -Tad sonrió-. Pero, ¿quién soy yo para despreciar una comida gratis con lo poco que gano?

-¿Sabías que venía Dubchek? -preguntó Marissa, con un tono casi acusador.

Tad negó con la cabeza. -Pero, ¿qué importancia tiene? -Miró hacia el comedor y luego hacia la escalera central-. Bonita casa. ¡Uf!

Marissa lió a pesar suyo. Tad, con su pelo corto y rubio y su frescura juvenil, parecía demasiado joven para haber obtenido un doctorado. Llevaba una chaqueta de pana, una corbata tejida y pantalones de franela tan gastados que parecían tejanos.

-¡Eh! -dijo-. ¿Cómo conoces tú al doctor Hempston?

-Es sólo un amigo -dijo Marissa, evasiva, indicándole con un gesto que se dirigiese a la sala para tomar una copa.

Cuando hubieron llegado todos los invitados, Marissa pudo alejarse de la puerta. Tomó un vaso de vino blanco en el bar y trató de mezclarse con los demás. Poco antes de que se anunciase la cena, se encontró enfrascada en una conversación con el doctor Sandberg, el doctor Jackson y su esposa.

-Bienvenida a Atlanta, señorita -dijo el doctor Sandberg.

-Gracias -respondió Marissa tratando de no mirar boquiabierta el anillo de la señora Jackson.

-¿Cómo fue que vino a parar al Centro para el Control de Enfermedades? -quiso saber el doctor Jackson con su voz recia.

No sólo se parecía a Charlton Heston sino que al oírlo, uno quedaba con la impresión de que podía representar Ben Hur.

Marissa miró fijamente esos ojos azules mientras pensaba cómo podía contestar esa pregunta aparentemente sincera. Por cierto que no iba a mencionar que su novio había huido a Los Ángeles y la necesidad que tenía ella de un cambio. Ése no era el tipo de motivación que se esperaba de los integrantes del CCE.

-Siempre me interesó la salud pública. -Era una mentirita inocente-. Toda la vida me fascinaron los cuentos de detectives médicos. -Sonrió. Al menos eso era verdad-. Supongo que me habré cansado de curar secreciones nasales y de oídos.

-Se especializó en pediatría -dijo el doctor Sandberg, pero fue una afirmación, no una pregunta.

-En el Hospital de Niños de Boston. Marissa siempre se sentía algo molesta cuando hablaba con psiquiatras. No podía dejar de preguntarse si no comprenderían las motivaciones que la animaban mejor que ella misma. Sabía que se había decidido por la medicina en parte para poder competir con sus hermanos por el cariño del padre.

-¿No le gusta la medicina clínica? -le preguntó el doctor Jackson-. ¿Nunca pensó en ejercer la profesión?

-Sí, desde luego. -¿Cómo? -continuó Jackson, sin darse cuenta de que la ponía cada vez más nerviosa-. ¿Preferiría trabajar sola, en grupo, en una clínica?

-La cena está servida -anunció Ralph por encima del ruido de las conversaciones.

El alivio que sintió Marissa cuando los dos médicos se dispusieron a ir en busca de sus mujeres fue grande.

Por un instante había tenido la sensación de que la sometían a un interrogatorio.

Ya en el comedor Ralph se sentó en un extremo de la mesa y a Marissa la situó en el otro. Ella tenía a la derecha al doctor Jackson, quien felizmente se olvidó de seguir con sus preguntas sobre la medicina clínica. A la izquierda tenía al canoso doctor Hayward.

A medida que transcurría la comida, se hacía cada vez más evidente que Marissa estaba cenando con lo más selecto de la comunidad médica de Atlanta. Ésos no eran profesionales de cualquier clase, eran los representantes más prestigiosos de la medicina privada de la ciudad, con las únicas excepciones de Cyrill Dubchek, Tad y ella misma.

Después de varios vasos de vino, Marissa estaba más locuaz que de costumbre. De pronto sintió vergüenza al advertir que todos los de la mesa la estaban escuchando relatar su infancia en Virginia. Se propuso entonces callarse y sonreír, y felizmente la conversación se desvió en seguida hacia la deplorable situación de la medicina en Estados Unidos y cómo los sistemas de pagos adelantados corroían los cimientos de la práctica privada. Al ver tantas pieles y joyas, Marissa tuvo la sensación de que los allí presentes no sufrían demasiadas estrecheces.

-Y a ustedes, los del Centro -preguntó el doctor Hayward mirando directamente a Cyrill-, ¿no les han reducido el presupuesto?

Cyrill soltó una risa cínica que le marcó profundas arrugas en las mejillas.

-Todos los años tenemos que lidiar con la Comisión de Presupuesto de la Cámara Baja. Hemos perdido quinientos puestos por recortes presupuestarios.

El doctor Jackson carraspeó. -¿Qué pasaría si se diera un brote grave de influenza como la epidemia general de 1917-1918? Suponiendo que tuviese que actuar su departamento, ¿cuentan con personal suficiente para semejante eventualidad?

Cyrill se encogió de hombros. -Depende de muchos factores. Si la cepa de virus no sufre mutaciones de sus antígenos de superficie y nosotros hacemos en seguida el cultivo en tejido, podrían tener pronto la vacuna, aunque no sé exactamente cuándo. ¿Tad?

-Con suerte, más o menos en un mes. Luego el tiempo necesario para producirla en cantidades suficientes.

-¿Se acuerdan del fracaso de la epidemia de varicela que hubo hace unos años? -apuntó el doctor Hayward.

-Eso no fue culpa del CCE -se defendió Cyrill-. No había la menor duda sobre la cepa que apareció en Fort Dix. Ahora bien: por qué no se difundió, nadie lo sabe.

Marissa sintió que le apoyaban una mano en el hombro. Al volverse se encontró con una de las camareras de uniforme negro.

-¿La doctora Blumenthal? -susurró la muchacha. -Sí. -Tiene una llamada telefónica. Marissa miró a Ralph, pero estaba conversando animadamente con la señora Jackson. Pidió disculpas y se marchó con la joven a la cocina. Y en ese instante tuvo miedo cuando comprendió que seguramente la llamaban del Centro. Como esa noche le tocaba guardia, había dejado el número de Ralph y nadie más sabía que ella estaba aquí.

-¿La doctora Blumenthal? -preguntó la telefonista del Centro cuando Marissa alzó el teléfono.

Le pasaron la llamada al oficial de turno. -Enhorabuena -exclamó el oficial, de buen humor-. Hemos recibido una solicitud de ayuda para un brote epidémico. El director de epidemiología de California solicita nuestra colaboración por una enfermedad aparentemente grave que ha surgido en la Clínica Richter. Para ganar tiempo, ya le reservamos pasaje en el vuelo de la Delta que sale a la una y diez de la madrugada. Se alojará en el Motel del Trópico. El nombre suena divino. ¡Buena suerte!

Después de colgar, Marissa dejó la mano sobre el teléfono unos instantes mientras recuperaba el aliento. No se sentía preparada en absoluto. Esa pobre gente de California, tan confiada, llamaba al CCE porque suponía que enviarían a un experto en epidemiología y en

cambio iba a ir ella, Marissa Blumenthal, con su metro cincuenta y dos de estatura. Regresó al comedor para despedirse de los demás.

21 de enero

Cuando por fin retiró la maleta de la cinta transportadora, y le entregaron la furgoneta alquilada -la primera que le dieron no arrancaba- y logró localizar el Motel del Trópico, ya empezaba a clarear.

En el momento en que registraba sus datos en la recepción del motel no pudo dejar de pensar en Roger. Pero no iba a llamarlo porque se lo había prometido a sí misma varias veces durante el vuelo.

El motel era deprimente, pero no importaba porque de todos modos no pasaría mucho tiempo allí. Se lavó las manos y la cara, se peinó y se cambió la pinza. Al no haber nada más que la detuviera, volvió a subir a la furgoneta y se dirigió a la Clínica Richter. Sentía las palmas de las manos húmedas sobre el volante.

La clínica estaba convenientemente localizada sobre una ancha autopista, transitada por muy pocos coches a esa hora de la mañana. Marissa entró en el aparcamiento, tomó el tiquet y encontró un lugar cerca de la puerta. Toda la construcción era moderna, incluso el garaje, la clínica y lo que aparentemente era el sector de admisiones, de varias plantas. Se bajó del coche, se desperezó y sacó la cartera. Allí llevaba los apuntes de epidemiología que había tomado en el curso introductorio -como si fueran a servirle de algo-, un bloc, lápices, un pequeño texto sobre virología, un lápiz de labios y una cajita de chicles. Qué ironía.

Ya en el interior, percibió el familiar olor a desinfectante de los hospitales que logró tranquilizarla un poco por hacerla sentirse como en su casa. Había un mostrador de información, pero estaba vacío. A un empleado de mantenimiento que estaba limpiando los pisos le preguntó dónde estaba el sector de ingresos, y él le señaló una raya roja pintada en el suelo. Marissa la siguió y llegó a la sala de urgencias. Allí había muy poco movimiento: apenas unos pacientes en la sala de espera y dos enfermeras detrás del mostrador. Pidió hablar con el médico de guardia y explicó quién era.

-¡Fantástico! Qué suerte que ha llegado. El doctor Navarro estuvo esperándola toda la noche. Permítame... Voy a llamarlo. Marissa se distrajo y se puso a juguetear con unos sujetapapeles. Cuando levantó la mirada, notó que las dos enfermeras la observaban. Les sonrió y ellas le devolvieron el gesto.

-¿No quiere un café? -preguntó la más alta de las dos. -Me vendría muy bien. Además de la ansiedad básica, estaba sintiendo los efectos de haber dormido sólo dos horas, sobresaltada, en el vuelo desde Atlanta.

Mientras sorbía el líquido caliente, recordó los cuentos policiales de médicos de Berion Rotieche que publicaba The New Yorker. Ojalá a ella le tocara un caso como el que había resuelto John Snow, el padre de la epidemiología moderna. En Londres logró contenerse una epidemia de cólera cuando Snow logró aislar el brote por métodos deductivos y circunscribirlo a una sola bomba de agua de la ciudad. Lo realmente significativo de la labor de Snow fue que la realizó antes de que se difundiera la teoría de las enfermedades producidas por gérmenes. ¿No sería fabuloso que le tocara una situación tan inequívoca?

Se abrió la puerta de la sala de guardia y apareció un hombre de pelo negro, muy apuesto. Parpadeó debido a la intensa luz de la sala de urgencias, y se encaminó directamente hacia Marissa con una sonrisita en los labios.

-Doctora Blumenthal, no se imagina cuánto nos alegra su visita.

Se dieron la mano y el doctor Navarro la observó un instante sorprendido por su tamaño minúsculo y su aspecto juvenil. Por cortesía, le preguntó si había tenido buen viaje y si tenía hambre.

-Creo que lo más conveniente sería empezar ya con el trabajo -sugirió ella.

El doctor Navarro estuvo de acuerdo. Cuando salían de la habitación, le aclaró que era el jefe del departamento de medicina, dato que a Marissa no le infundió precisamente más

confianza. El doctor Navarro seguramente sabía cien veces más que ella sobre enfermedades infecciosas.

Al llegar al salón de reuniones el doctor le indicó que se sentara a la mesa, tomó el teléfono y marcó un número. Mientras aguardaba a que le contestasen le explicó que el doctor Spencer Cox, director de Epidemiología del Estado de California, estaba ansioso por comunicarse con ella en cuanto llegase.

«Qué maravilla», pensó Marissa procurando sonreír. El doctor Cox recibió la llegada de Marissa con el mismo beneplácito que Navarro. Lamentablemente había tenido que viajar a la zona de San Francisco por un brote de hepatitis B que podría estar vinculado con el SIDA.

-Supongo que el doctor Navarro ya le habrá informado que el problema de la Clínica Richter sólo ha afectado hasta ahora a siete pacientes.

-Todavía no me ha dicho nada. -Seguramente se lo dirá en seguida, doctora. Aquí, sin embargo, tenemos casi quinientos casos de hepatitis B, así que se imaginará por qué no puedo regresar de inmediato.

-Por supuesto.

-Buena suene. A propósito, doctora, ¿cuánto hace que trabaja en el Centro?

-No mucho -reconoció Marissa. Se produjo una breve pausa. -Bueno, téngame al corriente -expresó el doctor Cox.

Marissa le devolvió el teléfono al doctor Navarro y éste colgó.

-Si me permite, voy a ponerla al corriente de los acontecimientos -dijo Navarro, cambiando en el acto por el típico tono médico monocorde mientras sacaba del bolsillo unas fichas de cartulina-. Tenemos siete casos de una enfermedad febril desconocida, pero obviamente grave, caracterizada por postración y compromiso multisistémico. El primer paciente que internamos fue precisamente uno de los cofundadores de la clínica, el propio doctor Richter. El siguiente fue una mujer de la sección de archivo.

Navarro comenzó a colocar las tarjetas sobre la mesa. Cada una representaba a un enfermo. Fue poniéndolas en el orden en que se habían presentado los casos.

Marissa abrió discretamente la cartera sin dejar que su interlocutor viera el contenido, sacó el cuaderno de notas y un lápiz. Hizo esfuerzos por recordar -los cursos que acababa de terminar. Allí le habían enseñado que era imprescindible analizar la información dividiéndola en categorías comprensibles. Primero la enfermedad: ¿Era realmente nueva? ¿Realmente existía un problema? Era necesario describir la enfermedad aunque no pudiera hacerse un diagnóstico específico. El paso siguiente era determinar los datos particulares de las víctimas, tales como edad, sexo, hábitos alimentarios, etc. Luego había que precisar hora, lugar y circunstancias en que cada paciente había mostrado los primeros síntomas a fin de determinar los denominadores comunes. Después habría que pensar en la transmisión del mal, lo que podía conducir al agente infeccioso. Por último, habría que erradicar el huésped o reservorio. Aunque parecía todo muy sencillo, Marissa sabía lo difícil que le resultaría, incluso a un médico de tanta experiencia como Dubchek.

Se secó las manos húmedas en la falda y volvió a tomar el lápiz.

-Bueno -dijo-. Ya que no hay un diagnóstico concreto, ¿qué posibilidades se barajaron?

-Todas -respondió Navarro. -¿Influenza? -sugirió, esperando que no se la considerara demasiado simplista.

-No es probable. Los pacientes tienen síntomas respiratorios, pero no son predominantes. Además, los exámenes serológicos dan negativo para el virus de la influenza en los siete casos. No sabemos qué es lo que tienen, pero descartamos la influenza.

-¿Alguna idea? -Todos los estudios que hemos hecho dan negativo: cultivos de sangre, de orina, de esputo, de materia fecal, incluso de líquido cefalorraquídeo. Pensamos que podía ser paludismo y hasta iniciamos el tratamiento correspondiente pese a que no se hallaron los parásitos en la sangre. Intentamos también con tetraciclina o cloranfenicol por si fuese tifus, a pesar de los cultivos negativos. Pero, al igual que con los antipalúdicos, no hubo el menor efecto. Los pacientes empeoran pese a todos nuestros esfuerzos.

-Deben de tener algún diagnóstico diferencial. -Por supuesto. Realizamos varias consultas vinculadas con enfermedades contagiosas. La opinión generalizada es que estamos ante un problema viral. -Navarro pasó varias fichas hasta encontrar la que buscaba-. Ah, aquí están los distintos diagnósticos: leptospirosis, fiebre amarilla, dengue, mononucleosis o, para cubrir todas las posibilidades, alguna otra infección enteroviral, arboviral o adenoviral. Huelga decir que los mismos tropiezos del diagnóstico los hemos tenido en el plano terapéutico.

-¿Cuánto hace que internaron al doctor Richter? -Hoy es el quinto día. Creo que le convendría ir a ver a los pacientes para hacerse una mejor idea de la enfermedad.

El doctor Navarro se puso de pie sin esperar la respuesta. Marissa casi tuvo que trotar para caminar a su lado. Pasaron por una puerta abatible y entraron en el hospital propiamente dicho. Pese a los nervios que la consumían, Marissa quedó impresionada por el lujoso alfombrado y la decoración casi de hotel.

Subió al ascensor con Navarro que la presentó a un anestesista. Marissa respondió al saludo, pero su mente estaba en otra parle. Sabía que el hecho de ver a los pacientes en ese momento sólo lograrla hacerla sentir indispuesta, tema que nunca se había planteado cuando estudiaba en Atlanta. En ese momento, sin embargo, constituía un gran problema. Pero, ¿qué podía decir?

Llegaron al puesto de las enfermeras del cuarto piso. El doctor Navarro se tomó su tiempo para presentarle a los del personal de noche que estaban preparándose para entrar en el cambio de turno.

-Los siete pacientes se encuentran en este piso -afirmó el doctor-, donde está nuestro personal de mayor experiencia. Los dos en estado crítico se encuentran en compartimientos separados del sector de cuidados intensivos. Los demás están en habitaciones individuales. Aquí tiene los historiales. -Dio una palmada sobre las fichas apiladas en un extremo del mostrador-. Supongo que querrá ver primero la del doctor Richter -agregó, al tiempo que se la entregaba. Comenzó observando la hoja de «signos vitales». Al quinto día de admisión se advertía en el paciente un marcado descenso de la presión y aumento de la temperatura, lo cual no era un buen indicio. Rápidamente miró el resto de los datos aunque sabía que después tendría que leerlos con detenimiento. No obstante, con sólo dar un vistazo comprobó que el trabajo realizado era excelente -incluso mejor de lo que podría haberlo hecho ella-, y los estudios de laboratorio, exhaustivos. Una vez más se preguntó qué hacía ella allí, erigiéndose en una autoridad sobre la materia.

Volvió a la primera página, a la sección titulada «Historia de la enfermedad actual», y algo saltó a la vista en el acto. Seis semanas antes de que comenzaran los síntomas, el doctor Richter había asistido a una convención de oftalmólogos en Nairobi (Kenya).

Siguió leyendo con una enorme curiosidad. Una semana antes de caer enfermo, el paciente había concurrido a un simposio sobre cirugía de párpados en San Diego. Dos días antes del ingreso había sido mordido por un Cercopithecus aethiops, o lo que fuere.

-Es una clase de mono -le explicó el doctor Navarro_. El doctor Richter siempre tiene esos animales para sus investigaciones sobre herpes ocular.

Marissa volvió a mirar el resultado de los análisis y notó que el recuento de glóbulos blancos era bajo, así como también el tiempo de sedimentación y los trombocitos. Por otros análisis se sabía también que había disfunciones del hígado y los riñones. Hasta el electrocardiograma indicaba leves trastornos cardíacos.

La afección era realmente grave. Marissa dejó la historia clínica sobre el mostrador. -¿Lista? -quiso saber Navarro. Si bien respondió que sí con la cabeza, le habría gustado postergar la visita a los pacientes. Como no tenía delirios de grandeza, sabía que no iba a descubrir ningún dato importante que se les hubiera pasado a los demás y que sirviera para resolver el misterio. El hecho de ver a los enfermos en estos momentos era puro teatro, aparte de ser algo muy peligroso. Sin muchas ganas fue detrás del doctor Navarro.

Entraron en la unidad de cuidados intensivos, con el conocido telón de fondo de la complicada maquinaria electrónica. Los pacientes eran víctimas inmóviles, sujetos por una maraña de cables y tubos plásticos. Olía a alcohol y se oía el sonido de respiradores y monitores cardíacos. Se notaba también una febril actividad por parte de las enfermeras.

-Hemos aislado al doctor Richter en esta habitación contigua -dijo Navarro, deteniéndose ante una puerta cerrada.

A la izquierda de la puerta había una ventana, por la que Marissa vio al enfermo" dentro de la habitación. Al igual que los demás, estaba acostado bajo un enjambre de frascos de suero. Detrás, había un tubo de rayos catódicos con un electrocardiograma continuo que iba dibujándose en su pantalla.

-Creo que debería ponerse bata y mascarilla -sugirió Navarro-. Por razones obvias hemos puesto en práctica estrictas medidas de aislamiento en todos los pacientes.

-Por supuesto -convino Marissa tratando de no mostrarse demasiado ansiosa.

Si por ella fuera, se habría metido en una burbuja de plástico. Se puso bata, gorro, mascarilla, botas y hasta guantes de goma. El doctor Navarro hizo lo propio.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Marissa respiró ligeramente al acercarse al enfermo que, en lenguaje vulgar, parecía a punto de «estirar la pata». Tenía un color amarillento, los ojos hundidos, la piel lacia. Además, una magulladura en el pómulo derecho, los labios resecos y restos de sangre seca en los dientes delanteros.

Marissa lo observó y no supo qué hacer, pero se sentía obligada a hacer algo porque el doctor Navarro estudiaba cada uno de sus movimientos. Richter abrió los ojos y Marissa advirtió en ellos unos derrames.

-No estoy nada bien -admitió el doctor Richter. Su voz era un áspero susurro. -¿Es cierto que viajó a África hace un mes? Tuvo que agacharse para poder oírlo. -Hace un mes y medio. -¿Estuvo en contacto con algún animal? -No -logró articular Richter-. Vi muchos pero no toqué ninguno.

-¿No atendió a alguna persona que estuviese enferma? El doctor, Richter movió la cabeza. Obviamente le costaba muchísimo hablar.

Marissa se incorporó y señaló la magulladura que tenía el paciente debajo del ojo derecho.

-¿No sabe qué es esto? -le preguntó al doctor Navarro.

-Dos días antes de enfermarse lo asaltaron y se golpeó la mejilla contra el suelo.

-Pobre hombre -dijo Marissa, lamentándose de su desgracia. Y al cabo de un momento añadió-: Ya he visto suficiente por ahora.

Justo al lado de la puerta había un enorme cesto recubierto con una bolsa plástica donde Marissa y el doctor Navarro colocaron la ropa de aislamiento antes de regresar al puesto de las enfermeras. Allí Marissa sintió la necesidad imperiosa de lavarse las manos. ¿Sabe algo del mono que mordió al doctor Richter? -preguntó.

-Lo tenemos en cuarentena. También le hemos hecho todos los cultivos posibles, pero al parecer está sano.

Evidentemente habían pensado en todo. Marissa tomó la historia clínica de Richter para fijarse si figuraban las hemorragias conjuntivales. Estaban.

Respiró hondo y miró a Navarro, que la observaba con aire expectante.

-Bueno, tengo mucho trabajo que hacer con estas historias -dijo, sin especificar.

De repente recordó una enfermedad denominada «fiebre hemorrágica viral Eran casos extremadamente raros, pero mortales, y muchos provenían de África. En la esperanza de agregar algo a los diagnósticos sugeridos por los médicos de la clínica, Marissa mencionó la posibilidad.

-Ya se habló sobre la fiebre hemorrágica viral. Justamente ésa fue una de las razones por las cuales nos comunicamos tan rápido con el CCE.

«Eso me pasa por emitir diagnósticos "cebra"», pensó Marissa refiriéndose al refrán que circula entre los médicos: cuando se oyen pisadas de animal hay que pensar en caballos, no en cebras.

Fue un inmenso alivio para Marissa que llamaran al doctor Navarro por los altavoces.

-Lo siento muchísimo -se disculpó él-, pero me necesitan en la sala de urgencias. ¿Hay algo que yo pueda hacer antes de irme?

-Bueno, creo que habría que mejorar el aislamiento de los pacientes. Si bien ya se los reunió en un mismo sector del hospital, pienso que sería necesario trasladarlos a otro pabellón totalmente aislado y que se extremaran las precauciones en su atención, por lo menos hasta que tengamos alguna idea sobre el grado de contagio del mal.

El doctor Navarro se quedó mirándola. Por un instante ella se preguntó qué estaría pensando y finalmente dijo:

-Tiene mucha razón. Marissa llevó los siete historiales hasta un cuartito que había tras el puesto de las enfermeras y los leyó todos. Fue así como se enteró de que, además del doctor Richter, había cuatro mujeres y dos hombres que presumiblemente padecían la misma enfermedad. Todos debían de haber tenido algún contacto directo unos con otros o haber estado expuestos a la misma fuente de contaminación. El método para afrontar una investigación de campo -particularmente esa que sería la primera para ella- era reunir la mayor cantidad posible de información y transmitirla luego a Atlanta. Después tomó el historial clínico del doctor Richter y volvió a leerlo cuidadosamente, incluso las notas agregadas por las enfermeras. En hojas separadas de su libreta anotó hasta el último dato que pudiese ser importante, como por ejemplo que el paciente había vomitado sangre, dato que por cierto no era característico de la influenza. Mientras trabajaba, no podía dejar de pensar que Richter había estado en África, seis semanas antes. Esa información en sí debía ser significativa, aunque era improbable que la incubación hubiera durado un mes dada la sintomatología, a menos que se tratara de paludismo, que al parecer no era la enfermedad en cuestión. Claro que había otras enfermedades virales como el SIDA con períodos de incubación más largos, pero el SIDA no era una enfermedad infecciosa aguda. Estas últimas enfermedades tenían un período de incubación de aproximadamente una semana, días más días menos. Marissa se tomó el trabajo de analizar toda la información relativa a sexo, edad, estilo de vida, profesión y ambiente y de anotarlo todo en su cuaderno de notas utilizando una página aparte para cada paciente. Además del doctor Richter había una secretaria que trabajaba en la sección de archivo de la clínica, dos amas de casa, un fontanero, un promotor de seguros y un corredor de fincas. La oportunidad de un contacto común parecía remota siendo el grupo tan heterogéneo, y sin embargo todos debían de haber estado expuestos a la misma fuente de contagio.

La lectura de los historiales le sirvió también para completar el cuadro clínico de la enfermedad desconocida. Al parecer ésta se presentaba súbitamente con tremendas cefaleas, dolores musculares y fiebre alta. Luego se experimentaba una mezcla de malestares abdominales, vómitos, inflamación de garganta, tos y dolor de pecho. Un estremecimiento recordó su cuerpo al pensar que había estado expuesta a contraer el mal.

Se restregó los ojos que le escocían por la falta de sueño. Era hora de ir a visitar a los demás enfermos aunque no le gustara la perspectiva. Había muchos blancos en las historias, particularmente en lo referente a las actividades de cada paciente en los días previos a la enfermedad.

Comenzó con la secretaria que estaba internada en la habitación contigua a la del doctor Richter en cuidados intensivos. Antes de ver a cada uno se equipaba con un atuendo protector completo. Todos los pacientes se hallaban en pésimas condiciones físicas, y ninguno tenía demasiadas ganas de hablar. Aun así Marissa formuló las necesarias preguntas cuyo principal objetivo era determinar si cada enfermo conocía a alguno de los demás. La respuesta fue siempre no, salvo que todos conocían al doctor Richter, ¡y además estaban suscritos al plan de salud de la clínica! La conclusión era tan obvia que llamaba la atención que nadie la hubiese

advertido: El propio doctor Richter debía de haber contagiado la enfermedad. Marissa le pidió a la encargada del pabellón que le consiguiera las historias de todos los pacientes ambulatorios de la clínica.

Mientras estaba esperando, llamó el doctor Navarro. -Lamentablemente se ha producido otro caso. Se trata de uno dé los técnicos del laboratorio de esta misma clínica. Está en la sala de urgencias. ¿Quiere bajar a verlo?

-¿Está aislado? -Lo más que se puede. Estamos preparando un sector de cuarentena arriba, en el cuarto piso, y en cuanto esté listo trasladaremos allí a todos los pacientes.

-Cuanto antes mejor. Por el momento sería conveniente suspender todos los análisis de laboratorio que no fuesen imprescindibles.

-De acuerdo. ¿Va a venir a ver a este muchacho? -Bajo en seguida. Camino de la sala de urgencias, no podía dejar de pensar que estaban al borde de una epidemia de grandes posibilidades igualmente inquietantes: que hubiese contraído la enfermedad del mismo modo que los demás es decir, de una fuente activa de virus letal en la Clínica Richter, o bien -lo más probable en opinión de Marissa- que hubiese estado expuesto al agente a consecuencia de manipular material infectado proveniente de los otros casos.

El personal de guardia había instalado al enfermo en una de las salitas de psiquiatría, con un cartel en la puerta que prohibía la entrada. Marissa leyó la historia clínica. Se trataba de un chico de veinticuatro años, llamado Alan Moyers. La temperatura era de 39,7 grados. Después de ponerse el atuendo protector, Marissa entró en la minúscula habitación. El paciente la observó con mirada vidriosa.

-Tengo entendido que no se siente muy bien. -Como si me hubiera aplastado un camión. Jamás me sentí tan mal, ni siquiera cuando tuve la gripe el año pasado.

-¿Qué fue lo primero que notó? -El dolor de cabeza. -Se llevó los dedos a las sienes-. Aquí es donde me duele. Es un sufrimiento atroz. ¿No puede quitármelo con algo?

-¿Escalofríos? -Sí, empecé a sentirlos después de comenzar la jaqueca.

-¿No le ha ocurrido nada anormal en el laboratorio esta última semana?

-¿Como qué, por ejemplo? Gané un premio en la tómbola deportiva.

-Me interesaría algo de índole más profesional. ¿No lo mordió algún animal?

-No. Nunca trabajo con animales. ¿Qué es lo que tengo?

-¿Conoce al doctor Richter? -Por supuesto. Todos lo conocen. Ah, sí, me acuerdo de algo. Me pinché con la aguja de una jeringuilla para extracciones, cosa que nunca me había sucedido.

-¿Recuerda el nombre del paciente que figuraba en ella?

-No. Lo único que sé es que no tenía SIDA porque, como me preocupaba la posibilidad, me fijé expresamente en el diagnóstico. ¿Qué tenía?

-No lo decía, pero cuando es SIDA se pone SIDA. No es eso lo que tengo, ¿no?

-No, Alan. No tiene SIDA. -Gracias a Dios. Por un momento me asusté mucho. Marissa fue a reunirse con el doctor Navarro, pero se encontraba ocupado con un caso de paro cardíaco que había llegado momentos antes en ambulancia. Le pidió entonces a la enfermera que le avisara que pensaba quedarse en el cuarto piso. Volvió a los ascensores y comenzó a ordenar sus ideas para llamar después al doctor Dubchek.

-Disculpe. Sintió que le daban un golpecito en el brazo. Al volverse, se encontró con un hombre robusto de barba y gafas de montura metálica. -¿Es usted la doctora Blumenthal, del Centro para el Control de Enfermedades? Sí, Ella asintió, sorprendida de que la hubiesen reconocido. El hombre le impedía el acceso a los ascensores.

-Soy Clarence Hems, de Los Ángeles Times. Mi esposa trabaja en el turno de noche de la unidad de cuidados intensivos. Me contó que usted había venido a ver al doctor Richter. ¿Qué enfermedad tiene?

-Nadie lo sabe todavía. -¿Es grave? -Me imagino que eso puede contestárselo su mujer tanto como yo.

-Según ella, el doctor está agonizando y hay otros seis casos parecidos, incluso una secretaria de la sección de archivos. Todo parecería indicar que estamos ante un brote de epidemia.

-No estoy segura de que «epidemia» sea el término adecuado. Hoy hubo un caso más, pero fue el único que se presentó en el curso de dos días. Espero que sea el último, aunque nunca se sabe.

-Aterrador -musitó el periodista. -En efecto. Perdone que no pueda seguir hablando con usted, pero tengo mucha prisa.

Se deshizo del insistente Hems, subió al ascensor siguiente y regresó al pequeño despacho junto al puesto de las enfermeras, para llamar a Dubchek. Eran las tres menos cuarto en Atlanta y consiguió hablar con su jefe en seguida.

-¿Qué tal va su primer trabajo de investigación? -Es abrumador. Acto seguido y de la forma más escueta posible, pasó a describir los siete casos, reconociendo que no se había enterado de nada que los médicos de la clínica no supiesen ya de antemano.

-Eso no debería preocuparla. Tenga siempre presente que el epidemiólogo estudia los datos de una manera distinta que el clínico, de modo que la misma información puede significar cosas diferentes. El clínico analiza cada caso en particular, mientras que usted observa todo el panorama. Cuénteme sobre la enfermedad.

Marissa le describió el síndrome clínico remitiéndose constantemente a sus notas. Le pareció que a Dubchek le interesaba en particular el hecho de que dos de los pacientes hubieran vomitado sangre, que otro tuviera diarrea sanguinolenta y que en los tres casos se habían comprobado hemorragias conjuntivales. Cuando Marissa dijo que Richter había asistido a una conferencia sobre oftalmología en África, Dubchek exclamó:

-¡Por Dios! ¿Sabe usted lo que me está describiendo? -No estoy muy segura -respondió poniendo en práctica la vieja estratagema médica de permanecer en terreno neutral por miedo a hacer el ridículo.

-Fiebre hemorrágica viral. Y si proviene de África podría tratarse de la fiebre Lassa, a menos que fuese Marburg o Ébola. ¡Santo cielo!

-Pero Richter estuvo allí hace más de seis semanas. -Maldición -exclamó Dubchek casi furioso-. El período más largo de incubación para esa clase de enfermedades fulminantes es de unas dos semanas. Incluso para la cuarentena, veinte días se considera un lapso adecuado.

-También tuvo una mordedura de mono dos días antes de caer enfermo.

-Pero ese período de incubación, por el contrario, sería demasiado corto. Tendría que ser de cinco o seis días. ¿Dónde está ahora el mono?

-En cuarentena. -Bien. Cerciórese de que no le pase nada al animal, sobre todo si muere, porque entonces habría que practicarle los estudios para ver si portaba virus. Si en algo tuvo que ver el mono, habría que pensar en el virus Marburg. De cualquier modo, por lo que me cuenta, parece como si estuviéramos ante una fiebre hemorrágica viral, y hasta que no se demuestre lo contrario, deberíamos tomarla como tal. Desde hacía mucho tiempo nos preocupaba que ocurriera esta eventualidad ya que no existe vacuna ni tratamiento.

-¿Y la tasa de mortalidad? -Es alta. Dígame una cosa, ¿no tiene el doctor Richter una erupción cutánea?

Marissa no se acordaba. -Voy a fijarme -prometió.

-Lo primero que quiero que haga es sacar muestras de sangre y orina para hacer cultivos virales de los siete pacientes. Y cuando tenga los resultados, envíelos de inmediato aquí, al Centro. Utilice el servicio de envíos pequeños de la Delta, que es el medio más rápido. Quiero que las extracciones de sangre las efectúe usted personalmente, y por favor, tenga mucho cuidado. También, si puede, empaquete las muestras en hielo antes de remitirlas.

-Acabo de visitar a un enfermo que podría ser otro caso de la misma enfermedad. Se trata de uno de los técnicos del laboratorio.

- Inclúyalo a él también. Al parecer esto se vuelve cada vez más grave. Controle que todos los pacientes estén completamente aislados, que haya un estricto cerco sanitario. Y a

quien esté a cargo de la clínica adviértale que no debe realizarse ningún trabajo de laboratorio hasta que llegue yo.

-Ya lo he dicho. ¿Viene usted mismo? -Por supuesto. Podría tratarse de una emergencia nacional, pero vamos a tardar un poco en tener listo el laboratorio móvil. Mientras tanto establezca la cuarentena para los contactos y trate de ponerse al habla con quienes organizaron la convención oftalmológica en África para ver si algún otro de los asistentes cayó enfermo. Ah, y otra cosa: no le cuente nada a la prensa. Con toda la publicidad que se le ha dado al SIDA no creo que la opinión pública pueda aceptar la amenaza de otra enfermedad viral mortífera. Podría cundir el pánico. Ah, Marissa, quiero que utilice el equipo completo de protección, incluso gafas, cuando visite a los pacientes. Podría conseguirlas en el departamento de patología, si no hay en otro lado. Yo voy a llegar lo antes posible.

Después de colgar, Marissa experimentó una profunda angustia al pensar si no se habría expuesto ya al contagio. También le preocupaba el hecho de haber hablado con Clarence Hems, de Los Ángeles Times; pero bueno, lo hecho, hecho está. Se alegraba de que Dubchek estuviese a punto de llegar porque, como era consciente de sus limitaciones, sabía que ese trabajo la desbordaba.

Después de avisar que quería comunicarse con el doctor Navarro, le pidió a una enfermera que la ayudara a preparar el instrumental necesario para tomar las muestras de sangre. Necesitaba frasquitos con anticoagulantes, bolsas plásticas e hipoclorito de sodio para desinfectar la parte externa de las bolsas. También le hacían falta frascos para orina e hisopos faringeos. Luego llamó al laboratorio de microbiología y pidió que le enviaran recipientes especiales para el transporte de muestras virales en hielo seco. Cuando el doctor Navarro la llamó, le transmitió las instrucciones de Dubchek respecto al cerco sanitario y que no debían practicarse estudios de laboratorio hasta que no llegara él con equipos especiales. También mencionó la necesidad de reunirse para imponer la cuarentena de todos los contactos. El doctor Navarro estuvo de acuerdo, y quedó muy impresionado al saber que, en opinión de Dubchek, podía tratarse de un brote de fiebre hemorrágica viral.

Siguiendo el consejo de su superior, Marissa consiguió unas gafas en el departamento de patología. Nunca pensó en la posibilidad de contraer una enfermedad por los ojos, pero sabía que la superficie ocular era una membrana mucosa tan susceptible de contraer un virus como la mucosa nasal. Cuando se hubo puesto la indumentaria completa de protección, se dirigió a la habitación del doctor Richter para extraerle las muestras.

Antes de comenzar lo revisó para ver si tenía alguna erupción cutánea. No le encontró nada en los brazos, pero sí notó una extraña mancha roja del tamaño de una moneda en su muslo derecho. Al levantarle la bata, advirtió una tenue -pero innegable- erupción maculopapulosa que le cubría casi todo el tronco. Le llamó mucho la atención que Dubchek hubiera previsto esa posibilidad.

Primero extrajo la sangre y luego llenó el frasco de orina utilizando la bolsa de la sonda. Después de cerrar ambas herméticamente, las lavó con hipoclorito de sodio e introdujo cada una en otra bolsa. Sólo cuando la segunda bolsa estuvo desinfectada, permitió que se la llevaran de la habitación.

Marissa se quitó entonces la mascarilla, la bata, los guantes y las botas, y se puso otro juego para revisar a otro paciente, la secretaria médica cuyo nombre era Helen Townsend. Con ella repitió el mismo procedimiento que había seguido con el doctor Richter, y le encontró también una leve erupción en el torso, aunque no un círculo rojo en el muslo ni en ninguna otra parte. Parecía menos enferma que Richter, pero ni ella ni los demás pacientes estaban en condiciones de hacerle preguntas. Sólo Alan Moyers logró hacer acopio de las fuerzas necesarias para plantear ciertas objeciones. Al principio no le quiso dar permiso para que le extrajera sangre a menos que le informara primero cuál era su diagnóstico. Estaba aterrado. Cuando Marissa le contó la verdad, que no sabía de qué enfermedad se trataba y que precisamente para eso necesitaba hacerle análisis de sangre, el chico finalmente cedió.

En cuanto al mono, Marissa no intentó siquiera tomarle muestras de sangre porque el encargado de su cuidado no estaba ese día, y ella no tenía la menor intención de hacer sola la tarea. El animal parecía sano pero no manso; tanto, que le arrojó a Marissa excrementos a través del enrejado de su jaula.

Una vez que terminó de empaquetarlo todo cerciorándose de que las tapas a rosca estuviesen herméticamente cerradas para que el dióxido de carbono del hielo seco no penetrara en las muestras, se dirigió personalmente al aeropuerto para enviar las cajas a Atlanta.

De regreso en la clínica entró primero en la biblioteca donde encontró varios textos clásicos que dedicaban algún capítulo a las enfermedades virales. Rápidamente leyó todo lo vinculado con la fiebre Lassa y los virus Marburg y Ébola. Entonces comprendió la reacción que tuvo Dubchek por teléfono: se trataba de los virus más mortíferos conocidos por el ser humano.

Al llegar al cuarto piso se enteró de que los ocho pacientes habían sido aislados en un pabellón separado. También supo que ya habían llegado los historiales de los pacientes ambulatorios que había pedido. Avisó entonces al doctor Navarro que deseaba hablar con él y se sentó luego a leer los historiales médicos.

El primero era el de Harold Stevens, el corredor de fincas. Comenzó desde atrás y de inmediato descubrió que la última visita registrada a un consultorio había sido el doctor Richter. Harold Stevens padecía de glaucoma crónico y visitaba regularmente a su oculista. El último control se lo había hecho el 15 de enero, cuatro días antes de que lo internaran.

Con una sensación de certeza cada vez mayor, Marissa buscó la última anotación de cada ficha y constató que todos los pacientes habían acudido al consultorio del doctor Richter el día 15 o el 16 de enero, salvo Helen Townsend, la secretaria de archivo, y Alan, el técnico del laboratorio. La última anotación que figuraba en la ficha de Helen Townsend era una consulta con un ginecólogo por un problema de cistitis. Alan había ido a ver a un traumatólogo por una luxación de tobillo que se le produjo en un partido de baloncesto. Salvo en esos dos casos -el de la secretaria y el químico del laboratorio-, todo parecía indicar que el doctor Richter era el transmisor de la enfermedad, como podía deducirse del hecho de que hubiera atendido a cinco de ellos antes de que aparecieran en él los síntomas.

Podía entenderse el contagio del técnico si éste se hubiera pinchado con una aguja contaminada, pero lo que Marissa no podía explicarse era el caso de la secretaria. Era necesario suponer que Helen se había visto con el doctor Richter días antes de esa semana puesto que había caído enferma sólo cuarenta y ocho horas después que él. A lo mejor Richter había pasado mucho tiempo en la sección de archivo a principios de semana.

Un empleado interrumpió sus cavilaciones para avisarle que había llamado el doctor Navarro y que le pedía se dirigiera al salón de conferencias de la clínica.

Al regresar a la sala donde había empezado su día, Marissa se dio cuenta de cuánto había trabajado. Estaba exhausta. El doctor Navarro cerró la puerta y le presentó a la otra persona que se encontraba allí: William Richter, hermano del oftalmólogo enfermo.

-Quería agradecerle personalmente que se hubiese molestado en venir aquí -expresó William. A pesar de su impecable traje a rayas, el rostro desencajado era un mudo testimonio de las pocas horas que había dormido-. El doctor Navarro me informó sobre el diagnóstico posterior, que la apoyaremos con todos nuestros recursos para contener esta enfermedad, pero también nos preocupa el efecto adverso que esta situación podría provocar en la clínica.

Marissa tomó las palabras con cierto enfado puesto que había tantas vidas en peligro, pero el propio Dubchek había dicho esencialmente lo mismo.

-Comprendo su inquietud -respondió, recordando que ya había hablado con un periodista-. Pero creo que habría que tomar medidas más estrictas de cuarentena.

Pasó entonces a explicar que sería preciso dividir a los posibles contactos en dos tipos: los primarios y secundarios. Los contactos primarios serían aquellas personas que hubieran

hablado o tocado a alguno de los ocho pacientes. Los secundarios serían quienes hubiesen tenido contacto con algún primario.

-Dios santo -exclamó Navarro-. Estamos hablando de miles de personas.

-Eso me temo. Nos va a hacer falta todo el potencial humano que pueda conseguir la clínica. También habrá que recurrir al Departamento de Salud del Estado.

-Nosotros suministraremos los recursos humanos -sostuvo Richter-. Preferirla que esto no trascendiera. Pero, ¿no habría que esperar hasta tener el diagnóstico definitivo?

-Si esperamos, tal vez luego sea demasiado tarde. De todas maneras, siempre se puede suspender la cuarentena si no fuese necesaria.

-Será imposible ocultárselo a la prensa -se lamentó el señor Richter.

-A decir verdad -opinó Marissa-, creo que la prensa puede desempeñar un papel positivo para ayudarnos a comunicar con todos los contactos. A los contactos primarios se les debe indicar que permanezcan lo más aislados posible durante una semana y que se tomen la temperatura dos veces al día. Si tienen más de 38,5 de fiebre, deben presentarse en la clínica. Los contactos secundarios pueden desarrollar sus tareas habituales, siempre y cuando controlen su temperatura una vez al día.

Marissa se puso en pie y se desperezó. -Cuando llegue el doctor Dubchek quizás él agregue alguna otra sugerencia, pero creo que ya hemos trazado el procedimiento clásico del Centro. La ejecución queda en manos de la clínica. Mi tarea consiste en tratar de averiguar de dónde proviene el virus.

Dejó a dos hombres totalmente aturdidos y se retiró de la sala. Abandonó el sector de internamiento y se dirigió a la recepción de la clínica para averiguar dónde estaba el consultorio del doctor Richter. Le informaron que estaba en el primer piso y hacia allí se dirigió.

Como la puerta estaba cerrada sin llave, Marissa llamó y entró. La secretaria del doctor estaba ante su escritorio como correspondía, pero no esperaba visitas puesto que rápidamente apagó un cigarrillo y escondió el cenicero en un cajón.

-¿En qué puedo servirle? Era una mujer cincuentona, de pelo canoso y con permanente. El letrerito que llevaba en la solapa decía «señorita Cavanagh». Tenía las gafas de leer en la punta de la nariz y sujetaba las patillas con una cadena dorada que le colgaba del cuello.

Marissa le explicó quién era y agregó: -Sería muy importante poder determinar cómo contrajo la enfermedad el doctor Richter. Y para eso necesitaría reconstruir todas las actividades que realizó durante una o dos semanas antes de que se le manifestaran los síntomas. ¿Puede ayudarme usted? Pienso pedirle lo mismo a su esposa.

-Sí, por supuesto. -¿Recuerda que le haya sucedido algo fuera de lo común? -¿Por ejemplo? -preguntó la mujer con rostro inexpresivo.

-¡Por ejemplo que lo mordiera un mono o que lo atacaran en el aparcamiento! -respondió Marissa en tono cortante.

-Esas cosas pasan. -Sí, desde luego. ¿Nada más que le haya parecido extraño?

-No se me ocurre nada por el momento. Ah, sí: le hicieron una abolladura a su coche.

-Muy bien; ésa es la idea -la alentó Marissa-. Siga pensando. Y a propósito, ¿se encargó usted de los detalles de su viaje a África?

-Sí. -¿Y de la convención en San Diego? -También. -Le agradecerla que me consiguiera el número de teléfono de las organizaciones que la promovieron y una lista de todos los pacientes que visitó el doctor durante las dos semanas previas a su enfermedad. Y por último: ¿conoce usted a Helen Townsend?

La señorita Cavanagh se sacó las gafas de la nariz y las dejó colgar de la cadena antes de lanzar un suspiro de desaprobación.

-¿Helen Townsend tiene la misma enfermedad que el doctor?

-Creemos que sí -repuso Marissa escrutándole el rostro. Esa mujer sabía algo sobre Helen Townsend, pero como no quería hablar se puso a juguetear con las teclas de su máquina de escribir-. ¿Helen Townsend era paciente del doctor Richter?

La señorita Cavanagh levantó la mirada. -No; era su amante. Yo le advertí que podía ocasionarle problemas. Y ahí tiene: le contagió una enfermedad. Debió haberme hecho caso.

-¿No sabe si estuvo con ella justo antes de caer enfermo? -Sí, el día anterior. Marissa se quedó mirándola. Helen Townsend no contagió al doctor Richter sino al revés. Ahora ya entendía que todos los casos tenían relación con el doctor Richter y eso, desde el punto de vista epidemiológico, era sumamente importante. Significaba que el doctor Richter era un caso índice y que él, solamente él, había estado expuesto al foco desconocido del virus. Entonces era mucho más necesario reconstruir las actividades del oculista hasta en el más mínimo detalle.

Le pidió a la señorita Cavanagh que comenzara a anotar lo que recordaba sobre las actividades de su jefe durante las últimas dos semanas y le advirtió que después volvería, pero si la necesitaba antes, podía llamarla a través de la telefonista.

-¿Puedo hacerle una pregunta? -dijo tímidamente la mujer.

-Por supuesto -respondió Marissa, con una mano ya en el picaporte.

-¿Hay posibilidades de que yo también contraiga la enfermedad?

Marissa estaba tratando de alejar ese pensamiento porque no quería asustarla, pero tampoco le podía mentir. Al fin y al cabo, la secretaria debía ser considerada un contacto primario.

-Es posible. Vamos a pedirle que restrinja ciertas actividades durante una o dos semanas y que se tome la temperatura dos veces al día. Sin embargo, yo personalmente creo que no va a tener problemas ya que hasta ahora no ha evidenciado síntoma alguno.

De regreso en el sector de internación tuvo que esforzarse para luchar contra sus propios temores y contra el agotamiento. Tenía demasiadas cosas que hacer, por ejemplo, releer detenidamente todas los historiales clínicos con la esperanza de poder determinar por qué algunos pacientes del doctor habían contraído la enfermedad y otros no. También debía comunicarse con la señora Richter.

Confiaba que, entre la esposa y la secretaria, pudiesen reconstruir en forma casi completa las actividades del doctor los días anteriores a su enfermedad.

Al regresar al cuarto piso se topó con el doctor Navarro y le notó en la cara el mismo cansancio que ella tenía.

-Empeora el estado del doctor Richter. Sangra por todas partes; por los pinchazos de las inyecciones, por las encías, por el tracto gastrointestinal. Está al borde del colapso renal y la presión sanguínea es tremendamente baja. El interferón que le administramos no le produjo el menor efecto y ya no sabemos con qué medicamento probar.

-¿Y Helen Townsend? -Ella también ha empeorado y ya está empezando a tener hemorragias.

Navarro se sentó pesadamente. Marissa dudó un instante pero luego tomó el teléfono. Llamó a Atlanta deseando que Dubchek estuviese ya en camino, pero lamentablemente no fue así y la atendió en seguida.

-Aquí las cosas están bastante mal. En dos pacientes se están verificando cuantiosas hemorragias. Desde el punto de vista clínico esto se parece cada vez más a la fiebre hemorrágica viral y nadie sabe cómo tratar a los enfermos.

-No es mucho lo que se puede hacer. Prueben con heparinización y si no les da resultado, lo único que queda es una terapia de apoyo. Cuando tengamos un diagnóstico seguro quizá podamos emplear un suero hiperinmune, si es que se consigue. A propósito, ya recibimos las muestras que tomó y Tad ya empezó a procesarlas.

-¿Cuándo viene usted? -Muy pronto. Ya tenemos el laboratorio móvil embalado.

Marissa se despertó sobresaltada. Felizmente no había entrado nadie en el cuartito que había tras el puesto de las enfermeras. Eran las diez y cuarto, o sea que sólo había dormido cinco o diez minutos.

Al ponerse de pie se sintió mareada. Le dolía la cabeza y sentía algo de ardor en la garganta. Rogó que esos síntomas fuesen producto de la fatiga y no el comienzo de la fiebre hemorrágica viral.

Esa misma noche se habían presentado en la sala de guardia cuatro casos más con intensas cefaleas, fiebre alta y vómitos. Uno de ellos ya comenzaba con los signos de hemorragias. Todos eran familiares de las víctimas anteriores, lo cual sólo acentuaba la necesidad de una estricta cuarentena. El virus ya había alcanzado la tercera generación. Marissa preparó muestras y las envió a Atlanta por medio de una agencia de transporte urgente.

Como se sabía al borde de sus fuerzas, decidió regresar al motel. Justo cuando se marchaba apareció una enfermera para avisarle que la esposa del doctor Richter quería verla. Comprendió que sería una crueldad no atenderla, razón por la cual se encaminó a la sala de visitas. Anna Richter, una mujer atractiva, bien vestida, de treinta y tantos años cumplidos, hizo lo posible por relatarle las actividades que había desarrollado su marido en las últimas dos semanas, pero estaba terriblemente angustiada, no sólo por la enfermedad de su esposo sino también con miedo por la salud de sus dos hijos. Marissa no quiso insistirle para que le suministrara demasiados detalles y la señora Richter prometió completarle al día siguiente la cronología. Marissa la acompañó hasta el coche del doctor, un BMW. Luego buscó el suyo, se dirigió al Motel del Trópico y allí se fue directamente a la cama.

22 de enero

Al día siguiente, cuando llegó a la clínica, le sorprendió ver una cantidad de camiones de la televisión frente a la entrada con sus antenas elevadas que resaltaban contra el cielo de la mañana. Cuando trató de entrar al aparcamiento, un policía le impidió el paso, y tuvo que enseñar la credencial del Centro para el Control de Enfermedades.

-Cuarentena -le dijo el agente, indicándole que debía entrar por la puerta principal donde estaban las cámaras de la televisión.

Marissa obedeció preguntándose qué habría pasado durante las seis horas y pico que había estado ausente. Vio que los cables de la televisión serpenteaban por el suelo hasta el salón de reuniones y le llamó la atención el intenso movimiento que había en el vestíbulo principal. Al divisar al doctor Navarro le preguntó qué estaba sucediendo.

-Sus compañeros del CCE organizaron una conferencia de prensa -dijo. Tenía el rostro desencajado, sin afeitar y parecía evidente que no se había acostado. Tomó un diario que llevaba debajo del brazo y le mostró el titu- [aquí faltan dos páginas del original]

que los síndromes clínicos totalmente distintos son causados por microorganismos totalmente distintos también. Bueno, hemos terminado por hoy, pero los mantendremos informados. Gracias por haber venido a una hora tan temprana.

Se produjo un alboroto cuando cada periodista trató de que se le respondiera otra pregunta más. Dubchek y sus colegas no les prestaron atención, y se retiraron. Marissa procuró abrirse paso entre el gentío pero no pudo. Fuera del salón, el policía impedía que los periodistas entraran en la zona privada del hospital. Después de enseñar su credencial, Marissa pudo pasar y consiguió reunirse con Dubchek frente a los ascensores.

-¡Aquí está! -exclamó Dubchek con expresión animada, y en tono amistoso la presentó a los demás.

-No sabía que iban a venir tantos -comentó ella al subir al ascensor.

-No nos quedaba otra alternativa -expresó el doctor Uyne.

El doctor Abbot asintió. -A pesar de lo que dijo Cyrill en la conferencia de prensa, este brote es extraordinariamente grave. La posibilidad de que apareciera una fiebre hemorrágica africana en el mundo desarrollado ha sido siempre nuestro temor desde que se conoció la enfermedad.

-Si es que se demuestra que se trata de dicha fiebre -añadió el doctor Eckenstein.

-Yo estoy convencido -aportó el doctor Vreeland-. Y el culpable resultará el mono.

-No le extraje muestras al mono -se apresuró a informar Marissa.

-No importa -dijo Dubchek-. Anoche lo sacrificamos y remitimos especimenes al Centro. Las muestras de hígado y bazo serán mucho más útiles que las de sangre.

Subieron hasta el cuarto piso, donde dos técnicos del Centro extraían muestras para analizar en el laboratorio móvil.

-Lamento mucho lo del artículo de Los Ángeles Times -se disculpó Marissa cuando pudo hablar a solas con Dubchek-. El periodista me abordó la primera vez que entré en el hospital.

-No se preocupe, pero eso sí: trate de que no vuelva a suceder.

Sonrió y le guiñó un ojo. Ella no entendió bien qué quería decir el guiño, como tampoco la sonrisa.

-¿Por qué no me avisó en cuanto llegó? -Porque supuse que estaría exhausta. Además, no había necesidad. Estuvimos la noche entera instalando el laboratorio, practicando la autopsia, simplemente orientándonos. También mejoramos las condiciones de aislamiento incorporando extractores de aire. De todos modos a usted hay que felicitarla. Creo que tuvo un notable desempeño en todas las tareas iniciales. -Después de una pausa continuó-: Por el momento estoy abrumado por los detalles administrativos, pero querría que me pusiera al corriente de lo que ha averiguado. Tal vez podríamos cenar juntos esta noche. Ya le reservé una habitación en el hotel donde me alojo, que seguramente es mucho mejor que el del Trópico.

-Mi motel no está tan mal. Experimentó un leve fastidio, como si la intuición estuviese tratando de advertirle algo.

Marissa regresó al cuartito que había detrás del puesto de las enfermeras porque necesitaba continuar con el papeleo. Primero llamó a las instituciones organizadoras de los dos congresos médicos a los cuales había asistido el doctor Richter. Les dijo que necesitaba saber si alguno de los otros concurrentes había contraído una enfermedad viral. Después, y a pesar de la crueldad que implicaría su próxima llamada, marcó el número de la casa de Richter para preguntar si podía pasar a retirar el diario o agenda que le había prometido la señora Richter la noche anterior.

La vecina que atendió el teléfono quedó horrorizada al oír semejante solicitud, pero después de consultar con la viuda le indicó a Marissa que podía ir dentro de media hora.

Marissa llegó en coche hasta la casa de hermosos jardines y tocó el timbre. La misma vecina salió a abrirle y casi con enfado la condujo a la sala, donde unos minutos más tarde apareció Anna Richter. Parecía haber envejecido diez años de la noche a la mañana. Tenía el rostro demudado y el pelo, rizado con esmero el día anterior, le caía en mechones lacios.

La vecina la ayudó a tomar asiento y Marissa observó que la pobre señora doblaba y desdoblaba con gesto nervioso unos papeles rayados donde al parecer había anotado las actividades desarrolladas por su marido en las últimas semanas. Como se daba cuenta de la enorme tensión que había soportado la mujer, Marissa no supo qué decirle, pero Anna simplemente le pasó las hojas. -Anoche de todos modos no pude dormir y a lo mejor esto sirve para ayudar a alguna otra familia. -Se le llenaron los ojos de lágrimas-. Era un hombre tan bueno.... buen padre.... mis pobres hijos...

Aunque no desconocía la relación amorosa con Helen Townsend, Marissa llegó a la conclusión de que el doctor Richter debía de haber sido un buen esposo. El dolor de Anna parecía real y Marissa se fue apenas pudo retirarse sin faltar a la cortesía.

Las notas que empezó a leer antes de poner el coche en marcha eran muy completas. Si a eso se le sumaba la propia agenda del doctor, y una entrevista posterior con la señorita Cavanagh, probablemente se podría obtener un panorama completo sobre las últimas semanas de Richter.

De vuelta en el hospital, Marissa anotó en una hoja aparte cada día de enero y luego enumeró las actividades de Richter. Algo que descubrió en seguida fue que el hombre se

había quejado a la señorita Cavanagh respecto a un paciente de SIDA, de apellido Meterko, que padecía un trastorno en la retina no diagnosticado aún. Ese dato había que investigarlo.

Por la tarde sonó el teléfono en el cuartito. Sorprendida, Marissa escuchó la voz de Tad Schockley. Lo oía con tanta nitidez que por un momento pensó que su amigo estaba en Los Ángeles.

-No. No me he movido de Atlanta. Necesito hablar con Dubchek y la telefonista creyó que a lo mejor tú sabías dónde está.

-Si no está en la sala asignada al CCE, debe de haberse vuelto al hotel. Creo que no se acostaron en toda la noche.

-Bueno, intentaré encontrarlo en el hotel, pero por si acaso te pido que le transmitas un mensaje.

-Por supuesto. -No es una buena noticia. Marissa se enderezó y apretó el auricular contra el oído.

-¿Es algo personal? -No -dijo Tad, y soltó una risa breve-. Se trata del virus. Las muestras que enviaste son excelentes, sobre todo las del doctor Richter. Su sangre está cargada de virus..., más de mil millones por milímetro. Lo único que tuve que hacer fue poner la muestra en la centrifugadora y observarla luego con el microscopio electrónico.

-¿Pudiste determinar lo que era? -Por supuesto -respondió Tad, emocionado-. Existen sólo dos virus que tienen este aspecto, y me dio positivo en el análisis de Ébola con anticuerpos que se ven por fluorescencia indirecta. El doctor Richter tiene fiebre hemorrágica Ébola.

-Tenía -lo corrigió Marissa, fastidiada por tal despliegue de entusiasmo por parte de Tad.

-¿Acaso murió? -Sí, anoche. -No me sorprende. Esta enfermedad tiene una tasa de mortalidad de más del noventa por ciento.

-¡Dios santo!-Debe de ser el virus más mortífero que se conoce.

-Algunos le conceden al de la rabia ese dudoso honor, pero yo personalmente creo que es el Ébola. Uno de los problemas con que nos enfrentamos es que no se sabe casi nada sobre la enfermedad porque hay muy poca incidencia. A excepción de dos brotes que hubo en [@V@a expene ca] [¿??], es totalmente desconocida. Os costará muchísimo explicar cómo fue que apareció en Los Ángeles.

-Tal vez no tanto: justo antes de enfermar, el doctor Richter había sido mordido por un mono proveniente de África. El doctor Vreeland está casi convencido de que el animal fue el transmisor.

-Probablemente tenga razón -convino Tad-. Los monos fueron los causantes de un brote de fiebre hemorrágica ocurrido en 1967 en la ciudad alemana de Marburg, y se le puso ese mismo nombre al virus. Te advierto que ese virus es muy parecido al Ébola.

-Pronto, lo vamos a saber. Ahora está todo en tus manos. Ya te hemos enviado muestras del hígado y el bazo del mono. Te pido que las analices en seguida y me avises del resultado.

-Con mucho gusto. Entretanto voy a dedicarme al virus Ébola. Quiero ver si resulta fácil realizar el cultivo y averiguar a qué cepa corresponde. Avisa a Dubchek y a los demás que ya sabemos lo del Ébola. Aunque el dato no les sirva de mucho, al menos los obligará a tomar estrictas precauciones. Te llamaré cuando sepa algo. Cuídate.

Marissa salió al pasillo y fue a asomarse a la sala asignada al CCE pero no encontró a nadie. Entró en la habitación contigua y preguntó dónde estaban todos. Le contestaron que algunos de los médicos habían bajado a patología puesto que habían fallecido otros dos pacientes y otros se hallaban en urgencias, recibiendo a varios casos nuevos. El doctor Dubchek había vuelto al hotel. Marissa informó a los técnicos del laboratorio que el virus era Ébola, y los dejó para que fueran ellos quienes comunicaran la mala noticia a los demás.

El Beverly Hilton era tal cual lo había descrito Dubchek, y ciertamente mucho mejor que el decrépito Motel del Trópico, aparte de hallarse más cerca de la Clínica Richter. Sin embargo, mientras caminaba detrás del botones hasta su habitación del séptimo piso, seguía

Librodot

pensando que no había necesidad de cambiar de alojamiento. El hombre encendió todas las luces de la habitación y se marchó, después de darle Marissa un dólar de propina.

En el Trópico no había llegado a deshacer la maleta, razón por la cual la mudanza le resultó sencilla. De todos modos, no la habría hecho si Dubchek no hubiese insistido. Él la había llamado esa tarde, varias horas después de que ella hubiera hablado con Tad. Marissa no había querido ponerse al habla con él por miedo a despertarlo. Apenas oyó su voz por el teléfono le contó lo que le adelantó Tad sobre el virus Ébola, noticia que Dubchek tomó con naturalidad, casi como si lo hubiese esperado. Luego él le dio instrucciones para llegar al hotel, advirtiéndole que sólo tenía que recoger la llave de su habitación, puesto que ya estaba reservada. Le dijo, además, que si no tenía inconveniente, cenarían a las siete y media, para lo cual debía ir a su habitación, que estaba a corta distancia de la de ella. Dubchek prefería pedir que les subieran la cena, pues así podían conversar del tema médico mientras comían.

Al mirar la cama de su habitación Marissa se dio cuenta del enorme agotamiento que sentía, pero como ya eran más de las siete, buscó la bolsa de los cosméticos y fue al baño a peinarse y retocarse el maquillaje. Sacó luego de la cartera los papeles donde había anotado las actividades realizadas por el doctor Richter antes de enfermar, se dirigió a la otra habitación y llamó a la puerta.

Dubchek la atendió sonriente y la hizo pasar. Estaba hablando por teléfono, aparentemente con Tad. Marissa se sentó y procuró seguir la conversación. Así fue como se enteró de que las muestras del mono habían arrojado resultados negativos en los análisis.

-¿Dice usted que con el microscopio electrónico no detectó ni atisbos del virus? -se sorprendió Dubchek.

Se produjo un largo silencio mientras Tad explicaba los resultados de los diversos estudios. Marissa miró su reloj y calculó que debían ser casi las once en Atlanta. Evidentemente Tad estaba trabajando horas extra. Observó a Dubchek y se dio cuenta de que ese hombre le producía una sensación extraña. Recordó lo nerviosa que se puso aquella noche al verlo llegar a la casa de Ralph y sin embargo ahora se sentía atraída hacia él. De vez en cuando él levantaba la mirada y Marissa le notaba un brillo especial en los ojos oscuros. Como se había quitado la americana y la corbata, Marissa le notó un triángulo de piel bronceada en el cuello.

Finalmente Dubchek cortó y fue hasta ella, sonriente. -No cabe duda de que es usted lo más hermoso que he visto hoy. Seguro que su amigo estaría de acuerdo conmigo. Le preocupa mucho la posibilidad de que usted corra peligro.

-Tengo los mismos riesgos que cualquiera de los otros médicos del Centro -sostuvo ella, con un poco de fastidio por el giro que tomaba la conversación.

En el rostro de Dubchek se dibujó una ancha sonrisa. -Tad debe de pensar que el resto del personal no es tan atractivo como usted.

Marissa sacó el tema de las muestras de hígado y bazo del mono para que la charla asumiera un tono más profesional.

-Hasta ahora están limpias -sostuvo Dubchek-, pero sólo se las estudió con microscopía electrónica. Tad empezó también el cultivo viral, de modo que dentro de una semana sabremos los resultados finales.

-Mientras tanto habría que considerar otras posibilidades.

-Supongo que sí. Dubchek parecía distraído. Marissa se inclinó hacia delante y le entregó sus apuntes.

-Pensé que podría interesarle esto. El hombre tomó los papeles y les echó un vistazo. Marissa había anotado en orden cronológico todo lo que había hecho desde que llegó a Los Ángeles. Explicó con argumentos convincentes que el doctor Richter era el agente difusor del Ébola ya, que había contagiado el mal a algunos de sus pacientes. Habló luego de la relación que lo unía con Helen Townsend y de los dos congresos médicos a los que había asistido. Los organizadores de ambos simposios iban a remitirle una lista completa de los asistentes, junto con sus domicilios y números telefónicos.

Durante todo el monólogo, Dubchek realizó gestos de asentimiento para darle a entender que la escuchaba, pero igualmente parecía estar distraído, más concentrado en la cara que en las palabras de Marissa. Al obtener tan poca respuesta, ella fue dejando de hablar poco a poco preguntándose si no estaría cometiendo algún grave error profesional. Dubchek sonrió y lanzó un suspiro.

-Buen trabajo -dijo, simplemente-. Cuesta creer que ésta es su primera labor de investigación. -Se levantó al oír que llamaban a la puerta-. Debe de ser la cena. Qué suerte, porque ya estaba hambriento.

La comida fue mediocre. La carne y la verdura llegaron tibias. Marissa se preguntó por qué no habían bajado al comedor. Supuso que él tenía intenciones de hablar de temas profesionales, pero la conversación se refirió a aquella noche en la casa de Ralph y de dónde lo conocía ella, al CCE, y si le gustaba trabajar allí. Hacia el final de la cena, Dubchek dijo:

-Quería que supiera que soy viudo. -Lo siento muchísimo -respondió Marissa con sinceridad, aunque no entendía el motivo que lo llevaba a darle información sobre su vida privada.

-Pensé que debería saberlo -agregó él como si le hubiera leído los pensamientos-. Mi mujer murió hace dos años en un accidente de coche.

Marissa hizo un ademán de asentimiento porque tampoco supo cómo reaccionar.

-Y usted, ¿sale con alguien, Marissa? Jugueteó con el asa de su taza de café. De ninguna manera iba a mencionar su ruptura con Roger. -No; por el momento, no -logró articular. ¿Sabría Dubchek que había estado saliendo con Tad? No era un secreto, pero tampoco era de dominio público, porque ninguno de los dos lo había comentado con sus compañeros de trabajo. De repente empezó a sentirse incómoda, ya que tenía la impresión de que se violaba la norma que se había impuesto de no mezclar su vida privada con la profesión. Observó a. Dubchek y no pudo menos de pensar que le resultaba interesante. Tal vez era eso lo que más la cohibía, máxime porque no pensaba establecer con él una relación más personal. Todo esto le hizo sentir deseos de salir disparada de allí para continuar su trabajo.

Dubchek empujó su sillón hacia atrás y se puso de pie. -Convendría que nos pusiéramos en camino hacia la clínica,- sugirió.

A ella le pareció bien. Se levantó y se encaminó a una mesita en busca de sus papeles. Cuando se levantó notó que Dubchek se le había acercado por detrás. Sin darle tiempo a reaccionar, él la sujetó por los hombros y la obligó a volverse, gesto que la tomó totalmente por sorpresa. Durante un brevísimo instante sus labios se unieron. Luego ella se retiró y se le cayeron los papeles.

-Perdóneme. No pensaba hacerlo, pero desde el día en que llegó al Centro he sentido la tentación. Nunca me pareció bien salir con alguien de la oficina; sin embargo, desde que murió mi esposa es la primera vez que siento interés por una mujer. Usted no se le parece en absoluto, Jane era alta y rubia, pero demuestra el mismo entusiasmo por su trabajo. Ella se dedicaba a la música y cuando tocaba algo bien, ponía la misma cara apasionada que he notado en usted.

Marissa permaneció en silencio. Sabía que su propia actitud era ruin, que Dubchek no le había acosado en absoluto, pero como le daba vergüenza, no quiso decir nada que rompiese la violencia.

-Marissa -le dijo él con dulzura-, lo que le digo es que cuando regresemos a Atlanta me gustaría salir con usted, pero si ya está comprometida con Ralph, o sencillamente no lo desea...

Su voz fue perdiéndose. Marissa se agachó para recoger sus apuntes. -Si vamos a volver al hospital, ya es hora de marcharnos -manifestó en tono cortante.

Dubchek la siguió con expresión severa hasta el ascensor. Más tarde, cuando Marissa iba en su coche alquilado, se reprendió a sí misma. Cyrill era el hombre más atractivo que había conocido después de Roger. ¿Qué la habría inducido a un comportamiento tan absurdo?

Librodot

27 de febrero

Casi cinco semanas más tarde, cuando regresaba en taxi del aeropuerto, Marissa venía pensando si sería capaz de restablecer una relación afable, profesional, con Dubchek, ahora que ambos habían regresado a Atlanta. Él se había marchado pocos días después de la conversación que habían mantenido en el Beverly Hilton, y las pocas veces que se encontraron en la Clínica Richter se trataron con cierta tirantez.

Cuando el vehículo llegó a su barrio, al ver las ventanas iluminadas y las escenas de vida familiar en el interior de las casas, se sintió abrumada por una profunda soledad.

Después de pagar al chofer y de desconectar la alarma corrió a la casa de Judson a recoger a Taffy y toda la correspondencia que se había acumulado en más de un mes. La perra quedó arrobada al verla y los Judson estuvieron sumamente afectuosos, ya que en vez de hacerla sentir culpable por tan larga ausencia, se mostraron sinceramente apenados de ver partir a Taffy.

Ya en su casa, Marissa subió la calefacción. La vida era muy distinta por el solo hecho de tener el animalito.

Taffy no se apartaba de su lado y exigía una atención casi constante.

Marissa abrió la nevera para buscar algo de comida y descubrió que algunos alimentos se habían estropeado. Volvió a cerrarla y resolvió que la limpieza la haría al día siguiente.

Cenó higos y un refresco, mientras revisaba la correspondencia. Aparte de una tarjeta enviada por un hermano y de una carta de sus padres, lo demás era todo propaganda farmacéutica.

Se sobresaltó al oír el teléfono, pero cuando atendió tuvo el placer de escuchar la voz de Tad que le daba la bienvenida a Atlanta.

-¿No quieres salir a tomar algo? Puedo pasar a buscarte.

Su primera reacción fue decirle que estaba exhausta del viaje, pero después recordó que la última vez que habían hablado por teléfono él le contó que había terminado su proyecto sobre el SIDA, y se había dedicado al estudio del virus Ébola. Se le fue parte del cansancio como por arte de magia y le preguntó cómo iban las investigaciones.

-¡Bien! El virus se extiende como una mancha de aceite en los cultivos de tejido. La parte de morfología del trabajo está completa y ya empecé con el análisis de proteínas.

-Me encantaría ver lo que estás haciendo. -Con mucho gusto te enseñaría todo lo que tengo, pero lamentablemente gran parte de la investigación se lleva a cabo en el laboratorio de máximo riesgo.

-Lo suponía. Marissa sabía que un virus tan mortal sólo podía manipularse en un laboratorio donde, como lo indicaba su nombre, se conservaban los microorganismos más peligrosos. Creía que existían unos cuatro sitios semejantes en el mundo: uno el CCE, otro en Inglaterra, otro en Bélgica y el último en la Unión Soviética. No estaba segura incluso si el Instituto Pasteur de Paris contaba siquiera con instalaciones de esa clase. Por razones de seguridad, allí sólo se permitía la entrada de unas pocas personas autorizadas, entre las cuales no estaba incluida Marissa. Sin embargo, después de comprobar el devastador efecto del virus Ébola, confesó a Tad cuánto ansiaba poder ver sus estudios.

-No tienes permiso -dijo él, sorprendido por la aparente ingenuidad de su amiga. -Ya lo sé, pero, ¿qué tiene de malo que me enseñes lo que estás haciendo con el Ébola y después salir a tomar una copa? Al fin y al cabo es tarde y nadie se va a enterar si me llevas ahora.

Se hizo una pausa. -Pero la entrada es restringida... Marissa tenía plena conciencia de que se estaba aprovechando de Tad, pero también era cierto que no había peligro alguno si iba acompañada por él. -¿Quién se va a enterar? -lo coaccionó-. Además, Yo formo parte del equipo.

Sí, claro -aceptó Tad, renuente. Era obvio que dudaba. El hecho de que Marissa accediera a salir con él sólo si la llevaba primero al laboratorio, terminó por decidirlo. Le dijo entonces que pasaría a recogerla media hora después y que no debía contarle nada a nadie.

Marissa aceptó rápidamente las condiciones.

-Esto no me hace demasiado feliz -reconoció Tad cuando iban camino del Centro para el Control de Enfermedades.

-Tranquilízate. Por Dios, yo también trabajo aquí, en la sección Patógenos Especiales.

Fingió sentirse algo molesta. -Pero podríamos solicitar mañana una autorización. Marissa se volvió para mirarlo de frente. -¿Te estás acobardando? Sabía que Dubchek regresaba al día siguiente de un viaje a Washington y que podía hacer una solicitud formal, pero no creía que se lo concediera. Dubchek se había mostrado absurdamente frío durante las últimas semanas, por más que el motivo fuese la estupidez de ella. ¿Por qué no tuvo el valor de pedirle disculpas o de decirle incluso que le gustaría salir con él una noche? Y así, cada día que pasaba iba en aumento la frialdad que los separaba, sobre todo por parte de él.

Tad dejó el coche en el aparcamiento y caminaron en silencio hacia la entrada principal. Marissa iba cavilando acerca del orgullo masculino y cuántos trastornos solía causar.

Firmaron el registro bajo la mirada atenta del guardia, y mostraron la credencial del Centro como correspondía. En la columna de «Destino», Marissa escribió «oficina». Subieron tres pisos en ascensor. Recorrieron todo el edificio, pasaron por una puerta que daba al exterior y siguieron por una pasarela franqueada por una tela metálica que comunicaba el edificio principal con los laboratorios de virología. Todos los edificios del Centro se comunicaban en casi todos los pisos por medio de pasillos similares.

-Para el laboratorio de máximo riesgo hay estrictas medidas de seguridad -comentó Tad en el momento de abrir la puerta del sector virología-, porque aquí almacenamos todos los virus patológicos conocidos por el hombre.

-¿Hasta el último de ellos? -se asombró Marissa. -Casi te diría que sí -respondió Tad, orgulloso. -¿El Ébola también? -Tenemos muestras de los brotes anteriores. También tenemos Marburg, viruelas (que ya se consideran extinguidas), polio, fiebre amarilla, dengue, SIDA, lo que quieras.

-¡Dios mío! Una colección de horrores. -Se la puede definir así. -¿Cómo se conservan los virus? -Congelados en nitrógeno líquido. -¿Son infecciosos? -Basta con descongelarlos. Cruzaban en ese momento por un vestíbulo después de dejar atrás una cantidad de oficinas pequeñas y oscuras. Marissa había estado antes en ese sector del edificio, cuando iba al despacho de Dubchek.

Tad se detuvo frente a un congelador con entrada para personas, semejante a los que se ven en los frigoríficos.

-Esto quizá te resulte interesante -dijo, al tiempo que abría una pesada puerta.

Dentro había una luz encendida. Tímidamente Marissa cruzó el umbral internándose en el frío húmedo seguida por Tad. Experimentó una sensación de temor cuando la puerta se cerró sola.

En el interior del congelador había estanterías con cientos de miles de frasquitos.

-¿Qué es eso? -Suero congelado -respondió Tad, tomando un frasco que tenía anotado un número y una fecha-. Son -muestras extraídas de pacientes del mundo entero, de todas las enfermedades virales conocidas y muchas que no lo son. Están aquí para ser sometidas a estudios inmunológicos, y obviamente no son infecciosas.

Marissa se alegró de regresar al vestíbulo. Unos quince metros más adelante del congelador el pasillo giraba bruscamente a la derecha y toparon con una imponente puerta de acero. Sobre el picaporte había un panel con botones semejante al sistema de alarma que tenía Marissa en su casa. Debajo había una ranura muy parecida a las que tienen los cajeros automáticos para introducir allí una tarjeta. Tad le mostró una tarjeta que llevaba colgada del cuello con una correa de cuero y la colocó en la ranura.

-La computadora está registrando la entrada -dijo. Luego marcó su número en código en el panel de mando: 100-60-95-. Buenas medidas -bromeó.

-Gracias -se rió Marissa. Como el edificio de virología estaba desierto, Tad parecía más tranquilo. Al cabo de una breve demora se oyó el clic del cerrojo que se abría, y Tad empujó la puerta. Marissa tuvo la sensación de estar entrando en otro mundo. En vez de estar en un

vestíbulo sucio y desordenado como en el sector externo del edificio, se encontró rodeada por tuberías, manómetros y demás instrumentos futuristas pintados de distintos colores siguiendo un código determinado, todo de reciente construcción. La iluminación era tenue. Tad abrió entonces una caja donde había una serie de interruptores y los accionó. El primero encendió las luces de la habitación donde se encontraban, de una altura casi doble de lo normal, llena - de todo tipo de equipos. Flotaba en el aire cierto olor fenólico que a Marissa le hizo recordar la sala de autopsias de la facultad de medicina.

El siguiente interruptor encendió las luces de una hilera de ventanas estilo ojo de buey instaladas a los lados de un cilindro de tres metros de altura que sobresalía dentro del recinto. En el extremo del cilindro había una puerta ovalada semejante a la escotilla de un submarino.

El último interruptor produjo un zumbido al ponerse en funcionamiento alguna máquina eléctrica de enormes proporciones.

-Son compresores -explicó Tad ante la mirada inquisidora de Marissa, pero no explicó más. En cambio, realizó un amplio ademán-. Esta es la zona de control del laboratorio de máximo riesgo. Desde aquí podemos operar todos los ventiladores y filtros, incluso los generadores de rayos gamma. Fíjate en la cantidad de lucecitas verdes, indicadoras de que todo marcha como debe. ¡Al menos eso espero!

-¿Por qué lo dices? -preguntó Marissa atemorizada, pero al ver la sonrisa de su amigo, se dio cuenta de que le tomaba el pelo.

Así y todo, de repente ya no estuvo tan segura de querer continuar con el recorrido. La idea le había parecido muy buena cuando estaba en el marco protegido de su propia casa, pero al verse rodeada por un instrumental desconocido, sabiendo qué clases de virus se alojaban allí, ya no estaba tan segura. Pero Tad no le dio tiempo a cambiar de opinión. Abrió la puerta hermética tipo escotilla y le hizo señas de que entrase. Marissa tuvo que agachar la cabeza al cruzar el umbral de diez centímetros de alto. Tad entró después, cerró y atrancó la puerta. A Marissa la invadió una sensación de claustrofobia, máxime cuando tuvo que tragar saliva para destaparse los oídos debido al cambio de presión.

En el cilindro se alineaban las ventanas redondas que Marissa había visto desde fuera. A lo largo de ambos lados había bancos y armarios verticales. Al fondo, estanterías y otra puerta hermética.

-¡Sorpresa! -exclamó Tad arrojándole unas prendas de algodón-. No se permite entrar con ropa de calle.

Al cabo de un momento de vacilación durante el cual buscó en vano un sitio que le permitiera un mínimo de intimidad, Marissa comenzó a desabrocharse la blusa. Por mucha que fuera la vergüenza que sentía ante la necesidad de desvestirse delante de Tad, él estaba más cohibido y miró hacia otro lado mientras Marissa se desnudaba.

Luego atravesaron una segunda puerta. -A medida que nos internamos en el laboratorio, cada habitación que pasamos tiene una presión más baja que la anterior, con lo cual se asegura que el único movimiento de aire se dé hacia adentro del laboratorio, no hacia fuera.

La segunda habitación era aproximadamente del tamaño de la primera, pero no tenía ventanas y el olor a desinfectante fenólico era allí más pronunciado. Una cantidad de monos plásticos de color azul colgaban en percheros de pared. Tad buscó uno que fuera más o menos de la medida de Marissa y se lo entregó. Era una especie de traje espacial pero sin relleno ni escafandra pesada. Al igual que un atuendo espacial, cubría el cuerpo entero, manos y pies incluidos. Se cerraba con una cremallera que iba desde el pubis al cuello. De la espalda, como una larga cola, salía una manguera de aire.

Tad señaló las tuberías verdes que corrían a lo largo de la habitación a la altura del pecho, y comentó que en todo el laboratorio había tubos de ésos. A intervalos frecuentes, había tubos de múltiples bocas -pintados de un verde más claro-, con adaptadores para conectar allí las mangueras de aire de los trajes. Tad aclaró que los trajes estaban llenos de aire limpio, de presión positiva, de modo que nunca se respiraba el aire del laboratorio propiamente dicho. Ensayó con Marissa el método para conectar y desconectar el tubo de aire

hasta convencerse de que ella lo hacía con precisión. -Muy bien. Llegó el momento de vestirse -dijo, mostrándole la forma en que había que ponerse la gruesa indumentaria. El proceso era complicado, sobre todo introducir la cabeza dentro de la capucha cerrada. Cuando Marissa miró por la mascarilla de plástico transparente, ésta se empañó de inmediato.

Tad le indicó que debía conectar su tubo de aire, y en el acto ella percibió el aire fresco sobre su cuerpo, que también le desempañó el visor. Tad le subió el cierre del traje, y con movimientos diestros se vistió con el suyo. Infló su traje, luego desconectó el tubo de aire y, llevándolo en la mano, se encaminó a la puerta más lejana. Marissa lo siguió caminando con dificultad.

A la derecha de la puerta había una consola de mando. -Luces interiores del laboratorio -explicó Tad, al tiempo que accionaba los interruptores.

La vestimenta ahogaba la voz y además costaba entender debido al zumbido que producía la entrada de aire. Atravesaron otra puerta hermética que Tad cerró al pasar.

La habitación siguiente era más pequeña que las dos primeras. Allí, paredes y tuberías estaban cubiertas por un polvillo blanco, y el suelo por una rejilla de plástico.

Conectaron sus tubos de aire por un instante. Luego pasaron por una última puerta que daba al laboratorio propiamente dicho. Marissa le pisaba los talones a su amigo y desplazaba su manguera de aire de la misma forma que él lo hacía.

Entraron en una espaciosa habitación rectangular con un sector central de mesas de laboratorio sobre las cuales se levantaban campanas protectoras de aspiración. Contra las paredes se veía todo tipo de instrumental: centrífugas, incubadoras, varios microscopios, terminales de computadoras y otros innumerables objetos que ella no conocía. A la izquierda, había también otra puerta hermética, cerrada con llave.

Tad la llevó directamente hasta una incubadora y abrió las portezuelas. Los tubos con cultivo de tejido se hallaban colocados en bandejas que giraban lentamente. Tad sacó uno y se lo entregó.

-Aquí tienes tu Ébola -dijo. Además de la pequeña cantidad de líquido que contenía el tubo, éste estaba revestido por un lado con una fina película, una capa de células vivas infectadas con el virus. Dentro de las células, el virus se esforzaba por reproducirse. Por inocente que fuera su aspecto, Marissa sabía que el contenido de esa probeta alcanzaba para matar a toda la población de Atlanta, tal vez hasta la de Estados Unidos. Sintió un estremecimiento que la hizo sostener el tubo con más fuerza.

Tad le pidió que se lo devolviese y lo llevó hasta un microscopio. Depositó en él el espécimen, graduó el foco y dio un paso atrás para que se acercara Marissa.

-¿Ves esos pelotones oscuros en el citoplasma? Marissa asintió. Pese al visor del plástico, podía distinguir los corpúsculos de inclusión que describía Tad, así como los núcleos irregulares de las células.

-Ése es el primer signo de infestación. Acabo de implantar estas colonias. Este virus es increíblemente potente.

Cuando Marissa se levantó del microscopio, Tad volvió a poner la probeta en la incubadora. Luego empezó a explicar su compleja investigación señalando el instrumento y aclarando con lujo de detalle los diversos experimentos. A Marissa le costaba concentrarse. No había ido allí con deseos de oír hablar del trabajo de Tad, pero eso no podía, decírselo.

Finalmente la condujo por un pasillo hasta un laberinto de jaulas de animales que llegaban casi hasta el techo. Había monos, conejos, cobayos, ratas y ratones. Marissa se sintió observada por centenares de ojos, algunos indiferentes, otros cargados de odio. En un sector apartado del salón, Tad extrajo una bandeja de animales que denominó ratones suizos e iba a mostrárselos a Marissa cuando de repente se detuvo.

-¡Caramba! -exclamó-. A estos bichos los inoculé esta misma tarde y la mayoría ya ha muerto. -Miró a su amiga-. Tu virus Ébola es realmente letal, como la cepa M Zaire de 1976.

Marissa observó con desagrado los ratones muertos. -¿Hay alguna forma de comparar las diversas cepas? -quiso saber.

Librodot

-Por supuesto. Tad retiró los animalitos muertos. Regresó luego al laboratorio principal y los colocó sobre una bandeja para que se les practicara la autopsia. Luego se volvió e intentó responder la pregunta de Marissa. A ella le costaba entenderle cuando no le hablaba de frente porque la voz sonaba hueca por el traje de plástico.

-Ahora que he empezado a determinar los rasgos distintivos del Ébola, será sencillo compararlo con las cepas anteriores. De hecho comencé con estos ratones, pero los resultados tendrán que esperar la evaluación estadística.

Tad se detuvo frente a la puerta hermética, con cerrojo.

-No creo que quieras entrar aquí -dijo. Sin esperar respuesta, abrió y entró con los ratones muertos. Al abrirse la puerta Marissa percibió cierto vaho. Quiso espiar dentro, pero en el acto reapareció su amigo y cerró con fuerza la puerta a sus espaldas.

-¿Sabes una cosa? También pienso compararlos polipéptidos estructurales y el ARN de tu virus contraponiéndolos con la cepa anterior de Ébola.

-¡Ya basta! -exclamó ella, riendo-. Me haces sentir muy ignorante. Tengo que buscar mi viejo texto de virología para comprender todo esto. ¿Por qué no lo dejamos ya, y nos vamos a tomar esa copa que me prometiste?

-Con mucho gusto. Hubo una sorpresa al salir. Cuando llegaron a la habitación del polvillo blanco, de pronto quedaron empapados por una lluvia de desinfectante fenólico. Mirando el desconcierto de Marissa, Tad no pudo menos de sonreír.

-Ahora ya sabes cómo te sentirías dentro de un inodoro -dijo.

Mientras se ponían la ropa de calle, ella le preguntó qué había en esa habitación donde había llevado los ratones muertos.

-No es más que un enorme congelador -respondió Tad, quitándole importancia al tema con un ademán.

En los días siguientes Marissa se readaptó a la vida en Atlanta y pudo disfrutar de su casa y su perra. Al día siguiente de su llegada se ocupó de las tareas difíciles, como eliminar los alimentos estropeados en la nevera y ponerse al día en los pagos atrasados. En el trabajo se dedicó a estudiar la fiebre hemorrágica viral, en particular la originada por el virus Ébola. En la biblioteca del Centro obtuvo material relacionado con los diversos brotes de Ébola: Zaire 1976, Sudán 1976, Zaire 1977 y Sudán 1979. En cada uno de estos casos, el virus apareció misteriosamente y luego desapareció. Se realizaron intensos estudios para determinar qué organismos le servían de receptáculo, para lo cual se analizaron más de doscientas especies distintas de animales e insectos como huéspedes potenciales, y todas dieron negativo. El único hallazgo positivo fue de ciertos anticuerpos en algún conejillo de indias doméstico.

Le resultó particularmente interesante la narración de cómo sucedió el primer brote epidémico de Zaire. La transmisión de la enfermedad se relacionó con un centro de salud denominado Hospital de la Misión de Yambuku. Se preguntó qué posibles elementos similares existían en la Misión de Yambuku y la Clínica Richter, o mejor aún, entre Yambuku y Los Ángeles. No debía de haber muchos.

Se había situado al fondo de la biblioteca para leer el clásico texto Virología, de Fields. Estaba repasando lo referente a cultivo de tejidos para realizar trabajos prácticos en el laboratorio virológico. Tad se había comprometido a facilitarle algunos virus relativamente inocuos a fin de que pudiera familiarizarse con el más moderno instrumental de virología.

Marissa miró la hora. Eran más de las dos, y a las tres y cuarto tenía que ir a ver a Dubchek. El día anterior le había entregado a la secretaria una solicitud formal de autorización para que se le permitiera acceder al laboratorio de máximo riesgo para lo cual debió describir la investigación que deseaba practicar sobre el grado de infecciosidad del virus Ébola. Sin embargo, no tenía demasiadas esperanzas de que Dubchek accediera a su petición ya que, desde el regreso de Los Ángeles no le había prestado ni la más mínima atención.

Notó que se cruzaba una sombra sobre la página del texto y automáticamente levantó la cabeza.

Librodot

-¡Bueno, bueno! ¡Todavía estás viva! -exclamó una voz conocida. _Ralph -murmuró ella, asustada tanto por su inesperada presencia en la biblioteca como por el volumen de su voz.

Varias cabezas se volvieron para observarlos. -Me habían dicho que estabas viva, pero tenía que comprobarlo personalmente -continuó Ralph, sin prestar atención a la mirada furibunda de la señora Campbell.

Marissa le hizo señas de que se callara y luego lo llevó de la mano al vestíbulo, donde podían hablar con tranquilidad. Sintió un profundo afecto por él al advertir una sonrisa cálida en su rostro.

-Cuánto me alegro de verte -dijo, y lo abrazó con cierto remordimiento por no haberlo llamado desde su regreso. Mientras estaba en Los Ángeles habían hablado por teléfono por lo menos una vez por semana.

Como si le hubiese leído el pensamiento, él preguntó:

- ¿Por qué no me llamaste? Dubchek me dijo que habías vuelto hacía cuatro días.

-Iba a llamarte esta noche -respondió ella, sumisa, fastidiada de que Ralph estuviese recibiendo información sobre su persona por boca de Dubchek.

Bajaron a la cafetería a tomar un café. A esa hora de la tarde estaba casi desierta y se sentaron junto al ventanal que daba al patio del Centro. Ralph comentó que salía del hospital y se dirigía a su consultorio y que había querido encontrarla antes de la noche.

-¿Qué te parece si vamos a cenar? -la invitó, apoyando una mano sobre la de Marissa-. Estoy impaciente por saber los detalles de cómo vencisteis al Ébola en Los Ángeles.

-No estoy segura de que veintiuna muertes puedan considerarse un triunfo. Y lo peor de todo es que, desde un punto de vista epidemiológico, fracasamos porque no pudimos determinar la procedencia del virus. Tiene que haber algún foco específico. Imagínate cómo habría reaccionado la prensa si el CCE no hubiese podido hallar la bacteria de los Legionarios en el sistema de aire acondicionado.

-Creo que te juzgas con demasiada severidad. -Pero es que no tenemos idea de cuándo puede volver a aparecer el Ébola. Lamentablemente yo tengo la sensación de que se va a repetir. Y es tan mortal...

Tenía muy presente sus efectos letales. -Tampoco se pudo saber de dónde provino el Ébola en África -aclaró Ralph, tratando de levantarle el ánimo.

Le llamó la atención que Ralph conociese ese dato y se lo dijo.

-Basta con mirar los noticieros de la televisión para instruirse en temas médicos. -Le apretó la mano-. Pienso que deberíais considerar la estancia en Los Ángeles como un éxito, porque pudisteis contener una posible epidemia de enormes proporciones.

Marissa sonrió. Se daba cuenta de que Ralph procuraba que se sintiese mejor y mentalmente se lo agradecía.

-Sí, tienes razón. El brote pudo haber sido mucho peor, y hubo un momento en que así lo pensamos. Gracias a Dios, la cuarentena fue la solución. Y me alegro, porque la tasa de mortalidad era superior al noventa y cuatro por ciento, con sólo dos casos de supervivencia. Hasta a la Clínica Richter había que considerarla como una víctima ya que ahora tiene tanta mala fama por el Ébola como las casas de baño de San Francisco por el SIDA.

Marissa miró la hora y vio que eran más de las tres. -Tengo una reunión dentro de unos minutos -se disculpó-. Te agradezco muchísimo que hayas venido a verme. La idea de cenar juntos esta noche me parece estupenda.

-Hasta luego -dijo él, levantando la bandeja con las tazas vacías.

Marissa subió corriendo la escalera hasta el tercer piso y cruzó al edificio de virología. A la luz del día no le pareció tan atemorizante como de noche. Al encaminarse a la oficina de Dubchek, pensó que apenas dando la vuelta se encontraba la puerta de acero que daba acceso al laboratorio de máximo riesgo. Eran las tres y diecisiete cuando estaba frente a la secretaria de Dubchek.

Librodot

Fue una tontería haberse apresurado. Se sentó ante la secretaria, se puso a hojear el Virology Times -con su sección central dedicada al virus del mes- y comprendió que, por supuesto, Dubchek la haría esperar. Volvió a fijarse en la hora: cuatro menos veinte. Del otro lado de la puerta oía a Dubchek hablando por teléfono. Y en la consola que tenía la secretaria sobre su escritorio podría darse cuenta cuando se apagara la lucecita titilante y volviera a encenderse para llamar otra vez. Eran las cuatro menos cinco cuando por fin se abrió la puerta y Dubchek le hizo señas de que pasara.

La oficina era pequeña y había a la vista multitud de fotocopias de artículos amontonados sobre el escritorio, sobre el archivador o directamente en el suelo. Dubchek estaba en mangas de camisa, con la corbata escondida entre el botón segundo y tercero para que no le estorbara. No se disculpó ni le explicó por qué la había hecho esperar. Más aún, en su rostro se dibujaba un atisbo de sonrisa que a Marissa le causó desagrado.

-Espero que haya recibido mi nota -dijo ella, procurando hablar en un tono expeditivo.

-Así es. -¿Qué es lo que me aconseja? -Que siga exactamente con lo que hace ahora. Continúe trabajando con virus menos patógenos hasta que adquiera experiencia.

-¿Y cómo sabré que he reunido suficiente experiencia?

Comprendía que Dubchek tenía razón, pero también se preguntaba si la respuesta de él habría sido distinta de haber estado saliendo juntos. Lo que más la mortificaba era no ser capaz de pedir disculpas por su grosero rechazo. Dubchek era guapo, un hombre que le resultaba mucho más inteligente que Ralph, con quien sin embargo aceptaba salir a cenar.

-Creo que yo me voy a dar cuenta de cuándo ha obtenido un nivel adecuado de experiencia -dijo él interrumpiéndole los pensamientos-. O bien lo sabrá Tad Schockley.

Se sintió más animada. Si la decisión quedaba a criterio de Tad, seguramente conseguiría alguna vez la autorización.

-Mientras tanto -continuó el hombre dando la vuelta al escritorio para ir a sentarse-, tengo algo más importante que comentarle. Acabo de hablar por teléfono con varias personas, incluso con el jefe de Epidemiología del Estado de Missouri. Se ha presentado en Saint Louis un único caso de enfermedad viral que podría ser Ébola. Quiero que se traslade allí en el acto, que evalúe la situación en su aspecto clínico, envíe muestras a Tad y vuelva a informar. Aquí tiene la reserva de pasaje aéreo. -Le entregó un papel con una nota: aerolínea Delta, vuelo 1083. Hora de salida: 17:34. Hora de llegada: 18:06.

Quedó atónita. Con el tránsito congestionado de la hora punta, tenía el tiempo justo para llegar. Sabía que un experto en enfermedades infecciosas siempre debía tener lista una maleta, pero ella no la tenía y además estaba el problema de Taffy.

-Vamos a tener listo el laboratorio móvil por si es necesario -decía, Cyrill en ese momento-, pero esperemos que no haga falta.

Le tendió la mano, pero Marissa estaba tan preocupada con la posibilidad de enfrentarse posiblemente con el letal virus Ébola, que no se percató. Había ido allí a pedir permiso para utilizar el laboratorio de máximo riesgo ¡y salía con la orden de volar en seguida rumbo a Saint Louis! Miró brevemente la hora y echó a correr: le quedaba el tiempo justo.

3 de marzo

Sólo cuando el avión corría por la pista recordó Marissa la invitación de Ralph. Bueno, con suerte podría llamarlo por teléfono justo cuando él regresara a su casa. El único consuelo que le quedaba era que, en el plano profesional, se sentía más tranquila que al viajar a Los Ángeles. Al menos tenía cierta idea de la labor que debería realizar. Sin embargo, como ya sabía el grado terrible de mortalidad del Ébola -si es que se trataba de ese virus-, tenía más miedo por su propia seguridad. Si bien no se lo había confesado a nadie, aún la inquietaba la posibilidad de haber contraído la enfermedad en el brote anterior. Cada día que pasaba sin experimentar síntomas sospechosos era para ella un alivio. Pero el temor no había desaparecido del todo.

El otro tema que la perturbaba era que hubiese aparecido tan pronto otro brote de Ébola. De comprobarse que se trataba del mismo virus, ¿cómo había llegado a Saint Louis? ¿Era una epidemia distinta de la de Los Ángeles o una prolongación de aquélla? Se le planteaban muchos interrogantes, ninguno de ellos alentador.

-¿Va a cenar? -le preguntó una azafata interrumpiéndole los pensamientos.

-Sí, claro -respondió, bajando la mesita abatible. Le convenía cenar algo aunque no tuviese hambre, porque una vez en Saint Louis quién sabe si tendría tiempo para comer.

Al bajar del taxi que la condujo desde el aeropuerto de Saint Louis hasta el Community Health Plan Hospital, comprobó con agrado que había un cómodo cobertizo para vehículos. Llovía a cántaros, y pese al techo de cemento, tuvo que levantarse las solapas del abrigo para no empaparse con la lluvia que arrastraba el viento. Entró por la puerta giratoria acarreando la cartera y la maleta, puesto que no había tenido tiempo de pasar primero por el hotel.

El edificio era imponente incluso en una noche oscura y tormentosa. Era de estilo moderno, con fachada de mármol italiano que representaba en la fachada, y hasta los tres pisos de altura, una réplica del Gateway Arch. El interior era de roble claro y alfombras de un rojo intenso. Una desenvuelta recepcionista le indicó cómo llegar a las oficinas administrativas, para lo cual debía atravesar unas puertas abatibles.

-¡Doctora Blumenthal! -exclamó un diminuto oriental levantándose de su escritorio. Marissa dio un paso atrás cuando el hombre le tomó la maleta y le estrechó enérgicamente la mano libre-. Soy el doctor Harold Taboso, director de esta institución. Y éste es el doctor Peter Austin, jefe de Epidemiología del Estado de Missouri. Estábamos esperándola.

Marissa le dio la mano al doctor Austin, un hombre alto y delgado, de cutis rojo.

-Estamos muy agradecidos de que haya podido venir tan rápido -expresó Taboso-. ¿Desea algo de comer o beber?

-Comí en el avión, gracias. Además preferiría ponerme a trabajar en seguida.

-Por supuesto, por supuesto.

Por un momento pareció confundido y su colega Austin aprovechó el silencio para hacerse cargo de la situación.

-Conocemos perfectamente lo ocurrido en Los Ángeles y por eso nos preocupa que podamos estar aquí ante el mismo problema. Como usted sabe, hemos ingresado un caso sospechoso esta mañana y otros dos más mientras usted venía hacia aquí.

Marissa se mordió el labio. Tenía la esperanza de que resultara una falsa alarma, pero al haberse presentado dos casos nuevos, no había razón que justificase su optimismo. Se dejó caer en la silla que le alcanzó el doctor Taboso, y dijo:

-Seria conveniente que me informaran lo que han averiguado hasta ahora.

-Me temo que no es demasiado -se justificó Austin-, porque ha habido poco tiempo. El primer caso ingresó alrededor de las cuatro. Hay que reconocer el mérito del doctor Taboso por haber dado la alarma en seguida. Como el paciente fue aislado de inmediato, esperamos haber reducido al mínimo los contactos aquí en el hospital.

Marissa miró de soslayo al doctor Taboso y éste sonrió nervioso, aceptando el cumplido.

-Eso fue muy positivo. ¿Se practicó algún estudio de laboratorio?

-Desde luego -respondió Taboso. -Allí podría haber algún problema. -Sí, lo sabemos. Pero el análisis se ordenó apenas ingresó el enfermo, antes de que sospecháramos cuál podía ser el diagnóstico. Apenas se informó a mi oficina, dimos aviso al Centro para el Control de Enfermedades.

-¿Pudieron establecer alguna vinculación con el brote de Los Ángeles? ¿Ninguno de los pacientes provenía de allí? -No -repuso el doctor Austin-. Investigamos esa posibilidad, pero no pudimos establecer conexión alguna.

-Bueno -dijo ella poniéndose de pie sin demasiadas ganas-, vamos a ver a los pacientes. Supongo que contarán con el equipo completo de ropa protectora.

Librodot

-Sí, por supuesto. Atravesaron el vestíbulo hacia los ascensores. Cuando iban subiendo, Marissa preguntó:

- ¿Alguno de los enfermos ha estado últimamente en África?

Los dos médicos se miraron y Taboso respondió: -Creo que no. Marissa no se esperaba una respuesta afirmativa. Así, todo habría sido demasiado fácil. Iba observando el indicador de los pisos y vio que se detenían en el séptimo.

A medida que avanzaban por el pasillo vio que la mayoría de las habitaciones no estaban ocupadas. Gran parte de ellas no estaban ni siquiera terminadas de amueblar y las paredes del pasillo apenas tenían la primera mano de pintura.

El doctor Taboso advirtió la expresión del rostro femenino.

-Perdone -dijo-; debí habérselo explicado. Cuando se construyó este sanatorio se planificó una cantidad excesiva de camas. Por eso nunca se terminó el séptimo piso que decidimos utilizar para esta emergencia porque es perfecto para el aislamiento, ¿no le parece?

Llegaron al despacho de las enfermeras, donde aparentemente no faltaba nada, salvo los armarios. Marissa tomó el historial médico del primer paciente. Se sentó ante un escritorio y leyó el apellido del hombre: Zabriski. En la página de signos vitales aparecían los familiares síntomas de fiebre alta y baja presión sanguínea. En la hoja siguiente se consignaban los datos personales del enfermo, el doctor Carl M. Zabriski. Marissa, enarcó las cejas y le preguntó a Taboso con gesto de incredulidad si el paciente era también médico.

-Sí. Es oculista y trabaja en este mismo sanatorio. Se dirigió luego al doctor Austin. -¿Sabía usted -le preguntó- que el paciente portador del virus en Los Ángeles también era médico? Más aún, ¡oftalmólogo! -Estaba al tanto de la coincidencia -reconoció el doctor Austin, frunciendo el entrecejo.

-¿El doctor Zabriski realiza investigaciones con monos?

-Que yo sepa, no -contestó el doctor Taboso-. Al menos aquí en el hospital, seguro que no.

-Si no recuerdo mal, en el brote de Los Ángeles no hubo otros médicos, ¿verdad?

-No; sólo el caso original. Hubo tres técnicos químicos y una enfermera, pero ningún otro médico.

Marissa continuó leyendo el historial y notó que no era tan completo como el que se había confeccionado sobre el doctor Richter en la clínica de su mismo nombre. No había mención de recientes viajes ni de contacto con animales, pero los estudios de laboratorio eran impresionantes. Si bien aún no estaban todos los resultados, los que había indicaban lesiones de hígado y riñón. Por consiguiente, todo apuntaba hacia la fiebre hemorrágica Ébola.

Cuando terminó de leer el historial clínico, preparó lo necesario para recoger y empaquetar las muestras virales. Luego una enfermera la acompañó hasta el sector aislado, donde se puso la mascarilla, gorro, guantes, botas y gafas.

En la habitación de Zabriski había otras dos mujeres con similar indumentaria. Una de ellas era enfermera y la otra, médico.

-¿Cómo está el paciente? -preguntó Marissa acercándose a la cama.

La pregunta fue retórica, pues el estado del enfermo saltaba a la vista. Lo primero que notó fue la erupción en el torso. Segundo, signos de hemorragia, ya que se advertía flujo por la sonda nasogástrica. El doctor Zabriski se hallaba consciente aunque en grado mínimo, y no estaba en condiciones de responder preguntas.

Una breve conversación con la doctora encargada confirmó las impresiones de Marissa. El enfermo había empeorado durante el día, particularmente en el curso de la última hora, puesto que comenzaba a observarse un progresivo descenso de la presión sanguínea.

No necesitó ver más. Clínicamente el caso de ese hombre era horriblemente parecido al del doctor Richter. Hasta que no se demostrara lo contrario, debía suponerse que el doctor Zabriski y los dos casos posteriores ingresados en el hospital padecían fiebre hemorrágica Ébola.

La enfermera la ayudó a obtener muestras de tejido nasal, de sangre y orina. Marissa procedió tal como había hecho en Los Ángeles: guardando el material en una bolsa y luego en otra y desinfectando la parte externa de ambas con hipoclorito de sodio. Después de quitarse el atuendo protector, se lavó las manos y volvió al despacho de las enfermeras para llamar a Dubchek.

La conversación telefónica fue corta y precisa. Ella manifestó haberse formado la impresión clínica de que se hallaban ante otra epidemia de Ébola.

-¿Y las medidas de aislamiento? -Eso lo han hecho muy bien. -Nosotros llegaremos cuanto antes -expresó Dubchek-. Tal vez esta misma noche. Entretanto quiero que haga suspender todo estudio en el laboratorio y que supervise la desinfección. Dígales también que organicen la misma cuarentena que se puso en práctica en Los Ángeles para los contactos.

Marissa iba a responderle cuando se dio cuenta de que él había cortado. Lanzó entonces un suspiro y colgó el receptor. ¡Qué maravillosa relación de trabajo tenía con su jefe!

-Bueno -dijo Marissa a los doctores Taboso y Austin-, manos a la obra.

Rápidamente pusieron en vigor las normas para la cuarentena y la esterilización del laboratorio y ellos aseguraron que esa misma noche se remitirían las muestras al Centro de Atlanta.

Cuando se marcharon a cumplir con sus tareas, Marissa pidió el historial de los otros dos pacientes. Una enfermera, de nombre Pat, se los entregó y dijo:

-No sé si le habrá avisado el doctor Taboso, pero está abajo la señora Zabriski.

-¿También internada? -No, no. Insiste en permanecer en el hospital. Quería quedarse aquí arriba, pero al doctor Taboso no le pareció una buena idea y le indicó que bajara al vestíbulo de la planta baja.

Marissa dejó un instante los historiales porque no sabía muy bien qué hacer. Resolvió ver a la señora Zabriski puesto que tenía muy pocos datos acerca de las últimas actividades del marido. Además, debía pasar por el laboratorio para controlar la esterilización. Bajó entonces al primer piso. Miró los rostros de las personas que iban en el ascensor tratando de imaginar cómo reaccionarían cuando se enteraran de que había habido un brote de Ébola en el sanatorio. Al abrirse las puertas en el primer piso, fue la única que se bajó allí.

Pensó que iba a encontrarse con el personal de la noche en el laboratorio, pero le llamó la atención comprobar que el propio director, el doctor Ailhur Rand, patólogo- se hallaba aún en su lugar de trabajo pese a que eran más de las ocho de la noche. Se trataba de un hombre de edad, pedante, vestido con un chaleco a cuadros, hasta con un reloj de oro pendiente de una cadena que le asomaba por un bolsillo. No demostró estar impresionado de que el CCE hubiese enviado a Marissa, y la expresión de su rostro no varió al informarle ella que, en su opinión, había habido un brote de Ébola en el hospital.

-Tenía entendido que eso apareció en el diagnóstico diferencial.

-El Centro solicitó que no se practiquen más análisis de laboratorio a los pacientes en cuestión, doctor. -Marissa se dio cuenta de que ese hombre no le iba a facilitar la labor-. Esta misma noche traeremos un laboratorio móvil de aislamiento.

-Sugiero que eso se lo comunique al doctor Taboso. -Ya lo he hecho. También pensamos que habría que desinfectar este laboratorio. En el brote de Los Ángeles, tres de los casos se originaron por el contagio proveniente del laboratorio-Yo con mucho gusto estoy dispuesta a ayudar, si lo desea.

-Creo que somos capaces de hacer nuestra propia limpieza -manifestó el doctor con cara de «¿Acaso supone que nací ayer?»

-Si me necesita, no tiene más que avisarme -sostuvo Marissa.

Luego dio media vuelta y se fue. Había hecho todo lo posible.

Ya en la planta baja se encaminó a un bonito salón que se comunicaba con la capilla. No sabía cómo iba a reconocer a la señora Zabriski, pero felizmente era la única persona que se hallaba en la habitación.

Librodot

-Señora Zabriski -dijo Marissa con voz suave, y la mujer levantó la cabeza. Tenía alrededor de cincuenta años, y el pelo entrecano. Por los ojos enrojecidos era obvio que había estado llorando-. Soy la doctora Blumenthal. Perdone que la moleste, pero necesito formularle unas preguntas.

Una sombra de terror cruzó por los ojos de la mujer. -¿Carl ha muerto? -No. -Pero va a morir, ¿verdad? -Señora -dijo Marissa con deseos de eludir un tema tan espinoso, máxime porque le parecía correcta la intuición de la mujer. Se sentó a su lado para hablarle-. No soy uno de los profesionales que atiende a su marido sino que estoy aquí para averiguar qué clase de enfermedad padece y cómo la contrajo. ¿No hizo su marido algún viaje durante las últimas... -Iba a decir tres semanas, pero al recordar el viaje del doctor Richter a África, rectificó-, en los últimos dos meses?

-Sí. El mes pasado fue a una convención médica en San Diego y hace una semana, más o menos, estuvo en Boston.

Al oír «San Diego» Marissa se enderezó en su asiento. -¿Se refiere a un congreso sobre cirugía de párpados realizado en San Diego?

-Creo que sí. Pero la que debe saberlo seguro es Judith, la secretaria de Carl.

La mente de Marissa era un torbellino. ¡Zabriski había concurrido al mismo simposio que el doctor Richter! ¿Acaso otra coincidencia? El único problema era que dicho congreso había tenido lugar unas seis semanas antes, aproximadamente el mismo intervalo de tiempo transcurrido entre el viaje de Richter a África y la aparición de sus síntomas.

-¿No sabe en qué hotel se alojó su marido en San Diego? ¿Podría ser en el Coronado?

-Me parece que sí. Mientras le venía a la mente el papel decisivo que había desempeñado cierto hotel de Filadelfia durante la epidemia de la Enfermedad del Legionario, se interesó por el viaje a Boston del doctor Zabriski. Sin embargo, la señora no sabía con qué motivo había ido y por eso le dio el teléfono de la casa de Judith, secretaria de su marido, ya que ella seguramente estaría al tanto de todo.

Marissa anotó el número y preguntó si al doctor Zabriski no lo había mordido algún mono o si no había estado en contacto con esa clase de animales últimamente.

-No, al menos que yo sepa. Marissa le dio las gracias y se disculpó por haberla molestado, tras lo cual fue a llamar a Judith.

Dos veces tuvo que explicarle a la secretaria quién era y por qué la llamaba a semejante hora. Finalmente Judith le confirmó lo que la señora Zabriski había dicho: que el doctor se había alojado en el Hotel Coronado de San Diego, que no lo había mordido animal alguno y que no tenía idea de que en los últimos tiempos hubiese tenido el menor contacto con monos. Cuando Marissa le preguntó si Zabriski conocía a Richter, la respuesta fue que ese apellido no aparecía jamás en la correspondencia ni figuraba en su agenda telefónica. Según Judith, el motivo del viaje a Boston fue para colaborar con la organización de la próxima reunión de graduados del Instituto de Ojos y Oídos de Massachussets. Le dio a Marissa el nombre y el teléfono del colega de Zabriski en esa ciudad. En el momento de anotarlo, Marissa se preguntó si el doctor Zabriski, sin darse cuenta, no habría transportado el virus a la zona de Boston. Tendría que comunicar esa posibilidad a Dubchek.

Cuando colgó, recordó de pronto que no había llamado a Ralph desde el aeropuerto. Él contestó con voz de dormido y Marissa le pidió disculpas por despertarlo a esa hora y por no haber hablado con él antes de partir de Atlanta. Cuando le explicó lo que había sucedido, Ralph le contestó que la perdonaría sólo si le prometía llamarlo cada dos o tres días para tenerlo al corriente de la situación.

Luego regresó al pabellón en cuarentena y continuó la lectura de los historiales clínicos. Los últimos dos internados eran una tal Carol Montgomery y el doctor Brian Cester. Ambos habían acusado fiebre alta, terribles cefaleas y dolores abdominales pronunciados. Si bien los síntomas no eran del todo específicos, su intensidad constituía suficiente motivo de alarma. No había referencia alguna a viajes ni contacto con animales en ninguno de los dos pacientes.

Después de reunir el material necesario para la recolección de muestras, Marissa se puso el atuendo protector y fue a visitar a la primera paciente, una mujer un año mayor que la propia Marissa. Sabiendo ese dato, Marissa no pudo menos de identificarse con ella, una abogada que trabajaba en una de las empresas más importantes de la ciudad. Si bien conservaba la lucidez y podía hablar, era evidente que estaba gravemente enferma.

Marissa le preguntó si había viajado últimamente, y la respuesta fue negativa. Al preguntarle si conocía al doctor Zabriski la mujer respondió que sí puesto que era su oculista y que había ido a consultarlo apenas cuatro días antes.

Marissa obtuvo las muestras virales y se marchó acongojada de la habitación. No le gustaba en absoluto hacer un diagnóstico y después no poder tratar la enfermedad. El hecho de haber averiguado información semejante a la del primer brote del virus no era demasiada gratificación. Esos datos, sin embargo, le trajeron a la memoria una pregunta que también se había formulado en Los Ángeles: ¿Por qué algunos de los pacientes del doctor Richter contrajeron el mal y otros no?

Después de ponerse una nueva indumentaria protectora fue a ver al doctor Brian Cester. Le formuló las mismas preguntas y obtuvo las mismas respuestas también, salvo cuando le preguntó si Cester había sido paciente de Zabriski.

-No -respondió cuando se le pasó un espasmo abdominal-. Jamás he ido a un oculista.

-¿No trabaja usted con él? -De vez en cuando hago anestesias para sus pacientes, -El dolor lo obligó a contraer el rostro. Cuando se repuso agregó-: Jugamos juntos al tenis más un poco a menudo de lo que trabajo con él. De hecho, tuvimos un partido hace apenas cuatro días.

Marissa extrajo las muestras y se retiró, más confundida que nunca. Creía que para transmitir la enfermedad hacía falta un contacto bastante estrecho -particularmente por una membrana mucosa-, pero jugar al tenis con alguien no parecía atenerse a ese esquema.

Después de enviar el segundo juego de muestras virales, volvió al estudio del historial del doctor Zabriski. Volvió a leerlo hasta el más mínimo detalle y empezó a confeccionar el mismo tipo de diario que hiciera para el doctor Richter. Agregó los datos proporcionados por la esposa y la secretaria del enfermo, sabiendo que tendría que volver a consultar a ambas. Pese a que ese trabajo no había bastado para determinar el foco del virus en el brote de Los Ángeles, tenía la esperanza de que, con el mismo método, pudiera hallar en el caso de Zabriski el elemento común aparte del hecho de que ambos habían asistido al mismo congreso de oftalmología en San Diego.

Eran más de las doce cuando llegaron Dubchek, Vreeland y Layne. Marissa se alegró de verlos, máxime porque el estado clínico de Zabriski continuaba empeorando. El médico que lo atendía había pedido unos análisis de sangre de rutina para determinar su grado de hidratación, y Marissa se sintió entre la espada y la pared; entre la necesidad de tratar al paciente y por otro lado la de proteger el hospital. Por último autorizó sólo aquellos estudios que podían llevarse a cabo en la habitación del enfermo.

Después de un brevísimo saludo, los médicos del Centro no prestaron la menor atención a Marissa, mientras se esforzaban por poner en funcionamiento el laboratorio móvil y por mejorar el aislamiento de los pacientes. El doctor Layne había hecho llevar enormes extractores de aire, y el doctor Vreeland bajó en el acto a las oficinas de administración para intercambiar opiniones sobre la forma de perfeccionar la cuarentena.

Marissa volvió a consultar los historiales clínicos pero muy pronto agotó la información que éstos podían suministrarle. Se levantó y se encaminó al laboratorio móvil de aislamiento. Dubchek se había quitado la americana y arremangado la camisa mientras trabajaba con los dos químicos del Centro. Se había producido una avería eléctrica en el aparato.

-¿Puedo ayudar en algo? -Que yo sepa, no -le respondió Dubchek sin levantar la mirada y de inmediato se puso a hablar con uno de los técnicos para sugerirle que cambiara los electrodos.

Librodot

-Necesito que me dedique un minuto para informarle lo que he investigado -dijo Marissa, ansiosa por comentar el hecho de que Zabriski había asistido a la misma convención de oftalmología en San Diego que el doctor Richter.

-Tendrá que esperar. Hacer funcionar este laboratorio es más importante que cualquier teoría epidemiológica.

Regresó al despacho de las enfermeras hecha una furia. No creía merecer el sarcasmo de Dubchek. Si lo que se había propuesto era minimizar el aporte hecho por ella, lo había logrado. Se sentó a meditar las alternativas que se le presentaban. Podía quedarse en la esperanza de que él le concediera diez minutos, a su conveniencia, o bien podía irse a dormir. Ganaron las ganas de dormir. Entonces guardó los papeles en la cartera y regresó a la planta baja a buscar su maleta.

La telefonista la despertó a las siete. Después de tomar una ducha y vestirse se dio cuenta de que ya no estaba tan furiosa con Dubchek. Al fin y al cabo había que comprender que, si resultaba imposible controlar el brote de Ébola, el responsable sería él, no ella.

Cuando llegó al pabellón de aislamiento, uno de los médicos del Centro le informó que Dubchek había regresado a su hotel a las cinco de la madrugada. En cuanto a Vreeland y Layne, no sabía dónde estaban. En el despacho de las enfermeras reinaba el caos. Durante la noche habían sido internados cinco pacientes más con diagnósticos de presunta fiebre hemorrágica Ébola. Marissa recibió las fichas, pero como al colocarlas en orden advirtió que faltaba la de Zabriski, se la pidió a una enfermera.

-El doctor Zabriski falleció hoy a las cuatro. La noticia, no por esperada, dejó de impresionarla, tal vez porque inconscientemente había estado esperando un milagro. Se sentó y se cubrió la cara con las manos. Al cabo de un momento hizo esfuerzos por leer los nuevos historiales. Iba a ser más fácil si se mantenía ocupada. Sin darse cuenta, se tocó el cuello y notó una zona blanda. ¿Sería un ganglio linfático hinchado?

Le agradó que la interrumpiera el doctor Layne, director del programa de enfermedades infecciosas del CCE. Por las oscuras ojeras, por la expresión de agotamiento y la barba crecida resultaba obvio que apenas si había dormido en una cama. Marissa le sonrió; le gustó su físico de espaldas anchas y su rostro curtido que le recordaban a un ex jugador de fútbol americano. Layne se sentó pesadamente, al tiempo que se masajeaba las sienes.

-Me da la impresión de que esto va a ser tan problemático como Los Ángeles -dijo-. Están a punto de subir a otro paciente y ya hay uno más en urgencias.

-Acabo de empezar a mirar los nuevos historiales -afirmó Marissa sintiéndose súbitamente culpable por haberse ido la noche anterior.

-Bueno, le digo una cosa: todos los nuevos pacientes parecen haber contraído la enfermedad en el sanatorio, y eso es lo que más me preocupa.

-¿Son todos pacientes del doctor Zabriski? -Ésos lo son -respondió el doctor Layne señalando las fichas que tenía Marissa ante sí-. Todos fueron atendidos últimamente por él. Al parecer los inoculó durante la consulta. Los casos nuevos son ambos pacientes del doctor Cester, que fue el anestesista en los casos quirúrgicos de los últimos diez días.

-¿Cree usted que el doctor Cester contrajo el mal de la misma forma que el doctor Zabriski?

Layne meneó la cabeza. -No. Hablé extensamente con Cester y me enteré de que solía jugar al tenis con Zabriski.

Marissa hizo un gesto de asentimiento. -Pero -dijo-, ¿acaso bastaría con ese contacto? -Unos tres días antes de enfermar Zabriski, Cester le pidió prestada la toalla entre un set y otro. Creo que ahí se produjo el contagio, porque aparentemente la transmisión de virus requiere un contacto real de secreciones del cuerpo. Creo que Zabriski es otro foco de contagio, tal como el doctor Richter.

Marissa se sintió estúpida. Había dejado de interrogar a Cester antes de enterarse de un dato crucial. Esperaba no volver a cometer el mismo error.

-Ojalá supiéramos cómo se introdujo el Ébola en el hospital en primer lugar -expresó retóricamente el doctor Layne.

Con cara de cansado, pero ya afeitado y bien vestido como siempre, Dubchek llegó al despacho de las enfermeras. Marissa se sorprendió al verlo. Si realmente se había ido a las cinco, apenas había tenido tiempo de darse una ducha y cambiarse, y mucho menos de dormir un poco.

Antes de que Dubchek pudiese enfrascarse en una conversación con Layne, Marissa aprovechó para informarles a ambos que Zabriski había asistido a la misma convención médica, en San Diego, que Richter y que se habían alojado también en el mismo hotel.

-Fue hace demasiado tiempo como para que tenga importancia -opinó Dubchek, dogmático-. Ese congreso se realizó hace más de un mes y medio.

-Pero parece ser el único punto de contacto entre ambos médicos -protestó Marissa-, y pienso que habría que investigar más en esa dirección.

-Como usted quiera. Mientras tanto, baje a patología y cerciórese de que se tomen todas las precauciones cuando se haga la autopsia de Zabriski esta mañana. Y dígales que se obtengan especimenes por congelación rápida de hígado, corazón, cerebro y bazo para aislamiento viral.

-¿Y de riñón no? -quiso saber Layne. -Sí, de riñón también.

Marissa partió con la sensación de ser la chica de los recados. Se preguntó si alguna vez recobraría el respeto de Dubchek, y al recordar cómo lo había perdido, su estado depresivo dio paso a una oleada de indignación.

En patología -donde reinaba una actividad febril le indicaron el camino hasta las salas de autopsia para buscar al doctor Rand. Al recordar sus modales pedantes y engreídos, no sintió el menor deseo de encontrarse con él. Las salas de autopsia estaban todas revestidas de azulejos blancos y brillante acero inoxidable. El penetrante olor a formalina le hizo saltar las lágrimas. Uno de los técnicos le informó que la autopsia de Zabriski se efectuaría en la sala tres. -Si desea presenciarla tiene que ponerse la ropa especial, porque es un caso sucio -le dijo.

Con el miedo que tenía de contraer el Ébola, Marissa obedeció de buen grado. Al entrar en la estancia vio que el doctor Rand estaba a punto de empezar. El doctor levantó la mirada de la mesa de terroríficas herramientas donde yacía el cadáver de Zabriski dentro de una bolsa de plástico transparente.

-¡Hola! -saludó Marissa. ¿Por qué no mostrar un estado de ánimo jovial? Al no recibir respuesta, procedió a transmitir las peticiones del CCE al patólogo y éste accedió a proporcionar las muestras. Marissa sugirió luego el uso de gafas.

-Tanto en Los Ángeles como aquí, varios casos se contagiaron a través de la membrana conjuntiva -explicó.

El doctor Rand protestó con un gruñido y desapareció para volver luego con un par de gafas puestas. Sin mediar palabra, le entregó otro par a Marissa.

-Ah, y otra cosa -agregó ella-. El Centro recomienda evitar el uso de sierras eléctricas en casos de esta índole debido a la intensa formación de aerosol que se produce.

-Yo no pensaba utilizar ninguna herramienta eléctrica -sostuvo el doctor Rand-. Por extraño que le parezca, he tenido otros casos infecciosos en mi carrera.

-Entonces supongo que no debo advertirle que tenga cuidado de no cortarse los dedos -le replicó ella-. Un patólogo murió de fiebre hemorrágica viral precisamente por esa causa.

-Sí, ya me acuerdo. Fue la fiebre Lassa. ¿Nos honrará con alguna otra indicación? -No -repuso Marissa.

El patólogo hizo un corte en la bolsa plástica. Marissa n0 sabía qué hacer, si irse o quedarse. La indecisión se trocó en inacción: se quedó.

Por un micrófono de techo que funcionaba a pedal, el doctor Rand comenzó a describir las marcas externas del cadáver. Su voz adquirió ese tono monocorde que Marissa recordaba de sus épocas de estudiante de medicina. Sólo regresó al presente al oír que Rand mencionaba

Librodot

una herida suturada en el cuero cabelludo. Eso era un dato inédito que no había aparecido en la ficha, como tampoco el corte en el codo derecho ni el moretón del muslo derecho.

- ¿Esas magulladuras se produjeron antes o después de la muerte?

-Antes -respondió Rand sin preocuparse por disimular el fastidio que le causaba la interrupción.

-¿Qué tiempo les calcula usted? -insistió ella, sin prestar atención al tono del patólogo.

Se inclinó para observarlas más de cerca. -Una semana aproximadamente. Dos días más o menos. Podríamos determinarlo si hiciéramos secciones microscópicas, pero dado el estado del paciente no me parece que sean tan importantes. Y ahora, si me lo permite, quisiera reanudar el trabajo.

Obligada a dar un paso atrás, Marissa reflexionó acerca de esos traumatismos. Quizá tuvieran una explicación como por ejemplo que Zabriski se hubiera caído mientras jugaba al tenis. Lo que le preocupaba era el hecho de que la magulladura y el corte en el cuero cabelludo no figuraran en el historial clínico ya que a ella le habían enseñado que todo debía constar en la ficha personal. No bien Rand hubo concluido y ella pudo cerciorarse de la correcta obtención de las muestras de tejido, resolvió averiguar la causa de las heridas.

Usó el teléfono de patología para comunicarse con Judith, la secretaria de Zabriski. Lo dejó sonar veinte veces pero no contestaron. Como no deseaba molestar a la esposa de Zabriski, decidió probar suerte en el consultorio que debía de hallarse en la misma clínica. Allí se dirigió y encontró a Judith ante su escritorio.

- Judith era una chica de veintitantos años y aspecto frágil. Al notarle el maquillaje corrido, Marissa se dio cuenta de que había estado llorando. Pero además de triste, la chica parecía aterrorizada.

-La señora Zabriski está enferma -contó en cuanto Marissa se presentó-. Hablé con ella hace un momento. Está abajo, en la sala de urgencias, pero van a internarla. Se cree que tiene lo mismo que tuvo el marido. Dios mío, ¿también yo me voy a contagiar? ¿Cuáles son los síntomas?

Con cierta dificultad Marissa la tranquilizó lo suficiente como para contarle que en el brote de Los Ángeles, la secretaria del médico no había contraído el mal.

-De todos modos yo me voy de aquí -dijo Judith abriendo un cajón del escritorio y sacando un jersey que arrojó dentro de una caja de cartón. Evidentemente ya estaba recogiendo sus cosas-. Y no soy la única. Ya son varios los miembros del personal que anunciaron que se van también.

-Créame que la comprendo. -Marissa se preguntó si no habría que declarar en cuarentena a todo el sanatorio En la Clínica Richter esa medida había sido terrible de poner en práctica en el aspecto logístico-. Vine a hacerle una pregunta.

-Desde luego -aceptó Judith, mientras continuaba vaciando los cajones del escritorio.

-El doctor Zabriski tenía varias magulladuras y un corte en la cabeza, corno si se hubiera caído. ¿No sabe usted qué le pasó?

-Ah, no fue nada -respondió la joven restándole importancia al asunto con un ademán-. Lo asaltaron la semana pasada en una galería comercial adonde había ido a comprar el regalo de cumpleaños a su mujer. Le robaron la billetera y el Rolex de oro, y creo que lo golpearon en la cabeza.

Así quedaba resuelto el misterio de las lesiones. Marissa permaneció unos minutos observando cómo Judith guardaba sus cosas en la caja, tratando de ver si tenía alguna otra pregunta. Como no se le ocurrió ninguna, se despidió encaminándose al pabellón de aislamiento. En muchos sentidos se sentía tan atemorizada como Judith.

El pabellón de aislamiento había perdido su anterior tranquilidad. Con tantos nuevos pacientes hubo que convocar a todo el personal y las enfermeras estaban abrumadas de trabajo. El doctor Layne estaba sentado, realizando anotaciones en varios historiales clínicos.

-Bienvenida al manicomio. Tenemos cinco internados más, y entre ellos, la señora Zabriski.

-Sí, ya me enteré. Marissa tomó asiento a su lado. Qué pena que Dubchek no la tratara como el doctor Layne, o sea, como a un colega.

-Hace un rato llamó Tad Schockley. Se confirmó que es Ébola.

Marissa sintió un estremecimiento en la espalda. El doctor Layne prosiguió:

-De un momento a otro llegará el ministro de Sanidad del Estado para decretar la cuarentena. Parece ser que numerosos integrantes del personal están abandonando sus funciones: enfermeras, químicos, incluso algunos médicos. El doctor Taboso se vio muy apurado para nombrar personal en este pabellón. ¿No ha visto el periódico local?

Marissa le indicó que no con un movimiento de cabeza. Estaba tentada de decir que ella tampoco deseaba quedarse si con ello exponía su vida.

-El titular es: «¡Regresa la Peste!» -El doctor Layne hizo una mueca de desagrado-. A veces los medios informativos son muy irresponsables. Dubchek no quiere que nadie hable con la prensa. Que todas las preguntas se las dirijan a él.

Marissa se- volvió al oír que se abría la puerta del ascensor para pacientes. En ese momento salía una camilla cubierta con una tienda de plástico transparente para aislamiento. Cuando pasó a su lado reconoció a la señora Zabriski y volvió a estremecerse, preguntándose si de verdad habría sido exagerado el titular del periódico.

10 de abril

Se llevó a la boca otra cucharada de esa clase de postres que sólo se permitía en raras ocasiones. Era la segunda noche en Atlanta desde su regreso y Ralph la había invitado a cenar en un restaurante francés íntimo. Al cabo de cinco semanas de dormir poco y tener que soportar lo que le servían en la cafetería del hospital, la comida delicada le resultaba una verdadera exquisitez. Notó que, como no había bebido una gota de alcohol en todo ese tiempo, el vino se le subía a la cabeza. Se daba cuenta de que estaba demasiado locuaz, pero Ralph parecía contento de escucharla.

Se disculpó por hablar tanto de su trabajo y señaló como pretexto la copa de vino vacía.

-No tienes por qué disculparte. Sería capaz de quedarme escuchándote la noche entera. Me resulta fascinante lo que habéis podido hacer tanto en Los Ángeles como en Saint Louis.

-Pero de todos modos yo te tenía al corriente cuando estaba fuera -protestó Marissa, refiriéndose a las frecuentes charlas telefónicas. Durante su estancia en Saint Louis le llamaba cada dos o tres días. Sentía que con Ralph podía poner a prueba sus teorías, y hablar con él le servía además para disipar la frustración por el hecho de que Dubchek se empeñara en ignorarla. Ralph se mostró siempre comprensivo.

-Me gustaría que me contaras algo más sobre la reacción que se produjo en la ciudad. ¿Cómo lograron las autoridades y el personal médico del sanatorio vencer el pánico considerando que esta vez hubo treinta y -siete casos fatales?

Marissa le tomó la palabra y procuró describir la conmoción que hubo en el hospital de Saint Louis. Tanto el personal como los pacientes se indignaron cuando se impuso la cuarentena, y el doctor Taboso le confesó después, apesadumbrado, que suponía que el hospital iba a cerrar cuando se levantara la medida. A mí todavía me aflige la posibilidad de haber contraído la enfermedad. Cada vez que me duele la cabeza, pienso: «Me tocó el turno» Y si bien todavía no tenemos idea de dónde procede el virus, Dubchek opina que el foco tiene alguna relación con el personal médico, lo cual no me hace muy feliz que digamos.

-¿Eso crees tú también? Marissa se rió. -Por fuerza debo creerlo. Y de confirmarse esa teoría, tú en particular correrías peligro, puesto que en ambas ocasiones el enfermo portador fue un oculista.

-Ni me lo menciones, porque soy bastante supersticioso.

Marissa se echó hacia atrás para que el camarero le sirviera un segundo café. Estaba buenísimo, pero seguramente se lamentaría de haberlo bebido cuando quisiera dormir.

Cuando el camarero se hubo retirado con los platos del postre prosiguió:

-Sí la teoría de Dubchek es correcta, quiere decir que ambos oculistas de alguna manera tuvieron contacto con el misterioso foco. Hace varias semanas que este tema me tiene intrigada, pero no encuentro la explicación. El doctor Richter estaba en contacto con monos, más aún, una semana antes de caer enfermo, lo había mordido uno, y se sabe que los monos tienen relación con un virus afín, denominado Marburg. Pero el doctor Zabriski no tuvo el menor contacto con animales.

-¿No me dijiste que había viajado a África? A mí ese dato me parece crucial porque, al fin y al cabo, en África ese virus es endémico. Es cierto, pero los tiempos no coinciden. El período de incubación de él habría sido de seis semanas, mientras que en los demás casos fue de entre dos y cinco días. Además, habría que relacionar un brote con el otro. El .doctor Zabriski no viajó a África, pero el único punto de relación fue que ambos profesionales asistieron al mismo congreso médico de San Diego. Y una vez más te digo -eso fue seis semanas antes de que enfermara Zabriski. Es una locura.

Marissa hizo un ademán como si se, diera por vencida.

-Alégrate de que por lo menos pudieron dominar los brotes. Dicen que fue peor cuando apareció el virus en África.

-Es cierto. En el brote de 1976 de Zaire se supone que el portador pudo haber sido un estudiante universitario estadounidense y hubo trescientos dieciocho enfermos, de los cuales doscientos ochenta murieron. -Por eso te lo digo -exclamó Ralph, contento de poder levantarle el ánimo. Dobló luego su servilleta y la dejó sobre la mesa-. ¿No quieres que pasemos por casa a tomar una copa?

Marissa lo miró y no pudo menos de asombrarse por lo cómoda que se sentía con él. Lo sorprendente era que la relación se había afianzado por teléfono.

-Sí, desde luego -aceptó con una sonrisa. Cuando salían del restaurante ella lo tomó del brazo. Antes de subir al coche él le abrió la portezuela y Marissa pensó que no le costaría nada acostumbrarse a ese trato.

Por el cariño con que tocaba los instrumentos y el volante de su nuevo Mercedes 300 SDL, resultaba obvio que a Ralph le encantaba. Marissa pudo apreciar el confortable interior, pero los coches nunca le llamaron demasiado la atención. Tampoco podía entender por qué la gente se compraba vehículos diesel, con el desagradable ruido que hacían. «Son económicos», lo justificaba Ralph. Pero al contemplar los detalles de lujo, se maravillaba de que alguien pudiese engañarse pensando que un Mercedes caro era económico.

Durante un rato no conversaron, lo cual la llevó a plantearse si había sido una buena idea ir a casa de él a esas horas de la noche. Pero al mismo tiempo confiaba en Ralph y estaba dispuesta a que la relación avanzara un poco más. Se volvió para mirarlo en la semipenumbra. Ralph tenía un perfil recio, con una nariz importante como la de su padre.

Cuando estuvieron en el sofá de la sala de estar, cada uno con una copa de coñac, Marissa mencionó algo que no había querido contarle a Dubchek debido a esa actitud de superioridad que había asumido él en los últimos tiempos.

-En los dos casos de los enfermos portadores del virus se da un detalle que resulta insólito. Ambos hombres fueron asaltados pocos días antes de contraer la enfermedad -dijo y aguardó una respuesta.

-Muy sospechoso -concordó Ralph, guiñando un ojo-. ¿Insinúas que alguien lleva consigo el virus, roba a la gente y transmite la enfermedad?

Marissa se rió. -Parece una estupidez, lo reconozco, y por eso no se lo he dicho a nadie.

-Sin embargo, hay que pensar en todo. Es el viejo estilo de la medicina, cuando nos enseñaban que había que preguntarlo todo, incluso en qué trabajaba el bisabuelo materno en su país de origen.

Marissa llevó la conversación expresamente al trabajo de Ralph y a su casa, sus dos temas preferidos. Como pasaba el tiempo y él no intentaba un acercamiento, se preguntó si el motivo no seria el miedo a que ella se hubiese contagiado del virus. Después, para empeorar las cosas, Ralph la invitó a dormir en el cuarto de huéspedes.

Marissa se ofendió, quizá tanto como si él hubiese tratado de desnudarla al entrar en la casa. Entonces le contestó que gracias, que no quería dormir en su cuarto de huéspedes sino en su propia casa, con la perra. Esas últimas palabras quisieron ser una suerte de insulto que Ralph ni siquiera comprendió. Por el contrario, siguió hablando de los planes que tenía para redecorar la planta baja de la casa, ya que la había habitado un tiempo suficiente como para saber a ciencia cierta qué era lo que quería.

Honestamente Marissa no sabía qué habría hecho si Ralph hubiese intentado un contacto físico. Para ella era un buen amigo, pero aún no le despertaba sentimientos románticos. En ese sentido, le gustaba mucho más el físico de Dubchek.

El hecho de pensar en Cyrill le recordó algo: -¿De dónde conoces- al doctor Dubchek, Ralph? -preguntó.

-Lo conocí cuando dio una conferencia a los residentes de oftalmología en el Hospital de la Universidad. Ciertos virus raros, tales como el Ébola e incluso el SIDA, fueron localizados en las lágrimas y en el humor acuoso. Algunos llegan incluso a causar uveítis anterior.

-Ah -asintió Marissa como si entendiera, aunque en realidad no tenía la menor idea de lo que era la uveítis anterior.

Después le pareció que ese momento era tan bueno como cualquier otro para pedirle a Ralph que la llevara a su casa.

En el curso de los días siguientes se adaptó a una vida más normal, aunque cada vez que sonaba el teléfono, lo primero que pensaba era que seguramente le avisaban sobre un nuevo brote de Ébola. Recordó lo que había decidido con anterioridad y dejó preparada una maleta abierta en el armario, a la que sólo le faltaba el estuche de los cosméticos para poder salir de viaje en pocos minutos si surgía la necesidad. En el trabajo las cosas iban mejorando. Tad la ayudó a perfeccionar sus técnicas de laboratorio para los análisis virales y a redactar una propuesta de investigación sobre el Ébola. Como no se le ocurría ninguna hipótesis viable en relación con el posible foco del virus, decidió profundizar el tema de la transmisión. Tomando como punto de partida la enorme cantidad de datos que reunió en Los Ángeles y Saint Louis, ideó unos complicados diagramas para ilustrar el contagio de la enfermedad de una persona a otra. También había logrado una descripción minuciosa de todos aquellos que fueron contactos primarios y sin embargo no contrajeron la enfermedad. Tal como sugiriera el doctor Layne, hacía falta un contacto personal cercano, presumiblemente por medio de una membrana mucosa aunque, a diferencia del SIDA, sólo había habido transmisión sexual en dos casos: entre el doctor Richter y su secretaria, y entre el doctor Zabriski y su esposa. Dado que la fiebre hemorrágica podía contagiarse entre dos desconocidos que compartieran una toalla o ante un mínimo roce casual, el Ébola hacía parecer el terror del SIDA como una tempestad en un vaso de agua.

Lo que Marissa deseaba hacer era poner a prueba su teoría utilizando conejillos de indias. Desde luego sería imprescindible utilizar el laboratorio de máximo riesgo, pero aún no había obtenido el permiso necesario.

-¡Sorprendente! -exclamó Tad una tarde, cuando Marissa le demostró una técnica que había inventado para salvar cultivos virales contaminados por bacterias-. Me imagino que ahora Dubchek no va a poder rechazar tu propuesta.

-No estés tan seguro. -Dudaba sobre si debía contarle o no lo que le había pasado con Dubchek en Los Ángeles, pero una vez más resolvió callarse porque no iba a ganar nada, y quizás hasta le trajera problemas a Tad en su relación con Cyrill.

Entraron en la oficina de Tad y se sentaron a tomar un café.

-Cuando estuvimos en el laboratorio de máximo riesgo me dijiste que allí se almacenaba todo tipo de virus, incluso el Ébola.

-Tenemos especimenes congelados de todos los brotes, y también de los últimos brotes tuyos.

Librodot

Marissa no sabía bien qué impresión le causaba que la gente calificara las recientes epidemias como «de ella». Sin embargo, no expresó su pensamiento sino que, en cambio, preguntó:

-¿Hay algún otro sitio donde se almacene el virus Ébola aparte de nuestro Centro?

Tad, pensó unos instantes. -No estoy seguro. ¿Te refieres a Estados Unidos?

Ella asintió.

Es probable que el ejército tenga algunas muestras en el Centro para la Guerra Biológica, de Fort Detrick. El director trabajaba antes aquí y a él le interesaban las fiebres hemorrágicas virales.

¿El ejército cuenta con un laboratorio de máximo riesgo?

Tad lanzó un silbido.

- ¡Por Dios! ¡Tienen de todo! -¿Y dices que al director de Fort Detrick le interesan las fiebres hemorrágicas virales?

-Fue uno de los enviados a Zaire para combatir el primer brote de Ébola.

Marissa bebió un sorbo de café pensando que eso era una llamativa coincidencia. En su mente comenzaba a gestarse-una idea, pero tan desagradable que -como ya la imaginaba- no podía considerarla siquiera una hipótesis posible.

-Un momento, señorita -le pidió un centinela uniformado, de fuerte acento sureño. Se había detenido frente al portón de acceso a Fort Detrick. -Aunque había intentado durante varios días alejar la sospecha de que pudiese ser el ejército el culpable de haber soltado el Ébola en medio de una población confiada, finalmente decidió utilizar su día de descanso para investigar por su cuenta. Los dos asaltos cometidos seguían llamándole poderosamente la atención.

Fue apenas un vuelo de hora y media hasta Maryland, luego un breve trayecto en un coche alquilado. Se valió de su experiencia en el manejo del Ébola como pretexto para poder hablar con quienquiera que estuviese familiarizado con tan extraño virus y el coronel Woolbert accedió a su petición de buen grado.

El centinela regresó hasta el coche. -La esperan en el edificio número 18. Le entregó un pase que debía ponerse en la solapa de la chaqueta deportiva y luego la sorprendió haciéndole un saludo militar. La barrera blanca y negra se levantó y Marissa entró en la base.

El edificio 18 era una estructura de cemento, sin ventanas y con techo plano. Cuando Marissa se bajó del coche, la saludó con el brazo un hombre de mediana estatura vestido de civil. Era el coronel Kermeth Woolbert.

Le notó más aspecto de profesor universitario que de oficial del ejército. El hombre adoptó una actitud amistosa, y se mostró sumamente feliz con la visita de Marissa. De entrada le dijo que era la investigadora más hermosa y diminuta que hubiese conocido jamás, y Marissa no lo tomó a mal.

Dentro del edificio se tenía la sensación de estar en un búnker al que se accedía por una serie de puertas correderas de acero que se accionaban por control remoto. Encima de cada una, había pequeñas cámaras de televisión. El laboratorio mismo, sin embargo, parecía como cualquier otro laboratorio de un hospital moderno, hasta con la imprescindible cafetera sobre el mechero Bunsen. La única diferencia era la falta de ventanas.

Al cabo de un breve recorrido durante el cual no se mencionó que hubiera un sector de máximo riesgo, el coronel Woolbert la llevó a la cafetería, que no era más que una habitación con varias máquinas expendedoras. La invitó a una pasta y a una Pepsi y se sentaron ante una mesita.

Sin que ella se lo preguntara, Woolbert le contó que se había iniciado en el Centro para el Control de Enfermedades como oficial del SIE, el Servicio de Inteligencia en Epidemiología, a fines de la década de los cincuenta, y se había interesado cada vez más en la microbiología, y en los últimos tiempos en la virología. En los años setenta volvió a la universidad a estudiar con una beca del gobierno para obtener el doctorado.

-A mí esto me ha gustado mucho más que tener que curar anginas y dolores de oídos.

-¡No me diga que usted también fue pediatra! -exclamó ella.

Se rieron mucho al enterarse de que ambos habían practicado en el Hospital de Niños de Boston. Woolbert pasó luego a contarle cómo fue a parar a Fort Detrick. Parece ser que siempre hubo intercambio de gente entre Detrick y el Centro de Atlanta, y el ejército lo tentó con una oferta que no pudo despreciar. El laboratorio y el instrumental eran excelentes -los mejores-, pero lo más importante era que no tenía que rebajarse para conseguir que le asignaran fondos.

-¿No le remuerde la conciencia el objetivo final de esta investigación?

-No -respondió el coronel-, porque el setenta y cinco por ciento de la investigación que practicamos es para defender a Estados Unidos de un ataque biológico, de modo que todo mi esfuerzo se canaliza en neutralizar virus como el Ébola.

Marissa asintió: nunca había pensado en eso. -Además -prosiguió el militar-, me dan una libertad total de movimiento. Puedo trabajar en lo que más me plazca.

-¿A qué se dedica en este momento? -preguntó ella inocentemente.

Se produjo un silencio. Al coronel le brillaban los ojos azules.

-Supongo que no violo el secreto militar contándoselo puesto que ya he publicado varios artículos vinculados con el tema. Hace tres años que vengo estudiando el virus de la influenza.

-¿No el Ébola? El coronel negó con la cabeza. -No. El último estudio que hice sobre el Ébola fue hace muchos años.

-¿Nadie de aquí está investigando el Ébola? Woolbert titubeó, pero luego dijo:

-Creo que no hay problema en que le conteste, ya que el Pentágono mismo publicó un trabajo sobre su política el año pasado en Estudios Estratégicos. La respuesta es no. No hay nadie que se dedique al Ébola, ni siquiera los soviéticos, fundamentalmente porque no existe la vacuna ni el tratamiento para ese virus. Se cree que, si se lo dejara en libertad, el Ébola se transmitiría como un reguero de pólvora tanto entre las tropas enemigas como en las propias.

-Pero no ha sido así. -Lo sé -reconoció Woolbert con un suspiro-. He seguido con gran interés los acontecimientos de los dos últimos brotes. Algún día tendremos que revisar lo que conocemos sobre ese organismo.

-Por favor, pero que no sea por culpa mía. -Lo último que deseaba Marissa era despertar en el ejército el interés por el Ébola. Al mismo tiempo sintió un gran alivio al saber que los militares no estaban jugando con tan peligroso virus-. Me contaron que usted había formado parte del equipo internacional que fue enviado a Yambuku en 1976.

-Casualmente por eso soy capaz de valorar la labor de ustedes. Le digo que, cuando estuve en África, me asusté muchísimo.

Marissa sonrió. El coronel le caía muy bien y le inspiraba confianza.

-Usted es el primero que reconoce haberse atemorizado. Yo misma he tenido que luchar contra mi propio miedo desde el día en que me enviaron a Los Ángeles.

-Y con razón. El Ébola es un bicho extraño. Si bien da la impresión de que puede anulárselo con facilidad, es tremendamente infeccioso, ya que sólo hace falta que entren dos organismos para que se produzca la enfermedad. Y eso es una diferencia notable con respecto al SIDA, que exige la entrada de miles de millones de virus, y aun así sólo existen pocas probabilidades estadísticas de que el individuo se contagie.

-¿Y el origen del virus? Oficialmente se ha dado a conocer que nunca se descubrió el foco en África pero, ¿cuál es su opinión?

-Yo creo que se trata de una enfermedad animal y que en algún momento se la aislará, comprobándose que proviene del mono africano ecuatorial y por lo tanto es una zoonosis, una enfermedad de los animales vertebrados que ocasionalmente se transmite al ser humano.

-¿Entonces está de acuerdo con la posición oficial del CCE sobre los últimos brotes?

-Por supuesto. ¿Acaso hay otra explicación? Marissa se encogió de hombros. -Tiene alguna muestra de Ébola aquí? -No -respondió el coronel-. Pero sé dónde se la puede encontrar. _Yo también -contestó Marissa.

Librodot

Bueno, eso no era del todo cierto. Tad le había dicho que se hallaba en el laboratorio de máximo riesgo, pero ella no sabía exactamente en qué sitio. Aquella vez que recorrieron en secreto el lugar, se olvidó de preguntárselo.

17 de abril

El teléfono debió de haber sonado un buen rato hasta que por fin Marissa se volvió para atenderlo. La telefonista del Centro en seguida le pidió disculpas por despertarla a semejante hora. Marissa procuró incorporarse mientras la joven le informaba que tenía en línea una llamada de Phoenix (Arizona). De inmediato Marissa le dio autorización para que se la pasara.

Colgó y esperó que el teléfono volviera a sonar. Entretanto aprovechó para ponerse una bata y mirar la hora. Eran las cuatro de la madrugada, o sea las dos en Phoenix. Pocas dudas le quedaban de que alguien había descubierto otro supuesto caso de Ébola.

El teléfono volvió a sonar. -Habla la doctora Blumenthal. La voz de su interlocutor distaba de ser calmada. Se presentó como el doctor Guy Weaver, director de Epidemiología del Estado de Arizona.

-Perdóneme que la despierte a estas horas, pero me han avisado que hay un problema muy grave en el Hospital Medicum de Phoenix. Supongo que lo conocerá.

-Le confieso que no.

-Pertenece a una cadena de sanatorios privados que se han asociado con el Grupo Medicum para ofrecer servicios de salud mediante pagos adelantados en este sector de Arizona. Nos aterroriza la posibilidad de que el hospital haya caído presa del Ébola.

-Espero que hayan aislado al paciente porque en... -Doctora -la interrumpió su colega-, no es un caso único sino ochenta y cuatro.

-¡Ochenta y cuatro! -repitió, incrédula. -Si. Cuarenta y dos médicos, trece enfermeras diplomadas, once practicantes de enfermería, cuatro técnicos de laboratorio, seis empleados administrativos, seis más del personal de cocina y dos del sector de mantenimiento.

-Todos al mismo tiempo? -Todos esta noche -le confirmó el epidemiólogo.

A esa hora de la madrugada no había vuelos convenientes a Phoenix, pero la aerolínea Delta ofrecía el vuelo más directo disponible. Apenas se vistió, llamó al oficial de guardia del CCE para avisarle que se marchaba a Phoenix, y que por favor se lo hiciera saber a Dubchek no bien éste llegara a trabajar.

Les dejó una notita a los Judson para pedirles que se llevaran a Taffy y le guardaran la correspondencia, y se dirigió al aeropuerto. El hecho de que el nuevo brote epidémico hubiese comenzado con ochenta y cuatro casos la abrumaba. Ojalá Dubchek y sus colegas pudieran llegar esa misma tarde.

El vuelo fue tranquilo -pese a que hubo dos escalas - y por cierto el avión no iba lleno. Después de aterrizar se encontró con un hombre bajo y rollizo que se presentó como Justin Gardiner, vicedirector del Hospital Medicum.

-Permítame la maleta -dijo Gardiner, pero le temblaba tanto la mano que la maleta se le cayó y tuvo que agacharse para alzarla. Se disculpó aduciendo estar muy nervioso.

-No me extraña -se solidarizó Marissa-. ¿Ha habido más ingresos?

-Varios, y en el sanatorio ha cundido el pánico. Algunos pacientes se han marchado y también miembros del personal, hasta que las autoridades de salud pública declararon la cuarentena. Yo pude venir a recibirla hoy sólo porque ayer tuve el día libre.

Marissa sintió que se le resecaba la boca de miedo al pensar en lo que se podía estar metiendo. La pediatría comenzó a parecerle entonces mucho más interesante.

El sanatorio era, como los anteriores, un edificio muy moderno. ¿Por qué atacaría el Ébola sólo esa clase de construcciones? Las líneas precisas, casi estériles de su arquitectura no parecían el ambiente más apropiado para tan mortal epidemia.

Pese a la hora temprana, la calle frente al sanatorio estaba atestada de periodistas y furgones de la televisión. Frente a ellos se extendía una hilera de policías, algunos de los

cuales llevaban puestas mascarillas quirúrgicas. A la incipiente luz del día, la escena parecía surrealista. El señor Gardiner aparcó detrás de uno de los furgones de la televisión.

-Tendrá que ir usted misma a buscar al director. Yo tengo orden de quedarme fuera para tratar de dominar el pánico. ¡Buena suerte!

Marissa se encaminó a la entrada principal y sacó su credencial. Se la enseñó a un policía, pero éste tuvo que consultar con su superior para ver si podía autorizarla a pasar. Al oír que pertenecía al Centro para el Control de Enfermedades, un grupo de periodistas la rodeó para pedirle alguna declaración.

-Todavía no he podido evaluar la situación en forma directa -respondió mientras los reporteros la empujaban de un lado a otro.

Mentalmente agradeció la presencia de la policía, que obligó a retirarse a la prensa y luego levantó una barricada para permitirle pasar.

Lamentablemente la situación era más caótica dentro del sanatorio. El vestíbulo estaba abarrotado de gente y Marissa volvió a sentirse apretujada. Al parecer era la primera persona que lograba entrar o salir del edificio en el curso de varias horas.

Algunos eran pacientes, vestidos con pijamas y batas. Todos hacían preguntas al mismo tiempo y exigían respuestas inmediatas.

-¡Disculpen! -gritó alguien a la derecha de Marissa-. ¡Déjenme pasar, por favor! -Un hombre robusto, de cejas pobladas, llegó a su lado-. ¿La doctora Blumenthal? -preguntó.

-Sí -respondió ella, aliviada. El hombre la tomó del brazo, sin advertir que Marissa llevaba la cartera y la maleta. A empellones logró abrir paso para ambos y atravesar el vestíbulo hasta una puerta, que cerró con llave una vez estuvieron dentro de un despacho.

-Lamento muchísimo todo este barullo. Soy Lloyd Davis, director del hospital. Como verá, hay un poco de pánico.

Entraron en el despacho de Davis por la puerta de al lado ya que la de delante estaba cerrada y sujeta con el respaldo de una silla, lo cual la llevó a pensar que el pánico no era tampoco como él decía.

-El personal la está esperando para que le dirija la palabra -afirmó Davis tomando el equipaje de Marissa, para colocarlo junto a su escritorio.

Respiraba con dificultad, como si el esfuerzo de agacharse lo hubiese agotado.

-¿Y los pacientes con síntomas de Ébola? -Por el momento tendrán que esperar -repuso Davis, haciéndole señas para que regresara al pasillo.

-Pero lo prioritario es el aislamiento de los enfermos. -Están bien aislados -le garantizó el director-. De eso se ha ocupado el doctor Weaver. -Con la mano la empujó suavemente por la espalda para obligarla a dirigirse hacia la puerta-. Por supuesto que acataremos todo lo que usted nos sugiera, pero ahora es preciso que hable con el personal, porque de lo contrario se producirá un motín.

-Espero que no sea tan terrible la situación. Una cosa era que se disgustaran los enfermos y otra muy distinta que el personal médico se dejara dominar por la histeria.

El señor Davis cerró la puerta de su despacho y avanzó por otro pasillo.

-A muchos les aterra la idea de que los obliguen a permanecer en el hospital.

-¿Cuántos más presuntos casos se han diagnosticado desde que dieron aviso al CCE?

-Dieciséis, pero ya no entre miembros del personal. Estos últimos son todos suscriptores del Plan Medicum.

Eso daba la pauta de que el virus ya se hallaba en su segunda generación al haber sido diseminado por los médicos que se contagiaron primero. Al menos ése fue el proceso que se dio en los dos brotes anteriores. Marissa misma temblaba ante la idea de quedar encerrada en el mismo edificio donde había tal grado de contagio, con lo cual tenía serias dudas de poder consolar al personal. Al haber tantas personas infectadas, se preguntó si podrían dominar el problema tal como lo hicieron en Los Ángeles y Saint Louis. La mera idea de que el virus pudiera comunicarse al grueso de la población la llenaba de espanto.

Librodot

-¿No sabe si alguno de los enfermos iniciales había sido asaltado en los últimos tiempos? -preguntó como para distraerse, no sólo para obtener una respuesta positiva.

Davis se limitó a mirarla de soslayo y enarcó las cejas como si la considerara loca. Al parecer, ésa fue toda la contestación que merecía semejante pregunta. Y Marissa no pudo menos de recordar la reacción de Ralph.

Se detuvieron frente a una puerta cerrada. Davis sacó su llavero, abrió y así pudieron entrar en el escenario del auditorio. No se trataba de un salón demasiado amplio, ya que sólo tenía capacidad para unas ciento cincuenta personas. Todas las butacas estaban ocupadas, y había además gente de pie al fondo. El murmullo de las conversaciones se acalló cuando Marissa, se encaminó nerviosa al estrado seguida por la mirada de todos los presentes. Un hombre alto y extraordinariamente flaco se adelantó y le dio la mano. El señor Davis lo presentó como el doctor Guy Weaver, el médico que había hablado con ella por teléfono.

-Doctora Blumenthal -dijo Weaver con una voz gruesa que no concordaba con su delgadez-, no se imagina lo feliz que me hace verla.

Marissa experimentó la incómoda sensación de ser una impostora. Después de dar unos golpecitos en el micrófono para cerciorarse de que estuviese conectado, el doctor Weaver procedió a presentarla.

Lo hizo en términos tan elogiosos que no pudo menos de sentirse cada vez más molesta. Por sus palabras parecía que ella y el Centro fuesen una misma cosa, y que todos los triunfos del CCE fuesen también de ella. Luego, estirando su largo brazo, el doctor le pasó el micrófono.

Ni en las mejores circunstancias le había gustado hablar ante un grupo grande, mucho menos en esa situación... No sabía qué esperaban de ella y mucho menos qué debía decir. Aprovechó el tiempo que tardó en bajar el micrófono hasta su altura, para pensar.

Al contemplar al público notó que aproximadamente la mitad tenía puestas mascarillas quirúrgicas. Además, gran parte de la concurrencia pertenecía a diversos grupos étnicos, de diversos rasgos y colores. Había también una amplia gama de edades, con lo cual era obvio que, al referirse al personal, el señor Davis hablaba de cualquier persona que trabajaba en la institución, no sólo del equipo médico. Todos la observaban expectantes, y ella hubiese deseado tener más confianza en su propia capacidad para modificar la situación imperante en el sanatorio.

-Lo primero que haremos será verificar los diagnósticos -sostuvo con voz vacilante, varias octavas más arriba que su voz habitual. A medida que iba hablando recuperaba el tono normal. Se presentó sin crear demasiadas expectativas, explicando el verdadero lugar que ocupaba en el Centro para el Control de Enfermedades. También procuró asegurar -pese a no estar ella misma muy segura- que el brote se dominarla por medio de un estricto aislamiento de los pacientes, un cerco sanitario total para su cuidado y medidas sensatas de cuarentena.

-Todos vamos a enfermamos? -gritó una mujer desde el fondo, y un murmullo recorrió el salón.

Ése era precisamente el tema que más los preocupaba.

-Yo he intervenido en los dos últimos brotes -afirmó Marissa- y no me contagié, pese a haber estado en contacto con los enfermos. -Por supuesto, no mencionó el miedo que sentía-. Hemos podido determinar que es necesario un contacto personal muy cercano para que se transmita el Ébola. Al parecer no existe la mera propagación por el aire.

Varias de las personas que tenían puestas mascarillas se las quitaron. Marissa miró de reojo al doctor Weaver y vio que éste la alentaba con el signo de los pulgares levantados.

-¿Es imprescindible que permanezcamos dentro del hospital? -preguntó a viva voz un hombre de la tercera fila que llevaba bata de médico.

-Por el momento, sí -respondió Marissa diplomáticamente-. En los brotes anteriores el procedimiento que seguimos consistió en separar los contactos en grupos primario y secundario.

Librodot

Pasó luego a relatar con todo lujo de detalles lo que se había hecho en Los Ángeles y Saint Louis y concluyó asegurando que ninguna de las personas aisladas en cuarentena contrajo el mal, a menos que previamente hubiese tenido un contacto directo con alguien enfermo.

Respondió después varios interrogantes referidos a los síntomas iniciales y al desarrollo clínico de la fiebre hemorrágica Ébola. Con esto, o bien el público se aterrorizó o bien satisfizo su curiosidad, porque no hubo más preguntas.

Mientras el señor Davis se acercaba al micrófono para hablar al personal, el doctor Weaver salió con Marissa del auditorio. Apenas estuvieron en el pasillo, ella le dijo que quería ir a ver a uno de los primeros enfermos antes de comunicarse con el CCE, y Weaver se ofreció para acompañarla en persona. Cuando se dirigía allí, Weaver le explicó que habían centralizado todos los casos en dos pisos del hospital, que se había sacado de allí a los demás pacientes aislándose el sistema de ventilación y que había sobradas razones para creer que habían logrado aislar totalmente el sector. También aseguró que las personas encargadas de cada piso habían sido expresamente adiestradas por su gente, que el trabajo de laboratorio se había restringido a lo mínimo que podía realizarse en un pequeño laboratorio instalado en uno de los pisos aislados, y que todo lo que usaban los pacientes era lavado en hipoclorito de sodio antes de ser directamente incinerado.

En cuanto a la cuarentena, expresó que todos los colchones habían sido traídos de fuera y que el sector de pacientes ambulatorios se había convertido en un inmenso dormitorio, separándose a los contactos primarios y secundarios. También se traía de fuera toda la comida y la bebida. Fue entonces cuando Marissa se enteró de que, seis años antes, el doctor Weaver había trabajado como oficial de Inteligencia en Epidemiología, en el Centro de Atlanta.

-Entonces, ¿por qué me presentó corno una experta? -preguntó, recordando las exageraciones pronunciadas por su colega.

Obviamente él sabía mucho más que ella acerca de las medidas para implantar la cuarentena.

-Para impresionarlos -reconoció Weaver-. La gente necesita creer en algo. Le disgustaba que se hubiese hablado de ella faltando a la verdad, pero quedó impresionada con la eficiencia del doctor Weaver. Antes de llegar al piso se pusieron el atuendo protector y luego, antes de entrar en una de las habitaciones, se pusieron una segunda protección, agregando gorros, gafas, mascarillas, guantes y botas.

El paciente que fue a ver era uno de los cirujanos de la clínica, un indio oriundo de Bombay. Apenas lo miró sintió crecer dentro de ella el miedo de contraer el mal. El hombre parecía moribundo, pese a que había caído enfermo apenas veinticuatro horas antes. El cuadro clínico era similar a la fase terminal que experimentaron los pacientes de Los Ángeles y Saint Louis: fiebre muy alta acompañada por baja presión sanguínea, la típica erupción cutánea y signos de hemorragia en las membranas mucosas. Marissa se dio cuenta de que ese hombre no duraría otras veinticuatro horas.

Para ganar tiempo, le extrajo de inmediato muestras virales, y el doctor Weaver se encargó de ordenar que se las embalaran adecuadamente para ser remitidas esa misma noche a Tad Schockley.

Bastaba mirar la ficha del paciente para advertir que no eran muchos los datos consignados, pero dado que habían ingresado ochenta y cuatro pacientes en menos de seis horas, no se podía esperar un trabajo muy detallado. No había mención alguna de viaje al extranjero, contacto con monos ni relación con los brotes de Los Ángeles o Saint Louis.

En cuanto se marchó del piso, Marissa anunció que necesitaba usar el teléfono y que haría falta la mayor cantidad posible de médicos para entrevistar a los enfermos. Si todos se hallaban en el mismo estado que el paciente de Bombay, habría que trabajar de prisa para obtener al menos alguna información.

Le permitieron utilizar el teléfono del despacho del señor Davis. Ya eran más de las once en Atlanta, y en seguida pudo comunicarse con Dubchek. Éste estaba furioso.

-¿Por qué no me avisó apenas recibió la llamada de ayuda? No me enteré de que había salido de viaje hasta que llegué a la oficina.

Marissa se contuvo. En rigor, ella había advertido a las telefonistas del Centro que debían llamarla directamente apenas recibieran alguna comunicación por un supuesto brote de Ébola. Si Dubchek quería enterarse en seguida podría haber hecho lo mismo, pero eso no se lo iba a decir para no alterarlo más en ese momento.

-¿Le da la impresión de ser Ébola? -Sí -respondió, previendo la reacción de su jefe cuando ella dejara caer la próxima bomba-. La principal diferencia radica en la cantidad de casos: un centenar hasta ahora.

-Espero que haya puesto en práctica las necesarias medidas para el aislamiento -fue la única reacción de Dubchek.

Experimentó cierta desilusión al ver que él no quedaba impresionado.

-¿No le sorprende el número de enfermos? -El Ébola es un virus relativamente desconocido, y le aseguro que ya nada me asombra. Mucho más me preocupa la forma de contenerlo. ¿Qué me dice del aislamiento?

-Se ha hecho bien. -Me alegro. El laboratorio móvil está listo y partiremos dentro de una hora. Consiga cuanto antes las muestras virales para enviar a Tad.

Marissa respondió que sí, pero la línea ya se había cortado. El muy hijo de puta la había dejado con la palabra en la boca. Ni siquiera le dio tiempo para advertirle que todo el hospital estaba en cuarentena, que si él entraba, después no se le permitiría salir. «Se lo merece», afirmó en voz alta, al levantarse del sillón.

El doctor Weaver había reunido a once médicos que colaborarían para interrogar a los enfermos, todos movidos por la misma motivación: si no les quedaba más remedio que permanecer dentro del sanatorio, preferían ponerse a trabajar.

Marissa se sentó a explicarles lo que pretendía: un detallado historial de la mayor cantidad posible de pacientes de entre los primeros ochenta y cuatro. Afirmó que tanto en Los Ángeles como en Saint Louis había habido un caso central que tuvo alguna relación con todos los demás pacientes. Evidentemente la situación de Phoenix era distinta. Al presentarse tantos casos simultáneos podía pensarse en una enfermedad transmitida por medio de la comida o el agua.

-Si fuese propagada por el agua, ¿no se habría contagiado más gente? -preguntó una doctora.

-Si se hubiese contaminado toda el agua del hospital, sí, pero a lo mejor la de algún tanque... -Su voz fue apagándose-. El virus de Ébola nunca se propagó por el agua ni los alimentos -reconoció-. Todo es muy misterioso, lo cual no hace más que subrayar la importancia de contar con historiales completos para hallar algún punto en común entre los casos. ¿Eran todos pacientes del mismo sector del sanatorio? ¿Bebieron café de la misma cafetera, comieron la misma comida, estuvieron en contacto con el mismo animal?

Empujó, su sillón hacia atrás, se levantó y fue hasta una pizarra donde comenzó a anotar una serie de preguntas que debía formulársele a cada enfermo. Los demás médicos aportaron también sus sugerencias. Al concluir, Marissa añadió la conveniencia de que averiguaran si alguno había asistido, tres meses antes, a un congreso sobre cirugía de párpados en San Diego.

Antes de que el grupo se dispersara, les recordó que debían observarse al pie de la letra todas las técnicas de aislamiento. Luego les dio las gracias y fue a estudiar el material reunido con anterioridad.

Tal como había hecho en Los Ángeles, Marissa instaló su puesto de mando en un pequeño saloncito que había detrás del despacho de las enfermeras, en uno de los pisos aislados. Cuando los otros médicos terminaron de tomar los historiales comenzaron a llevarle las anotaciones y ella pudo así dedicarse a la engorrosa tarea de cotejar datos. No había nada que saltara a la vista, salvo que todos los pacientes trabajaban en el Hospital Medicum, algo que ya se sabía.

Al mediodía habían ingresado catorce enfermos más, con lo cual se acentuaba el temor de estar ante una epidemia generalizada. Todos los nuevos pacientes, excepto uno, eran suscriptores de Medicum que habían sido atendidos por uno de los primeros cuarenta y dos médicos enfermos, antes de que éstos comenzaran a manifestar los síntomas. El otro caso era el de un químico que había practicado los primeros análisis antes de que se sospechara que pudiese tratarse de Ébola.

Cuando entró a trabajar el personal de la noche, Marissa se enteró de que acababan de llegar los demás profesionales del Centro. Fue a recibirlos con un enorme alivio y se encontró con Dubchek, que estaba ayudando a instalar el laboratorio móvil.

-Podría haberme avisado que habían puesto en cuarentena todo el hospital -le espetó apenas la vio llegar. -Usted no me dio oportunidad -respondió, sin mencionar que él le había cortado la comunicación.

Lamentablemente no podía hacer nada por mejorar la relación, la cual parecía empeorarse a cada instante.

-Bueno, Paul y Mark no están muy felices. Cuando se enteraron de que los tres quedaríamos encerrados aquí hasta que se superara el trance, dieron media vuelta y regresaron a Atlanta.

-¿Y el doctor Layne? -preguntó Marissa, sintiéndose culpable.

-Ya se reunió con el doctor Weaver y las autoridades del sanatorio. Después va a ver si el ministro de Sanidad del Estado modifica las normas de la cuarentena para exceptuarnos a los del CCE.

-Me imagino que no podré hablar con usted hasta que no haya puesto en funcionamiento el laboratorio.

-Veo que al menos tiene buena memoria -repuso Dubchek, agachándose para sacar una centrifugadora de su cajón-. Cuando termine aquí y haya conversado con Layne sobre las disposiciones para el aislamiento, podrá contarme lo que ha averiguado.

Mientras regresaba a su despacho, Marissa iba meditando diversas respuestas antipáticas, pero prefirió callarse porque sólo habría conseguido empeorar más la relación.

Después de ingerir comida de avión en un sector de la clínica reservado para personal en contacto directo con los presuntos enfermos de Ébola, Marissa regresó a su despacho a reanudar la confección de las fichas. Ya tenía los historiales de casi todos los ochenta y cuatro casos iniciales.

Encontró a Dubchek hojeando los apuntes. Al verla, él se incorporó.

-No creo que haya sido una buena idea utilizar personal de este sanatorio para la obtención de datos.

Consiguió tomarla desprevenida. -Es que eran tantos los casos -se disculpó ella- que yo no habría podido entrevistar a todos con la necesaria rapidez. Así y todo hubo siete personas que ya no estaban en condiciones de hablar y tres han muerto desde entonces.

-De todas maneras no hay razón para exponer a médicos que no se han especializado en epidemiología. El Ministerio de Sanidad del Estado de Arizona cuenta con personal idóneo que pudo haber sido empleado. Si alguno de estos médicos que usted reclutó llega a contraer el mal, podría caberle responsabilidad al Centro.

-Pero ellos... -¡Ya basta! No he venido aquí a discutir. ¿Qué es lo que averiguó?

Marissa procuró organizar sus ideas y dominar las emociones. Cierto era que había evaluado las posibles consecuencias legales, pero no estaba convencida de que hubiera problema alguno puesto que esos médicos -en cuarentena- ya eran considerados contactos. Se sentó al escritorio y buscó en sus apuntes la página de las conclusiones. Cuando la halló, empezó a leer con voz monocorde, sin mirar a Dubchek.

-Uno de los primeros pacientes es un oculista que asistió a la misma convención de San Diego que los doctores Richter y Zabriski. Otro de los casos iniciales, un cirujano ortopédico, participó en un safari a África hace dos meses. Otros dos pacientes usaron monos en sus investigaciones, pero ninguno de los dos recibió mordeduras.

Librodot

Los ochenta y cuatro casos evidenciaron los síntomas en un lapso de seis horas, lo cual daría a entender que todos estuvieron expuestos al virus al mismo tiempo. La gravedad de los primeros síntomas sugiere que recibieron una dosis abrumadora del agente infeccioso. Todos trabajaban en el Hospital Medicum, aunque no en el mismo sector, razón por la cual suponemos que el sistema de aire acondicionado probablemente no es la causa. Para mí todo apunta a una contaminación producida por el agua o los alimentos, y en ese sentido el único dato común a los ochenta y cuatro casos es que todos utilizaron la cafetería del sanatorio. De hecho, se sabe casi con certeza que los ochenta y cuatro almorzaron allí hace tres días.

Marissa levantó por fin los ojos para mirar a Dubchek, y éste tenía la mirada fija en el techo. Cuando se dio cuenta de que ella había terminado de hablar, preguntó:

-¿Ningún paciente ha tenido contacto con los episodios de Los Ángeles y Saint Louis?

-Ninguno. Por lo menos ninguno que hayamos podido descubrir.

-¿Envió las muestras de sangre a Tad? -Sí. Cyrill se encaminó a la puerta. -Creo que debería redoblar sus esfuerzos para establecer un vínculo entre este brote y los dos anteriores. Tiene que haber alguna conexión.

-¿Podría ser la cafetería? -Eso tendrá que investigarlo usted por su cuenta. Hasta ahora el Ébola nunca se ha transmitido por la comida, de modo que no veo por qué haya que pensar en la cafetería. -Abrió la puerta-. De todas maneras la coincidencia llama la atención, y me imagino que usted se dejará guiar por su propio instinto sin atenerse a lo que yo le recomiende. Pero eso sí: agote todas las posibilidades de hallar una relación con los brotes de Saint Louis y Los Ángeles.

Permaneció con la mirada fija en la puerta ya cerrada. Luego recorrió el papel que tenía ante los ojos y el deprimente montón de historiales clínicos.

Casi como si las últimas palabras de Cyrill hubiesen constituido un desafío, resolvió dar una vuelta por la cafetería, construida como un pabellón separado que daba a un jardín. La doble puerta de acceso estaba cerrada, y en una de las hojas se advertía un cartelito clavado con chinchetas: CLAUSURADO POR ORDEN DEL MINISTRO DE SANIDAD PÚBLICA DEL ESTADO. Marissa tanteó el picaporte y comprobó que no habían echado la llave.

Dentro reinaba una limpieza inmaculada. Lo primero que vio Marissa fue el mostrador, con montones de bandejas en un extremo y una caja registradora en el otro.

Detrás de dicho mostrador, otra puerta doble con ventanillas redondas, que daba a la cocina. Cuando Marissa trataba de decidir si entraba o no, se abrieron las puertas, salió una mujer rolliza pero guapa y le advirtió que la cafetería estaba cerrada. Marissa se presentó y le preguntó si podía charlar con ella unos minutos.

-Por supuesto. Con un leve acento escandinavo, dijo que se llamaba Jana Beronson y era la encargada. Marissa y ella se dirigieron al despacho de la mujer, un cuartucho sin ventanas, con las paredes cubiertas de horarios y menús.

Después de intercambiar algunas frases amables, Marissa le pidió ver el menú de tres días atrás, que la señorita Beronson sacó del fichero y le entregó de inmediato. Se trataba de una típica comida de cafetería: tres platos principales, dos clases de sopas y varios postres.

-¿Esto era lo único que se podía elegir ese día? -No. Además de los platos del día, tenemos siempre sándwiches y ensaladas.

Como Marissa necesitaba quedarse con el menú, la encargada fue a sacarle una fotocopia. Marissa decidió que iría de nuevo a hablar con los pacientes, a preguntarles qué habían comido tres días antes. También interrogaría a un grupo de control constituido por personas que habían ingerido los mismos alimentos sin contraer la enfermedad.

La señorita Beronson regresó con la fotocopia. Cuando la estaba doblando, le preguntó Marissa:

-Una de sus empleadas se enfermó, ¿verdad? -Sí, María González. -¿Qué es lo que hace aquí? -Trabaja en el mostrador o en la distribución de las ensaladas.

-¿De qué se ocupó ese día en particular? La señorita Beronson se levantó y fue a consultar un enorme diagrama de la pared.

-De postres y ensaladas. Marissa se preguntó si no habría que practicar estudios en toda la cafetería en busca de anticuerpos del Ébola.

-¿Quiere recorrer el local? -ofreció la señorita Beronson, ansiosa de prestar ayuda.

Durante los siguientes treinta minutos le mostró las instalaciones, tanto las de la cocina como las del comedor. Entre las primeras observó la cámara frigorífica, la antecocina y la gran ristra de hornos y fogones. En la zona de los comedores pasó ante el largo mostrador, curioseando en los cajones de los cubiertos y destapando las fuentes de las ensaladas.

-¿Quiere ver la despensa? Le dio las gracias pero no aceptó, puesto que ya era hora de averiguar qué habían elegido los primeros enfermos de Ébola del menú que llevaba en la cartera.

Se echó hacia atrás en el sillón giratorio y se restregó los ojos. Eran las once de la mañana de su segundo día en Phoenix, y apenas si había logrado dormir cuatro horas la noche anterior. La habían instalado en uno de los consultorios de ginecología, y cada vez que alguien pasaba por allí, la despertaba.

Oyó que se abría la puerta a sus espaldas. Al volverse vio que entraba Dubchek sosteniendo desplegada la primera plana de un diario local cuyo titular decía: EL CENTRO PARA EL CONTROL DE ENFERMEDADES OPINA QUE EXISTE FUENTE OCULTA DE ÉBOLA EN ESTADOS UNIDOS. Con sólo verle la expresión Marissa se dio cuenta de que, como de costumbre, estaba enfadado.

-Le dije que no debía hablar con la prensa. -No hablé. Dubchek dio un golpe al diario. -Aquí dice que una tal doctora Blumenthal, del CCE, sostiene que hay un foco de Ébola en este país, y que la epidemia de Phoenix se originó en agua o alimentos contaminados. Marissa, ¡le aseguro que tendrá usted graves problemas!

Marissa tomó el periódico y leyó rápidamente el artículo. Cierto era que se mencionaba su nombre pero sólo indirectamente. La noticia la habían obtenido de un tal Bill Freeman, uno de los médicos que colaboró para confeccionar las historias de los pacientes, y así se lo hizo notar a Dubchek.

-No importa que hable directamente con los periodistas o con un intermediario: el efecto es el mismo. Esto parecería indicar que el Centro avala sus opiniones, lo cual no es verdad. No hay pruebas de que el problema se relacione con los alimentos, y tampoco tenemos el menor deseo de provocar una reacción de histeria generalizada.

Marissa se mordió el labio inferior. Tenía la impresión de que cada vez que él le dirigía la palabra era para criticarla por algo. Lástima que ella no hubiese podido llevar mejor el episodio del hotel de Los Ángeles, obrar más diplomáticamente, porque tal vez él no estaría tan irritado. Después de todo, ¿qué esperaba? ¿Que no hablara con nadie? El trabajo en, equipo supone siempre la comunicación.

Sofocó su enfado y le entregó entonces un papel. -Pienso que tendría que mirar esto. -¿Qué es? -preguntó él con fastidio. -Es el resultado de la segunda investigación practicada sobre los pacientes iniciales, al menos los que estaban en condiciones de responder. Notará usted un dato a simple vista: salvo dos personas que no lo recordaban, todos comieron flan hace cuatro días en la cafetería del hospital. Recordará que en mi primera indagación, el único dato en común era el almuerzo en la cafetería. También notará que otras veintiuna personas que almorzaron ese día en la misma cafetería, pero no pidieron flan, no contrajeron el mal.

Dubchek dejó el papel. -Para usted es un maravilloso ejercicio, pero se olvida de un dato importante: el Ébola no se propaga en los alimentos.

-Lo sé. Pero no puede desestimar que este brote comenzó con una avalancha de casos, que fueron disminuyendo notablemente gracias al aislamiento.

Dubchek respiró profundamente. -Mire -pronunció en tono condescendiente-, el doctor Layne confirmó el dato que obtuvo usted: que uno de los pacientes había asistido con Richter y Zabriski al congreso de San Diego. Precisamente en ese dato se basa la posición oficial, que Richter trajo el virus de su hábitat endémico, en África, y lo contagió a sus colegas de San Diego, incluso al infortunado oculista de este sanatorio.

-Pero esa teoría desconoce el período de incubación de la fiebre hemorrágica.

-Sé que hay problemas -reconoció Dubchek-, pero por el momento es nuestra posición oficial. No me molesta que siga estudiando la posibilidad de transmisión por medio de los alimentos, pero por Dios, deje de hacer declaraciones. Recuerde que está aquí en carácter oficial. No quiero que vaya comentando sus impresiones personales a nadie, en particular a la prensa.

Marissa hizo un gesto de asentimiento. -Ah, y le encargo varias cosas más. Póngase en contacto con el Ministerio de Sanidad Pública y pídales que retengan los despojos de algunas víctimas porque necesitamos congelar especimenes par-a enviar a Atlanta.

Marissa volvió a asentir. Dubchek se encaminó a la puerta, vaciló y se volvió. Con una expresión más amable, agregó:

-Tal vez le interese saber que Tad empezó a comparar el Ébola de Los Ángeles, el de Saint Louis y el de Phoenix. Todo parece indicar que los tres son de la misma cepa, lo cual avalaría la hipótesis de que en realidad se trata de un mismo brote epidémico relacionado.

Marissa cerró los ojos y meditó acerca de lo que debía hacer. Lamentablemente no había quedado flan del fatídico almuerzo. Eso habría sido demasiado fácil. Resolvió entonces extraerle sangre a todo el personal de la cocina para comprobar la existencia de anticuerpos de Ébola. También decidió remitir muestras de ingredientes del flan a Tad para que averiguara si había contaminación viral. Sin embargo presentía que, aun si el culpable fuese el flan, no iba a obtener información alguna de los ingredientes. Se sabía que el virus es extremadamente sensible al calor, de modo que sólo pudo haber sido introducido en el flan después de que éste se hubiera enfriado. Pero ¿cómo? Clavó la vista en el montón de papeles. Allí debía de estar la pista que le faltaba. Tal vez si tuviese más experiencia seria capaz de encontrarla.

16 de mayo

Casi un mes después Marissa estaba por fin de regreso en Atlanta, en su pequeño despacho del Centro para el Control de Enfermedades. Finalmente se pudo contener la epidemia de Phoenix y se les permitió partir a Dubchek, ella y los demás colegas del CCE, pero sin que se pudiera determinar con certeza cuál había sido la causa del brote ni si era posible impedir que se repitiera.

En la última etapa, cuando ya se daba por dominado el brote, Marissa se sentía cada vez más ansiosa por volver a su casa y a trabajar en el Centro. Sin embargo, ahora estaba allí y no se sentía feliz. Con lágrimas en los ojos, producto de una mezcla de desaliento e indignación, miraba fijamente la carta que comenzaba: «Lamentablemente debo comunicarle... » Dubchek volvía a denegar su petición de investigar el Ébola en el laboratorio de máximo riesgo pese a los denodados esfuerzos que había realizado para dominar ampliamente las técnicas de estudio de virus y cultivos de tejidos.

Esta vez se sintió realmente desilusionada. Seguía opinando que el brote de Phoenix estaba relacionado con el flan, y ansiaba desesperadamente sustentar su teoría utilizando sistemas animales. Pensaba que si llegaba a comprender la transmisión del virus podía quizá descubrir de dónde provenía en primer lugar.

Contempló los largos folios donde se consignaba la transmisión del virus Ébola de una generación a otra en los tres brotes de Estados Unidos. También había confeccionado unos diagramas similares aunque menos completos en los que se registraba la propagación del Ébola en las primeras dos epidemias de 1976. Ambas habían ocurrido casi simultáneamente, una en Yambuku (Zaire) y la otra en Nzara (Sudán). La información la había obtenido de datos originales guardados en los archivos del Centro.

Algo que le llamó particularmente la atención vinculado con los casos de África fue que nunca se encontró el foco de la epidemia. Ni siquiera el hecho de descubrir que el virus causante de la fiebre hemorrágica Lassa anidaba en una especie particular de ratón doméstico ayudó a localizar el foco del Ébola. Se sospechó de todo tipo de criaturas -mosquitos,

chinches, monos, ratas, ratones-, pero finalmente se las descartó. En África fue un misterio tanto como en Estados Unidos.

Arrojó el lápiz sobre el escritorio, dominada por la frustración. No le había sorprendido la nota de Dubchek, máxime porque manifiestamente él había hecho lo posible por separarla del trabajo de Phoenix, enviándola de regreso a Atlanta el mismo día que se levantó la cuarentena. Parecía decidido a sostener la teoría de que el virus Ébola había sido traído de África por el doctor Richter, quien luego lo contagió a sus colegas oftalmólogos en el congreso de San Diego sobre cirugía de párpados. No obstante admitía que el largo periodo de incubación era una anomalía.

Impulsivamente se levantó y fue a buscar a Tad. Como él la había ayudado a redactar la solicitud, seguramente le permitiría llorar sobre su hombro ahora que se la habían rechazado.

Tad protestó un poco, pero finalmente accedió a salir del laboratorio de virología antes de tiempo para ir a almorzar.

-Tendrás que volver a intentarlo -fueron sus palabras cuando ella le contó de entrada la mala noticia.

Marissa sonrió. Ya se sentía mejor. La ingenuidad de su amigo le resultaba tierna.

Cruzaron la pasarela en dirección al edificio principal. Una ventaja de comer temprano era que no había colas en la cafetería.

Como para aumentar el tormento de Marissa, ese día uno de los postres era flan acaramelado. Cuando llegaron a una mesa y depositaron el contenido de las bandejas, le preguntó a Tad si había analizado los ingredientes del flan que ella le había enviado desde Arizona.

-No hay Ébola -fue la lacónica respuesta. Marissa se sentó pensando qué fácil habría sido descubrir que el culpable era algún proveedor de alimentos del hospital. Eso habría explicado por qué el virus aparecía siempre en ambientes médicos.

-¿Y las muestras de sangre del personal de la cocina?

-Tampoco encontré allí anticuerpos contra el Ébola. Pero te advierto que Dubchek vio el trabajo y se indignó. Marissa, ¿qué pasa entre vosotros dos? ¿Ocurrió algo en Phoenix?

Estuvo tentada de contarle toda la historia, pero una vez más decidió que así sólo conseguiría empeorar la situación. En respuesta a su pregunta le explicó que, sin darse cuenta, ella había sido fuente de información de una noticia periodística que difería de la posición oficial sostenida por el Centro.

Tad comió un bocado de su sándwich. -Te refieres a aquella historia de que existe un foco oculto de Ébola en Estados Unidos?

Ella asintió. -Yo estoy segura de que el Ébola se alojaba en el flan, y que además vamos a tener otros brotes epidémicos.

Tad se encogió de hombros. -Mis investigaciones parecen dar la razón a Dubchek. He estado aislando el ácido ribonucleico y las proteínas del virus de los tres brotes, y por sorprendente que sea, son idénticos. Esto significa que todos los virus estudiados pertenecen a la misma cepa, lo que a su vez implica que en realidad no son tres brotes sino uno solo. Normalmente el Ébola sufre alguna mutación. Incluso en los dos episodios de África -el de Yambuku y el de Nzara, aldeas que quedaban a ochocientos cincuenta kilómetros una de otra-, se detectó una pequeña diferencia entre las cepas.

-Pero, ¿qué me dices del período de incubación? Siempre fue de entre dos y cuatro días. Sin embargo, pasaron tres meses entre la convención de San Diego y el incidente de Phoenix.

-De acuerdo; reconozco que es un atolladero, pero no me parece más difícil de explicar que la forma en que pudo haberse introducido el virus en el flan, y en tales cantidades.

-Por eso fue que te envié los ingredientes. -Pero Marissa, el Ébola se neutraliza hasta en una temperatura de sesenta grados centígrados. Aunque se hubiese alojado en los ingredientes, el proceso de cocción lo habría anulado.

-La mujer que servía los postres contrajo la enfermedad. A lo mejor fue ella quien contaminó el flan.

Librodot

-Entonces dime dónde pescó un virus que sólo habita en lo más recóndito de África.

-No lo sé -reconoció-. Pero estoy segura de que ella no asistió al congreso de San Diego.

Siguieron comiendo en silencio unos minutos, con cierto fastidio.

---Esa mujer pudo haber contraído el virus en un solo lugar.

¿Dónde? -Aquí, en el Centro. Tad dejó el resto de su sándwich y la miró abriendo desmesuradamente los ojos.

-¡Dios mío! ¿Sabes lo que estás insinuando? -Yo no insinúo nada. Simplemente expongo un hecho. La única reserva de Ébola que se conoce es nuestro laboratorio de máximo riesgo.

Tad movió la cabeza, incrédulo.

-Tad -dijo Marissa a su amigo con voz decidida-, quiero pedirte un favor. ¿Por qué no me consigues en la Oficina de Bioseguridad la lista de personas que entraron y salieron del laboratorio este último año? -No me atrae la idea -respondió él, recostándose en el respaldo.

-Vamos. Con darme una copia no haces daño a nadie. Ya se te va a ocurrir un pretexto para justificar la petición.

-La copia no es problema, porque incluso lo he hecho otras veces. Lo que no deseo es fomentar tu descabellada teoría y mucho menos interponerme entre ti y la administración, en particular Dubchek.

-Pamplinas. No vas a interponerte entre él y yo con sólo conseguirme un papel. Además, ¿por qué habría de enterarse ni él ni nadie?

-Es verdad -admitió Tad a regañadientes-. A menos que tú se la enseñes a alguien.

-Bueno -dijo ella, como si se hubiese zanjado la cuestión-. Esta noche paso por tu casa a recogerla. ¿Te parece bien?

-Supongo que sí. Se lo agradeció con una sonrisa. Tad era un amigo estupendo que haría casi cualquier cosa por ella, lo cual le infundió una sensación de tranquilidad, puesto que tenía otro favor que pedirle: pretendía entrar en el laboratorio de máximo riesgo.

Dio un buen tirón para colocar el freno de mano y se bajó del Honda rojo. Como la pendiente de la calle era pronunciada, tomó la precaución de hacer girar las ruedas contra el bordillo. Pese a que había salido muchas veces con Tad, jamás había estado en su apartamento. Subió la escalinata del frente y no sin esfuerzo localizó el botón correspondiente del portero electrónico. Eran casi las nueve de la noche y ya había oscurecido por completo. Apenas vio a su amigo se dio cuenta de que ya había conseguido lo que ella quería. Lo notó en la sonrisa con que la recibió.

Se dejó caer en un sillón y aguardó a que el enorme gato de Tad terminara de restregarse sensualmente contra su pierna.

En seguida su amigo le mostró el impreso de computadora con una sonrisita de satisfacción.

-Les dije que se estaba practicando un estudio interno sobre frecuencia de entrada y ni siquiera enarcaron una ceja.

Marissa vio que cada visita al laboratorio de máximo riesgo figuraba debidamente registrada con nombre, hora de entrada y de salida. Fue recorriendo la lista con el índice pero apenas reconoció unos pocos nombres. El que aparecía con más frecuencia era el de Tad.

-Todos saben que soy el único que trabaja en el Centro -comentó él soltando una risita.

-Jamás pensé que la lista fuera tan larga -se quejó Marissa, haciendo pasar las páginas-. ¿Todas estas personas siguen teniendo permitido el acceso?

Tad se le acercó para pasar las páginas. –A ver, vuelve al principio. Este tipo -dijo señalando un nombre- ya no tiene más autorización. Se llama Gastón Dubois. Pertenecía a la Organización Mundial de la Salud y vino a la ciudad por unos pocos días. Y este otro -señaló a Harry Longford- era un graduado de Harvard que tuvo acceso sólo para realizar un proyecto en particular.

Reparó en que el nombre del coronel Woolbert aparecía repetidas veces, así como también el de un tal Heberling, quien al parecer había efectuado visitas frecuentes hasta el mes de septiembre, en que su nombre desapareció. Marissa preguntó por él.

-Trabajaba antes aquí, pero hace seis meses consiguió otro empleo. Ha habido muchos cambios en el personal académico de virología últimamente debido a las fabulosas cantidades que se asignan a la investigación del SIDA.

-¿Adónde se fue?

-No tengo la menor idea. Creo que deseaba ir a Fort Detrick, pero nunca hizo buenas migas con Woolbert. Heberling es inteligente, aunque no es demasiado fácil congeniar con él. Se comentaba incluso que aspiraba al puesto que obtuvo Dubchek, pero me alegro de que no lo haya conseguido porque me habría hecho la vida imposible.

Marissa siguió pasando las hojas hasta enero y señaló un nombre que aparecía varias veces en el término de quince días: Gloria French.

-¿Quién es? ---preguntó. -Es de enfermedades parasitarias y utiliza de vez en cuando el laboratorio para estudiar problemas virales transmitidos por artrópodos.

Marissa enrolló los papeles. -¿Satisfecha? -Es un poco más de lo que esperaba -reconoció-. Pero te agradezco la atención. Ah, y hay otra cosa.

-No, no, eso sí que no. -No te pongas nervioso. Me dijiste que el Ébola de Los Ángeles, el de Saint Louis y el de Phoenix eran de cepas idénticas, ¿no? Me gustaría saber cómo llegaste a esa conclusión.

-Todos los datos están en el laboratorio... -¿Y qué? -Que no tienes autorización para entrar allí. Tad sabía cuál seria la próxima petición. -No tengo permiso para practicar un estudio, o sea que no puedo entrar sola, pero sería distinto si voy contigo, máxime si no hay nadie allí. La otra vez que fuimos no hubo problemas, ¿no es cierto?

Tad tuvo que admitirlo. Si no había habido inconvenientes, ¿por que no hacerlo de nuevo? Nunca le advirtieron expresamente que no podía llevar adentro a otros miembros del personal, de modo que en caso de necesidad podría aducir ignorancia. Sabía que Marissa lo estaba usando, pero era difícil resistirse a su simpatía. Además, se sentía orgulloso de su trabajo y quería lucirse mostrándolo. Seguramente ella quedaría impresionada.

-Está bien. ¿Cuándo deseas ir? -¿Qué te parece ahora mismo? Tad miró su reloj.

-Tanto da ir ahora como en cualquier otro momento -admitió.

-Después podríamos salir a tomar una copa. Invito yo. Cuando fue a buscar su cartera, advirtió que las llaves de Tad y su tarjeta de acceso estaban en el mismo estante, junto a la puerta.

Camino del laboratorio en el coche de ella, Tad empezó a describir el complicado trabajo que estaba realizando. Marissa apenas lo escuchaba, pues su interés por el laboratorio era muy distinto.

Al igual que la vez anterior, firmaron a la entrada del CCE y subieron luego en el ascensor como si se dirigieran a la oficina de Marissa. Se bajaron en el piso de ella, descendieron un tramo de escalera y cruzaron por la pasarela hasta el edificio de virología. Antes de que Tad hubiese abierto la pesada puerta de acero, Marissa repitió el número en código de su amigo: 100-60-95.

-¡Qué memoria! -exclamó él, mirándola con respeto.

-Te olvidas de que ésas son mis medidas. Tad soltó una risita burlona. Cuando él encendió las luces de delante y los compresores, Marissa experimentó la misma intranquilidad que la vez anterior. El laboratorio tenía algo de atemorizante; parecía formar parte de una película de ciencia ficción. Entraron en los vestuarios y en silencio se pusieron primero un traje de algodón y luego los de plástico, voluminosos. Siguiendo el ejemplo de Tad, Marissa acopló su tubo de aire a la llave múltiple.

-Ya pareces toda una profesional -comentó él al tiempo que encendía las luces del interior.

Después le indicó que desconectara su tubo de aire y pasara a la cámara siguiente.

Librodot

Mientras lo esperaba en la pequeña habitación donde recibirían la lluvia de desinfectante fenólico a la salida, experimentó una incómoda claustrofobia, sensación que disminuyó cuando entraron en el más espacioso laboratorio principal. El trabajo práctico con virus que había realizado le vino bien puesto que pudo reconocer gran parte del instrumental, como por ejemplo las incubadoras de cultivos histológicos y las unidades de cromatografía.

-Por aquí -le indicó Tad una vez ambos se hubieron acoplado a la llave múltiple adecuada.

La llevó hasta una mesa de trabajo donde había complicados aparatos de cristal, y comenzó a explicarle cómo hacía para separar el ácido ribonucleico y las proteínas del Ébola.

Marissa no le prestaba demasiada atención, porque lo que realmente quería ver era dónde almacenaban los virus. Posó sus ojos en la puerta aislante, detrás de la cual seguramente se guardaba el Ébola. En cuanto Tad hizo una pausa le preguntó si le iba a enseñar dónde se lo conservaba.

Él titubeó un momento. -Allí -contestó luego, señalando hacia la puerta. -¿Puedo verlo? Él se encogió de hombros e hizo un gesto con la mano para que Marissa le siguiera. Se dirigió hacia un lado de la habitación y en vez de abrir la puerta aislante como ella esperaba, señaló un aparato que se hallaba junto a una incubadora de cultivo histológico.

-¿Ahí se guardan los virus? -se sorprendió ella, desilusionada al ver que no se trataba de un recipiente más apropiado-. Parece el congelador de mis padres.

-Lo es. Lo único que hicimos fue modificarlo para que trabajara con nitrógeno líquido como refrigerante. -Indicó los tubos de entrada y salida-. Mantenemos la temperatura en setenta grados bajo cero.

Alrededor del congelador, sujetando el tirador, había una cadena con un candado de combinación. Tad levantó el candado e hizo girar el dial.

-La persona que puso esto tenía sentido del humor -dijo-. La combinación mágica es 6-6-6.

-No me parece muy segura que digamos -apuntó Marissa.

Tad reaccionó encogiéndose de hombros. -Pero, ¿quién va a entrar aquí? ¿La mujer de la limpieza?

-Hablo en serio -protestó ella.

-Aquí no puede entrar nadie si no tiene una tarjeta de acceso -respondió él, retirando la cadena.

«Sí, claro», pensó Marissa. Tad levantó la tapa del congelador y Marissa espió su interior, casi como esperando que algo le saltase a la cara. En medio de la bruma helada lo que vio fueron miles y miles de frasquitos con tapa de plástico, colocados en bandejas metálicas.

Con la mano enguantada, Tad limpió la escarcha en el sector interno de la tapa, donde había un diagrama para localizar los diversos virus. Buscó la bandeja correspondiente al Ébola y empezó a revolver el congelador como quien busca pescado en la nevera de un mercado. -Aquí tienes tu Ébola -dijo, tomando una botellita y fingiendo que se la arrojaba.

Aterrorizada, Marissa extendió las manos. Oyó la risa de su amigo, que sonaba distante y hueca al provenir del interior del grueso traje. Se enfadó mucho, ya que ése no era lugar para hacer bromas.

Sosteniendo el frasquito con el brazo estirado, Tad le dijo a Marissa que lo tomara, pero ella se negó con un movimiento de cabeza. Un miedo irracional la atenazaba.

-No impresiona mucho por el aspecto -comentó Tad señalando el material congelado-, pero aquí dentro hay aproximadamente mil millones de virus.

-Bueno, ahora que ya lo he visto puedes guardarlo. No habló más cuando él volvió a poner el frasquito en la bandeja metálica, cerró el congelador y colocó el candado. Marissa paseó la vista a su alrededor. El ambiente le era extraño, aunque cada aparato individual era relativamente conocido. -¿Hay algo aquí que no exista en un laboratorio cualquiera? En los laboratorios comunes no hay esclusas de aire ni sistemas de presión negativa.

-No. Me refiero al instrumental científico. Tad paseó la vista por la sala. Sus ojos se posaron en las cubiertas protectoras que tenían las mesas de trabajo.

-Esas cosas son únicas -dijo señalándolas-. Se llaman campanas filtrantes tipo 3 HEPA.

-¿Sólo se las usa en los laboratorios de máximo riesgo?

-Efectivamente. Hay que construirlas a medida. Marissa se acercó hasta el casquete que protegía el lugar de trabajo de Tad. Era una especie de enorme extractor.

-¿Quién los fabrica? -Fíjate tú misma -respondió él, rozando con los dedos la etiqueta metálica que había a un costado y que decía: Lab Engineering, South Bend (Indiana). Marissa preguntó si alguien habría encargado protectores similares en los últimos tiempos. Sabía que la idea que se le había ocurrido era insensata, pero desde que se convenció de que el episodio de Phoenix fue causado por el flan, no pudo dejar de preguntarse si alguno de los brotes no habría sido causado intencionadamente. 0 de lo contrario, si algún médico no habría estado realizando investigaciones que luego se le escaparon de las manos.

-Eh, yo creí que te interesaba mi trabajo -exclamó súbitamente Tad.

-Por supuesto. Pero lo que pasa es que este sitio me abruma.

Tad tuvo que pensar un instante para recordar en qué punto de su discurso había quedado, y luego volvió a tomar la palabra. La mente de Marissa divagaba. No debía olvidarse de escribir luego a Lab Engineering.

-¿Qué te pareció, Marissa? -Estoy impresionada... y con mucha sed. ¿Vamos a tomar esas copas que dijimos?

Cuando salían, Tad la llevó a su diminuta oficina y le mostró cómo coincidían sus estudios finales, lo cual le daba la pauta de que todos los brotes eran, en realidad, uno solo.

-¿Comparaste la cepa estadounidense con las de África?

-Todavía no. -¿Tienes los mismos mapas o diagramas para todos los brotes?

-Por supuesto. -Tad se acercó a su fichero y abrió el cajón inferior. Estaba tan lleno que le costó extraer varios sobres marrones-. Aquí están el de Sudán y el de Zaire.

Los dejó en el escritorio y tomó asiento. Marissa abrió la primera carpeta. Los mapas le parecían absolutamente iguales, pero Tad le hizo notar importantes diferencias en casi todas las seis proteínas del Ébola. Marissa abrió luego la segunda carpeta. Tad se inclinó hacia delante, tomó los mapas de Zaire y los puso al lado de los que acababa de completar.

-¡No puede ser! -exclamó. Tomó entonces otros varios mapas y los dispuso en hilera sobre el escritorio.

-¿Qué pasa, Tad? -Mañana voy a tener que pasarlos todos por el espectrofotómetro para verificarlo.

-¿Verificar qué? -Hay una homología estructural casi completa aquí.

- ¡No me hables con tecnicismos! ¿Qué estás diciendo? -La cepa de Zaire de 1976 es exactamente la misma que la de tus tres brotes.

Se miraron uno a otro durante unos instantes. Finalmente fue Marissa quien habló. -Eso significa que el brote ha sido el mismo desde 1976, en el Zaire, hasta 1987, en Phoenix.

-Imposible. -Pero eso es lo que estás diciendo. -Sí ya sé. Debe de ser alguna rareza estadística. -Movió la cabeza. Sus ojos celestes se posaron luego en Marissa una vez más-. Lo único que te puedo asegurar es que me llama poderosamente la atención.

Después de atravesar la pasarela que conectaba el laboratorio con el edificio principal, Marissa le pidió que esperara unos minutos en su oficina mientras ella escribía a máquina una breve nota.

-¿Quién es tan importante como para que tengas que escribirle esta misma noche?

-No quería dejarlo pasar. -Marissa sacó el papel de la máquina y lo puso en un sobre-. Bueno, no tardé tanto, ¿no?

Buscó un sello en su cartera y escribió luego los datos del destinatario: Lab Engineering de South Bend (Indiana).

-¿Para qué diablos les escribes? -Quiero que me manden información sobre las campanas filtrantes tipo 3 HEPA.

-Pero, ¿para qué? -quiso saber Tad, con cierta preocupación.

Sabía que su amiga era impulsiva, lo cual le hizo pensar si no habría sido un error llevarla al laboratorio de máximo riesgo.

-¡Vamos! -exclamó ella, sonriente-. Si Dubchek sigue negándome autorización para usar el laboratorio, tendré que hacerme fabricar uno propio.

Tad iba a decir algo pero ella lo tomó del brazo y lo arrastró en dirección a los ascensores.

17 de mayo

Marissa se levantó temprano y de buen ánimo. Era una maravillosa mañana primaveral, que quiso aprovechar saliendo a correr con Taffy por el vecindario. Hasta la perra parecía disfrutar del buen tiempo mientras describía círculos alrededor de su dueña.

De vuelta a casa Marissa se dio una ducha, vio una parte del Today Show por televisión al mismo tiempo que se vestía, y a las ocho y media partía ya al Centro. Entró en su oficina, dejó la cartera sobre el fichero y se sentó. Quería saber si se disponía de suficiente información sobre las proteínas del Ébola como para hacer el cálculo de probabilidades estadísticas de que la cepa de Estados Unidos fuese la misma que la de 1976 de Zaire. Si las posibilidades eran tan ínfimas como suponía, sus sospechas tendrían entonces un fundamento científico.

Empero no avanzó mucho. En el centro mismo de su escritorio había una comunicación interna. La abrió y se encontró con un lacónico mensaje en el que se le ordenaba presentarse de inmediato en el despacho de Dubchek.

Cruzó entonces al edificio de virología. De noche la pasarela no le daba miedo, pero a la luz del sol la tela metálica la hacía sentir enjaulada. Como aún no había llegado la secretaria de Dubchek, llamó directamente a la puerta.

El doctor estaba sentado, revisando la correspondencia. Cuando la vio, le dijo que cerrara la puerta y tomara asiento. Marissa acató la orden, notando que los ojos de su jefe no la perdían de vista. La oficina estaba tan desordenada como de costumbre, con montones de fotocopias de artículos científicos por todos lados. Evidentemente el desorden era típico de Dubchek, aunque en lo personal su aspecto era siempre impecable.

-Doctora Blumenthal -comenzó a hablar él con voz contenida-, me he enterado de que anoche estuvo en el laboratorio de máximo riesgo.

Marissa no abrió la boca ya que él no le preguntaba nada sino que simplemente hacía una aseveración.

-Creí haber dejado claro que no podía entrar allí hasta que no cuente con la necesaria autorización. Su desconsideración me causa mucho fastidio, por no decir otra cosa, sobre todo el hecho de haber obligado a Tad a practicar estudios no autorizados de muestras de alimentos provenientes del Hospital Medicum.

-Trato de cumplir con mi tarea lo mejor posible -argumentó ella.

El nerviosismo que sentía rápidamente se iba convirtiendo en furia. Dubchek le demostraba que nunca le iba a perdonar aquel desaire de Los Ángeles.

-Entonces tiene usted un concepto erróneo de qué es «lo mejor posible». Además, pienso que no comprende la enorme responsabilidad que le cabe al Centro para con el público, y más sabiendo la histeria que hay en tomo del tema del SIDA.

-Bueno, yo creo que está equivocado -expresó ella devolviéndole la mirada-. Tomo muy en serio nuestra responsabilidad para con el público, y considero que se le rinde un pobre servicio al minimizar los riesgos del Ébola. No hay razones científicas para suponer que no habrá nuevos brotes de Ébola, y yo estoy poniendo el máximo empeño en averiguar la fuente antes de que debamos afrontar otro brote.

-¡Doctora Blumenthal, usted no es quien dirige el Centro!

-Ya lo sé muy bien, doctor Dubchek. Si lo fuera, tenga por seguro que no apoyaría la versión oficial de que fue Richter quien trajo el virus de África y luego experimentó un

insólito periodo de incubación de seis semanas. ¡Y si no fue Richter el que lo trajo, la única otra fuente que se conoce está aquí mismo, en el Centro!

-No pienso tolerar ese tipo de conjeturas irresponsables.

-Llámelo conjetura, si quiere -dijo, poniéndose de pie-.Yo lo llamo hecho concreto. Ni siquiera en Fort Detrick tienen Ébola. Solamente hay aquí, en el Centro, y se lo guarda en un congelador con un simple candado de bicicleta. ¡Excelente protección para el virus más letal conocido por el hombre! Y si cree que el laboratorio de máximo riesgo es seguro, recuerde que hasta yo fui capaz de entrar allí.

Horas más tarde, todavía temblaba cuando entró en el Hospital de la Universidad y preguntó cómo llegar a la cafetería. Mientras recorría los pasillos no dejaba de maravillarse de haber podido reunir tanto coraje. Jamás se había enfrentado a la autoridad como lo hizo ese día. Sin embargo, se sentía muy mal al recordar la cara que puso Dubchek cuando la echó de su oficina. Como no sabía qué hacer y estaba segura de que su carrera en el Servicio de Inteligencia de Epidemiología se había terminado, salió del Centro, subió a su coche y empezó a dar vueltas sin rumbo fijo hasta -que se acordó de Ralph y pensó pedirle consejo. Pudo localizarlo entre una operación y otra, y, quedaron en encontrarse para almorzar. La cafetería del hospital era un recinto agradable, con mesas de cubierta amarilla y suelo de baldosas blancas. Marissa vio que Ralph le hacía señas desde un rincón.

Como era típico de él, se levantó al verla llegar y le retiró la silla. Marissa sonrió, aunque le costaba contener las lágrimas. Sus galantes modales no parecían acordes con la ropa quirúrgica que tenía puesta.

-Gracias por apartar tiempo para verme, Ralph. Sé lo ocupado que estás.

-No digas tonterías. Siempre tengo tiempo para ti. Ahora cuéntame qué pasa. Te noté muy alterada por teléfono.

-Vayamos a buscar primero la comida. La interrupción le vino bien puesto que, al volver con las bandejas, había podido controlar un poco sus emociones.

-Tengo problemas en el Centro -confesó. Después le relató la forma en que se había comportado Dubchek en Los Ángeles y el incidente del hotel-. A partir de ese momento el trato ha sido difícil. Quizá yo no reaccioné de la mejor forma posible, pero tampoco creo que fuera todo culpa mía. Al fin y al cabo, fue una especie de hostigamiento sexual.

-No me parece propio de Dubchek -opinó Ralph, frunciendo el entrecejo.

-Pero me crees, ¿verdad? -Desde luego. Sin embargo, no creo que puedas echar la culpa de todos tus problemas a aquel lamentable episodio. Recuerda que el CCE es un organismo estatal, aunque la gente trate de restarle importancia a ese hecho. -Hizo una pausa para dar un bocado al sándwich-. ¿Puedo hacerte una pregunta?

-Por supuesto. -¿Crees que soy tu amigo y que sólo pienso en tu bien? Marissa asintió, mientras se preguntaba qué vendría a continuación.

-Entonces puedo hablarte con franqueza. Me han llegado rumores de que ciertas personas del Centro no están muy contentas contigo porque no te adhieres a la línea oficial. Ya sé que no me pediste consejo, pero te lo doy igualmente. En un sistema burocrático, hay que guardarse las opiniones personales hasta que llegue el momento apropiado. Digamos que hay que aprender a callar. Y yo lo sé porque durante un tiempo estuve en el ejército.

-Supongo- que te refieres a la posición que adopté respecto del Ébola -saltó ella, a la defensiva.

Al margen de que Ralph tuviera razón, sus palabras la habían herido porque consideraba que, en términos generales, su comportamiento había sido correcto.

- Ésa es sólo una parte del problema. Sencillamente no has sabido trabajar en equipo. -¿Quién te lo dijo? -se indignó ella.

-Con decírtelo no se soluciona nada. -Tampoco si yo me quedo callada. No puedo aceptar la posición que sustenta el Centro en relación con el Ébola. Hay demasiados puntos contradictorios e interrogantes sin resolver. Casualmente uno de ellos lo supe anoche, durante mi visita no autorizada al laboratorio.

Librodot

-¿A qué te refieres? -Se sabe que el Ébola sufre constantes mutaciones. Sin embargo nos enfrentamos con el hecho de que las tres cepas de Estados Unidos son idénticas, y lo más sorprendente es que se trata de la misma cepa del brote que hubo en Zaire, en 1976. Para mí, esta enfermedad no se está propagando naturalmente.

-Tal vez tengas razón, pero estás en una situación política y debes obrar en consecuencia. Y aun si se produjera otro brote, espero que no lo haya, tengo una confianza absoluta en que el Centro será capaz de controlarlo.

-Ése es otro gran interrogante. Las estadísticas de Phoenix no fueron alentadoras. ¿Te das cuenta de que hubo trescientos cuarenta y siete casos mortales y sólo trece sobrevivientes?

-Sí; vi las cifras. Pero con ochenta y cuatro casos iniciales creo que vuestra labor fue excelente.

-No sé si te parecería tan excelente si el brote se hubiera producido en tu sanatorio.

-Tienes razón. La idea de que vuelva a producirse otro brote de Ébola me aterroriza. Quizá sea por eso que quiero creer en la posición oficial. Si es correcta, tal vez el peligro haya terminado.

-¡Caramba! -expresó -Marissa con repentina vehemencia-. Tan preocupada estaba por mí misma que me olvidé por completo de Tad Dubchek debe de saber que fue él quien me llevó al laboratorio. Será mejor que vaya a ver qué le ha pasado.

-Te dejo ir con una condición: que salgamos a cenar mañana sábado.

-Qué amoroso. Desde luego; será un placer. Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente. Ralph era tan bueno... Ojalá le atrajera más como hombre.

Cuando regresaba en su coche al Centro, tomó conciencia de que ya no estaba tan enfadada con Dubchek, y que en cambio tenía miedo de perder el empleo y sentía remordimiento por su propio proceder. Indudablemente Ralph tenía razón: no había sabido trabajar en equipo.

Encontró a Tad en el laboratorio de virología, trabajando en un nuevo proyecto vinculado con el SIDA, enfermedad que seguía ocupando el lugar prioritario en el Centro. Al verla, Tad se tapó la cara con un brazo, fingiendo adoptar una actitud de defensa.

-¿Tan mal te fue? -le preguntó Marissa. -Peor. -Perdóname. ¿Cómo se enteró? -Me lo preguntó. -¿Y tú se lo contaste? -Por supuesto. No iba a mentirle. También me preguntó si salía contigo.

-¿Y eso también se lo dijiste? -quiso saber ella, mortificada.

-¿Por qué no? Por lo menos se convenció de que no llevo al laboratorio a cualquier persona de la calle.

Marissa respiró profundamente. Tal vez era mejor que se supiera todo. Apoyó entonces una mano sobre el hombro de su amigo.

-Lamento muchísimo haberle causado tantos trastornos. Y para resarcirle, te invito a cenar esta noche. Cocino yo.

A Tad se le iluminó el rostro. -Me parece fantástico.

A las seis de la tarde Tad pasó a buscarla por su oficina y la siguió en su coche hasta el supermercado. Eligió él las costillas de cordero y esperó que el carnicero se las cortara, mientras Marissa iba a buscar patatas y verdura para la ensalada.

Guardaron luego la bolsa en el maletero del coche de Marissa, y Tad propuso ir él a comprar vino y que ella se adelantara para empezar a cocinar.

Llovía, y mientras escuchaba el rítmico movimiento de los limpiaparabrisas, sintió un hálito de esperanza como no había experimentado en todo el día. Ciertamente era mejor que todo se supiera. El lunes a primera hora hablaría con Dubchek y le pedirla disculpas. Seguramente podían arreglar la situación como dos adultos. . Pasó por una panadería y compró dos pastas rellenas. Al llegar a su casa, decidió entrar por la cocina para no tener que caminar tanto cargada con las bolsas. Todavía no se había puesto el sol, pero ya estaba oscuro. Tuvo que buscar en el llavero la llave que correspondía a la cerradura. Encendió la luz de la cocina con el codo antes de depositar las dos bolsas sobre la mesa. Mientras desactivaba la

alarma, se preguntó por qué Taffy no habría acudido a recibirla. Llamó a la perra pensando si los Judson no se la habrían llevado por alguna razón. Volvió a llamarla, pero en la casa reinaba un silencio anormal.

Se encaminó a la sala de estar y en el trayecto encendió la luz que había junto al sofá. «Ta-a-a-ffy», gritó, alargando el nombre. Se dirigió a la escalera por si acaso la perra se había encerrado sin querer en alguno de los dormitorios de arriba, como más de una vez le había ocurrido. Fue entonces cuando la vio tendida en el suelo cerca de la ventana, con la cabeza doblada en un ángulo extraño y alarmante. -¡Taffy! -clamó desesperada.

Corrió a arrodillarse a su lado, pero antes de que pudiera tocarla, la sujetaron por atrás y le dieron un tirón tan fuerte del cuello que la habitación comenzó a darle vueltas. Instintivamente levantó una mano y aferró el brazo extraño, notando que tocaba algo de madera debajo de la tela de la manga. Ni haciendo acopio de todas sus fuerzas logró siquiera que el desconocido aflojara la presión sobre su cuello. Sintió que se le rasgaba el vestido y trató de volverse para ver a su atacante, pero no lo logró.

El dispositivo para hacer sonar el sistema de alarma estaba en el bolsillo de su chaqueta. Metió la mano con desesperación, y justo cuando consiguió activar el botón, un fuerte golpe en la cabeza la arrojó al suelo. Procuró ponerse de pie en el momento en que comenzaba el atronador bramido de la alarma. Luego oyó la voz de Tad que le gritaba al intruso. Se volvió, medio atontada, y lo vio forcejeando con un individuo alto y fornido.

Se cubrió las orejas para protegerse del incesante chillido de la sirena y salió gritando afuera para llamar a los Judson. Atravesó corriendo el jardín y cruzó por entre los arbustos que separaban ambas propiedades. Al llegar a casa de sus vecinos, vio que el señor Judson abría la puerta. Le pidió a gritos que llamara a la policía, pero no perdió tiempo en explicarle nada. Giró sobre sus talones Y volvió de prisa a su casa. El sonido de la alarma resonaba entre los árboles que bordeaban la calle. Subió de dos en dos los escalones de la entrada pero le llamó la .atención encontrar vacía la sala de estar. Atemorizada corrió a la cocina. La puerta del fondo estaba entornada. Alargó el brazo y desconectó la alarma en el correspondiente tablero.

-¡Tad! -gritó de regreso a la sala de estar, al tiempo que se fijaba en el cuarto de huéspedes.

Pero no había rastros de su amigo. El señor Judson llegó corriendo por la puerta del frente blandiendo un hierro. Juntos se encaminaron a la cocina y salieron por atrás.

-Mi mujer está llamando a la policía. -Yo estaba con un amigo -le explicó Marissa, jadeante-, y no sé dónde se ha ido.

-Ahí viene alguien -afirmó el señor Judson, señalándolo.

Marissa vio una silueta que se acercaba entre los pinos. Era Tad. Corrió entonces a recibirlo, le echó los brazos al cuello y le preguntó qué había pasado.

-Lamentablemente me derribaron de un golpe -contó él tocándose la sien-. Cuando me levanté, el tipo estaba fuera, donde lo aguardaba un coche.

Marissa lo llevó a la cocina y allí le limpió la cara con una toalla húmeda. Tenía sólo una herida superficial.

-El brazo de ese tipo parecía duro como un garrote -dijo Tad. -Tuviste suerte de que no te causara una herida más profunda. No debías haberlo perseguido. ¿Y si hubiese estado armado?

-Mi intención no era convertirme en héroe. Y lo único que le vi fue una cartera.

-¿Una cartera? ¿Qué clase de ladrón lleva una cartera?

-Iba bien vestido; eso hay que reconocerlo. -¿Pudo verlo bien como para identificarlo después? -intervino el señor Judson.

Tad se encogió de hombros. -No demasiado. Todo fue tan rápido... A lo lejos oyeron que se acercaba la sirena de un coche patrulla. El señor Judson miró la hora.

-Establecieron un buen promedio. -¡Taffy! -gritó Marissa, al recordar súbitamente a la perra.

Librodot

Corrió a la sala de estar, seguida de cerca por Tad y el señor Judson.

El animal no se había movido. Cuando Marissa se agachó para alzarlo con cuidado, la cabeza de Taffy cayó, floja, hacia un lado; le habían roto el cuello.

Hasta ese momento Marissa había logrado dominar sus emociones, pero al ver a su perrita prorrumpió en llantos histéricos. Al señor Judson le costó mucho lograr que soltara al animal. Tad abrazó a su amiga procurando consolarla.

Llegó el vehículo policial con sus luces encendidas, y dos agentes uniformados entraron en la casa. Marissa no pudo dejar de reconocer que actuaron con eficacia y sensibilidad. En seguida averiguaron que el sujeto había entrado por una ventana de la sala y explicaron por qué en un primer momento no había sonado la alarma: porque el intruso rompió el cristal y entró por la ventana, en lugar de levantar la hoja movible.

Después, con un estilo metódico, los policías recogieron toda la información pertinente sobre el hecho. Desgraciadamente ni Marissa ni Tad pudieron dar una descripción del agresor, salvo que tenía el brazo rígido. Cuando le preguntaron si le faltaba algo, Marissa tuvo que confesar que todavía no lo había comprobado. Y cuando relató el episodio de Taffy, se echó a llorar nuevamente.

Los policías le preguntaron si quería ir a un hospital, pero ella rechazó el ofrecimiento. Los agentes le aseguraron que volverían a comunicarse con ella, y partieron. El señor Judson también se retiró, no sin antes decirle que podía llamarlo en caso de necesitar algo, y que no se preocupara por los restos de la perrita. Además, al día siguiente él se encargaría de que le arreglaran la ventana.

De pronto Marissa y Tad se encontraron solos, sentados a la mesa de la cocina, con los alimentos aún dentro de sus bolsas.

-Lamento muchísimo todo esto -expresó Marissa, restregándose el lugar de la cabeza que le dolía.

-No seas tonta. ¿Por qué no vamos a cenar fuera? -No tengo ánimos para ir a un restaurante, pero tampoco quiero quedarme aquí. ¿Qué te parece si cocino en tu apartamento?

-¡Perfecto! Vamos. -Aguarda un momento. Voy a cambiarme.

20 de mayo

EL lunes por la mañana Marissa seguía dominada por el temor. No había sido un buen fin de semana. El viernes fue el peor día de su vida, empezando por el incidente-con Dubchek para seguir luego con el asalto y la muerte de Taffy. Después del asalto trató de minimizar las consecuencias emocionales, pero lo único que consiguió fue tener que pagarlo después. Preparó la cena y se quedó en casa de Tad, pero fue una velada turbulenta, llena de lágrimas e indignación contra el intruso que le había matado la perrita.

El sábado estaba igualmente deprimida pese a los intentos de Tad, y luego de los Judson, por animarla. Por la noche salió a cenar con Ralph como tenía pensado, y él le sugirió que solicitara unos días de permiso, ofreciéndose incluso a llevarla al Caribe, ya que seguramente unas breves vacaciones servirían para que se enfriaran los ánimos en el Centro. Como Marissa insistió en que quería seguir trabajando, Ralph le aconsejó dedicarse a cualquier tema menos al Ébola, propuesta que ella tampoco aceptó. «Entonces al menos no hagas más olas.» Para Ralph, Dubchek era fundamentalmente un buen hombre que aún estaba reponiéndose por la pérdida de la esposa que adoraba.

Marissa debía darle otra oportunidad. En ese punto al menos estuvieron de acuerdo.

Temiendo otra confrontación con Dubchek, pero al mismo tiempo resuelta a pedirle disculpas, llegó a su oficina y se encontró con otra comunicación interna sobre el escritorio. Supuso que era de Dubchek, pero al tomar el sobre advirtió que el remitente era el doctor Carbonara, director del Servicio de Inteligencia en Epidemiología y, por lo tanto, el verdadero jefe de Marissa. La abrió con el corazón en la boca y leyó la nota en la cual se le pedía que fuera a verlo de inmediato. Tuvo entonces un mal presentimiento.

Librodot

El despacho del doctor Carbonara estaba en el primer piso. Cuando subía por la escalera se preguntaba si estarían a punto de despedirla. La oficina era amplia y confortable. Una pared estaba casi cubierta con un inmenso planisferio en el que se indicaban con alfileres rojos los lugares del mundo donde cumplían tareas funcionarios del Servicio. El doctor Carbonara, un hombre muy amable y paternal, de abundante pelo canoso, le hizo señas para que tomara asiento mientras terminaba de hablar por teléfono. Cuando colgó, la obsequió con una sonrisa simpática, con lo cual Marissa se tranquilizó un poco ya que no vio en él la actitud del jefe que está por echar a un empleado. Luego la sorprendió compadeciéndose de ella por el asalto sufrido y por la muerte de la perrita. A excepción de Tad, Ralph y los Judson, ella creía que nadie más estaba enterado del episodio.

-Quería pedirle que se tomara unas vacaciones. Creo que un cambio de aire no le vendría mal después de una experiencia tan desagradable.

-Le agradezco la gentileza, pero sinceramente prefiero continuar trabajando. Eso me va a ayudar a tener la mente ocupada, aparte de que estoy convencida de que los brotes epidémicos no han terminado aún.

El doctor tomó una pipa y se dispuso a encenderla. Cuando lo logró, dijo:

-Lamentablemente existen ciertas dificultades en relación con el Ébola. A partir de hoy se la traslada del Departamento de Virología al de Bacteriología, pero puede conservar la misma oficina. En realidad le quedará más cerca de su nuevo empleo que del viejo. Estoy seguro de que el nuevo cargo le resultará tan apasionante como el anterior.

Dio intensas chupadas a la pipa, despidiendo volutas de humo gris.

Marissa quedó desolada: el traslado era, para ella, como si la echaran.

-Podría decirle cualquier mentira -prosiguió Carbonara-, pero la verdad es que el jefe del Centro, el doctor Morrison, me pidió personalmente que la sacara de virología, alejándola particularmente del problema del Ébola.

-Eso no lo creo. ¡Fue el doctor Dubchek! -No, en absoluto -expresó enfáticamente Carbonara, para agregar a continuación-: Aunque reconozco que no se opuso a tal decisión.

Marissa dejó escapar una risita irónica. -Sé muy bien, Marissa, que entre usted y Dubchek ha habido un grave choque de personalidades, pero...

-Sería más exacto hablar de hostigamiento sexual. Ese hombre se ha empeñado en obstaculizar mi tarea desde que tuve el valor de resistirme a sus insinuaciones.

-Lamento oírle decir eso -afirmó él con voz pausada-. Tal vez, por el bien de todos, convendría que le contara la verdadera historia. Verá usted: el doctor Morrison recibió una llamada del congresista Calvin Markham, integrante de la Subcomisión de Presupuesto de la Cámara Baja para el Departamento de Sanidad Pública. Como usted sabe, dicha subcomisión fija anualmente los fondos para el Centro. Fue ese legislador quien pidió que se la separara del tema Ébola, no Dubchek.

Marissa quedó anonadada una vez más. La idea de que un congresista de Estados Unidos llamara al director del Centro para que éste la separara de su cargo le resultaba increíble.

-¿Markham mencionó mi nombre expresamente? -preguntó, una vez que hubo recuperado el habla.

-Sí. Y créame que yo también lo puse en duda. -Pero, ¿por qué? -No hubo explicación alguna. Además, fue más una orden que una petición. Por razones políticas no nos queda otra alternativa. Supongo que lo comprenderá.

Marissa movió la cabeza. -El problema es casualmente que no entiendo, pero sí me hace cambiar de parecer respecto de las vacaciones. Pienso que al fin y al cabo me convendría tomarme unos días.

-Espléndido. Se las concedo a partir de este momento. Después del descanso va a empezar renovada. Tenga la seguridad de que no estamos en desacuerdo con su trabajo; por el contrario, nos ha impresionado notablemente su desempeño. Esos brotes de Ébola nos han aterrado muchísimo. Usted será una valiosa adquisición para el grupo que está trabajando en

bacterias intestinales y no me cabe duda de que le caerá muy bien la jefa de dicha división, la doctora Harriet Samford.

Su mente era un torbellino cuando regresaba a su casa. Había dado por descontado que el trabajo le serviría de distracción para olvidar la brutal muerte de Taffy, y si bien en algún momento consideró la posibilidad de que la despidieran, jamás se le ocurrió siquiera que fuesen a otorgarle una licencia. Se preguntó si Ralph habría hablado en serio cuando la había invitado al Caribe. Sin embargo, la idea tenía ciertas desventajas, ya que si bien él le gustaba como amigo, no estaba segura de que le atrajera en ningún otro sentido.

La casa le pareció desolada sin el exuberante recibimiento de la perrita. Marissa experimentó la imperiosa necesidad de meterse en la cama y taparse la cabeza con las mantas, pero con eso sólo conseguiría allanar el camino a la depresión que tan decididamente quería combatir. No había aceptado del todo el pretexto que le diera el doctor Carbonara para separarla del tema Ébola: una insinuación casual de un parlamentario no solía producir efectos tan inmediatos. Si se ponía a indagar, seguramente descubriría que Markham era amigo de Dubchek. Miró de soslayo la cama con sus tentadoras almohadas y decidió no ceder ante el impulso de evadirse. Recordaba con demasiada nitidez la última vez que reaccionó con un estado depresivo, después de haber cortado con Roger. En vez de entregarse y aceptar la situación -como había hecho antes-, se dijo que debía hacer algo, aunque no sabía muy bien qué.

Cuando estaba buscando ropa sucia para lavarla, como terapia, encontró la maleta preparada y para ella fue como un presagio.

Impulsivamente tomó el teléfono y llamó a la línea aérea Delta a fin de reservar un pasaje en el siguiente vuelo a Washington.

-Hay un mostrador de información pasando apenas la puerta -le indicó el avezado taxista señalando la escalinata del edificio de oficinas del Congreso.

Una vez dentro, Marissa pasó por un detector de metales mientras un guardia uniformado le revisaba la cartera. Cuando preguntó por el despacho del congresista Markham, le respondieron que estaba en el cuarto piso. Siguió las complicadas instrucciones -al parecer los ascensores sólo llegaban hasta el tercer piso - y le llamó la atención lo descuidado que estaba el edificio. Las paredes del ascensor estaban literalmente cubiertas de pintadas.

Pese a lo tortuoso del camino, no tuvo problema en localizar la oficina. Como la puerta estaba entreabierta pasó sin llamar, en la esperanza de que el elemento sorpresa jugara a su favor. Desgraciadamente el congresista no estaba.

-Volverá de Houston dentro de tres días. ¿Quiere pedir una entrevista con él?

-Déjeme pensarlo -respondió Marissa, sintiéndose un poco tonta por el hecho de haber viajado desde Atlanta sin cerciorarse primero de si el hombre estaría en la ciudad, y mucho menos dispuesto a recibirla.

-¿No desea hablar con el señor Abrams, su secretario privado?

-Bueno. A decir verdad no estaba muy segura de cómo debía abordar a Markham. Si simplemente le preguntaba si había intentado separarla del grupo del Ébola para hacerle un favor a Dubchek, obviamente lo negarla. Mientras seguía cavilando, se le acercó un joven que se presentó como Michael Abrams.

-¿En qué puedo servirla? -dijo, tendiéndole la mano. Debía de tener unos veinticinco años, el pelo oscuro, casi negro- y una sonrisa amplia que para Marissa no podía ser tan sincera como parecía al principio.

-¿No hay algún lugar donde podamos conversar en privado? -quiso saber Marissa, puesto que estaban de frente al escritorio de la secretaria.

-Por supuesto. La hizo pasar al despacho del congresista, una habitación amplia, de techo alto, con un inmenso escritorio de caoba flanqueado por la bandera estadounidense por un do y la del Estado de Texas por el otro. En las paredes, innumerables fotos de Markham estrechando la mano a una variedad de celebridades, incluso los últimos presidentes.

Librodot

-Soy la doctora Blumenthal. ¿No le dice nada mi apellido? Michael negó con la cabeza. -¿Acaso debería sonarme? -preguntó él, en tono simpático.

-Tal vez -respondió Marissa, dudando sobre la forma en que debía continuar.

-¿Es usted de Houston? -Soy de Atlanta, del Centro para el Control de Enfermedades.

Lo observó atentamente para ver si advenía en él alguna reacción especial, pero no notó ninguna.

-Del Centro para el Control de Enfermedades -repitió el muchacho-. ¿Viene en misión oficial?

-No. Me interesa la relación que tiene el congresista Markham con el Centro. ¿Es uno de los temas especiales de que se ocupa?

-Yo diría que «especiales» no es la palabra adecuada

-fue la cauta respuesta de Michael-. Él se ocupa de todas las áreas de la sanidad pública. De hecho, es el congresista que más se ha interesado por los temas de salubridad. Últimamente presentó proyectos para limitar la inmigración de médicos extranjeros, un proyecto para el arbitraje obligatorio en caso de ejercicio ilegal de la profesión, otro para limitar los subsidios del estado a los programas de medicina por el sistema de pagos adelantados...

Hizo una pausa para recobrar el aliento. -Me deja asombrada. Es evidente que se interesa vivamente por la medicina en nuestro país. -Ya lo creo. El padre de él era un médico clínico que gozaba de enorme prestigio.

-Pero usted no tiene conocimiento -continuó Marissa- de que tenga previsto ningún proyecto específico vinculado con el Centro de Atlanta.

-Que yo sepa, no. -Y debo suponer que usted está al tanto de todo lo que se trata aquí.

Michael le obsequió con una sonrisa por toda respuesta.

-Bueno, muchas gracias por atenderme. Intuitivamente se dio cuenta de que no iba a poder sonsacarle nada más a Michael Abrams.

Al salir a la calle volvió a sentirse abatida. Ya no tenía más la sensación de estar haciendo algo positivo por sí misma. No sabía si le convenía permanecer tres días en Washington aguardando la llegada de Markham, o si debía regresar a Atlanta.

Comenzó a caminar en dirección al Capitolio. Ya se había alojado en un hotel de Georgetown; entonces, ¿por qué no quedarse? Podía ir a museos y galerías de arte. Sin embargo, al contemplar la imponente cúpula blanca del Capitolio, no pudo menos de pensar por qué un hombre de la posición de Markham se preocupaba por ella, aunque fuese amigo de Dubchek. De repente vislumbró una idea. Le hizo señas a un taxi, subió de prisa y te dijo al chofer:

-A la Comisión Federal de Elecciones. ¿Sabe dónde queda?

El conductor, un negro guapo, se volvió para responderle:

-Si en esta ciudad hay algún lugar que yo no conozca, le prometo que la llevo gratis.

Quince minutos más tarde aparcaban frente a un edificio semimoderno, en un sector viejo del centro de Washington. Poca atención le prestó a Marissa el guardia uniformado, salvo para advertirle que debía firmar el libro de entrada. Como no sabía con certeza a qué oficina tenía que ir, terminó entrando en una de la planta baja, donde había cuatro empleadas escribiendo a máquina en sus respectivos escritorios.

Una de ellas le preguntó en qué podía servirla. -Necesito averiguar algo respecto de los fondos con que financió su, campaña un congresista. Tengo entendido que ese tipo de información está a disposición del público, ¿verdad?

-Por supuesto -respondió la mujer, y se puso de pie-. ¿Qué es lo que le interesa, las contribuciones o los desembolsos?

-Las contribuciones... supongo. La mujer la miró intrigada. -¿Cuál es el nombre del congresista? -Calvin Markham. La empleada se encaminó a una mesa redonda donde había libros de hojas intercambiables. Encontró el indicado y lo abrió en la M, explicando que los números que aparecían a continuación de cada nombre indicaban el correspondiente al rollo

de microfilm. Luego acompañó a Marissa a unas enormes estanterías repletas de rollos, buscó el que necesitaba y lo colocó en el aparato de lectura.

¿Qué elección le interesa? -preguntó, lista ya para oprimir las teclas respectivas.

-La última... supongo. Todavía no sabía a ciencia cierta qué era lo que quería encontrar... Tal vez algún vínculo entre Markham y Dubchek o el CCE.

La máquina empezó a funcionar con un zumbido, y en la pantalla iban pasando con tanta rapidez los documentos que parecían una sola mancha borrosa. Luego la mujer apretó un botón y le enseñó cómo regular la velocidad.

-Si quiere alguna copia, son cinco centavos cada una. La moneda tiene que ponerla allí. -Señaló una ranura-. Si se presenta algún problema, no tiene más que llamar.

A Marissa le intrigaba tanto el aparato como la información que éste le brindaba. A medida que revisaba los nombres y domicilios de todos los contribuyentes a las arcas para la reelección de Markham, notó que éste obtenía apoyo fiscal a nivel nacional no sólo de su distrito de Texas. Esto no le pareció típico salvo quizás en el caso del presidente de la Cámara o el presidente de la Comisión de Recursos. También advirtió que gran parte de los donantes eran médicos, lo cual no le llamaba la atención a la luz del papel desempeñado por Markham en la aprobación de leyes relativas a la salud.

Los nombres figuraban en orden alfabético y si bien se fijó expresamente en todos los que empezaban con D, no encontró el de Dubchek. De todos modos había sido una idea alocada, se dijo. ¿De dónde iba a sacar dinero Cyrill para apoyar a un poderoso congresista? Podía tener cierto ascendiente sobre Markham, pero no de índole económica. Lanzó una risita. ¡Y pensar que consideraba ingenuo a Tad!

De todas formas sacó copia de la lista de contribuyentes para poder luego revisarla con tranquilidad. Notó que un .médico con seis hijos había donado la cifra mayor por él y por cada miembro de su familia. Eso sí que era apoyar a alguien. Al final de los particulares se enumeraban las empresas patrocinadoras. Una de ellas, llamada «Comité Médico de Acción Política», había donado más dinero que muchas compañías petroleras de Texas. Al consultar los datos sobre la elección anterior, Marissa se encontró con el mismo grupo. Debía de tratarse de una organización establecida, y firme partidaria de Markham.

Después de agradecerle la atención a la empleada, Marissa salió a la calle y buscó un taxi. Mientras avanzaban en medio del denso tránsito de la hora punta, aprovechó para releer la lista de contribuyentes. De pronto casi soltó los papeles. El nombre del doctor Ralph Hempston parecía saltar de la página. Seguramente era una coincidencia -qué pequeño era el mundo-, pero pensándolo bien no le llamaba tanto la atención ya que uno de los defectos que siempre le había encontrado a su amigo Ralph era precisamente su conservadurismo. Le parecía típico de él propiciar a alguien con la mentalidad de Markham.

A las cinco y media entraba en el simpático salón de su hotel, y al pasar por el pequeño quiosco de revistas divisó los titulares del Washington Post. ¡VUELVE EL AZOTE DEL Ébola!

Como hierro atraído por un imán, cruzó el salón, tomó un periódico y leyó el subtítulo: EL FLAGELO ATERRORIZA LA CIUDAD DEL AMOR FRATERNAL.

Buscó monedas en el fondo de la billetera para pagar el periódico y siguió leyendo mientras se encaminaba a los ascensores. Se habían presentado tres supuestos casos de Ébola en la Clínica Berson de Abington (Pennsylvania), en las afueras de Filadelfia. La noticia destacaba el pánico que reinaba en la ciudad suburbana. Después de apretar el botón de su piso, leyó las declaraciones de Dubchek en las cuales éste aseguraba que el brote se dominaría en breve y que no había motivo de inquietud, ya que el Centro para el Control de Enfermedades había aprendido mucho sobre el modo de luchar contra el virus en los tres brotes previos.

Peter Carbo, uno de los dirigentes del grupo pro Derechos de los Homosexuales, de Filadelfia, manifestaba tener la esperanza de que Jerry Falwell se hubiese fijado en que ni un

solo homosexual había contraído esta enfermedad nueva y mucho más peligrosa, proveniente de la misma zona de África que el SIDA.

Ya en su habitación buscó en el periódico las fotos de las páginas interiores. La toma de la barrera policial en la entrada del hospital le recordó Phoenix. Terminó de leer el artículo, dejó el periódico sobre la cómoda y se miró en el espejo. A pesar de que estaba de vacaciones y oficialmente la habían alejado del equipo del Ébola, sentía la necesidad de obtener información de primera mano. Su total dedicación al fenómeno Ébola no le dejaba otra alternativa. Trataba de quedarse pensando que Filadelfia quedaba prácticamente al lado de Washington, que hasta podía ir en tren. Militarmente, giró sobre sus talones y comenzó a reunir sus pertenencias.

Al salir de la estación de Filadelfia tomó un taxi hasta Abington, y resultó un viaje mucho más largo de lo que suponía. Felizmente tenía varios cheques de viajero en la billetera, y el conductor se los aceptó. Frente a la Clínica Berson encontró la TTM77 policial que había visto fotografiada en el diario. Tras de intentar trasponerla, le preguntó a un periodista si el edificio estaba en cuarentena. «No», le respondió, quien había estado tratando de entrevistar a algún enfermo. La policía se encontraba allí por si acaso se establecía la cuarentena. Marissa exhibió su credencial del CCE y en el acto se le permitió el acceso.

Había muchas personas en el vestíbulo central, pero no reinaba el caos de aquella otra vez, en Phoenix. La gente parecía ansiosa pero no aterrorizada. El empleado de recepción le informó que todos los casos estaban en la unidad aislada, del quinto piso. Cuando se dirigía al ascensor, un señor le gritó:

-Perdone, pero no se permiten las visitas. -Marissa volvió a mostrar su credencial. Ah, disculpe, doctora. Tome el último ascensor, que es el único que sube hasta el quinto.

Apenas se bajó, una enfermera le pidió que se colocara ropa de protección, aunque no le preguntó por qué estaba allí. Marissa se alegró de poder ponerse la mascarilla, no sólo por razones -o protección sino para mantener el anonimato.

-Perdón -dijo sobresaltando a dos mujeres que charlaban en el despacho de las enfermeras-, ¿no están por aquí ninguno de los médicos del CCE?

-No la oímos venir; explicó la mayor de las dos. -La gente del Centro partió hace alrededor de una hora -respondió la otra-. Creo haber oído que bajaban a la oficina del administrador. Pruebe allí.

-Bueno, no importa. ¿Cómo están los tres pacientes?

-Ya son siete -contestó la primera mujer, y luego le pidió a Marissa que se identificara.

-Soy del Centro para el Control de Enfermedades -respondió, sin dar su nombre, a propósito-. ¿Y ustedes?

-Desgraciadamente somos las enfermeras que estamos siempre a cargo de este sector. Solemos aislar a los pacientes con menor resistencia a la enfermedad, pero no estamos acostumbradas a tratar casos mortales de un mal contagioso. Por eso nos alegramos de que hayan venido ustedes.

-Al principio uno se asusta mucho -se condolió Marissa, al tiempo que entraba, intrépidamente, en el despacho de las enfermeras. Por si les sirve de consuelo, les diré que yo participé en los tres brotes anteriores y nunca tuve problema alguno. ¿Las fichas están aquí o en las habitaciones?

-Aquí -señaló una de las mujeres. -¿Cómo están los pacientes? -Pésimamente. Esta respuesta no le parecerá muy profesional, pero jamás he visto personas más enfermas. Se les ha prestado atención especial durante las veinticuatro horas del día, pero así y todo, empeoran.

Marissa comprendía la frustración de la mujer. Los pacientes terminales en general deprimen al personal que los cuida.

-¿Alguna de ustedes sabe cuál fue el que se internó primero?

La enfermera de más edad se acercó a Marissa, revisó las fichas y sacó una que luego le entregó.

Librodot

-El primero fue el doctor Alexi -manifestó-. Lo que me sorprende es que haya durado tanto.

En el historial figuraban todos los síntomas habituales, pero no había mención alguna de viaje al extranjero, de contacto con animales ni de la menor vinculación con los brotes anteriores. Sin embargo, se consignaba que Alexi era ¡jefe de oftalmología! ¿Acaso Dubchek tendría razón después de todo? Al no saber cuánto tiempo podía permanecer en el pabellón, prefirió ir de inmediato a ver al enfermo, para lo cual se colocó encima otro atuendo protector, incluso gafas desechables.

-¿Está consciente? -le preguntó a la enfermera especial, llamada Marie.

El doctor Alexi estaba acostado con la boca abierta y la mirada clavada en el techo. Su piel presentaba ese tono amarillento que Marissa asociaba con la muerte próxima.

-A ratos. Está hablando y de pronto no responde más. La presión sanguínea le ha bajado nuevamente.

Marissa tragó saliva. -Doctor Alexi -pronunció Marissa, tocándole suavemente el brazo. Cuando el hombre volvió la cabeza muy despacio para mirarla, le notó un enorme moretón debajo del ojo derecho-. ¿Me oye, doctor?

El enfermo asintió. -¿Ha viajado a África últimamente? El doctor negó con la cabeza. -¿Asistió usted a un congreso sobre cirugía de párpados realizado hace unos meses en San Diego?

El hombre logró articular un «sí». A lo mejor Dubchek realmente tenía razón porque era demasiada coincidencia: en todos los brotes, la primera víctima fue siempre un oculista que asistió al congreso de San Diego.

-Doctor, ¿tiene usted amigos en Los Ángeles, Saint Louis, o Phoenix? ¿Los ha visto últimamente?

Pero antes de que ella terminara, Alexi había vuelto a perder el conocimiento.

-Ha estado así todo el tiempo -explicó la enfermera, situándose al otro lado de la cama para volver a tomarle el pulso.

Marissa no sabía qué hacer, si aguardar unos minutos y tratar de interrogarlo una vez más. Volvió a fijarse en el moretón que tenía el hombre en la cara, y le preguntó a la enfermera si sabía cuándo se lo había hecho.

-Su mujer me contó que lo habían asaltado. -Luego agregó-: La presión está más baja todavía.

Meneó la cabeza apesadumbrada, mientras guardaba el estetoscopio.

-¿Lo asaltaron justo antes de enfermar? Quería estar segura de haber oído bien. -Sí. Creo que el ladrón lo golpeó en la cara pese a que él no opuso resistencia.

-Marie -dijo alguien por un intercomunicador-, ¿hay una doctora del CCE en esa habitación?

La enfermera miró a Marissa y luego volvió a posar sus ojos en el aparato.

-Sí -respondió. Pese al zumbido indicador de que el aparato seguía encendido, Marissa pudo oír una voz femenina que le informaba a alguien: «Está en la habitación del doctor Alexi», y otra que replicaba: «¡No diga nada! Yo mismo bajaré a hablar con ella.»

Marissa sintió que se le aceleraba el pulso. ¡Era Dubchek! Desesperada paseó la vista por la habitación como buscando un sitio donde esconderse. Pensó en preguntarle a la enfermera si no había otra salida, pero sabía que iba a parecer una ridiculez, y además ya era tarde porque ya se oían pisadas por el pasillo.

Cyrill entró arreglándose las gafas. -¿Usted es Marie? -preguntó. -Sí -respondió la enfermera. Marissa quiso ir hacia la puerta pero Dubchek la agarró de un brazo. Le pareció una vergüenza tener un enfrentamiento de esa índole delante de un moribundo, pero también temía la reacción de Dubchek puesto que sabía cuántas normas había violado. Al mismo tiempo la indignaba haberse visto obligada a transgredirlas.

-¿Adónde diablos va? -preguntó él de mala manera, sin soltarle el brazo.

-Tenga un poco de respeto por el paciente, al menos -respondió ella, logrando por fin liberarse.

Salió de la habitación seguida por Dubchek. Se quitó el gorro y el delantal exteriores, que depositó en el recipiente indicado. Dubchek hizo lo propio.

-¿Se ha propuesto expresamente despreciar toda autoridad? -se enfureció él-. ¿Acaso toma esto como un juego?

-Prefiero no hablar del tema. Se daba cuenta de que, por el momento, Dubchek era incapaz de entrar en razones. Se dirigió al ascensor.

-¿Qué es eso de que «prefiere no hablar»? -gritó él-. ¿Quién se cree que es?

Volvió a aferrarla del brazo y le dio un tirón para obligarla a que lo mirase.

-Creo que deberíamos esperar hasta que se le pase el enfado -atinó a decir ella con calma.

-¿El enfado? Mire, jovencita -explotó Dubchek-, ahora mismo voy a llamar al doctor Morrison para exigirle que la obligue a tomarse una licencia prolongada y no unas simples vacaciones. Y si se niega, exigiré una audiencia formal.

-Me parece perfecto -sostuvo ella, manteniendo apenas el dominio de sí-. Hay algo extraordinario en estos brotes de Ébola y usted se niega a aceptarlo. A lo mejor lo que nos hace falta es precisamente una audiencia formal. -Váyase de aquí antes de que la haga echar.

-Será un placer.

Cuando salía del hospital se dio cuenta de que temblaba. Odiaba las confrontaciones, y una vez más se sentía acosada entre la furia y el cargo de conciencia. Estaba convencida de que le faltaba muy poco para averiguar la verdadera causa de los brotes, pero aún no podía explicar claramente sus sospechas para sentirse satisfecha y mucho menos para persuadir a otra persona.

Trató de llegar a alguna conclusión camino al aeropuerto, pero lo único que le venía a la mente era la desagradable escena con Dubchek. Sabía que había corrido un riesgo al presentarse en la Clínica Berson cuando expresamente le habían retirado el permiso para hacerlo, razón por la cual Cyrill estaba en todo su derecho al enfurecerse. Lástima que no pudiesen intercambiar opiniones sobre la extraña coincidencia de que todos los enfermos portadores hubiesen sido asaltados justo antes de contraer el mal.

Mientras aguardaba el avión que la llevaría de regreso a Atlanta, llamó a Ralph desde un teléfono público. Su amigo atendió en seguida y le contó que, como ella no respondía el teléfono, se preocupó muchísimo y fue a su casa a ver qué le pasaba. Le preguntó dónde se encontraba, y fingió enfadarse por el hecho de que se hubiese ido de viaje sin avisarle.

-En Washington y ahora en Filadelfia, pero ya vuelvo a Atlanta.

-Fuiste a Filadelfia debido al nuevo brote de Ébola? -Sí. Han pasado muchas cosas desde la última vez que hablamos. Es una larga historia, pero te adelanto que no debí presentarme aquí, y cuando Dubchek me pilló, se puso como loco.-A lo mejor ya me he quedado sin trabajo. ¿Sabes de alguien que necesite a una pediatra?

-No habrá ningún problema. Puedo conseguirte un puesto aquí mismo, en el Hospital de la Universidad. ¿En qué vuelo llegas? Pienso ir a buscarte al aeropuerto. Estoy impaciente por que me cuentes qué pudo haber tan importante como para que te fueras de viaje sin decírmelo.

-Gracias, pero no hace falta que vengas a buscarme, porque dejé el Honda en el aparcamiento.

-Entonces ven a casa en el camino de regreso. -Tal vez se me haga un poco tarde -respondió, pensando si no lo pasaría mejor en casa de Ralph que en su propia casa vacía-. Pienso pasar primero por el Centro porque necesito hacer algo allí mientras Dubchek no está en la ciudad.

-No me parece tan buena idea. ¿Qué te traes entre manos?

-Créeme que no mucho. Sólo quiero echar otra miradita rápida al laboratorio de máximo riesgo.

-Yo te aconsejaría que no fueras por el CCE. La mayor parte de tus problemas proviene de aquella vez que entraste en el laboratorio.

-Lo sé, pero voy a hacerlo de todos modos. Este asunto del Ébola está enloqueciéndome.

-Como quieras, pero después ven a verme. Pienso quedarme levantado hasta tarde.

-¿Ralph? –dijo Marissa, haciendo un enorme acopio de coraje para formularle la pregunta-. ¿Conoces al congresista Markham?

Se produjo una pausa.

- He oído hablar de él. -¿Nunca has contribuido con dinero para su campaña?

-Qué pregunta más rara, sobre todo para hacerla desde larga distancia.

-¿Has contribuido? -Sí, varias veces. Concuerdo con la posición que tiene él en relación con diversos temas médicos.

Después de prometerle una vez más ir a visitarlo esa noche, Marissa cortó con una sensación de alivio. Estaba contenta de haber planteado el tema Markham y de que Ralph le hubiese respondido con tanta sinceridad. Pero una vez que despegó el avión, la acometió de nuevo, la inquietud. La teoría que se estaba gestando en su mente era tan siniestra que no se atrevía siquiera a darle forma.

Pero lo más horrible era que comenzaba a preguntarse si el asalto en su casa y la muerte de Taffy no habría sido algo más que un simple atraco, como había supuesto.

20 de mayo por la noche

Al salir del aeropuerto enfiló directamente a la casa de Tad. No le había llamado antes porque le pareció mejor darle una sorpresa, aunque eran casi las nueve.

Aparcó frente a la casa y vio con alegría que había luces encendidas dentro.

-¡Marissa! -exclamó Tad al abrir la puerta, con una publicación médica en la mano-. ¿Qué haces aquí?

-Quiero ver al hombre de la casa. Estoy realizando una encuesta sobre preferencias en dulces.

-Estás bromeando. -Por supuesto. ¿Me invitas a pasar o vamos a quedamos aquí de pie toda la noche?

Esa nueva actitud suya de agresividad la sorprendía hasta a ella misma.

-Perdón. Pasa, por favor. Marissa entró primero que él y advirtió que en la repisa del vestíbulo estaba la tarjeta para entrar al laboratorio.

-Estuve llamándote el día entero. ¿Dónde te habías ido?

-Salí. Tuve un día muy interesante.

-Me contaron que ya no estabas más en Patógenos Especiales y te habías ido de vacaciones. ¿Qué está pasando?

-Ojalá lo supiera -respondió, sentándose en el sofá. De pronto apareció el gato y de un salto se instaló en su falda-. ¿Qué sabes del brote de Filadelfia? ¿Es Ébola?

-Lamentablemente sí -dijo Tad, sentándose a su lado-. El aviso nos llegó el domingo. Esta mañana recibí las muestras, y están cargadas de virus.

-¿Es de la misma cepa? -Eso no lo puedo saber en seguida. -¿Sigues pensando que todo viene de aquel congreso de oftalmólogos de San Diego?

-No lo sé -admitió él, algo irritado-. Soy virólogo, no epidemiólogo.

-No te enfades, pero no hace falta ser epidemiólogo para darse cuenta de que algo muy raro está sucediendo. ¿Tienes idea del motivo por el cual me dieron otro destino?

-Supongo que lo habrá solicitado Dubchek. -No. Fue un legislador del Congreso Nacional por Texas, de apellido Markham. Él llamó directamente al doctor Morrison, y como es presidente de la Comisión de Presupuestos que aprueba los fondos para el Centro, Morrison tuvo que obedecerle. Pero, ¿no te parece muy extraño? Al fin y al cabo soy apenas una empleada a sueldo del Servicio de Epidemiología.

-Sí, claro. Tad se ponía cada vez más nervioso. Marissa estiró un brazo y le apoyó la mano en el hombro.

-¿Qué te ocurre? -le preguntó. -Todo esto me preocupa. Tú sabes que me gustas, Pero donde tú vas siempre hay problemas, y yo no quiero líos. Sucede que me agrada mucho mi trabajo.

-No deseo comprometerle, pero necesito tu ayuda por última vez. Por eso vine a verte tan tarde.

Tad sacudió la cabeza. -Por favor, no me pidas que viole ninguna otra disposición.

-Necesito volver al laboratorio... sólo por unos minutos.

-¡No! -se opuso Tad, enérgicamente-. No puedo correr semejante riesgo. Discúlpame.

-Dubchek no está en la ciudad. No va a haber nadie allí a esta hora.

-No. No pienso llevarte. Marissa comprendió que su postura era inflexible. -Está bien. Te entiendo. -¿Sí? -dijo él, asombrado de que se hubiese dado por vencida tan fácilmente.

-Desde luego, pero si no puedes acompañarme al laboratorio, lo menos que puedes hacer es invitarme a beber algo.

-Por supuesto -aceptó él-. ¿Cerveza? ¿Vino blanco? -Cerveza, por favor. Tad fue a la cocina. Cuando Marissa oyó que abría la nevera, se levantó y fue de puntillas hasta el vestíbulo. Miró en dirección al estante y comprobó que había dos tarjetas de acceso al laboratorio. A lo mejor Tad no se daría cuenta si tomaba prestada una, se dijo en el momento en que se guardaba una en el bolsillo. Ya estaba sentada de nuevo en el sofá cuando su amigo regresó con las bebidas.

Tad le entregó un botellín y se guardó otro para sí. También abrió un paquete de patatas fritas. Para halagarlo, Marissa le preguntó por su última investigación, pero era evidente que no prestaba atención a sus respuestas.

-¿No te gusta la cerveza? -preguntó él al ver que no la había probado.

-Sí, sí -respondió bostezando-. Lo que pasa es que estoy más cansada que sedienta. Será mejor que me vaya.

-Puedes quedarte a pasar la noche si lo deseas. -Gracias -dijo ella al tiempo que se ponía de pie-, pero tengo que volver a casa.

-Lamento no poder llevarte al laboratorio -declaró Tad, y se agachó para darle un beso.

-Te comprendo.

Rápidamente se dirigió hacia la puerta antes de que él pudiera abrazarla.

Tad esperó hasta oír que se cerraba la puerta de fuera antes de volver a entrar en el apartamento. Por una parte se alegraba de haber tenido la sensatez necesaria como para no dejarse manejar por Marissa, pero por otra parte le daba mucha pena haberla desilusionado.

Desde donde estaba miraba directamente el estante donde había dejado la tarjeta de acceso y las llaves. Pensando aún en Marissa se dio cuenta de que faltaba una de las tarjetas. Entonces revisó con esmero todas las cosas que había sacado de los bolsillos y registró los anaqueles de arriba y de abajo, pero la tarjeta no apareció.

- ¡Mierda! Debió haber previsto alguna jugarreta de su parte ya que se dio por vencida tan fácilmente. Abrió la puerta, bajó de prisa la escalinata y salió a la calle con la esperanza de alcanzarla, pero no había nadie en las inmediaciones. No corría ni la más mínima brisa en la noche húmeda, de modo que las hojas de los árboles permanecían quietas, abatidas.

Tad volvió a entrar en su casa tratando de decidir qué hacer. Miró la hora y fue hasta el teléfono. Marissa le gustaba, pero esa vez se había pasado. Tomó entonces el teléfono y empezó a marcar.

En el camino al Centro, iba pensando que ojalá Dubchek no hubiese dado aviso al guarda de que ella ya no trabajaba en virología. Pero cuando mostró su credencial, el oficial la obsequió con una sonrisa.

- ¿Otra vez trabajando tarde? Por precaución, fue primero a su oficina por si el oficial decidía seguirla. Encendió las luces, se sentó a su escritorio y esperó, pero no oyó pasos por el corredor.

Había varias cartas sobre la mesa: dos eran propaganda de casas de productos farmacéuticos, y una tercera de Lab Engineering, de South Bend. Marissa abrió ese último

sobre. Un vendedor le agradecía la consulta que ella había hecho acerca de las campanas filtrantes tipo 3 HEPA pero le informaba que ese tipo de instrumental se fabricaba sólo por pedido. Si le interesaban, debía tratar primero con algún estudio de arquitectos que se especializara en la construcción de edificios destinados al cuidado de la salud. Terminaba respondiendo la pregunta que daba origen a la carta: ese último año Lab Engineering había fabricado un solo equipo para Professional Labs, una empresa situada en Grayson (Georgia).

Marissa consultó un mapa de Estados Unidos que el anterior ocupante del despacho había dejado en la pared y que ella nunca se molestó en sacar, pero no figuraba el pueblecito. Registró los cajones porque creía tener un mapa de carreteras de Georgia hasta que por fin lo encontró en el fichero. Grayson era una pequeña localidad a pocas horas de Atlanta, en dirección este. ¿Qué demonios hacían allí con una campana tipo 3 HEPA?

Una vez hubo guardado el mapa en su lugar y la carta en el bolsillo de su chaqueta deportiva, escrutó el pasillo. El silencio era total, y el ascensor continuaba detenido en ese piso, o sea que nadie lo había usado. Por lo tanto había llegado el momento de actuar.

Bajó un piso por la escalera y cruzó por la pasarela al edificio de virología. Felizmente no vio luces encendidas en ninguna oficina. Al pasar frente a la puerta de Dubchek, le sacó la lengua en un gesto infantil que le produjo una enorme satisfacción. Dio vuelta a la esquina y se halló frente a la puerta de cierre hermético. Involuntariamente contuvo el aliento al introducir la tarjeta de Tad y marcar luego su código de acceso: 100-60-95. Se oyó entonces un chasquido mecánico y la pesada puerta se abrió, dejando escapar el conocido olor a desinfectante fenólico.

Sintió que se le aceleraba el pulso. Al cruzar el umbral tuvo la sensación de estar entrando en una casa de horrores. El cavernoso recinto de dos pisos tenuemente iluminado, con su complicada red de tuberías y sus sombras, daba la impresión de ser una gigantesca tela de araña.

Como le viera hacer a Tad las dos veces anteriores, abrió una caja que había en la pared cerca de la entrada, y conectó los interruptores con lo cual se encendieron las luces y se activaron los compresores y el equipo de ventilación. El ruido de la maquinaria era mucho más fuerte de lo que recordaba, y las vibraciones se percibían en el suelo.

Por el hecho de estar sola, ese laboratorio futurista le resultaba mucho más atemorizante; tanto, que tuvo que sacar a relucir toda su valentía para continuar, sabiendo además que estaba violando normas estrictas y a que ya con anterioridad la habían llamado al orden. A cada instante temía que alguien la descubriese.

Con manos sudorosas aferró la rueda para abrir la puerta hermética que daba a los vestuarios, pero no logró hacerla girar. Por último usó toda su fuerza y así consiguió que se moviera. Con un zumbido la puerta se abrió hacia fuera y después de entrar Marissa volvió a cerrarse con un nefasto golpe seco.

Sentía que le estallaban los oídos cuando se ponía, con esfuerzo, el atuendo protector. La segunda puerta fue más fácil de abrir, pero cuantos menos problemas se le presentaban, más se afligía por el riesgo que estaba corriendo.

Localizó un equipo aislante de talla pequeña entre los más de veinte que había a su disposición, pero le costó mucho ponérselo al no tener la ayuda de Tad. Cuando se subió el cierre, estaba empapada en sudor.

En el panel de mando de las luces sólo encendió las del laboratorio principal, ya que las demás no le hacían falta. No tenía intenciones de visitar el sector de los animales. Después, llevando en la mano él tubo del aire, atravesó la cámara de desinfección, pasó por la última puerta hermética y entró en el sector principal del laboratorio.

Lo primero que debía hacer era conectarse con una manguera múltiple para inhalar aire fresco. El zumbido del aire la reconfortó: sin él, el silencio era opresivo. Observó el instrumental de alta tecnología y localizó el congelador. A esas alturas ya lamentaba no haber encendido todas las luces porque las sombras creaban un siniestro telón de fondo para los letales virus, aumentando el pánico que la dominaba.

Librodot

Separó las piernas para acomodarse el pesado traje y se encaminó al congelador, maravillándose una vez más de que, con tanto instrumental supermoderno, hubiesen utilizado un electrodoméstico común. La presencia del congelador en ese laboratorio era tan insólita como lo sería una vieja máquina de sumar en una exposición de computadoras.

Se detuvo a escasa distancia del congelador y contempló la puerta aislada y cerrada con llave que había hacia la izquierda. Cuando se enteró de que allí no se almacenaban los virus se preguntó qué habría al otro lado. Nerviosa, estiró un brazo y quitó el cerrojo. Una nube de vapor salió del recinto al abrir la puerta para entrar. Durante un momento tuvo la sensación de haber penetrado en una nube helada. Luego la pesada puerta se cerró, sumiéndola en la oscuridad.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, divisó algo que parecía ser un interruptor y lo oprimió, con lo cual se encendieron las luces del techo. En la pared, un termómetro indicaba cincuenta y un grados bajo cero.

-¡Cielo santo! -exclamó, comprendiendo el motivo del vapor. Cuando el aire a temperatura ambiente chocaba con semejante frío, la humedad que contenía se sublimaba en hielo.

Se adentró más en la habitación y casi de inmediato reparó en una imagen horripilante. Lanzó un alarido, que resonó espantosamente dentro de su traje. Al principio creyó que veía fantasmas, pero luego tomó conciencia de algo peor: lo que tenía ante sus ojos era una hilera de cadáveres desnudos, congelados, visibles sólo parcialmente en medio de la bruma. Parecían estar de pie, aunque luego comprobó que estaban colgados, como era habitual en los cursos de anatomía, de unos calibradores que los atravesaban por las orejas. Al aproximarse reconoció el primer cuerpo. Creyó que iba a desmayarse cuando reconoció que se trataba del médico de Bombay a quien había visto en Phoenix; su rostro era una máscara agónica de dolor, congelada.

No los contó uno por uno, pero había por lo menos media docena. A la derecha observó los despojos de monos y ratas, congelados en posiciones igualmente grotescas. Si bien podía entender que ese congelamiento era necesario para el estudio viral de los especimenes, no estaba en absoluto preparada para semejante espectáculo. Con razón Tad no había querido que entrara allí.

Salió del recinto no sin antes apagar la luz y cerrar la puerta. Se estremeció, no sólo del asco sino también por verdaderos escalofríos.

Escarmentada por su curiosidad, se encaminó luego al congelador. Pese a que el grueso traje plástico le entorpecía los movimientos, logró abrir el candado y retirarlo con relativa facilidad. La cadena fue más difícil. Como estaba anudada, tuvo que forcejear para hacerla pasar por el tirador. Tardó más de lo que le habría gustado, pero finalmente pudo levantar la tapa.

Retiró la escarcha del lado de dentro de la tapa y trató de descifrar las anotaciones en código. Los virus estaban en orden alfabético, y después de «Ébola, Zaire 1976» decía «97, E11-E48, F1-F12». Supuso que el primer número designarla la correspondiente bandeja, y que las letras y números siguientes servían para colocar el virus dentro de la bandeja. Cada una de éstas contenía por lo menos un millar de muestras, lo cual quería decir que había cincuenta frasquitos individuales para la cepa del Zaire 1976.

Con la mayor precaución posible levantó la bandeja 97 y la depositó en una mesa mientras estudiaba las ranuras, en cada una de las cuales había una botellita con tapa negra. Localizó la cepa del Zaire 1976 y levantó el frasquito El 1. La minúscula pelotita congelada que había dentro parecía inocua, y sin embargo contenía millones de diminutos virus. Si se los descongelaba, bastaba con uno o dos de ellos para provocar la muerte de un ser humano.

Guardó el frasco en su orificio y sacó el de al lado para comprobar si la bolita parecía estar intacta. Continuó haciendo lo mismo hasta que, al llegar al E39, ¡lo encontró vacío!

Librodot

Rápidamente revisó el resto de las muestras: todas estaban como debían. Levantó el frasco E39 a la luz y entrecerró los ojos a través del visor de su traje para cerciorarse de no estar cometiendo un error. Pero no había ninguna duda: decididamente no había nada dentro.

Si bien a algún científico podía extraviársele una muestra, no había motivos para que una botellita pudiera estar vacía. Esto parecía confirmar sus temores de que los brotes se hubieran originado en un uso indebido, accidental o deliberado, de un frasquito del CCE lleno del virus africano.

De pronto advirtió cierto movimiento. ¡La rueda de la puerta que daba a la cámara de desinfección estaba girando! ¡Entraba alguien!

Se quedó petrificada de pánico. Durante un instante sólo atinó a mirar, en actitud de impotencia. Cuando se recuperó lo suficiente como para moverse, guardó el frasquito en su bandeja, puso ésta en el congelador y cerró la tapa. Consideró la posibilidad de escapar, pero no había dónde ir. Quizá pudiese esconderse. Miró en dirección a la zona en penumbra junto a las jaulas de los animales, pero no tenía tiempo. Oyó que se abría la puerta y vio que entraban dos individuos que ocultaban su identidad bajo los trajes aislantes. El más pequeño de los dos parecía conocer el laboratorio puesto que le indicaba al compañero dónde debía acoplar su tubo de aire.

Aterrorizada, Marissa permaneció clavada al suelo. Siempre existía la posibilidad de que se tratara de científicos que iban a revisar algún experimento, pero esa esperanza se diluyó al ver que ambos se dirigían directamente hacia ella. Fue entonces cuando notó que el más bajo llevaba una Jeringa. Su compañero avanzaba pesadamente y tenía el codo flexionado en un extraño ángulo, lo cual reavivó en Marissa un desagradable recuerdo.

Procuró verles las caras, pero se lo impidió el resplandor que se reflejaba en los respectivos visores. -¿Blumenthal? -preguntó el más bajo con voz gruesa, masculina.

Estiró el brazo y bruscamente acercó la máscara de Marissa a la luz. Aparentemente la reconoció puesto que le hizo un gesto afirmativo a su compañero, quien intentó bajar el cierre del traje de Marissa.

-¡No! -gritó ella, al comprender que esos sujetos no eran del personal de seguridad sino que tenían pensado atacarla tal como la habían agredido en su casa. Desesperada agarró el candado del congelador y lo arrojó. Los instantes de confusión le sirvieron para desconectar su tubo de aire y correr hacia el sector de los animales.

El más fornido se lanzó a perseguirla al instante, pero cuando estaba a punto de aferrarla, sintió el tirón de su propio tubo de respiración como un perro siente su cadena.

Marissa avanzó lo más velozmente posible por los oscuros pasillos que había entre las jaulas, en medio del atemorizado chillido de monos, pollos, ratas y sólo Dios sabía qué otros animales más. El hecho de estar encerrada dentro de los confines del laboratorio la desesperaba. Para distraer a sus agresores comenzó a abrir las jaulas de los monos. Los animales que aún estaban en condiciones de moverse huyeron de inmediato. Muy pronto, la respiración de Marissa se volvió forzada.

Al encontrar una llave múltiple -lo cual no fue sencillo en la oscuridad- Marissa acopló su tubo y pudo así sentir la bocanada de aire fresco y seco. Resultaba evidente que el más alto de los individuos no estaba familiarizado con el laboratorio, pero ni siquiera eso iba a ser una gran ventaja para ella. Marissa se adelantó hasta poder divisar el sector principal del recinto. Recortada contra la luz vio la silueta del hombre que se le aproximaba. Como no podía saber si él la veía o no, se quedó quieta ordenándole mentalmente al individuo que enfilara por otro pasillo. Pero siguió acercándose inmutable, lo cual le erizó toda la piel.

Desconectó su tubo de respiración con el fin de dar la vuelta -por la última hilera de jaulas; sin embargo, el hombre no le dio tiempo y la aferró del brazo izquierdo.

Marissa lo miró fijamente, pero lo único que distinguió fue el brillo del visor de su atacante. Este la sujetaba con tanta fuerza que era inútil tratar de resistirse. Felizmente Marissa distinguió detrás de su agresor, una palanca roja con la inscripción: «Sólo para casos de emergencia».

Desesperada estiró el brazo derecho y consiguió accionar la palanca. Al instante se activó la alarma y una repentina lluvia de desinfectante fenólico inundó todo el laboratorio, produciendo nubes de vapor y reduciendo la visibilidad a cero. Del susto, el hombre le soltó el brazo. Marissa cayó al suelo y descubrió que podía pasar por debajo, de las jaulas. Se arrastró, entonces, alejándose del individuo, confiada en ir hacia el laboratorio principal. Se puso de pie y avanzó a tientas. Al parecer, la lluvia de desinfectante iba a continuar hasta que alguien pusiera de nuevo la palanca en su lugar. Cada vez le costaba más respirar. Necesitaba aire fresco.

Algo brincó ante sus ojos y casi la hizo lanzar un grito, pero era sólo uno de los monos, torturado por la letal atmósfera. El animal se prendió de ella unos instantes; luego resbaló sobre el traje de plástico y desapareció.

Jadeante, Marissa fue tocando las tuberías hasta que al encontrar una llave múltiple, acopló su tubo.

Pese al sonido de la alarma percibió movimientos y gritos ahogados en el pasillo contiguo. Supuso entonces que su agresor no podía encontrar una llave múltiple.

Dedujo que -el segundo hombre iría en ayuda de su cómplice, razón por la cual podía desconectar el tubo y avanzar hacia la luz. Caminó con los brazos extendidos hacia delante, como ciega. Muy pronto notó que la iluminación era uniforme y supuso que había llegado al sector principal. Cuando se encaminó hacia la pared chocó con el congelador y recordó haber visto antes una llave múltiple al lado. Conectó su tubo para inhalar varias bocanadas rápidas y luego fue tanteando hacia la puerta. Apenas la encontró, destrabó el seguro y la abrió. Un minuto más tarde estaba de pie en la sala de desinfección.

Como ya había recibido la ducha de desinfectante fenólico siguió hasta la otra sala donde con gran esfuerzo se quitó el traje plástico y corrió después a la otra habitación. Allí volcó los armarios de la ropa protectora y los empujó contra la puerta de presión. Sabía que con eso no impediría que ésta se abriera, pero al menos obligaría a sus atacantes a demorarse un poco más.

De prisa volvió a ponerse la ropa de calle, movió los controles de los disyuntores -con lo cual hasta los vestuarios quedaron a oscuras-, y apagó el sistema de ventilación.

Una vez fuera del laboratorio de máximo riesgo corrió a lo largo del edificio de virología, cruzó por la pasarela y bajó de dos en dos los peldaños de la escalera hasta llegar al vestíbulo de entrada. El guardia de seguridad estaba sentado a su escritorio, explicándole a alguien por teléfono que se había activado una alarma biológica, no la alarma de seguridad de una puerta.

Aunque dudaba de que sus atacantes requirieran ayuda del personal de seguridad después de haber intentado darle muerte, se sentía estremecida en el momento de firmar la salida, oyó que el guardia colgaba el teléfono después de informar a su interlocutor que ya se estaba buscando al jefe del departamento de virología. ¡Eh! -gritó el guardia, cuando Marissa se encaminaba a la puerta. El corazón le dio un vuelco. Por un momento pensó en huir, puesto que estaba a dos metros escasos de la puerta principal. Pero luego oyó que el guardia le gritaba-: ¡Se olvidó de apuntar la hora!

Marissa regresó y obedientemente llenó el casillero en blanco. Un minuto después estaba en la calle y corría hacia su coche.

Sólo cuando estaba a mitad de camino de la casa de Ralph pudo dejar de temblar y pensar en su terrible descubrimiento. No podía ser por simple coincidencia que faltara una bolita de Ébola congelado, de la misma cepa de los brotes que se habían presentado en el país. Alguien estaba utilizando el virus y, ya fuese intencionadamente o por descuido, la mortal enfermedad estaba contagiando a médicos y contaminando hospitales de zonas diversas en momentos distintos también.

Que él contenido del frasquito E39 fuese el misterioso foco de los brotes del Ébola de Estados Unidos era la única explicación que se podía dar a los largos periodos de incubación y al hecho de que, aunque el virus tendía a sufrir mutaciones, en todos los brotes había

aparecido la misma cepa. Pero lo peor de todo era que alguien no deseaba que se divulgase tal información. Por eso era que la habían sacado de la investigación del Ébola y por eso casi la habían matado poco antes. Lo que más la aterraba era que solamente alguien que tuviera acceso al laboratorio de máximo riesgo -presumiblemente algún miembro del personal del Centro- pudo haberla encontrado allí. Se maldijo a sí misma por no haber tenido la presencia de ánimo necesaria como para fijarse en el libro, cuando firmó la salida, quién había firmado antes su entrada.

Había tomado por la calle de Ralph, ansiosa como estaba por comunicarle sus temores, cuando comprendió que no era justo inmiscuirlo a él en el problema. Ya se había aprovechado de la amistad de Tad, y cuando al día siguiente él viera el apellido Blumenthal en el libro, ella ya seria una paria. La única esperanza que le quedaba era que sus dos asaltantes no informaran haberla visto en el laboratorio puesto que entonces podría acusárselos de intento de homicidio. De todas maneras ellos podían inventar alguna mentira factible para explicar lo ocurrido. Seria su palabra contra la de ella, pero ya al día siguiente la palabra de ella no tendría mucho peso en el CCE. De eso estaba convencida. Quizás hasta comenzara a buscarla la policía de Atlanta.

Como en ese momento recordó que llevaba aún la maleta en el portaequipajes, enfiló hacia el motel más próximo. Apenas le asignaron una habitación, llamó a Ralph y éste atendió al tercer timbrazo.

-Me quedé levantado lo más que pude. ¿Por qué no viniste?

-Es una larga historia que ahora no puedo explicarte porque estoy en graves apuros. Tal vez hasta necesite un abogado penalista. ¿Conoces a alguno?

-Dios santo -exclamó Ralph, despabilándose del todo-. Cuéntame lo que ha pasado.

-No quiero involucrarle en esto. Lo único que te aseguro es que la situación se ha vuelto decididamente grave, y que por el momento no estoy dispuesta a presentarme ante las autoridades, por lo cual supongo que soy una fugitiva.

Soltó una risita amarga. -¿Por qué no vienes a mi casa? -Ralph, de verdad no quiero causarte trastornos. Pero sí me puedes ayudar consiguiéndome un abogado.

-Desde luego. Te ayudaré en todo lo posible. ¿Dónde estás?

-Yo voy a ponerme en contacto contigo -respondió ella, evasiva-. Y gracias por ser mi amigo.

Cortó la comunicación apretando el botón correspondiente y trató de reunir coraje para llamar a Tad y disculparse antes de que se enterara por otro de que le había robado la tarjeta de acceso al laboratorio. Respiró profundamente y marcó el número. Al ver que no atendía, la llamada después de cinco timbrazos, desistió y decidió no despertarlo.

Sacó del bolsillo la carta de Lab Engineering y la alisó. Su próxima parada iba a ser en la localidad de Grayson.

21 de mayo

A pesar del agotamiento durmió muy mal, torturada por pesadillas en las que alguien la perseguía por paisajes extraños. Cuando la primera luz que entraba por la ventana la despertó, sintió alivio. Miró hacia fuera y vio que un hombre llenaba con ejemplares la máquina automática de vender periódicos. Apenas se fue, salió y compró el Atlanta Journal.

No había ninguna noticia relacionada con el Centro. No obstante, en el noticiero televisivo de la mañana se informó que había habido un problema en el Centro para el Control de Enfermedades. Si bien no se mencionaba el laboratorio de máximo riesgo, el locutor dijo que había sido necesario atender en el Emory University Hospital a un técnico por inhalar desinfectante fenólico retirándose luego a su domicilio. El informativo continuaba con una comunicación telefónica con el doctor Cyrill Dubchek. Marissa se inclinó hacia delante y subió el volumen.

-El técnico fue el único herido -sostuvo Cyrill con voz metálica, y Marissa se preguntó si estaría en Filadelfia o en Atlanta-. Accidentalmente se activó un sistema de seguridad de

emergencia. Todo está bajo control, y en relación con este episodio estamos buscando a la doctora Marissa Blumenthal.

El periodista concluyó agregando que si alguien conocía el paradero de la doctora Blumenthal, debía dar aviso a la policía de Atlanta. Durante diez segundos mostraron la foto que había adjuntado ella en su solicitud de ingreso al CCE.

Apagó el televisor. No había pensado en la posibilidad de causar graves heridas a sus atacantes, y lo lamentaba mucho pese a que el hombre había pretendido hacerle daño. Tad tenía razón cuando aseguraba que dondequiera que ella iba, la seguían los problemas.

Había dicho en broma que era una fugitiva, pero después de escuchar por televisión que se pedían datos sobre su paradero comprendió que el chiste se había vuelto un asunto serio. Era una persona buscada, al menos por la policía de Atlanta.

Juntó rápidamente sus cosas para abandonar el motel. Todo el tiempo que estuvo en la oficina de administración se sintió nerviosa porque su nombre estaba allí en letras de molde, y el empleado podía verlo. Sin embargo, sus únicas palabras fueron: «Tenga usted un buen día.»

Paró en un bar a tomar un café con una pasta y se dirigió a su banco, que felizmente ese día abría temprano. Procuró ocultar el rostro de la ventanilla para coches por si acaso el cajero había visto el noticiero de la mañana, pero el hombre parecía tan indiferente como de costumbre. Marissa extrajo casi todos sus ahorros, que totalizaban 4.650 dólares.

Con el dinero en la billetera se tranquilizó un tanto. Subió por la rampa de acceso a la ruta interestatal 78 y conectó la radio del coche. Iba rumbo a Grayson (Georgia).

Fue un trayecto fácil para conducir aunque un poco más largo de lo que suponía y no demasiado atrayente. Lo único interesante era una curiosidad geológica llamada la Montaña de Piedra, una mole redonda de granito desnudo que sobresalía de los montes boscosos, como un lunar en la nalga de un bebé. Después de pasar el pueblo de Snellville, dobló al nordeste en la 84 y el paisaje fue volviéndose más rural. Por último divisó un letrero con la inscripción: BIENVENIDO A GRAYSON, que lamentablemente tenía numerosas perforaciones, como si alguien lo hubiese usado para practicar el tiro al blanco, reduciendo así la sinceridad del mensaje.

El pueblo era como se lo había imaginado. A lo largo de la calle principal se alineaba un puñado de edificaciones de ladrillo y madera. Había un cine vetusto, y el establecimiento comercial más importante era la ferretería. En una esquina se veía un banco con fachada de mármol, que ostentaba un inmenso reloj con números romanos. ¡Obviamente era el tipo de pueblo donde hacía falta una campana filtrante tipo 3 HEPA!

Recorrió el poblado con sus calles semidesiertas. No vio ningún edificio industrial, por lo cual dedujo que Professional Labs se hallaba en las afueras. Tendría que preguntar a alguien, pero ¿a quién? No tenía intención de acudir a la policía local.

Al terminar la calle dio media vuelta y recorrió el mismo camino. Había también un almacén general con el cartel de Oficina Postal. -¿Professional Labs? Sí, queda por el Camino del Puente -le informó el propietario, a quien halló mostrando piezas de algodón a una clienta-. Dé vuelta y gire a la derecha en el cuartel de bomberos. Después de pasar el arroyo, gire a la izquierda y lo va a encontrar en seguida, porque es lo único que hay por ahí, salvo las vacas.

-¿A qué se dedican? -No tengo la menor idea, ni me interesa tampoco. Son buenos clientes y pagan puntualmente sus facturas.

Salió del pueblo siguiendo esas instrucciones. El hombre tenía razón en que por allí no había nada excepto vacas. Pasando el arroyo el camino no estaba siquiera pavimentado, lo cual le hizo preguntarse si no estaría siguiendo una pista falsa; pero luego se internó en un pinar y por fin pudo divisar más adelante un edificio. Con un ruido seco el Honda pisó asfalto cuando el camino se ensanchó para entrar en la zona de aparcamiento. Había otros dos vehículos: una furgoneta blanca con la inscripción Professional Labs, S. A. en los costados, y un Mercedes Benz color beige.

Marissa aparcó al lado de la furgoneta. El edificio era, en gran parte, de cristal que reflejaba el bonito paisaje. El aroma de los pinos la envolvió cuando se encaminaba a la

Librodot

entrada. Dio un tirón a la puerta pero ésta no cedió. Trató de empujarla, también sin resultado. Dio un paso atrás para buscar un timbre: no lo había. Golpeó un par de veces pero se dio cuenta de que no hacía suficiente ruido como para que la oyera nadie desde adentro. Cuando se convenció de que no podría entrar por ahí, decidió dar la vuelta por un costado. Llegó a la primera ventana, hizo pantalla con las manos y trató de mirar hacia adentro, pero le fue imposible.

-¿Sabe usted que ha cometido un delito? -dijo una voz hostil.

Marissa bajó las manos con cara de culpable. -Esto es propiedad privada -manifestó un hombre robusto, de mediana edad, vestido con un mono azul.

-Humm... Marissa trató desesperadamente de encontrar un pretexto para justificar su presencia. Con el pelo entrecano de corte militar y la tez colorada, el hombre parecía el típico blanco inculto y lleno de prejuicios de los años cincuenta.

-¿No vio los carteles? -le preguntó él, señalando el letrero que había junto al aparcamiento.

-Bueno, sí.... pero soy doctora... -Titubeó, puesto que el hecho de serlo no le daba derecho a introducirse ilegalmente en un terreno privado-. Como aquí tienen un laboratorio viral -se apresuró a proseguir- quería averiguar si trabajan en el diagnóstico viral.

- ¿Por qué cree que tenemos un laboratorio de ese tipo?

-Eso me dijeron al menos. -Pues la han informado mal, ya que nos dedicamos a la biología molecular. Con la preocupación que existe por el espionaje industrial debemos tener mucho cuidado, por lo cual le aconsejo que se marche si no quiere que llame a la policía. -No será necesario. -Lo último que deseaba era que se diera parte a las fuerzas del orden-. No es mi intención causar trastornos, pero me gustarla visitar su laboratorio. ¿No hay forma de conseguir un permiso?

-Categóricamente, no. El hombre la acompañó hasta el coche. -¿No puedo pedir una entrevista con alguien para que me concedan una visita con un guía? -insistió al tiempo que se sentaba al volante.

-Yo soy el patrón y creo que lo que más le conviene es irse.

Se alejó un paso para que Marissa pudiera arrancar. Como se le agotaron las ideas brillantes, Marissa puso el coche en marcha. Se despidió con una sonrisa que el individuo no le devolvió. Arrancó y se dirigió de regreso a Grayson.

El hombre esperó hasta ver perderse el pequeño Honda entre los árboles. Fastidiado sacudió la cabeza, dio media vuelta y se encaminó al edificio. La puerta principal se abrió en forma automática. El interior era tan moderno como la fachada. Caminó hacia un pasillo con suelo de cerámica y entró en un pequeño laboratorio. Al fondo había un escritorio y en el otro extremo una puerta hermética, de acero, como la que daba al sector de máximo riesgo en el Centro de Atlanta. Al otro lado de la puerta, una mesa de trabajo con tres campanas filtrantes tipo 3 HEPA.

Había otro hombre sentado al escritorio, jugueteando me dio un clip con el que confeccionaba figuras grotescas.

-¿Por qué diablos no me dejaste ocuparme de ella? preguntó, levantando la vista.

Hablar le produjo un acceso de tos, que le llenó los ojos de lágrimas. Se llevó entonces un pañuelo a la boca.

-Porque no sabemos quién más sabía que ella estaba aquí -le respondió el individuo del mono azul-. Ten un poco de criterio, Paul. A veces me asustas. Descolgó el teléfono y apretó las teclas del número deseado con innecesaria fuerza.

-Oficina del doctor Jackson -atendió una voz animada.

-Quiero hablar con el doctor. -Lo siento pero está con un paciente. -Querida, no me interesa si está con Dios. Póngame con él.

-¿Quién lo llama? -preguntó la muchacha, seria. -Dígale que le habla el presidente del Comité de Ética Médica o lo que más le guste, pero póngame con él.

-Un segundo, por favor. -Paul -le dijo a su compañero-, acércame el café de la mesa.

Paul arrojó el clip en la papelera y se levantó de su sillón, lo cual le requirió cierto esfuerzo por ser un hombre voluminoso y tener el brazo izquierdo rígido en la articulación del codo. Cuando era joven había recibido un disparo de un policía.

-¿Quién habla? -exigió saber el doctor Joshua Jackson en el otro extremo de la línea.

-Heberling. ¿Se acuerda de mí? -respondió el hombre del mono azul-. El doctor Arnold Heberling.

Paul le entregó a Arnold el café, regresó a su escritorio y sacó otro clip de un cajón. Se dio un golpe en el pecho y carraspeó. -¡Heberling! ¡Le dije que no me llamara nunca al consultorio!

-¡Estuvo aquí esta muchacha Blumenthal! -continuó Arnold sin hacerle caso-. Vino solita, en un coche rojo y la sorprendí espiando por una ventana.

-¿Cómo diablos tuvo noticias del laboratorio? -No lo sé ni me importa. Lo que le digo es que estuvo aquí y que ahora mismo voy al pueblo a hablar con usted. Esto no puede continuar. Hay que tomar alguna medida con ella.

-¡No! No venga usted. Yo iré para allá. -De acuerdo, pero tiene que ser hoy. -Espéreme a eso de las cinco -dijo Jackson, y colgó con brusquedad.

Marissa decidió entrar a almorzar en Grayson. Tenía hambre y a lo mejor alguien le facilitaría algún dato sobre el laboratorio. Entró en un bar típico, se sentó y pidió una hamburguesa, que le sirvieron con pan tostado y una ración generosa de cebolla.

Mientras comía evaluaba los posibles caminos que se le abrían y que no eran muchos. No podía regresar al Centro ni a la Clínica Berson. Averiguar qué hacía Professional Labs con un equipo de filtración tan sofisticado seria un último recurso, pero las posibilidades de entrar allí eran mínimas, puesto que el edificio estaba construido como una fortaleza. Tal vez era hora de llamar a Ralph y preguntarle si había conseguido un abogado, salvo...

Comió un trozo de pepinillo pensando en los dos vehículos estacionados frente al laboratorio. La furgoneta blanca llevaba la inscripción Professional Labs, S. A. Precisamente esas siglas «S. A.» fueron lo que le interesaron. No terminó de comer y fue caminando hasta un edificio de oficinas que había visto al pasar. En la puerta de vidrio esmerilado, se leía RONALD DAVIS -Abogado y Agente de la Propiedad Inmobiliaria con letras doradas. Cuando abrió la puerta sonó una campanilla. Entró y se encontró con un escritorio desordenado, pero ninguna secretaria a la cual preguntarle.

De una habitación interior apareció un hombre en camisa blanca, corbata de lazo y tirantes rojos. Si bien no parecía tener más de treinta años, llevaba unas gafas de montura metálica como las que solían usar nuestros abuelos.

¿En qué puedo servirla? -preguntó, con marcado acento sureño. -¿Es usted el abogado Davis? -Sí. El hombre introdujo los pulgares en sus tirantes.

-Quiero hacerle un par de preguntas sencillas sobre derecho de sociedades. ¿Cree que podrá respondérmelas?

Tal vez.

Le hizo señas de que pasara y tomara asiento.

La ambientación parecía de una película de los años treinta. Había incluso un ventilador de sobremesa que giraba lentamente agitando los papeles del escritorio. El doctor Davis se sentó y se reclinó, entrelazando las manos detrás de la cabeza.

-¿Qué es lo que quiere saber? -Necesito averiguar algo sobre una empresa. En el caso de una sociedad anónima, ¿puede un particular como yo conocer los nombres de los propietarios?

El abogado se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el escritorio.

-Quizá sí, quizá no -respondió, sonriendo. Marissa lanzó un suspiro de desagrado. Tenía la sensación de que conversar con ese profesional iba a ser como tratar de extraerle un diente. Sin embargo, antes de que pudiese formular de otro modo su pregunta, Davis continuó:

-Si la empresa es una sociedad pública seria muy difícil conocer a todos los accionistas, máxime si gran parte de las acciones se poseen en fideicomiso otorgándose poderes a terceras

Librodot

personas. Pero si se trata de una sociedad colectiva sería muy fácil. En todo caso siempre se puede averiguar el nombre del estudio jurídico que los patrocina si lo que desea es iniciarles juicio. ¿Es eso lo que tiene en mente?

-No. Sólo preciso información. ¿Qué puedo hacer para enterarme si una compañía es una sociedad colectiva o una corporación pública?

-Muy sencillo -respondió el letrado, recostándose una vez más en su sillón-. Lo que tiene que hacer es ir a la Legislatura de Atlanta, buscar las oficinas del secretario de Estado y preguntar por la división Corporaciones. Le da al empleado el nombre de la empresa y él se la buscará. Son datos que están a disposición del público, y si la compañía está constituida legalmente en Georgia, figurará en esos archivos.

-Muchas gracias -dijo Marissa, vislumbrando una luz al final del túnel-. ¿Cuánto le debo?

El abogado enarcó las cejas y escrutó el rostro de su cliente.

-Veinte dólares, a menos que... -Con mucho gusto -expresó Marissa, al tiempo que abría la cartera para entregarle un billete por esa cantidad.

Regresó en coche a Atlanta. Le gustaba tener al menos una meta aunque no fuese grande la posibilidad de averiguar datos importantes.

No sobrepasó el límite de velocidad por temor a que la detuviera la policía. Hizo un buen promedio, y a las cuatro estaba de regreso en la ciudad. Aparcó en un garaje y se encaminó a la Legislatura.

Sumamente incómoda en presencia de la policía parlamentaria, subió la escalinata sudorosa a causa de los nervios, convencida de que alguien la habría de reconocer. -¡Doctora Blumenthal! -oyó que gritaban.

Durante una fracción de segundo consideró la posibilidad de huir, pero no lo hizo. En cambio se volvió y vio que se le acercaba una de las secretarias del Centro, una muchacha muy simpática de poco más de veinte años.

-Alice MacCabe, de la oficina del doctor Carbonara. ¿Se acuerda de mí?

Claro que la recordaba, y no tuvo más remedio que detenerse y darle conversación. Felizmente la señorita MacCabe no se había enterado de que Marissa era una persona «buscada».

Apenas pudo zafarse, Marissa se despidió y entró en el edificio. Más que nunca anhelaba obtener cualquier información disponible y marcharse. Lamentablemente una larga cola en la división Corporaciones. Aguardó su turno cada vez con menos paciencia, llevándose una mano a la cara en la vana ilusión de que así nadie podría reconocerla.

-¿Qué desea? -le preguntó un empleado canoso cuando por fin le tocó el turno.

-Quiero unos datos sobre una empresa denominada Professional Labs.

-¿Dónde está radicada? -El señor se colocó las gafas y marcó el nombre en una terminal de computadora.

-En Grayson (Georgia). -Aquí tiene. Constituida legalmente el año pasado. ¿Qué es lo que quiere saber?

-¿Es una sociedad colectiva o una corporación pública? -preguntó, tratando de recordar lo que le había dicho el abogado.

-Sociedad en comandita. -¿Y eso qué significa? -Es una discriminación fiscal. Los socios pueden deducir las pérdidas empresariales, si las hubiere, de sus ingresos individuales.

-Figuran aquí los socios? -quiso saber, disimulando su ansiedad.

-Sí. Un tal Joshua Jackson, Rodd Becker... -Espere un segundo que tomo nota. Sacó un lápiz y comenzó a escribir. -Veamos. Jackson, Becker... ¿ésos los tiene? -Sí. -Sinclair Tieman, Jack Krause, Gustave Swenson, Duane Moody, Trent Goodridge y el Comité Médico de Acción Política.

-¿Qué es eso último? El empleado se lo repitió. -¿Puede una organización ser un socio comanditario?

Había visto el nombre de esa sociedad en la lista de contribuyentes de Markham.

-Yo no soy abogado, señorita, pero creo que sí. De lo contrario no figuraría aquí. Ah, y hay algo más: la firma jurídica Cooper, Hodges, McQuinllin y Hanks.

-¿También son socios? -No. Son los apoderados legales. -Entonces ese dato no lo necesito - dijo Marissa, borrándolo-, porque no pienso demandar a la empresa.

Le dio las gracias al empleado y regresó presurosa al aparcamiento. Una vez dentro de su coche abrió la cartera y sacó la lista de contribuyentes de Markham. En efecto, aparecía el nombre del Comité Médico de Acción Política (CMAP), una organización que, por un lado, era socio comanditario de una empresa comercial, y por el otro aportaba fondos para la reelección de un político conservador.

Con curiosidad se fijó si alguno de los otros socios de Professional Labs figuraba en la lista de Markham, y comprobó que estaban todos. Pero lo más llamativo era que los socios, al igual que los partidarios de Markham, provenían de todos los puntos del país. Por la lista de Markham pudo enterarse de los respectivos domicilios.

Puso la llave de contacto y vaciló. Al revisar una vez más la lista notó que el CMAP figuraba en ella como empresa patrocinadora. Por mucho que le desagradara tentar al destino al pasar de nuevo delante de los policías, se bajó del coche, regresó a la oficina y se puso nuevamente en la cola del mismo empleado. Cuando le llegó el turno -le preguntó si podía informarle acerca del Comité Médico de Acción Política. .El empleado tecleó el nombre y aguardó un instante.

-No puedo informarle nada porque no aparece aquí. -¿Eso significa que no está constituido legalmente? -Al menos en el Estado de Georgia. Le dio las gracias una vez más y salió corriendo del edificio. Para ella el coche era como un refugio. Se sentó unos minutos para decidir qué le convenía hacer. En realidad no era mucha la información con que contaba y se estaba alejando de los brotes de Ébola. Pero la intuición le indicaba que, en algún sentido extraño, todo lo que había averiguado tenía relación. Y de ser así, la clave residía en ese Comité Médico de Acción Política. Pero, ¿cómo se puede investigar un organismo del que nunca se ha oído hablar siquiera?

Lo primero que se le ocurrió fue dirigirse a la biblioteca de la Facultad de Medicina, ya que a lo mejor alguno de los bibliotecarios sabía dónde buscar datos. Pero después, al recordar que se había topado con Alice MacCabe, llegó a la conclusión de que era muy grande el riesgo de ser reconocida. Le convenía más irse unos días de la ciudad. Pero, ¿adónde?

Puso el coche en marcha-cuando le llegó la inspiración: ¡la Asociación Médica Americana! Si en AMA no sabían algo sobre una organización médica, en ningún otro lado lo hallaría. Y en la ciudad de Chicago podría sentirse segura. Enfiló hacia el sur con rumbo al aeropuerto, esperando que la escasa indumentaria que llevaba en la maleta fuera suficiente.

El pesado coche de Joshua Jackson produjo un ruido infernal sobre el puente de madera que cruzaba el arroyo; luego giró bruscamente hacia la izquierda en medio del chirrido de las ruedas. El pavimento se terminó y el vehículo despidió una lluvia de gravilla a medida que avanzaba por el camino bordeado de árboles. Cada kilómetro que recorría, la furia de Jackson iba en aumento. No quería visitar el laboratorio, pero tampoco deseaba que lo vieran en el pueblo con Heberling. Ese hombre era cada vez más indigno de confianza, y lo peor de todo era que se estaba volviendo impredecible. Pese a que sólo se le pidió que creara un poco de confusión, Heberling recurrió por poco a las armas atómicas. Contratarlo fue una decisión terrible, pero ninguno de ellos podía ya hacer mucho al respecto.

Entró en el aparcamiento del laboratorio y detuvo el coche junto al. Mercedes Benz. Sabía que Heberling había adquirido semejante coche con parte de los fondos que se le asignaran para instrumental técnico. ¡Qué despilfarro!

Se encaminó a la puerta principal. El edificio era imponente y Jackson -quizá más que nadie- sabía cuánto dinero había costado levantarlo. El Comité Médico de Acción Política le había construido al doctor Arnold Heberling un monumento personal, y él se preguntaba para qué, pues estaba comprobado que Heberling era un loco.

Librodot

La puerta se abrió automáticamente y Jackson entró. -Estoy en la sala de conferencias -gritó Heberling. Jackson sabía a qué habitación se refería, aunque difícilmente podía llamársela una sala de conferencias. Se detuvo un instante en la puerta para contemplar los techos altos, la pared de cristal y la falta total de adornos. Sobre una amplia alfombra china, se veían dos sillones estilo chippendale, uno frente al otro. No había ningún otro mueble. En uno de los sillones estaba Heberling.

-Espero que sea algo importante -expresó Jackson tomando la iniciativa. Físicamente los dos hombres no podían ser más distintos. Heberling era macizo, de rostro abotagado y facciones toscas. Jackson era alto y delgado, de cara casi ascética. La indumentaria sólo contribuía a resaltar la diferencia: Heberling con un mono de trabajo y Jackson con un traje a rayas.

-Esta chica Blumenthal estuvo aquí mismo, en los jardines -manifestó Heberling señalando por encima del hombro para causar más efecto-. Por supuesto que no vio nada, pero el solo hecho de que haya llegado hasta aquí me da la impresión de que sabe algo. Hay que eliminarla.

-Ya tuvo su oportunidad... ¡dos veces! Y en ambas ocasiones usted y sus compinches lo arruinaron todo. Primero en casa de ella, y después anoche, en el Centro.

-Estamos dispuestos a intentarlo de nuevo, pero usted no lo permite.

-¡Desde luego! Me enteré de que su intención era inocularla con Ébola.

-¿Y por qué no? Ella ha estado expuesta al virus, o sea que a nadie le llamaría la atención que se enfermara.

-No quiero un brote de Ébola en Atlanta -gritó Jackson-. Me aterra ese riesgo porque tengo familia. Deje usted en paz a esa mujer, que de ella nos encargaremos nosotros.

-Sí, claro -se burló Heberling-. Eso mismo dijo cuando la hizo trasladar de Patógenos Especiales. Lamentablemente esa mujer constituye aún una amenaza para todo el proyecto, y yo me voy a encargar de solucionarlo.

-Usted no manda aquí -se indignó Jackson-. Y si vamos a hablar de culpas, ninguno de nosotros estaría en una situación tan peligrosa si usted hubiese cumplido con el plan original de utilizar virus de influenza. ¡Nos ha tenido aterrorizados desde que nos enteramos de que decidió usar el Ébola! por su cuenta.

-Ah, de nuevo con esa queja. Bien que les gustó ver que se cerraba la Clínica Richter. Si lo que pretendía el CMAP era minar la confianza del público en los sistemas de salud por pago adelantado no les podría haber ido mejor. La única diferencia con el plan original fue que tuve que realizar algunos estudios sobre el terreno que me van a ahorrar años de investigación de laboratorio.

Jackson escrutó el rostro de Heberling con odio. Ese sujeto era un psicópata. Una vez que se puso en marcha el proyecto, no hubo forma de pararlo. Y pensar que el plan había parecido tan sencillo cuando la comisión directiva del CMAP lo planteó.

Respiró profundamente sabiendo que debía controlarse, no dejarse llevar por la ira.

-Lamentablemente el Comité Médico de Acción Política no está satisfecho, sino por el contrario espantado, por la pérdida de vidas. ¡Eso no fue nunca nuestra intención, y usted lo sabe, doctor Heberling!

-¡No mienta! -le respondió Heberling-. Igualmente se habrían perdido vidas con el virus de la influenza por las cepas que habríamos tenido que emplear. ¿Hasta cuántas víctimas habrían aceptado? ¿Cien? ¿Y qué me dice de las vidas que se pierden cuando hacen la vista gorda frente a la cirugía innecesaria, o cuando permiten que médicos incompetentes retengan sus privilegios hospitalarios?

-Nosotros no autorizamos la cirugía innecesaria ni propiciamos la incompetencia.

Ya no aguantaba más a ese enfermo mental. -Tampoco hacen nada por impedirlo. Nunca les creí todo ese verso que me endilga el CMAP acerca de su preocupación al ver que la medicina estadounidense se aleja de sus valores tradicionales. ¡Eso no me lo trajo! Todo es para justificar los intereses económicos que los animan. De pronto toman conciencia de que

existen demasiados médicos y pocos pacientes. El único motivo por el cual colaboré con ustedes fue porque me construyeron este laboratorio. -Abarcó el recinto con un amplio ademán-. Querían deslucir la imagen de los sistemas de pago por adelantado, y yo cumplí. La única diferencia es que lo hice a mi manera y por mis propias razones.

-Pero le ordenamos que se detuviera -gritó Jackson- apenas ocurrió el episodio de la Clínica Richter.

-Reconozca que no insistieron demasiado. Bien felices que estaban con los resultados. No sólo tuvo que cerrar esa clínica, sino que por primera vez en cinco años se ha reducido el porcentaje de nuevos suscriptores a planes de pago por adelantado de salud en California. El Comité Médico de Acción Política sentirá un mínimo remordimiento, pero en el fondo están todos felices. Y yo he reivindicado mi teoría de que el Ébola es una importantísima arma biológica pese a que no se cuenta con vacuna ni tratamiento. He demostrado que es fácil de introducir, relativamente fácil de contener y terriblemente contagioso en poblaciones pequeñas. Doctor Jackson, todos estamos obteniendo lo que pretendemos. Por eso es imprescindible eliminar a esta mujer antes de que nos ocasione graves problemas.

-Por última vez le advierto que no queremos que se vuelva a utilizar el Ébola. ¡Es una orden!

Heberling se rió. -Doctor Jackson, me da la impresión de que no comprende la realidad. El CMAP ya no puede darme órdenes. ¿Se da cuenta de lo que ocurriría con la reputación de ustedes si llegara a saberse la verdad? Y, créame que todo se sabrá, a menos que me dejen manejar a Blumenthal a mi modo.

Durante un momento Jackson luchó con su conciencia. Sentía deseos de agarrar a su colega por el cuello y estrangularlo, pero reconocía que el hombre tenía razón: el CMAP tenía las manos atadas.

-Está bien -aceptó a regañadientes-. Haga lo que le parezca con la doctora Blumenthal, pero no me lo cuente, y tampoco utilice Ébola en Atlanta.

-De acuerdo. -Heberling sonrió-. Si así se va a sentir mejor, le doy mi palabra de que cumpliré ambas condiciones. Al fin y al cabo soy un hombre muy razonable.

-Ah, y algo más -agregó Jackson poniéndose de pie-. No quiero que me llame al consultorio. Si tiene necesidad de comunicarse conmigo, llámeme a casa por mi línea privada.

-Será un placer.

Como la ruta aérea Atlanta-Chicago era de tráfico intenso, Marissa sólo tuvo que esperar media hora el siguiente vuelo. Compró una novela de Dick Francis pero no logró concentrarse en la lectura. Por último decidió llamar a Tad y por lo menos intentar disculparse. Al no estar segura de hasta qué punto podía contarle sus crecientes sospechas, resolvió dejarse llevar por la intuición. Marcó el número del laboratorio y, tal como sospechaba, comprobó que él se había quedado a trabajar después de la hora de cierre.

-Habla Marissa. ¿Estás enfadado conmigo? -Furioso. -Tad, discúlpame. -Me quitaste una de las tarjetas de acceso. -Lo siento muchísimo. Cuando te vea te lo explicaré todo.

-Entraste de verdad en el laboratorio de máximo riesgo, ¿no?

La voz de su amigo era inusualmente dura. -Bueno, sí. -Marissa, ¿sabes que el laboratorio quedó destrozado, que se murieron todos los animales, que hubo que atender a una persona en la sala de guardia del hospital?

-Dos hombres entraron en el laboratorio y me atacaron.

-No sé qué creer. ¿Por qué todo te sucede a ti? -La causa son los brotes del Ébola. Tad, ¿sabes quién fue el herido?

-Supongo que uno de los técnicos de otro departamento.

-¿Por qué no me lo averiguas? También convendría que averiguaras quién más entró anoche en el laboratorio.

-No creo que me sea posible. Nadie va a contarme nada ahora porque saben que somos amigos. A propósito, ¿dónde estás?

Librodot

-En el aeropuerto. -Si es verdad que te atacaron, deberías regresar y explicar las cosas en vez de huir.

-No estoy huyendo. Voy a la sede de AMA, en Chicago, para hacer averiguaciones acerca de una organización llamada Comité Médico de Acción Política. ¿La has oído mencionar? Creo que esa gente tiene algo que ver en esta cuestión.

-Marissa, yo pienso que deberías volver al Centro, porque tus problemas son muy graves, no sé si lo sabes.

-Claro que lo sé, pero por el momento es más importante esto que estoy haciendo. Por favor, ¿no puedes preguntar en la oficina de Bioseguridad quién más entró anoche en el laboratorio de máximo riesgo?

-Marissa, no tengo ganas de sentirme utilizado. -Tad... Dejó de hablar al notar que su amigo había cortado la comunicación. Lentamente colgó el auricular. Sinceramente no podía culpar a Tad.

Miró la hora; como faltaban cinco minutos para subir al avión resolvió llamar a Ralph.

A diferencia de Tad, Ralph habló con tono de preocupación, no de enojo.

-Por Dios, Marissa, ¿qué está pasando? Tu nombre salió en los periódicos de la noche. ¡Estás en un grave apuro. Te busca la policía de Atlanta.

-Me lo imagino -respondió ella sacando en conclusión que había sido una buena medida usar un nombre falso y pagar en efectivo cuando adquirió el billete del avión-. ¿Ya me conseguiste el nombre de un buen abogado, Ralph?

-Lo siento, pero cuando me lo pediste, no sabía que se trataba de una emergencia.

-En eso se está convirtiendo. Pero como voy a estar fuera de la ciudad uno o dos días, si me lo consiguieras mañana te quedarla muy agradecida.

-¿Qué es lo que pasa? En el periódico no daban detalles.

-Tal como te dije anoche, no quiero comprometerte. -A mí no me molesta -insistió él-. ¿Por qué no vienes aquí, conversamos y por la mañana te consigo un abogado?

-¿Nunca oíste hablar de una organización denominada Comité Médico de Acción Política? -preguntó ella, sin responder al ofrecimiento de su amigo.

-No. Marissa, ven a mi casa, por favor. Pienso que este problema, sea cual fuere, tienes que afrontarlo. Si huyes empeoras tu situación.

Marissa oyó que anunciaban su vuelo. -Me voy a AMA a averiguar algo sobre la organización que te acabo de decir. Mañana te llamaré. Ahora no tengo tiempo. -Colgó, tomó su cartera y el libro y subió al avión.

22 de mayo

Al llegar a Chicago decidió darse el gusto de alojarse en un buen hotel, y tuvo la suerte de encontrar una habitación en el Palmer House. Se arriesgó a utilizar su tarjeta de crédito y se fue directamente a la cama.

A la mañana siguiente pidió que le subieran café y frutas frescas a la habitación. Mientras esperaba encendió el televisor para escuchar el programa Today Show y entró al lavabo a darse una ducha. Estaba secándose el pelo cuando oyó que el locutor mencionaba el Ébola. Corrió al dormitorio esperando que el comentarista brindara un panorama actualizado sobre la situación en Filadelfia pero en cambio estaba describiendo un nuevo brote acaecido en la Clínica Rosenberg situada en la Quinta Avenida de la ciudad de Nueva York. A un médico de nombre Girish Melita se le había diagnosticado la enfermedad. La noticia había llegado a oídos de la prensa y el pánico se abatía ya entre la población.

Marissa se estremeció. El brote de Filadelfia no se había superado aún y ya aparecía otro. Se maquilló, terminó de arreglarse el pelo y desayunó. Luego buscó la dirección de AMA y hacia allí se dirigió.

Si un año antes le hubiesen dicho que iba a visitar la Asociación, jamás lo habría creído. Sin embargo ahí estaba, atravesando la puerta de entrada.

La mujer que atendía el mostrador de informaciones le indicó cómo llegar a la oficina de Relaciones Públicas. El director, un tal James Frank, entraba casualmente cuando Marissa procuraba explicarle a una empleada lo que quería. De inmediato él la invitó a su despacho.

El señor Frank le recordaba a su asesor de secundaria, un hombre de edad indefinida, con algo de exceso de peso. Se estaba quedando calvo, pero su rostro irradiaba una expresión de sinceridad y simpatía. Tenía la mirada brillante y se reía mucho. A Marissa le gustó en el acto.

-Comité Médico de Acción Política -repitió cuando Marissa le preguntó por tal organización-. Nunca lo oí mencionar. ¿De dónde lo ha sacado?

-De la lista de contribuyentes de un congresista. -Qué curioso. Habría jurado que conocía a todos los comités políticos activos. A ver qué dice mi computadora.

El señor Frank tecleó el nombre. Se produjo una breve demora y luego la pantalla se encendió.

-¡Tiene usted razón! -Señaló la pantalla-. Comité Médico de Acción Política. Se trata de una sociedad privada registrada.

-¿Y eso qué quiere decir? -Menos de lo que parece. Significa que es una organización legalmente constituida porque cuenta con una comisión para administrar fondos para contribuir a campañas electorales. Veamos a quién han estado apoyando.

-Un candidato se lo puedo adelantar yo misma: Calvin Markham.

El señor Frank asintió. -Sí; aquí aparece el nombre de Markham junto con otros varios, todos conservadores. Al menos conocemos la tendencia política.

-De derechas -sostuvo Marissa. -Probablemente de la extrema derecha. Casi me atrevería a afirmar que están tratando de derrotar a los GD (los Grupos de Diagnóstico), limitar la inmigración de médicos extranjeros, impedir que se establezcan subsidios por salud y cosas por el estilo. Si me permite, voy a hablar con alguien de la Comisión Federal de Elecciones.

Llamó a un amigo suyo, y después de una breve charla, le preguntó por el Comité Médico de Acción Política. Hizo repetidos gestos de asentimiento mientras escuchaba la respuesta; luego corrió y regresó al lado de Marissa.

-Él tampoco sabe mucho sobre el CMAP, pero miró los estatutos sociales y vio que se habían constituido legalmente en Delaware.

-¿Por qué allí? -Porque sale más barato. -¿Qué posibilidades hay de saber algo más sobre la organización?

-¿Como qué, por ejemplo? ¿Dónde tienen las oficinas? ¿Quiénes la integran?

-Sí. Frank volvió a tomar el teléfono. -A ver qué podemos averiguar en Delaware -dijo. Si bien en el primer momento el empleado de la municipalidad de Delaware le indicó que debía ir personalmente para solicitar la información, el señor Frank pidió hablar con el jefe y éste accedió a su solicitud.

Frank estuvo casi un cuarto de hora en el teléfono, escribiendo mientras escuchaba. Después de colgar le entregó a Marissa una nómina de los miembros del directorio. Presidente: Joshua Jackson; vicepresidente: Rodd Becker, tesorero: Sinclair Tieman; secretario: Jack Krause; directores: Gustave Swenson, Duane Moody y Trent Goodridge, todos ellos médicos. Marissa abrió entonces su cartera y sacó la lista de socios de Professional Labs. ¡Los nombres eran los mismos!

Cuando salió de la Asociación Médica le daba vueltas la cabeza. El interrogante que iba gestándose en su mente le parecía demasiado increíble como para planteárselo siquiera: ¿Qué hacía una organización médica ultraconservadora con un laboratorio donde había el más sofisticado instrumental, apto sólo para el estudio de virus mortíferos? Expresamente eludió llegar a una respuesta.

Echó a andar en dirección a su hotel, con la mente hecha un torbellino. Otros peatones la empujaban al pasar, pero ella ni se daba cuenta.

Tratando de rebatir su propia teoría, fue pensando en los hechos más sobresalientes: todos los brotes de Ébola se habían producido en clínicas privadas adheridas a sistemas de salud por pagos adelantados, la mayoría de los pacientes portadores tenían apellidos que sonaban a extranjeros, y siempre que hubo un caso primario, esa persona había sido atacada inmediatamente antes de caer enferma. La única excepción era el brote de Phoenix, que Marissa seguía atribuyendo a un alimento.

Por el rabillo del ojo vio un escaparate con zapatos de Charles Jourdan, su única debilidad. Al detenerse súbitamente ante el escaparate, le sorprendió que el hombre que venía detrás casi chocara contra ella. El señor la miró enfadado, pero ella no le dio importancia. Mentalmente iba trazando un plan. Si sus sospechas tenían algún asidero y los brotes anteriores no habían sido producto del azar, el paciente portador del virus de Nueva York debía de trabajar en una clínica de sistema de salud mediante pagos adelantados y seguramente había sido asaltado unos días antes de contraer el mal. Por consiguiente, tenía que viajar a Nueva York.

Miró a su alrededor para orientarse y saber dónde estaba en relación con su hotel. Apretó el paso pero súbitamente se sintió dominada por el temor. Con razón la habían atacado en su casa. Con razón el hombre que la persiguió por el laboratorio tenía intenciones de asesinarla. Con razón Markham había conseguido que le dieran el traslado. Si sus temores eran ciertos, quería decir que existía una conspiración de gigantescas proporciones, y ella se encontraba en grave peligro.

Hasta ese momento se había sentido segura en Chicago, pero dondequiera que miraba le parecía ver personajes sospechosos. Estaba segura de que un hombre, que fingía mirar un escaparate, en realidad la observaba a ella por el reflejo del cristal. Cruzó entonces la calle esperando que la siguiera, lo que no ocurrió.

Entró en un bar y pidió una taza de té para serenarse. Se sentó a una mesa contra la ventana y observó la calle. El hombre que la había asustado salió de una tienda con una bolsa, y detuvo un taxi. En definitiva, nada. Fue entonces cuando reparó en un hombre de negocios. Lo que le llamó la atención fue la forma en que éste sostenía su cartera, el ángulo insólito de su brazo, como si no pudiera doblar el codo.

En el acto revivió el episodio de su casa, la lucha desesperada por defenderse de una figura invisible que parecía tener rígido el brazo a la altura del codo. Y después aconteció la pesadilla del laboratorio...

Mientras lo observaba, el individuo sacó un cigarrillo y lo encendió, todo con una sola mano mientras la otra no se separaba de la cartera. Marissa recordó entonces el comentario de Tad acerca de que el intruso llevaba un maletín.

Marissa se tapó el rostro con las manos mientras rogaba estar imaginando cosas. Se restregó los ojos unos instantes, y cuando volvió a abrirlos, el hombre había desaparecido.

Terminó el té y preguntó cómo llegar al Palmer House. Caminó de prisa, cambiando su propia cartera de una mano a la otra en gesto nervioso. En la primera esquina espió por el hombro: el mismo sujeto se le acercaba.

Para cambiar drásticamente de rumbo cruzó la calle. Por el rabillo del ojo advirtió que el hombre continuaba hasta mitad de la acera y luego cruzaba tras ella. Cada vez más atemorizada buscó un taxi, pero la calle estaba vacía. Se volvió entonces y corrió hacia el tren elevado. Subió la escalera y se unió a un grupo de personas. Quería perderse en una multitud.

Una vez en el andén se sintió mejor porque había mucha gente. Caminó un buen trecho para alejarse de la entrada. El corazón seguía latiéndole desordenadamente, pero al menos podía pensar. ¿Era realmente el mismo hombre? ¿Había estado siguiéndola?

Como dando respuesta a sus interrogantes, el individuo apareció en su campo visual. Tenía facciones gruesas, piel áspera y una sombra oscura de barba. Los dientes eran cuadrados y muy espaciados. Tosió y se cubrió la boca con la mano cerrada.

En ese momento el tren entró ruidosamente en la estación; la muchedumbre se adelantó empujando consigo a Marissa, llevándola hasta el interior del vagón. Allí perdió de vista al sujeto.

Luchó por permanecer cerca de la puerta para bajar en el último momento como había visto hacerlo en las películas de espionaje, pero el amontonamiento de gente se lo impidió y las puertas se cerraron sin darle tiempo de acercarse. Entonces se volvió y fue escrutando los rostros que la rodeaban, pero no vio al hombre del codo rígido.

Al ponerse el vehículo en movimiento tuvo que sostenerse de un pasamanos del techo. Justo en el momento en que lo asía, volvió a ver al individuo que se sujetaba del mismo barrote con su brazo sano. Lo tenía tan cerca que hasta podía oler la colonia que usaba. Una tenue sonrisa se dibujó en los labios del hombre al tiempo que soltaba el pasamanos, tosía y metía la mano en el bolsillo de su chaqueta.

Súbitamente Marissa perdió el control, lanzó un alarido y trató por todos los medios de alejarse, pero una vez más se lo impidió la muchedumbre. Su grito fue apagándose, y nadie se movió ni le dirigió la palabra; sólo la miraban fijamente. Al tomar el tren una curva pronunciada, Marissa y el sujeto debieron sostenerse nuevamente del pasamanos para mantener el equilibrio. Sus manos se rozaron.

Marissa se soltó como si estuviese tocando un hierro candente. Luego, para su enorme alivio, advirtió que un policía ferroviario venía abriéndose paso hacia ella.

-¿Se encuentra bien? -gritó el agente del orden para hacerse oír pese al ruido del tren.

-Este hombre me ha estado siguiendo -respondió ella, señalándolo.

El policía miró al hombre. -¿Es cierto?

El hombre negó con la cabeza. -Nunca la había visto y no sé de qué me habla. El policía se dirigió a Marissa mientras el tren aminoraba la marcha.

-¿Quiere presentar una denuncia? -No, siempre y cuando él me deje en paz. El chirrido de las ruedas y el silbido de los frenos de aire no dejaron oír nada hasta que el tren se detuvo. Las puertas se abrieron al instante.

-No tengo ningún inconveniente en bajar si la señorita así lo prefiere.

Varias personas descendieron. Las demás sólo miraban. El policía apoyó su cuerpo contra la puerta para que ésta no se cerrase e interrogó a Marissa con la mirada.

-Sí, lo prefiero -declaró Marissa. El hombre de negocios se encogió de hombros y se marchó. Casi de inmediato las puertas se cerraron y el tren se puso en marcha una vez más.

-¿Se siente mejor ahora? -Mucho mejor. Era un alivio que el individuo se hubiese ido, pero al mismo tiempo tenía miedo de que el policía le pidiera la documentación. Le dio entonces las gracias y desvió la mirada. El agente captó la indirecta y se retiró.

Al ver que todos los ojos estaban fijos en ella, se sintió tremendamente avergonzada. Por, eso, apenas el tren entró en la estación siguiente, se bajó. Llegó a la calle dominada por un temor irracional de que el individuo hubiese encontrado la forma de seguirla, y tomó en seguida un taxi para regresar al Palmer House.

Dentro de la seguridad que le proporcionaba el taxi, pudo recobrar en parte el dominio de sí misma. Sabía que corría un peligro extremo, pero no tenía idea de a qué persona importante podía acudir. Estaba presuponiendo una conspiración cuyos límites no era capaz de precisar. Y lo peor de todo era que carecía de pruebas, pues sólo contaba con algunos datos circunstanciales.

Resolvió entonces que lo más conveniente seria seguir el viaje a Nueva York. Si su sospecha acerca del brote resultaba ser cierta, decidiría allí a quién informársela. Entretanto esperaba que Ralph le hubiese conseguido un buen abogado para que se encargara él de manejar todo el asunto.

Llegó al hotel y subió directamente a su habitación. Se sentía paranoica y por eso quería irse cuanto antes. Había sido una tontería utilizar la tarjeta de crédito, y, por lo tanto, su nombre verdadero. Si usó un nombre falso y pagó en efectivo el billete del avión para viajar de Atlanta a Chicago, lo mismo debió haber hecho en el hotel.

Mientras subía en el ascensor decidió embalar lo poco que había traído e ir directamente al aeropuerto. Abrió la puerta y se encaminó al lavabo, dejando caer la billetera y la cartera sobre el escritorio. Por el rabillo del ojo advirtió signos de movimiento y se agachó automáticamente. Así y todo no pudo evitar el fuerte golpe que la arrojó sobre la cama gemela que tenía más cerca, para ir a parar al suelo, entre las dos. Levantó la mirada y vio que se le abalanzaba el hombre del tren.

Trató desesperadamente de esconderse debajo de la cama, pero el individuo la aferró de la falda con el brazo sano y la sacó de un tirón.

Marissa rodó lanzando fuertes patadas. Algo se cayó de la mano del hombre y produjo un ruido metálico al chocar contra el suelo. «Una pistola», pensó Marissa, aterrada.

El sujeto se inclinó para alzarlo y Marissa aprovechó para arrastrarse debajo de la cama más próxima a la puerta. El hombre volvió y la buscó debajo de una cama y luego debajo de la otra, donde ella se había refugiado. La buscó con su manaza, pero como no pudo agarrarla, se puso de rodillas, logró sujetarla de un tobillo y la arrastró hacia fuera.

Por segunda vez en el mismo día Marissa dio un alarido. Volvió a lanzar puntapiés con lo cual consiguió que el individuo la soltara, y en un instante pudo volver a meterse debajo de la cama.

Cansado ya del tira y afloja, el hombre dejó el arma sobre la cama y se dispuso a atrapar a Marissa, pero ésta salió por el otro lado, se puso de pie con cierta dificultad y corrió hacia la puerta. Justo en el momento en que la abría, el sujeto saltó por encima de la cama y la agarró del pelo. La obligó a volverse y la lanzó contra la cómoda con tanta fuerza que el espejo se cayó hecho añicos.

El hombre se asomó a echar un rápido vistazo por el pasillo; luego cerró y atrancó la puerta. Marissa corrió al lavabo y tomó de la cama el objeto que creía era un pistola. Casi había conseguido cerrar la puerta del lavabo cuando llegó el individuo.

Marissa apoyó la espalda contra el lavabo e hizo fuerza para impedir que su agresor abriera más la puerta, pero poco a poco fue imponiéndose la superioridad masculina. La puerta se entreabrió, permitiéndole pasar adentro el brazo rígido.

Marissa reparó en el teléfono de pared, pero no podía alcanzarlo sin sacar los pies de la puerta. Miró entonces el arma que tenía en la mano preguntándose si lograría amedrentar a su atacante disparando un proyectil contra la pared. Fue entonces cuando se dio cuenta de que lo que sostenía era una pistola neumática de inoculación, de esas que se utilizaban para vacunaciones masivas en su vieja clínica pediátrica. La puerta se había entreabierto lo suficiente como para que el individuo moviera el brazo con más libertad. Tanteando a ciegas, logró entonces aferrar a Marissa de un tobillo. Cuando comprendió que no le quedaba otra alternativa, Marissa apretó la pistola contra el antebrazo agresor y disparó. El hombre lanzó un grito, retiró el brazo y la puerta se cerró del golpe.

Lo oyó atravesar velozmente la habitación, abrir la puerta y salir corriendo al pasillo. Marissa entró de nuevo en el dormitorio, y después de soltar un suspiro de alivio, sintió un fuerte olor a desinfectante fenólico. Giró la pistola Dermojet hacia sí con mano temblorosa y espió el cañón. Intuyó que la pistola contenía Ébola, y que el desinfectante que olía era parte de un mecanismo para impedir el contagio de quien la usara. En ese instante se sintió sinceramente aterrada. No sólo había matado posiblemente a un hombre sino que quizás había ocasionado un nuevo brote. Procuró por todos los medios mantener la calma, colocó la pistola con cuidado en una bolsita de plástico que sacó de la papelera y luego tomó otra bolsita del cesto que había debajo del escritorio, la colocó sobre la primera y la ató con un fuerte nudo. Hubo un momento en que pensó si no debía dar aviso a la policía, pero luego llegó a la conclusión de que ellos nada podían hacer. El hombre ya debía de estar lejos, y si la Dermojet realmente contenía Ébola, no había manera de que encontraran a ese sujeto discretamente si él no quería que lo encontraran.

Salió al pasillo y vio que no había nadie. Colocó en la puerta el cartelito de «No molestar» y bajó con todas sus cosas al sector de servicio. Al no ver a nadie del personal de

limpieza, buscó un frasco de desinfectante para limpiar el exterior de la bolsita plástica y lavarse luego las manos. No se le ocurría qué otra medida profiláctica podía adoptar.

Desde el vestíbulo central, donde había suficientes personas como para hacerla sentir a salvo, llamó al jefe de Epidemiología del Estado de Illinois y, sin darse a conocer, le informó que la habitación 2410 del Palmer House podía estar contaminada con Ébola. No le dio tiempo para que reaccionara con una pregunta y cortó la comunicación.

Acto seguido llamó a Tad. Toda esta actividad le permitía no pensar en lo que acababa de suceder. La frialdad con que la atendió Tad se derritió cuando se dio cuenta de que su amiga estaba al borde de la histeria.

-¿Qué es lo que pasa ahora? Marissa, ¿estás bien? -Tengo que pedirle dos favores. Después de todos los problemas que te ocasioné juré que no iba a molestarte de nuevo, pero no me queda otra salida. Primero, necesito un frasquito del suero de convalecientes del brote de Los Ángeles. ¿Podrías enviarlo por transporte nocturno a Carol Bradford, al Hotel Plaza de Nueva York?

-¿Quién diablos es esa mujer? -Por favor, no me hagas preguntas -respondió ella tratando de contener las lágrimas-. A estas alturas, cuanto menos sepas, mejor.

Carol Bradford había sido compañera de universidad, y ése era el nombre que usó en el vuelo de Atlanta a Chicago.

- El otro favor tiene que ver con un objeto que te envío esta misma noche. Te pido que no lo abras sino que lo lleves y lo escondas dentro del laboratorio de máximo riesgo.

-¿Nada más? -Nada más. ¿Me vas a ayudar, Tad? -Supongo que sí. Lo que me pides es bastante sencillo.

-Gracias. Dentro de unos días podré explicártelo todo.

Colgó y reservó por teléfono una habitación en el Plaza a nombre de Carol Bradford. Luego observó detenidamente el vestíbulo del Palmer House y le pareció que nadie le prestaba atención. Como sabía que el hotel le enviaría la factura por medio de la tarjeta de crédito, no se molestó en avisar que se marchaba.

La primera parada fue en las oficinas del transporte Federal Express. Los empleados estuvieron sumamente amables cuando les dijo que enviaba una vacuna especial que se necesitaba al día siguiente en Atlanta. La ayudaron a embalar la bolsita plástica en una caja irrompible e incluso le escribieron los datos del destinatario cuando vieron cómo le temblaba la mano.

Ya en la calle detuvo un taxi para ir al aeropuerto. Apenas estuvo sentada comenzó a tocarse los ganglios linfáticos y a probar si sentía algún ardor de garganta. En anteriores ocasiones había estado cerca del Ébola pero no tanto como en esta última vez. Se estremeció ¿Y pensar que el hombre quería inocularle el virus. Lo irónico fue que la única manera de escapar había sido contagiarlo a él. Esperaba que ese hombre supiera que el suero convaleciente poseía un efecto protector si se lo administraba antes de que aparecieran los síntomas. A lo mejor era por eso que se había marchado tan de prisa.

Durante el largo trayecto hasta el aeropuerto recobró algo de serenidad como para poder pensar con lógica. El hecho de haber sido atacada otra vez daba más crédito a sus sospechas. Y si se comprobaba que la pistola de vacunación contenía virus de Ébola, tendría su primera prueba concreta.

El taxista la dejó en la terminal de American Airlines anticipándole que esa empresa tenía vuelos a Nueva York cada hora. Después de adquirir el billete, pasar por seguridad y caminar el largo trecho hasta la puerta de embarque, le quedaba aún media hora de espera. Decidió entonces llamar a Ralph. Necesitaba imperiosamente oír una voz amiga, y además quería preguntarle por el abogado.

Durante varios minutos tuvo que lidiar con la secretaria de Ralph, que protegía a su jefe como si éste fuera el papa. Le imploró que al menos le hiciera saber que ella estaba al teléfono hasta que finalmente su amigo la atendió.

-Espero que estés de regreso en Atlanta -dijo, sin darle tiempo siquiera a saludarlo.

Librodot

-Pronto. Le explicó que se hallaba en el aeropuerto de Chicago a punto de salir para Nueva York, pero que probablemente volvería a Atlanta al día siguiente, sobre todo si él le había encontrado un buen abogado.

-Hice algunas averiguaciones discretas y creo que di con el hombre más indicado. Se llama McQuinllin y pertenece a un bufete importante en Atlanta.

-Espero que sea inteligente, porque va a tener mucho trabajo conmigo.

-Se le considera uno de los mejores. -¿Crees que me pedirá un adelanto de dinero? -Algún anticipo sí. ¿Eso va a ser un problema? -Depende de la cantidad. -Bueno, no te preocupes. Yo te echaré una mano con mucho gusto.

-No me atrevería a pedírtelo. -No me lo estás pidiendo sino que te lo ofrezco yo. Pero a cambio quiero que termines ya con ese viaje de locos. ¿Por qué es tan importante Nueva York? Espero que no sea por el nuevo brote de Ébola. No tienes que repetir la experiencia de Filadelfia. ¿Por qué no regresas a Atlanta? Estoy muy preocupado por ti.

-Te prometo que volveré muy pronto. Después de cortar, Marissa dejó la mano sobre el receptor. La tranquilizaba hablar con Ralph, un amigo que siempre se interesaba por ella.

Al igual que la mayoría de la gente de negocios -que constituía el noventa por ciento del pasaje- Marissa pidió una copa. Seguía hecha un manojo de nervios, pero el vodkatonic la tranquilizó notablemente, tanto que pudo entablar una típica conversación de viaje con un joven financiero de Chicago, de nombre Danny, que resultó tener una hermana médica en Hawai. El muchacho charlaba con tanto entusiasmo que Marissa por último cerró los ojos y fingió dormirse para poder poner en orden sus pensamientos.

El interrogante que le rondaba por la mente era: ¿Cómo supo el hombre del brazo rígido que ella estaba en Chicago? Y suponiendo que se tratara del mismo individuo, ¿cómo se enteró del momento en que ella iba a entrar en el laboratorio de máximo riesgo? Para responder ambas preguntas no tuvo más remedio que pensar en Tad. Cuando Tad descubrió que le faltaba la tarjeta de acceso seguramente dedujo que ella la usaría esa misma noche. A lo mejor dio aviso a Dubchek para evitarse problemas. Tad también sabía que ella se iba a Chicago, aunque no podía creer que intencionalmente él hubiese dado una pista a una persona que intentaba matarla. Y por enfadada que estuviera con Dubchek, Marissa lo respetaba como científico abnegado, y en modo alguno podía relacionarlo con una organización de tendencia derechista, orientada al lucro, como el Comité Médico de Acción Política.

Muy confundida respecto de cuáles eran deducciones inteligentes y cuáles paranoicas, deseó no haberse desprendido de la pistola Dermojet. Si Tad estaba comprometido, ella había perdido su única prueba concreta, siempre y cuando se comprobara que contenía virus Ébola.

Cuando el avión aterrizaba ya en el aeropuerto de La Guardia tomó una decisión. Si el brote de Nueva York confirmaba su teoría acerca del origen de todos los brotes de Ébola, iría directamente a ver al abogado de Ralph para que él y la policía resolvieran qué debía hacerse. Marissa no quería seguir trabajando más como detective y tener que enfrentarse con hombres que no reparaban en arriesgar la vida de poblaciones enteras.

Una vez que el avión se detuvo y se apagó el cartelito de los cinturones, Marissa se puso de pie y sacó su maleta del portaequipajes elevado. Danny insistió en ayudarla al bajar por la escalera, pero cuando se separaron, Marissa juró que en el futuro iba a tener más cuidado. Nunca más conversaría con extraños y no daría a nadie su nombre verdadero. Más aún, resolvió no alojarse en el Plaza como Carol Bradford sino ir a pasar la noche al Essex House, utilizando el nombre de una vieja amiga de la escuela secundaria, Lisa Kendrick.

George Valhala estaba de pie junto al mostrador de la agencia Avis para el alquiler de coches, observando el gentío del sector equipajes. Sus patrones lo llamaban «el Sapo», pero no por una característica física sino por su inusual paciencia, que le permitía quedarse horas enteras en un puesto de vigilancia como un sapo que espera un insecto.

No obstante, en esa misión no iba a usar de su especial talento. Hacía apenas un rato que había llegado al aeropuerto, con la sola información de que la muchacha llegaría en el vuelo

de las cinco, o en el de las seis, proveniente de Chicago. El de las cinco acababa de aterrizar, y algunos pasajeros comenzaban ya a aparecer.

El único problema que tenía George era lo impreciso de la descripción que le suministraran: una mujer joven, bonita, baja, de unos treinta años y pelo castaño. Por lo general le daban una foto, pero en este caso no hubo tiempo de conseguirla.

Fue entonces cuando la vio. No podía ser otra que ella. Medía casi treinta centímetros menos que la multitud de viajeros con una cartera en la mano que irrumpió en la zona de equipajes. George advirtió que no se detenía ante la cinta transportadora del equipaje puesto que traía ya su maleta en la mano.

Se retiró entonces del mostrador de Avis y se le acercó para mirarla de cerca. La siguió hasta la calle, donde ella se puso en la cola de los taxis. Decididamente era bonita, y muy menuda. George se preguntó cómo habría hecho para dejar fuera de combate a Paul en Chicago, y la única explicación que encontró fue que se tratara de una experta en artes marciales o algo por el estilo. De todos modos esa minúscula mujercita le inspiraba cierto respeto y sabía que lo mismo le pasaba a Al, porque de lo contrario no se estaría tomando semejantes molestias.

Después de estudiarla de cerca, George cruzó la calle y subió a un taxi que lo aguardaba frente a la parada.

El conductor se volvió para mirarlo. -¿La has visto? -preguntó. Era un hombre delgado, de facciones como de pájaro, que contrastaba con la obesidad de George. -Jake, ¿tengo cara de idiota? Pon el coche en marcha. Ella está en la cola de los taxis.

Jake obedeció. Hacía cuatro años que George y él trabajaban para Al y se llevaban bien, salvo cuando su amigo comenzaba a impartir órdenes, lo que felizmente no sucedía a menudo.

-Está allí -señaló George, en el momento en que Marissa subía a un coche-. Adelántate un- poco, pero deja que ellos nos pasen.

-Eh, el que conduce soy yo se quejó Jake-. Tú vigilas, yo me encargo del volante.

No obstante, puso en marcha el vehículo y avanzó lentamente.

George miró por la ventanilla de atrás y comprobó que el coche en el que viajaba Marissa tenía el techo abollado. «Va a ser fácil seguirlo», se dijo. El taxi los pasó por la derecha, y Jake se colocó detrás. Antes de entrar en la autopista de Long Island, permitió que otro coche se interpusiera entre ambos vehículos.

No fue difícil seguir el rastro pese a que el coche de Marissa tomó por el puente Queensborough, sumamente transitado por ser una hora punta. Al cabo de cuarenta minutos la vieron bajar frente al Essex House. Jake aparcó entonces quince metros más adelante.

-Bueno, ahora ya sabemos dónde se aloja, George. -Para estar más seguro iré a comprobarlo. En seguida vuelvo, Jake.

23 de mayo

Marissa no durmió bien. Después del incidente en la habitación del Palmer Hotel tal vez no volviera nunca a sentirse cómoda en un hotel. Cada ruido del pasillo le daba miedo de que alguien intentara entrar en su habitación por la fuerza. Y había mucho ruido por la cantidad de gente que regresaba tarde y pedía que le subieran algo de comer.

También se imaginaba síntomas. No podía olvidar la sensación que le produjo tener la pistola de vacunación en la mano, y cada vez que se despertaba le parecía que tenía fiebre o algún otro síntoma.

A la mañana siguiente estaba exhausta. Pidió un servicio de frutas y café, que le llegó además con un ejemplar del New York Times. En la portada había un artículo acerca de los brotes de Ébola. En Nueva York, el número de casos había ascendido a once con una víctima mortal, mientras que en Filadelfia la cifra se detuvo en treinta y seis, con diecisiete bajas. El único muerto de Nueva York fue el caso inicial, el doctor Girish Melita.

A partir de las diez comenzó a llamar una y otra vez al Plaza para averiguar si había llegado un paquete a nombre de Carol Bradford. Iba a seguir llamando hasta el mediodía, pues

Librodot

los transportes nocturnos generalmente garantizaban la entrega hasta esa hora. Si el paquete llegaba, ya no tendría tanto temor de que Tad la hubiese traicionado, y después se dirigiría a la Clínica Rosenberg. A las once le contestaron que el paquete estaba ahí, a la espera de que el destinatario pasara a retirarlo.

Cuando se disponía a marcharse del hotel no sabía si debía -o no- llamarle la atención que Tad le hubiese enviado el suero. Por supuesto que el paquete podía estar vacío, o tal vez lo había remitido para obligarla a dejar al descubierto el sitio donde se ocultaba. Lamentablemente no tenía forma de cerciorarse, y tanto necesitaba ese suero que todas sus dudas le parecían, en comparación sólo académicas. No le quedaba más remedio que correr el riesgo.

Sólo tomó la billetera y trató de imaginar algún modo de retirar el envío que no ofreciera peligro, pero no se le ocurrió otra idea más brillante que tener un taxi esperando y procurar que hubiera mucha gente alrededor.

George Valhala estaba desde temprano en el vestíbulo del Essex House. Ésa era la clase de situaciones que le gustaban. Pudo tomar café, leer los periódicos y echarle una mirada a unas atractivas mujerzuelas. En general lo pasó muy bien y ninguno de los detectives de la casa lo molestó, vestido como estaba con un costoso traje y zapatos de cocodrilo legítimo.

Estaba pensando en ir al baño cuando advirtió que Marissa salía del ascensor. Dejó entonces su New York Post y se apresuró para salir antes que ella por la puerta giratoria. Cruzó la transitada calle Cincuenta y Nueve hasta el sitio donde lo esperaba Jake en el taxi, y se sentó en el lugar del acompañante.

Jake había avistado a Marissa y ya había puesto el motor en marcha.

-De día parece más bonita aún -comentó, listo para realizar un giro en U.

-¿Seguro que ésa es Blumenthal? -preguntó el hombre que estaba en el asiento de atrás.

Su nombre era Alphonse Hicktman, pero todo el mundo le llamaba Al. Se había criado en Alemania Oriental y luego huyó a occidente atravesando el muro de Berlín. Tenía un rostro engañosamente juvenil y pelo rubio que llevaba cortado al estilo Julio César. Sus ojos celestes eran fríos como un cielo de invierno.

-Se registró con el nombre de Lisa Kendrick, pero concuerda con la descripción que nos dieron -dijo George-. Es ella, sin duda.

-Es muy hábil o tiene una suerte increíble -opinó Al-. Tenemos que eliminarla sin cometer el menor desliz. Heberling dice que esa mujer puede arruinar todo el asunto.

La vieron subir a un taxi y dirigirse hacia el este. Pese al tráfico, Jake dio la vuelta y logró situarse a dos coches de distancia del taxi de Marissa.

-Señorita, dígame por favor adónde quiere ir -pidió el conductor, mirándola por el espejo retrovisor.

Marissa estaba de espaldas, mirando la entrada del Essex House. Por la puerta no había salido nadie que pareciera querer seguirla. Entonces se volvió y le indicó al taxista que diera la vuelta a la manzana. Seguía pensando en la forma más conveniente de ir a retirar el Suero.

El hombre murmuró algo por lo bajo y giró en la esquina. Marissa observó la entrada del Plaza que daba sobre la Quinta Avenida. Había infinidad de coches, y el pequeño aparcamiento frente al hotel estaba atestado de gente. Junto a la acera se alineaban cabriolés a la espera de sus clientes. Había incluso varios policías montados, con relucientes cascos negros y azules. Marissa se sintió más animada. En medio de semejante ambientación nadie podría sorprenderla.

Cuando volvían a circular por la calle Cincuenta y Nueve, le pidió al chofer que se detuviera en el Plaza y la aguardara mientras iba dentro y volvía en seguida.

-Señorita... -En un minuto vuelvo.

-Hay muchos taxis. ¿Por qué no busca otro? -Le pago cinco dólares más de lo que marque el contador y le prometo no tardar.

Luego le obsequió con la más simpática de sus sonrisas.

El taxista se encogió de hombros. Al parecer, los cinco dólares y la sonrisa bastaron para hacerle olvidar sus reservas. Se detuvo frente al Plaza y el portero del hotel se acercó a abrir la puerta a Marissa.

Estaba muy nerviosa y esperaba lo peor en cualquier momento. Bajó del coche, y cuando vio que su dueño lo aparcaba unos metros más allá, entró resueltamente.

Tal como suponía, el vestíbulo estaba muy concurrido. Sin vacilar se dirigió hasta un escaparate donde se exhibían alhajas, y fingió mirarlas. Por el reflejo de los cristales comprobó que nadie daba muestras de estar vigilándola. Nadie le prestaba atención.

Volvió a cruzar el vestíbulo y se encaminó al mostrador de conserjería. El corazón le latía con fuerza mientras esperaba que la atendieran.

-Tiene alguna identificación? -le preguntó el hombre cuando pidió el paquete.

Sorprendida, respondió que no. -Entonces bastará con la llave de su habitación -acordó el señor, con deseos de ser comedido.

-Pero es que aún no me he registrado. El hombre sonrió. -Vaya y regístrese primero, y después le entregaremos el paquete. Espero que me comprenda. Para nosotros es una gran responsabilidad.

-Por supuesto -murmuró ella, desalentada. Obviamente no había planeado las cosas como correspondía, pero ya que no le quedaba otro remedio, fue al mostrador de entrada.

Hasta el simple proceso de dar sus datos le resultó complicado cuando anunció que no tenía tarjeta de crédito, razón por la cual debió dejar una abultada suma en concepto de depósito antes de que le entregaran la llave. Por último, ya con la llave en la mano, consiguió que le dieran el envío.

Fue abriéndolo -mientras caminaba. Sacó el frasquito y lo miró: parecía auténtico. Arrojó el envoltorio en una papelera y se guardó el suero en el bolsillo. Hasta ese momento todo iba sobre ruedas.

Al salir a la calle vaciló unos instantes hasta que sus ojos se acostumbraron al resplandor del mediodía. El taxi seguía esperándola en el mismo sitio. El portero le preguntó si necesitaba un vehículo, y ella le respondió que no con una sonrisa.

Miró a ambos lados de la calle Cincuenta y Nueve. Si algo había cambiado, era el tráfico, más intenso que antes. Centenares de personas caminaban presurosas por las aceras como si se les hubiera hecho tarde para llegar a una reunión importante. Satisfecha, Marissa bajó la escalinata y corrió hasta el taxi.

Al llegar al coche agarró el tirador de la puerta y miró un instante por encima del hombro, hacia la entrada del Plaza. Nadie la seguía. Los temores que le inspiraba Tad eran infundados.

Iba ya a subir al coche cuando vio que la apuntaba el cañón de un arma en manos de un hombre rubio, quien al parecer había estado tendido en el asiento de atrás. El chofer del taxi iba a hablar pero ella no le dio tiempo, cerrando de golpe la puerta. El arma se disparó produciendo un silbido. Era una sofisticada pistola de aire comprimido. La ventanilla del taxi se hizo añicos, pero Marissa ya no estaba mirando sino que huía como jamás había corrido en su vida. Por el rabillo del ojo advirtió que el taxista se bajaba del coche y corría en diagonal, alejándose de ella. Cuando volvió a mirar, el hombre rubio se abría paso entre la muchedumbre, para seguirla.

La acera era una pista de obstáculos llena de gente, equipaje, carritos, cochecitos de bebé y perros. El hombre rubio guardó el arma en un bolsillo, pero ella ya no estaba convencida de que el gentío fuese a servirle de protección. ¿Quién oiría siquiera el tenue zumbido de una pistola de aire? Marissa caería al suelo y su atacante escaparía sin que nadie se percatase de que ella acababa de recibir un disparo.

Los peatones protestaban a gritos cuando los embestía, pero ella siguió avanzando. La confusión que creaba constituía un estorbo para su perseguidor, quien no obstante iba acortando la distancia que los separaba.

Marissa atravesó corriendo el sendero de acceso al Plaza esquivando taxis y limusinas, y llegó al límite del jardín, con su fuente en el centro. Estaba dominada por el pánico y no sabía adónde ir, pero sabía que algo tenia que hacer. Fue en ese momento cuando reparó en el caballo de un policía montado. El animal estaba atado al cerco de cadenas que bordeaba el pequeño sector de césped del parque. Mientras corría desesperadamente hacia allí, Marissa buscó con la vista al policía. Seguramente debía de estar cerca, pero ella tenía muy poco tiempo. Pudo oír los pasos de su perseguidor que llegaba a la acera y no sabía para qué lado tirar. Se encontraba en el sendero que separaba el parque del hotel.

Marissa agarró las riendas y se agachó debajo del animal mientras éste sacudía, nervioso, la cabeza. Miró atrás y comprobó que el sujeto estaba en la calle, dando la vuelta alrededor de una limusina.

Recorrió el parque con mirada angustiada. Había gran cantidad de personas -muchas de las cuales miraban en dirección a ella-, pero ningún agente. Entonces se dio por vencida y echó a correr por el parque. Tan cerca venía el hombre que no había forma de esconderse.

Un grupo nutrido se hallaba sentado junto a la fuente, y todos la observaban con estudiada indiferencia. Claro, como neoyorquinos estaban acostumbrados a cualquier exceso, incluso a una huida producto del terror.

En el momento en que daba la vuelta a la fuente, tenía tan cerca al hombre rubio que casi lo oía respirar. Al volverse Marissa chocó contra la gente que entraba en el parque. A empujones se abrió paso en medio de los peatones, que reaccionaban airados.

Cuando llegó a un claro supuso que estaba libre, hasta que notó que se hallaba en el centro de un círculo formado por varios centenares de personas. Tres negros de aspecto atlético realizaban una demostración de break dance al ritmo de una insistente melodía. Los ojos desesperados de Marissa se posaron en los de los jóvenes, y en ellos sólo vio furia: les había arruinado el espectáculo.

En aquel momento el hombre rubio entró en el círculo y casi perdió el equilibrio al detenerse en seco. Intentó levantar la pistola pero no lo logró, puesto que, de un puntapié, uno de los indignados bailarines lanzó el arma por los aires, hasta que cayó en medio del público. La gente comenzó a alejarse al ver que el intruso respondía también dando al bailarín una patada en el brazo que lo envió al suelo.

Tres de sus amigos, que estaban observando desde un lado, dieron un salto y empujaron violentamente al rubio desde atrás.

Marissa no esperó sino que, por el contrario, aprovechó para confundirse entre la multitud que se alejaba de la imprevista riña. La mayoría de la gente cruzaba la Quinta Avenida, y eso mismo hizo ella. Ya en la calle Cincuenta y Nueve detuvo otro taxi y le pidió que la llevara a la Clínica Rosenberg. Desde el coche pudo ver un gentío enorme cerca de la fuente. El policía por fin había vuelto a montar su caballo, y probablemente tendría ocupado al hombre rubio durante varias semanas.

Una vez más espió en dirección a la entrada del Plaza pero no advirtió signos de nada insólito. Entonces se reclinó en el asiento y cerró los ojos. De pronto, en vez de miedo se sentía consumida por la indignación. Estaba furiosa con todo el mundo, particularmente con Tad. No cabía duda de que era él quien informaba sobre su paradero a los perseguidores. Hasta el suero, que tanto le había costado conseguirlo, era inútil. Debido a todo lo que sospechaba, de ninguna manera iba a inocularse dicho suero. Tendría que arriesgarse y confiar en que la pistola de vacunación tuviese un efectivo sistema para proteger a quien la utilizaba.

Pensó si no le convenía evitar el viaje a la Clínica Rosenberg, pero consideró más importante poder demostrar -al menos ante sí misma- que se estaba efectuando un contagio deliberado con virus Ébola. Quería estar plenamente segura. Además, después del último y complicado ataque, nadie estaría esperándola.

Bajó del taxi a poca distancia de la clínica y los metros restantes los recorrió a pie. El lugar ciertamente no era difícil de encontrar. Era un bello edificio renovado que ocupaba casi una manzana entera, frente al cual había aparcados un furgón de televisión y algunos

vehículos policiales. En la escalinata de acceso, varios oficiales de policía. Marissa tuvo que mostrar su credencial del CCE para que le permitieran pasar.

En el vestíbulo reinaba el mismo caos que había visto en los otros hospitales donde se había desatado un brote de Ébola. A medida que avanzaba entre la multitud iba perdiendo el ánimo. Poco a poco se le iba la furia que experimentara en el taxi, y en su lugar volvía a sentir el viejo temor a contagiarse con el virus. Además, ya no se sentía exultante por el solo hecho de haber escapado de su agresor sino que comenzaba a apreciar la realidad de verse atrapada en una peligrosa red de conspiración e intriga. Se detuvo y miró en dirección a la salida pensando si no debería marcharse. Sin embargo, llegó a la conclusión de que su única esperanza residía en poder estar totalmente segura. Antes de convencer a nadie debía disipar cualquier duda que aún le quedara.

Le pareció necesario comprobar primero la información más fácil. Para ello se dirigió a la administración y encontró un escritorio con el cartel «Nuevos Asociados». Si bien estaba vacío, había allí gran cantidad de material impreso. Tardó apenas un instante en averiguar que la Clínica Rosenberg era de asistencia médica mediante pago adelantado, tal como lo suponía.

Los otros interrogantes que la preocupaban iban a ser más difíciles de resolver puesto que había fallecido el paciente inicial. Regresó al vestíbulo principal y permaneció unos momentos observando a la gente que entraba y salía hasta que pudo deducir dónde estaba el vestuario de los médicos. Calculó exactamente el tiempo para llegar a la puerta junto con una profesional de la clínica, que se detuvo para hacerle una seña al empleado de recepción. La puerta del vestuario se abrió con un dispositivo eléctrico, y Marissa entró detrás de su colega. Una vez dentro pudo agenciarse un guardapolvo. Se lo puso y luego se lo arremangó. En la solapa tenía una etiqueta con el nombre: Doctora Ann Elliott, que rápidamente retiró y se guardó en un bolsillo.

Cuando volvió a salir al vestíbulo vio al doctor Layne. Se volvió inmediatamente esperando que en cualquier instante él diera muestras de haberla reconocido. Por fortuna, cuando miró de nuevo comprobó que él se marchaba del sanatorio.

El hecho de verlo la puso más nerviosa. Estaba aterrada de toparse con Dubchek como le había sucedido en Filadelfia, pero también sabía que era imperioso averiguar más datos sobre el paciente inicial fallecido.

Por el tablero indicador supo que el Departamento de Patología quedaba en el tercer piso. Tomó el ascensor que tenía más cerca. La Clínica Rosenberg era imponente. Tuvo que atravesar el laboratorio químico para llegar al sector de patología. En el trayecto notó que contaban con el más moderno instrumental automatizado.

Cruzó una puerta doble y se encontró rodeada por secretarias que grababan en sus respectivos dictáfonos. Allí era donde se pasaban en limpio todos los informes patológicos.

Una de las mujeres se quitó los auriculares al verla entrar.

-¿En qué puedo servirla? -Soy una dé las doctoras del Centro para el Control de Enfermedades. ¿No sabe si están mis compañeros por aquí?

-Creo que no -respondió la secretaria, al tiempo que se ponía de pie-, pero puedo preguntárselo al doctor Stewart que está en su oficina.

-Estoy aquí -exclamó un hombre corpulento de poblada barba-. Y ya le contesto que el personal del CCE está en el segundo piso, en el sector de aislamiento. -Bueno, a lo mejor usted puede ayudarme -dijo Marissa, evitando a propósito presentarse-. Yo he investigado todos los brotes de Ébola desde el comienzo, pero lamentablemente me retrasé en llegar a Nueva York. Tengo entendido que el primer caso, un tal doctor Melita, ya falleció. ¿Le hicieron la autopsia?

-Esta misma mañana. -¿Puedo hacerle algunas preguntas? -No fui yo quien practicó la autopsia. -El doctor Stewart le habló luego a su secretaria-. Helen, ¿por qué no trata de localizar a Curt?

Librodot

Acompañó a Marissa hasta una habitación pequeña donde había un moderno escritorio y una mesa de formica con un extraordinario microscopio binocular Zeiss de dos tubos oculares.

-¿Usted conocía al doctor Melita? -Muy bien -respondió Stewart, sacudiendo la cabeza-. Era nuestro director, y su muerte será una enorme pérdida para nosotros.

Acto seguido procedió a describir la forma en que había contribuido el doctor Melita para la instalación de la clínica, y la gran popularidad de que gozaba tanto entre el personal como entre los mismos pacientes.

-¿No sabe dónde estudió? -No estoy seguro en qué facultad de medicina cursó sus estudios... aunque creo que fue en Bombay, pero sí sé que la residencia la hizo en Londres. ¿Por qué me lo pregunta?

-Tenía curiosidad por saber si era un médico extranjero.

-¿Acaso eso cambia las cosas? -quiso saber Stewart, frunciendo el entrecejo.

-Tal vez -admitió Marissa, sin precisar-. ¿Hay un porcentaje alto de médicos extranjeros aquí?

-Por supuesto. Todas las clínicas de sistemas de salud mediante pago adelantado comenzaron contratando a grandes cantidades de médicos del extranjero. Los graduados estadounidenses se inclinan por el ejercicio privado de la profesión. Pero felizmente eso está cambiando. Hoy en día podemos contratar directamente de las mejores residencias.

Se abrió la puerta y entró un muchacho joven. -Éste es Curt Vandermay. Marissa no tuvo más remedio que dar su nombre verdadero.

-La doctora Blumenthal quiere hacerle unas preguntas relativas a la autopsia -explicó Stewart.

Retiró su sillón del microscopio para dejarle el lugar al doctor Vandermay, quien se sentó y cruzó elegantemente las piernas.

-Todavía no hemos procesado los cortes, de modo que sólo puedo darle los resultados generales. -En realidad lo que me interesa es el examen externo. ¿Notó usted alguna anormalidad?

-Sí, claro. Tenía profusas lesiones hemorrágicas en la piel.

-¿Y traumatismos? -¿Cómo lo adivinó? -repuso el doctor Vandermay, sorprendido-. Tenía la nariz quebrada. Me había olvidado de eso.

-¿Fecha probable? -Una semana, diez días, más o menos. -¿En el historial no se menciona la causa? -A decir verdad, no me fijé. Como era prioritario constatar si el hombre había muerto de fiebre hemorrágica Ébola reconozco que no le presté demasiada atención a la fractura nasal.

-Entiendo. El historial clínico está aquí, ¿verdad? ¿Puedo verlo?

-Desde luego. -Vandermay se puso de pie-. ¿Por qué no baja conmigo a la sala de autopsias? Hice sacar varias fotos Polaroid de la nariz quebrada. Lo digo por si quiere examinarlas.

-Por supuesto. Stewart se disculpó porque tenía que asistir a una reunión, y Vandermay explicó que el cadáver había sido desinfectado y luego conservado dentro de bolsas dobles, en recipientes especiales, para evitar la contaminación. La familia había pedido que se enviaran los restos mortales a la India, pero la autorización fue denegada con justa razón.

El historial no era todo lo completo que a ella le habría gustado, pero se hacía referencia a la nariz fracturada, que luego arregló un colega del doctor Melita, cirujano otorrinolaringólogo. Marissa se enteró también de que el mismo doctor Melita era otorrinolaringólogo, dato aterrador si uno se ponía a pensar en la forma que se había difundido el virus en los brotes anteriores. No se aclaraban las circunstancias en que el doctor Melita se había roto la nariz.

Vandermay sugirió comunicarse por teléfono con el médico que se la arregló. Mientras él hacía la llamada, Marissa leyó el resto del historial, y así se enteró de que el doctor Melita

no registraba antecedentes de viajes en los últimos tiempos, de contacto con animales ni la menor relación con los brotes anteriores de Ébola.

-Al pobre lo asaltaron -comentó Vandermay después de colgar el teléfono-. Lo atacaron a golpes y le robaron en la entrada de su propia casa. ¿Se da cuenta en qué mundo vivimos?

«Si usted supiera», pensó Marissa, convencida ya de que los brotes de virus eran ocasionados intencionadamente. Un intenso temor la dominó, pero se esforzó por seguir interrogando al patólogo.

-¿No le notó usted una lesión numular en el muslo? -No recuerdo -admitió el doctor Vandermay-. Pero aquí están las Polaroid.

Desplegó las fotos como si estuviera repartiendo una mano de póquer.

Marissa observó la primera. Todas mostraban en forma brutal el cuerpo desnudo, tendido sobre la camilla de acero inoxidable para autopsias. Pese a la profusión de lesiones hemorrágicas, pudo detectar la misma lesión circular que le había visto en el muslo al doctor Richter, y cuyo tamaño coincidía con la boca de una pistola de vacunación.

-¿Puedo llevarme alguna de estas copias? -pidió Marissa.

-sí, desde luego. Tenemos muchas. Marissa se guardó la foto en el bolsillo. No era lo mismo que tener la pistola Dermojet, pero al menos era algo. Le dio las gracias al doctor y se levantó para irse.

-¿No va a decirme cuáles son sus sospechas? -preguntó Vandermay con una leve sonrisa en el rostro, como si supiera que algo extraño pasaba.

En ese momento anunciaron a Vandermay por el intercomunicador que tenía una llamada por la línea seis. Cuando la atendió, Marissa lo oyó decir:

-Qué coincidencia, doctor Dubchek. Casualmente con ella estoy conversando en este preciso instante...

Le bastó con oír eso para salir corriendo hacia el ascensor. Vandermay la llamó de viva voz, pero ella no se detuvo. Pasó con rapidez junto a las secretarias y salió presurosa por las puertas dobles, sujetando los bolígrafos que llevaba en el bolsillo para que no se le cayeran.

Ante los ascensores y la escalera de incendios, optó por arriesgarse a tomar el ascensor. Si Dubchek estaba en el segundo piso, probablemente le hubiera parecido que ganaba más tiempo utilizando la escalera. Apretó el botón de planta baja. Un técnico químico aguardaba con una bandeja de muestras para analizar, y vio que Marissa oprimía frenéticamente el botón ya encendido.

-¿Es una emergencia? -preguntó. En ese momento se detuvo un ascensor, pero Marissa siguió pegada al botón. Le pareció que las puertas tardaban años en cerrarse, y creía que en cualquier momento iba a aparecer Dubchek persiguiéndola. Pero finalmente el ascensor bajó y Marissa empezó a tranquilizarse. Lamentablemente se detuvieron en el segundo piso, lo cual la obligó a correrse al fondo: por una vez en la vida dio gracias por ser tan menuda. Seguramente nadie podría verla desde fuera del ascensor.

Cuando reanudaron el descenso, le preguntó a un pasajero dónde quedaba la cafetería. Éste le respondió que al salir del ascensor debía girar a la derecha y seguir por el pasillo principal.

Marissa se bajó e hizo como se le había indicado. A poco de andar por el vestíbulo comenzó a sentir olor a comida. A partir de allí fue siguiendo las indicaciones de su nariz.

No se arriesgó a salir por la puerta principal ya que Dubchek podía haber dado instrucciones a la policía para que la detuvieran. En cambio entró velozmente en la cafetería atestada de gente que estaba almorzando, y enfiló directamente hacia la cocina. Allí los miembros del personal le lanzaron miradas intrigadas, pero nadie discutió su presencia. Tal como se imaginara, existía una rampa de carga y por allí se deslizó, esquivando un camión de lechería que en esos momentos estaba realizando una entrega.

Al llegar a la calle, caminó con paso ágil por la avenida Madison, y en la esquina giró para internarse en una calle tranquila y arbolada. Había pocos peatones, lo cual le daba la tranquilidad de que no la estaban siguiendo. Al llegar a Park Avenue detuvo un taxi.

Librodot

Para cerciorarse de que nadie la siguiera se bajó en la tienda Bloomingdale's, cruzó por su interior y salió a la Tercera Avenida, donde tomó otro taxi. Cuando llegó al Essex House ya tenía la certeza de no estar en peligro, al menos por el momento.

Frente a la puerta de su habitación no supo qué hacer. Aunque nadie sabía que se había registrado con nombre falso, el recuerdo de Chicago la atormentaba. Abrió entonces con cautela y paseó la mirada por la habitación antes de entrar. Luego sujetó con una silla la puerta abierta y lo revisó todo detenidamente. Miró debajo de las camas, dentro del armario, en el lavabo... Todo estaba tal como lo había dejado. Satisfecha, cerró y atrancó la puerta con todos los cerrojos y cadenas que había.

23 de mayo (continuación)

Comió algo de la generosa ración de fruta que se hizo subir a la habitación esa mañana. Como sus sospechas parecían confirmarse, no sabía qué le convenía hacer a continuación. Lo único que se le ocurría era ir a ver al abogado de Ralph y contarle lo que creía: que un pequeño grupo de médicos derechistas estaban introduciendo virus Ébola en clínicas privadas para minar la confianza del público en las clínicas de sistema de pago adelantado. Podía presentar las escasas pruebas reunidas, y que él se preocupara por conseguir el resto. A lo mejor hasta podía sugerirle un sitio donde poder ocultarse mientras se resolvía la cuestión.

Dejó la manzana que estaba comiendo y tomó el teléfono. Se sentía mucho mejor por el solo hecho de haber tomado una decisión. Marcó el número de Ralph y tuvo la agradable sorpresa de que en seguida lo pusieron con él.

-La telefonista tenía órdenes concretas -explicó su amigo-. Por si no lo sabes, te aseguro que estoy muy preocupado por ti.

-Qué amoroso -exclamó Marissa, conmovida por la bondad de Ralph.

Por un instante sintió que se relajaba, como la niña que, después de una caída, no llora hasta que no aparece la madre.

-¿Vuelves hoy? -Depende -respondió ella mordiéndose el labio-. ¿Podré hablar hoy con tu amigo abogado?

-No. Esta mañana llamé a su bufete y me informaron que está de viaje y regresa mañana.

-Qué lástima -lamentó Marissa con una voz que comenzaba a flaquear.

-Marissa, ¿te sientes bien? -No es uno de mis mejores días. Lo que pasa es que tuve varias experiencias terribles.

-¿Qué ocurrió? -Ahora no puedo hablar -sostuvo, sabiendo que si intentaba dar explicaciones prorrumpiría en llanto.

-Mira, quiero que vuelvas aquí de inmediato. No me pareció bien que fueras a Nueva York. ¿Te topaste allí con Dubchek?

-Fue peor. -Bueno, con eso me basta. Te subes al primer avión que te traiga aquí. Yo voy a esperarte al aeropuerto.

La idea era tentadora, y precisamente eso iba a contestar cuando oyó que golpeaban la puerta y se quedó paralizada.

Los golpes se repitieron. -Marissa, ¿estás ahí? -Un momento, que llaman a la puerta. No cuelgues. -Apoyó el auricular en la mesita de noche y se dirigió con cautela hacia la puerta-. ¿Quién es?

-Vengo a entregar algo para la señorita Kendrick.

Marissa entreabrió la puerta pero sin quitar la cadena de seguridad, y vio a un botones del hotel que traía un enorme paquete envuelto en papel blanco. Le pidió que aguardara un segundo y volvió al teléfono para decir a Ralph que lo llamaría apenas supiera en qué vuelo regresaba esa noche a Atlanta.

-¿Me lo prometes? -¡Sí! Volvió a la puerta y espió por el pasillo. El botones estaba apoyado contra la pared de enfrente, con el paquete aún en la mano. ¿Quién podía haberle enviado flores a la «señorita Kendrick» siendo que su amiga vivía en la Costa Oeste?

Se dirigió entonces al teléfono, llamó a administración y preguntó si habían llegado flores para ella. El conserje le contestó que sí, que casualmente ya las habían subido.

Marissa se sintió mejor, pero no lo suficiente como para retirar la cadena.

Por eso, habló una vez más por la rendija. -Disculpe, pero ¿podría dejarme ahí el ramo? En seguida saldré a buscarlo.

-De acuerdo, señorita -aceptó el muchacho, colocando el paquete en el suelo.

Luego se tocó la gorra y se retiró. Marissa sacó la cadena, alzó el canasto rápidamente y volvió a cerrar con llave. Deshizo el paquete y se encontró con un arreglo espectacular de pimpollos de primavera, con un pequeño sobre dirigido a Lisa Kendrick.

Dentro del sobre venía una tarjeta ¡a nombre de Marissa Blumenthal! El corazón le dio un vuelco al leer:

Estimada doctora Blumenthal. Felicitaciones por su notable actuación de esta mañana. Quedamos todos muy impresionados. Por supuesto tendremos que visitarla nuevamente a menos que esté dispuesta a obrar con sensatez. Obviamente sabemos dónde se encuentra en todo momento, pero la dejaremos en paz si nos devuelve la pieza de instrumental médico que nos pidió prestada.

El terror se apoderó de ella. Por un momento permaneció con la mirada fija en las flores, contemplándolas con incredulidad. Luego, en un ataque de actividad febril, comenzó a abrir cajones y a embalar lo poco que había traído consigo. Pero en seguida se detuvo. Nada estaba como lo había dejado. ¡Habían entrado en su habitación y registrado sus objetos personales! ¡Dios santo! Debía huir cuanto antes.

Corrió al lavabo, agarró la bolsa de los cosméticos y la guardó presurosa en la cartera. Luego volvió a detenerse y por fin tomó plena conciencia de todo lo que implicaba la notita de las flores. Si ellos no tenían la pistola de vacunación, entonces Tad no estaba involucrado, y ni él ni nadie sabía que ella se había alojado en el Essex House con nombre falso. La única forma posible de localizarla era que la hubieran seguido desde el aeropuerto de Chicago. . Cuanto antes se fuera del Essex House, mejor. Después de meter a toda prisa las cosas en la maleta, no pudo cerrarla por lo desordenada que estaba. Se sentó sobre la tapa mientras luchaba con la cerradura, y sus ojos fueron a posarse en las flores. Entonces comprendió en el acto. Sus atacantes quedan atemorizarla para que ella los llevara hasta la pistola de vacunación. Trató de pensar serenamente. Como sus adversarios sabían que no tenía la Dermojet y esperaban que los condujera hasta el sitio donde estaba, le pareció que tenía cierto margen de maniobra. Decidió entonces no llevar la maleta. Guardó las cosas esenciales en el bolso y tomó los papeles más importantes, para dejar también la cartera.

De lo único que estaba segura era de que iban a seguirla. Indudablemente suponían que iba a huir despavorida, facilitándoles la tarea.

«Bueno -pensó-, menuda sorpresa se van a llevar.» Volvió a mirar las espléndidas flores y resolvió utilizar la misma técnica que sus enemigos.

Sacó la lista de funcionarios del Comité Médico de Acción Política y constató que el secretario residía en Nueva York. Se llamaba Jack Krause y vivía en la calle Ochenta y Cuatro Este 426. Le pareció conveniente presentarse de sorpresa en casa del médico. A lo mejor no todos los profesionales estaban al tanto de lo que sucedía. Era difícil pensar que un grupo entero de médicos estuviera dispuesto a propagar una plaga. De cualquier modo, presentándose ella en su casa provocaría un pánico mayor que cualquier arreglo floral.

Preventivamente decidió tomar ciertas medidas para proteger su partida. Fue al teléfono, llamó al gerente del hotel y, con voz irritada, se quejó de que en conserjería le habían dado el número de su habitación a un ex novio suyo, y el hombre había estado molestándola.

-Imposible. Jamás damos esa clase de información. -No pienso ponerme a discutir con usted, pero lo cierto es que sucedió. Y como el motivo por el cual corté la relación con ese individuo fue por su carácter violento, estoy aterrada.

-¿Qué quiere que hagamos nosotros? -preguntó el gerente intuyendo que ella pretendía algo en concreto.

-Lo menos que podría hacer seria cambiarme a otra habitación.

-Ahora mismo me ocupo de ello. -Ah, y otra cosa. Este señor es rubio, de facciones angulosas y aspecto atlético. A lo mejor usted podría poner sobre aviso al personal...

-Desde luego.

Alphonse Hicktman dio una última chupada a su cigarrillo y lo arrojó al otro lado de la cerca de granito que separa Central Park de la acera. Se volvió para mirar el taxi con su letrero de «Fuera de Servicio» encendido, y pudo distinguir a George, que estaba sentado tranquilamente, como de costumbre. Él nunca se ponía nervioso por tener que esperar. Al miró al otro lado de la calle -hacia la entrada del Essex House- y confió en que Jake estuviese adecuadamente situado en el vestíbulo central, para que Marissa no pudiera fugarse por alguna puerta posterior.

Al había dado por sentado que el ramo de flores la haría salir corriendo del hotel. Y ahora se sentía perplejo. Esa mujer era sumamente inteligente o, tremendamente estúpida.

Se encaminó al taxi y golpeó el techo con la mano, produciendo ruido como de tambores. En el acto George se asomó por el otro lado.

-¿Nervioso, George? -preguntó Al con una sonrisa de desagrado ya que la propia frustración le resultaba más difícil de soportar al ver la tranquilidad con que esperaba George.

-¡Por Dios! -exclamó George. Los dos se acomodaron en el taxi. -¿Qué hora es? -preguntó Al, sacando otro cigarrillo.

Ya se había fumado el paquete casi entero esa tarde. -Las siete y media. Al arrojó la cerilla usada por la ventanilla. El trabajo no iba saliendo bien. A raíz de no haber encontrado la pistola de vacunación en la habitación de la mujer, las órdenes fueron seguirla hasta que ella la retirara de alguna parte, pero era obvio que la doctora Blumenthal no tenía intenciones de darles el gusto, al menos por el momento.

En ese instante un grupo de hombres bulliciosos salieron a tropezones del Essex House agarrados del brazo, entre fuertes risotadas, haciendo en general el papel de tontos. Evidentemente eran de algún congreso puesto que vestían trajes oscuros, llevaban etiquetas con su nombre en la solapa y tenían viseras de plástico con la inscripción Sanyo.

El portero hizo una seña a varias limusinas que aguardaban unos metros más atrás. Una por una fueron llegando hasta la puerta para recoger a los pasajeros.

Al le dio a George una palmada en el hombro, señalando enloquecido el grupo más grande que iba a salir por la puerta giratoria. Dos hombres sostenían a una mujer, con la visera de Sanyo, que parecía demasiado ebria como para caminar.

-La mujer que estamos persiguiendo, ¿es esa que se cuelga de esos tipos?

George miró con los ojos entrecerrados, pero antes de que pudiese responder, la mujer desapareció en el interior de una limosina.

-Creo que no... El pelo era distinto, pero no estoy seguro.

-¡Maldita sea! -exclamó Al-. Yo tampoco. -Al cabo de un instante de vacilación, se bajó del coche-. Si sale, la sigues.

Se lanzó entonces a cruzar la calle en medio del tráfico para buscar otro taxi.

Desde el asiento trasero de la limusina Marissa miró en dirección a la entrada del hotel. Por el rabillo del ojo vio que alguien bajaba de un taxi aparcado y cruzaba corriendo la calle. Justo cuando su limusina se colocaba delante de un autobús que le bloqueaba la visión, advirtió que el hombre subía a otro taxi, un vetusto Checker.

Marissa se volvió hacia delante. Estaba segura de que la seguían. Tenía varias opciones, pero como llevaba casi una manzana entera de ventaja, resolvió que lo mejor era bajarse.

No bien el vehículo giró en la Quinta Avenida, Marissa sobresaltó a sus compañeros gritándole al conductor que se detuviera.

El chofer obedeció porque supuso que Marissa se habría descompuesto, pero antes de que nadie se diera cuenta de lo que pasaba, ella abrió la puerta, bajó de un salto e indicó al conductor que siguiera sin ella.

Al ver que había una librería que ese día estaba abierta hasta tarde, entró presurosa. Desde dentro vio por el escaparate que el Checker pasaba velozmente. En el interior del coche pudo ver una cabeza rubia. El hombre iba erguido, mirando afanosamente hacia delante.

La casa se parecía más a un fuerte medieval que a una vivienda neoyorquina de lujo. Las ventanas angostas tenían rejas de hierro forjado. La puerta principal estaba protegida por un grueso portón de hierro que imitaba a los rastrillos de los castillos. La cuarta planta estaba construida retirada hacia atrás para formar una terraza almenada, al estilo de las torres medievales.

Marissa contempló el edificio desde la acera de enfrente. Difícilmente podía considerársela una casa hospitalaria, y por un instante pensó en la posibilidad de suspender la visita al doctor Krause. No obstante, desde el refugio seguro de la nueva habitación que le asignaron en el Essex, esa tarde había hecho varias llamadas. Así fue como se enteró de que Krause era un prominente especialista en medicina interna con consultorio en la elegante Park Avenue. No podía imaginar que él fuese capaz de agredirla directamente. Tal vez sí a través de una organización como el CMAP, pero no con sus propias manos.

Cruzó la calle y subió la escalinata para tocar el timbre. Detrás del portón había una pesada puerta de madera, en cuyo centro resaltaba como adorno el escudo de familia tallado en relieve.

Esperó un minuto y volvió a llamar y de inmediato se encendió una potente luz que le impidió ver quién le abría la puerta.

-¿Sí? -dijo una voz femenina. -Quiero ver al doctor Krause -dijo Marissa, procurando hablar en tono autoritario.

-¿Tiene hora con él? -No, pero dígale que vine por un asunto urgente del Comité Médico de Acción Política. Creo que me va a atender.

La puerta se cerró. La potente luz iluminaba casi toda la calle. Al cabo de unos minutos volvió a abrirse la puerta.

-El doctor la recibirá. Acto seguido se oyó el quejido del portón de hierro cuyas bisagras necesitaban aceite.

Fue un alivio entrar y alejarse del insoportable resplandor. La empleada, vestida de uniforme negro, cerró el portón y luego se le acercó.

-Venga conmigo, por favor. Cruzaron un vestíbulo con suelo de mármol, luego un breve pasillo y llegaron a una biblioteca.

-Espere aquí, por favor. El doctor vendrá en seguida. Marissa paseó la mirada por la habitación, bellamente adornada con antigüedades. Tres de las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros.

-Disculpe que la haya hecho esperar -dijo una voz agradable.

Marissa se volvió para mirar al dueño de la casa, un hombre de rostro grueso y profundas arrugas. Cuando le hizo señas de que se sentara, advirtió que tenía manos inusualmente grandes y cuadradas, como las de los inmigrantes agricultores. Una vez que tomaron asiento pudo verlo mejor. Los ojos eran los de un individuo inteligente, sensible, y le recordaban a algunos de sus antiguos profesores de medicina interna. Costaba creer que esa persona pudiese haberse mezclado en algo tan sucio como el Comité Médico de Acción Política.

-Perdone que lo moleste a estas horas. -No se preocupe. Sólo estaba leyendo. ¿En qué puedo servirla?

Marissa se inclinó hacia delante para escrutarle el rostro.

-Soy la doctora Marissa Blumenthal. Se produjo una mínima pausa durante la cual el doctor Krause aguardó que ella continuara, sin cambiar de expresión. 0 era muy buen actor o el apellido Blumenthal no le decía nada.

-Trabajo para el Servicio de Inteligencia en Epidemiología, en el Centro para Control de Enfermedades.

Los ojos del médico se entrecerraron imperceptiblemente.

-Mi empleada me dijo que había venido por un asunto del CMAP -expresó el doctor Krause, y su voz había perdido ya cierto grado de hospitalidad.

-Así es. Tal vez debería preguntarle si está usted al tanto de algo que esté haciendo el CMAP que cause preocupación al Centro de Atlanta.

Esa vez fue evidente que el hombre apretó la mandíbula. Respiró profundamente, se dispuso a hablar y luego cambió de parecer. Marissa esperó, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Por último, el doctor carraspeó. -El CMAP intenta rescatar la medicina estadounidense de las fuerzas económicas que se han propuesto destruirla. Ésa ha sido su meta desde el primer momento.

-Una meta muy loable. Pero, ¿cómo trata de cumplir con su objetivo?

-Apoyamos toda legislación sensata y responsable. -Se puso de pie, presumiblemente para escapar a la mirada penetrante de Marissa.

-El CMAP le proporciona a sectores más conservadores la posibilidad de ejercer algo de influencia. Y ya es hora, puesto que la profesión médica es como un tren desbocado.

Se acercó a la chimenea, su rostro envuelto en las sombras.

-Lamentablemente todo parece indicar que el CMAP está haciendo más que respaldar legislación -opinó Marissa-, y eso es lo que le preocupa al Centro.

-Creo que no tenemos nada más que hablar. Si me disculpa...

-Yo pienso que el CMAP es el culpable de los brotes de Ébola -afirmó Marissa impulsivamente, levantándose-. Ustedes tienen la descabellada idea de que el hecho de propagar una enfermedad en clínicas que funcionan por sistema de pago adelantado va a favorecer su causa.

- ¡Eso es absurdo! -Estoy totalmente de acuerdo. Le advierto que tengo papeles en los cuales se le relaciona a usted y demás autoridades del CMAP con Professional Labs de Grayson (Georgia), empresa que últimamente ha adquirido instrumental adecuado para el manejo del virus. Tengo incluso en mi poder la pistola de vacunación utilizada para infectar a los primeros pacientes.

-Salga de aquí -ordenó el dueño de la casa. -Con mucho gusto, pero antes permítame decirle que pienso ir a visitar a todos los integrantes de CMAP. No puedo creer que todos hayan aprobado un plan tan alucinante. Más aún, me cuesta imaginar que un médico como usted, o cualquier médico, lo haya permitido.

Manteniendo una calma que no sentía, se dirigió a la puerta. El doctor Krause no se movió de la chimenea.

-Gracias por recibirme. Lamento haberlo molestado, pero sinceramente espero que alguno de los integrantes del CMAP a quienes visite, estará dispuesto a detener este horror, quizás ofreciéndose para presentar pruebas voluntariamente ante el fiscal. A lo mejor hasta podría ser usted mismo. Ojalá. Buenas noches, doctor Krause.

Procuró caminar despacio hasta el vestíbulo. ¿Y si había juzgado equivocadamente a ese hombre y la atacaba? Felizmente en ese instante apareció la empleada, que la acompañó a la puerta. No bien estuvo fuera del cono de luz, echó a correr.

Durante unos instantes el doctor Krause no se movió. Tenía la sensación de que su peor pesadilla se volvía realidad. En la planta alta guardaba una pistola. Tal vez debería suicidarse. También podía llamar a su abogado y negociar la inmunidad a cambio de presentarse a declarar ante el fiscal, aunque no tenía ni idea de lo que esto realmente implicaba.

El estado de parálisis se convirtió luego en pánico. Corrió a su escritorio, abrió la agenda y después de buscar un número, llamó a Atlanta.

El teléfono sonó casi diez veces antes de que lo atendieran. La voz untuosa de Joshua Jackson preguntó quién hablaba.

-Jack Krause -respondió el trastornado doctor-. ¿Qué diablos está pasando? Usted me juró que, aparte de Los Ángeles, el CMAP no había tenido intervención en los otros brotes de

Ébola, que éstos se habían debido a un contacto accidental con los pacientes iniciales. Joshua, usted me dio su palabra.

-Tranquilícese. ¡Cálmese un poco! -¿Quién es Marissa Blumenthal? -preguntó Krause con voz algo más serena.

-Así está mejor. ¿Por qué me lo pregunta? -Porque estuvo hace unos momentos en mi casa y me acusó a mí y al CMAP de haber iniciado la epidemia de Ébola.

-¿Está todavía ahí? -No. Ya se fue. Pero, ¿quién demonios es? -Una epidemióloga del Centro de Atlanta que tuvo una racha de suerte. Pero no se preocupe, que Heberling se va a encargar de ella.

-Este asunto se está volviendo una pesadilla. Permítame recordarle que yo me opuse al proyecto incluso cuando sólo se hablaba de influenza.

-¿Para qué fue a verlo esa mujer? -Quería asustarme, y lo logró con creces. Dijo que tiene los nombres y domicilios de todos los integrantes del CMAP, e insinuó que iba a ir a visitar a cada uno.

-¿No dijo a quién vería la próxima vez? -Por supuesto que no, porque no es tonta. Por el contrario, es muy lista. Hizo lo que quiso conmigo. Si realmente va a visitar a todos, alguno va a ceder. ¿Se acuerda de Tieman, el de San Francisco? Él se opuso más tenazmente que yo al proyecto.

-Tranquilícese. Comprendo que esté nervioso, déjeme recordarle que no hay pruebas para comprometer a nadie. Además, como medida de precaución Heberling lo sacó todo de su laboratorio, salvo lo que tiene que ver con estudios bacterianos. Yo le advertiré que esa muchacha piensa visitar a los demás miembros, y aparte tomaremos precauciones especiales para no dejar que establezca contacto con Tieman. -El doctor Krause cortó. Estaba algo menos angustiado, pero cuando se levantó y apagó la lámpara del escritorio, decidió que llamaría a su abogado por la mañana para averiguar cuál era el procedimiento habitual par-a negociar una confesión con el fiscal.

Cuando el taxi atravesaba el puente Triboroug, Marissa contempló hechizada el cielo nocturno de Manhattan. Desde lejos era una belleza, que muy pronto quedó atrás y luego desapareció por completo cuando el vehículo se internó en el sector de autopista que se convertía en túnel. Marissa trató de repasar la lista de funcionarios del CMAP que había sacado de la cartera, pero le costaba leer a medida que el coche pasaba de la iluminación de un foco al siguiente.

No había lógica alguna que le indicara a quién debía ir a ver a continuación. Lo más fácil sería visitar al que le quedaba más cerca, pero como también podía ser demasiado obvio para sus perseguidores, resolvió no correr semejante peligro e ir en cambio a entrevistar a quien tenía más lejos: el doctor Sinclair Tieman, de San Francisco.

Se inclinó hacia delante para anunciar al chofer que debía llevarla al aeropuerto Kennedy y no a La Guardia. Cuando él le preguntó a qué terminal, eligió al azar la línea aérea United. Si allí no conseguía billete en un vuelo nocturno, le quedaba la posibilidad de intentarlo en otra empresa.

A esa hora de la noche había poca gente en la terminal, y la atendieron rápidamente. Felizmente había un vuelo que le convenía, con una sola escala en Chicago. Pagó el billete en efectivo usando otro nombre falso, compró en un quiosco algo para leer y se dirigió a la puerta de embarque. Decidió aprovechar los instantes que le quedaban para llamar a Ralph. Tal como supuso, su amigo dijo estar enojado porque no le había hablado antes, pero contento de saber que ella estaba en el aeropuerto.

-Te perdono por esta última vez, pero sólo porque ya vuelves a Atlanta.

Marissa eligió con cuidado sus palabras. -Me encantaría verle esta noche, aunque... -No me digas que no vienes -dijo él, fingiendo disgustarse, para disimular la desilusión-. El señor MacQuinllin, el abogado, te recibirá mañana al mediodía. Me habías dicho que querías consultarle lo antes posible.

Librodot

- Lamentablemente va a haber que postergar la reunión porque ha surgido algo imprevisto. Tengo que irme por uno o dos días a San Francisco. Ahora no puedo explicártelo.

-Marissa, ¿en que te has metido? Por lo poco que me contaste sé positivamente que deberías volver, hablar con el abogado y si él está de acuerdo, puedes viajar después a California.

-Ralph, sé que te preocupas por mí y eso me hace sentir mejor, pero no te aflijas, porque todo está bajo control. Lo que estoy haciendo ahora me va a facilitar el trato con el señor MacQuinllin. Confía en mí.

-No puedo. No actúas con cordura.

-Están anunciando mi vuelo. Te llamaré de nuevo en cuanto pueda.

Marissa colgó el aparato con un suspiro. Ralph probablemente no era el hombre más romántico del mundo, pero no se podía negar que era sensible y cariñoso.

Al dijo a Jake que se callara. No podía aguantar más su cháchara incesante sobre fútbol, sobre caballos, sobre cualquier cosa. El parloteo constante era peor que el, eterno silencio de George.

Al y Jake estaban sentados en el taxi mientras George seguía esperando en el vestíbulo del Essex House. Al se daba cuenta de que el asunto no marchaba bien. Había seguido a la limusina hasta un restaurante de Soho, pero la chica que se había subido al vehículo no bajó de él. Regresó entonces al hotel y pidió a Jake que comprobara si la señorita Kendrick seguía registrada en él. Pese a que le informaron que sí, Al subió y al pasar frente a la habitación de Marissa notó que la estaban limpiando. Lo peor fue que lo vieron los hombres de seguridad del hotel, lo acusaron de ser el novio de la mujer y le ordenaron que la dejara en paz. No se necesitaba ser un sabio para darse cuenta de que algo andaba mal. Su intuición profesional le indicaba que la muchacha había huido, y que los tres perdían el tiempo vigilando el Essex House.

-¿Seguro que no quieres apostar nada en la cuarta del hipódromo de Belmont? -preguntó Jake.

Al iba a contestarle cuando de pronto sonó su radioavisador. Buscó dentro de la americana para apagar el aparatito y lanzó una maldición. Sabía quién lo llamaba.

-Aguarda aquí -dijo, hosco. Se bajó del coche, cruzó la calle y entró en el Plaza, donde usó uno de los teléfonos públicos para comunicarse con Heberling.

Este no trató siquiera de disimular su desprecio. -Por Dios, esa mujer no pesa más que cuarenta y cinco kilos. No os estoy pidiendo que seáis Rambo. ¿Para qué diablos el CMAP os paga mil dólares por día?

-Esa mujer tuvo suerte -se justificó Al. Trataría de ser paciente, pero sólo hasta cierto punto. -No me trago esa explicación. ¿Acaso tienes la menor idea de dónde está ahora?

-No estoy seguro. -Eso quiere decir que has perdido el rastro -le espetó Heberling-. Bueno, yo te diré dónde estuvo. Fue a ver al doctor Krause y lo dejó muerto de miedo. Tememos que esté planeando ir a ver a otros miembros del CMAP, sobre todo al doctor Tieman, que es el más vulnerable. De los demás colegas me preocupo yo. Quiero que viajes con tus orangutanes a San Francisco. Veas si ella está allí, y por lo que más quieras, no permitas que se acerque a Tieman.

24 de mayo

Comenzaba a salir el sol cuando Al, junto a Jake y George, descendían por la pasarela en el aeropuerto de San Francisco. Habían tomado un vuelo de American que primero se detuvo una hora y media en Dallas, y luego se demoró en Las Vegas en una escala que debió haber sido muy breve.

Jake llevaba en la cartera la pistola de vacunación que habían utilizado con Melita. Al se preguntó si él tendría tan mal aspecto como sus compañeros. Les hacía falta un baño y afeitarse, y ya tenían los trajes sumamente arrugados.

Cuando Al más meditaba sobre la situación, más frustrado se sentía. La chica podía estar por lo menos en cuatro ciudades distintas. Y además la misión no era nada sencilla, porque si la encontraban, debían conseguir que confesara dónde había escondido la pistola Dermojet.

Dejó que sus compañeros de encargaran de retirar el equipaje y fue a alquilar un coche, para lo cual utilizó una de las varias tarjetas falsas de identidad que siempre llevaba consigo. Llegó a la conclusión de que lo único que podían hacer era vigilar la casa de Tieman. De ese modo, aun si no daban con la chica, iban a estar seguros de que ella no podría ponerse en contacto con el doctor. Pidió que le dieran un coche con teléfono celular y luego desplegó un mapa de la zona. Tieman vivía en un remoto lugar llamado Sausalito. Al menos no habría demasiado tráfico: aún no eran las siete de la mañana.

La telefonista del Fairmont despertó a Marissa a las siete y media tal como ella lo había solicitado. La noche anterior Marissa había tenido suerte, pues un pequeño grupo de pasajeros había cancelado su reserva en el último momento, por lo cual no tuvo ningún problema en conseguir habitación.

Tendida en la cama mientras esperaba que le subieran el desayuno se puso a pensar cómo seria el doctor Tieman. Probablemente no muy distinto de Krause: un hombre egoísta, codicioso, que se descontroló en un intento por proteger sus intereses económicos.

Se levantó, corrió las cortinas y pudo apreciar el paisaje deslumbrante del puente de San Francisco, las colinas de Marín y la isla de Alcatraz como un fuerte medieval que asomaba al fondo. Deseó poder visitarlo en circunstancias más agradables.

Cuando terminó de bañarse y se envolvió en la gruesa toalla blanca del hotel, ya le habían llevado a la habitación una abundante selección de frutas y café.

Mientras pelaba un melocotón advirtió que le habían dado un cuchillo anticuado, muy afilado y con mango de madera. Comió y meditó si no le convendría más ir a ver a Tieman al consultorio en vez de a su casa. Como seguramente alguien le habría avisado de su visita a Krause, no podría contar con el factor sorpresa, razón por la cual le parecía más aconsejable ir a abordarlo al lugar de trabajo.

En un cajón del escritorio encontró las Páginas Amarillas, y allí buscó bajo el encabezamiento Médicos. Junto al nombre de Tieman se consignaba que su especialidad era la ginecología y obstetricia.

Para cerciorarse de que el doctor estuviese en la ciudad, marcó el número de la oficina y le informaron que el consultorio abría a las ocho y media, o sea que sólo faltaban diez minutos.

Terminó de vestirse y volvió a llamar. En esa ocasión la recepcionista le respondió que el doctor llegaría a las tres porque ése era el día en que operaba en el Hospital General de San Francisco.

Colgó. Con la mirada perdida en la bahía, sopesó la nueva información. En cierto sentido, abordar a Tieman en el hospital seria quizá mejor que en el consultorio particular, máxime si al médico se le ocurría detenerla personalmente.

Se miró en el espejo. Salvo la ropa interior, hacía dos días que estaba vestida con la misma ropa. Tendría que pasar por una tienda a comprar alguna prenda nueva.

Colocó el cartelito de «No molestar» al salir de la habitación. Se sentía menos nerviosa que en Nueva York, porque estaba segura de llevarles varios cuerpos de ventaja a sus perseguidores.

El Hospital General de San Francisco era imponente, pero una vez dentro se parecía a cualquier otro hospital importante, con la misma mezcla de estilo antiguo y moderno y ese aire de desorganización característico de dichos institutos. Para Marissa fue fácil entrar inadvertidamente en el vestuario de los médicos.

Cuando estaba eligiendo un traje quirúrgico, se acercó a atenderla una empleada.

-Soy la doctora Blumenthal y he venido a observar una operación del doctor Tieman.

-Ahora le asigno un armario -dijo la joven sin vacilar, y le entregó la llave.

Se cambió, se prendió la llave con un alfiler en la pechera del guardapolvo y se dirigió al salón de cirugía, donde había unas veinte personas que bebían café, conversaban o leían el periódico.

Atravesó el salón y fue derecho al sector de operaciones. En el vestíbulo se colocó gorro y botas, y se paró luego frente al enorme tablero de anuncios.

El nombre de Tieman aparecía anotado en el quirófano once. El doctor ya iba por su segunda histerectomía.

-¿Sí? -dijo la enfermera que custodiaba la entrada a los quirófanos.

Con el tono de voz daba a entender que era ella quien mandaba.

-Vengo a observar al doctor Tieman. -Pase. Sala once -respondió la mujer, quien ya estaba prestando atención a otra cosa.

-Gracias. Marissa caminó por un ancho pasillo. Los quirófanos quedaban a ambos lados, y compartían el sector de desinfección y anestesia. Por los vidrios ovalados de las puertas vislumbraba siluetas con batas, inclinadas sobre los pacientes.

Llegó al sector de desinfección entre las salas once y doce, se puso la mascarilla y entró en el quirófano once.

Había cinco personas además de la paciente. El anestesista sentado junto a la cabeza de la paciente, dos cirujanos de pie a cada lado de la mesa, la instrumentista encaramada en un taburete y también una enfermera, que se encontraba sentada en un rincón esperando órdenes cuando entró Marissa. Al verla, se levantó para ir a preguntarle si se le ofrecía algo.

-¿Cuánto falta para que termine la- intervención? -Tres cuartos de hora -respondió la mujer, encogiéndose de hombros-. El doctor Tieman es rápido.

-¿Cuál es el doctor Tieman? -preguntó Marissa, y se granjeó una mirada de asombro por parte de la enfermera.

-El de la derecha. ¿Quién es usted? -Una colega de Atlanta. Marissa no entró en detalles. Se encaminó a la mesa, y al mirar al obstetra comprendió la mirada de sorpresa que le dirigiera la enfermera: el hombre era negro.

«Qué extraño», pensó. Había imaginado que todos los integrantes del CMAP eran personas de mentalidad conservadora, blancas y muy probablemente con prejuicios raciales.

Durante un rato observó la operación. Ya se había extraído el útero y los cirujanos comenzaban a componerlo. Tieman era excelente. Sus manos accionaban con esa especial economía de movimientos que no se puede enseñar puesto que se trata de un talento, un don de Dios, no de algo que se adquiere ni siquiera con la práctica,

-Pon el coche en marcha -ordenó Al, después de colgar el teléfono celular.

Estaban aparcados frente a una inmensa casa de madera en una loma de las afueras de Sausalito. Entre los eucaliptos podían ver trozos azules de la bahía.

Jake hizo girar la llave de contacto. -¿Adónde vamos? -preguntó. Sabía que Al se hallaba de mal humor, y cuando estaba así había que hablar lo menos posible.

- De vuelta a la ciudad. -¿Qué dijeron en el consultorio de Tieman? -preguntó George desde el asiento de atrás.

Jake quería decir a George que se callara, pero tenía demasiado miedo para abrir la boca.

-Que el doctor estaba operando en el Hospital General de San Francisco -respondió Al, casi con furia-. La primera intervención era a las siete y media, y calculan que no va a regresar al consultorio hasta las tres.

-Con razón lo perdimos -comentó, disgustado, George-. Debe de haber salido de su casa una hora antes de que llegáramos nosotros. Qué manera de perder el tiempo. Deberíamos habernos ido a un hotel como te dije.

Con increíble rapidez Al se volvió y le dio un fuerte tirón de la corbata, por lo que a George se le desorbitaron los ojos y el rostro se le puso colorado.

-Si necesito algún consejo lo pediré. ¿Entendido? Soltó la corbata y le dio a George un empujón para lanzarlo de nuevo sobre el asiento. Jake se encogió como una tortuga dentro de su chaqueta deportiva y se atrevió a lanzar un vistazo en dirección a Al.

-¿Qué miras como un idiota? Jake no le respondió, y después de lo que acababa de suceder, esperaba que George hubiese aprendido la sabiduría del silencio.

Estaban ya casi en el puente y ninguno había abierto aún la boca. -Creo que primero tendríamos que conseguir otro coche -manifestó Al con la mayor serenidad, como si nunca hubiese tenido un arranque de mal genio- por si acaso se nos presenta algún problema que nos obligue a separamos, y después iremos al hospital. Cuanto antes localicemos a Tieman, mejor.

Con mucho tiempo por delante y la certeza de que, por haber visto al doctor Tieman después no tendría problema en reconocerlo, Marissa se marchó del quirófano cuando el ayudante suturaba. Volvió a ponerse la ropa de calle para poder partir inmediatamente después de haber hablado con el médico. Fue a la sala de cirujanos y buscó un sillón cerca de la ventana. Varias personas le sonrieron, pero nadie le dirigió la palabra.

Transcurrió media hora antes de que entrara el doctor Tieman en la habitación con los mismos movimientos pausados y gráciles que caracterizaban su técnica quirúrgica.

Marissa se acercó hasta el lugar donde el facultativo estaba sirviéndose un café. Como tenía puesta una bata de mangas cortas pudo apreciar la atractiva musculatura de sus brazos oscuros, de un tono nogal brillante.

-Soy la doctora Marissa Blumenthal -dijo, esperando alguna reacción de su colega.

Tieman tenía una cara ancha, masculina, bigote abundante y unos ojos tristes, como si hubiese visto de la vida más de lo necesario. Recibió a Marissa sonriendo, con una obvia expresión de no saber en lo más mínimo quién era ella.

-¿Puedo hablarle en privado? Tieman lanzó una mirada a su ayudante, que se acercaba en esos momentos.

-Después te veré en el quirófano -dijo el cirujano, y se alejó con Marissa.

La llevó a uno de los compartimientos de dictado, separado del salón por unas puertas de vaivén. Había una sola silla, que el doctor hizo girar para que se sentara Marissa, mientras él se apoyaba contra el escritorio, con el café en la mano.

Consciente de que su baja estatura la ponía en inferioridad de condiciones, insistió en que se sentara él, ya que había estado de pie, operando, desde muy temprano.

-De acuerdo -aceptó él con una risita-. Me siento. ¿Y bien? ¿En qué puedo servirla?

-Me llama la atención que no reconozca mi nombre -afirmó Marissa mirando fijamente esos ojos que aún la estudiaban con curiosidad y simpatía.

-Lo siento. -Tieman volvió a reír, esta vez con algo de vergüenza-. Es que conozco a tanta gente...

-¿No le advirtió el doctor Jack Krause sobre mi persona?

-Ni siquiera estoy seguro de conocer a un doctor de ese apellido -replicó el hombre, posando la mirada en su café.

«La primera mentira», pensó Marissa. Respiró hondo y le dijo exactamente lo mismo que a Krause. Desde el momento en que mencionó el brote de Ébola de Los Ángeles, el médico no volvió a levantar los ojos. Se notaba que estaba nervioso porque la superficie del café temblaba ligeramente en su mano, por lo cual Marissa se alegró de no ser la próxima paciente suya.

-No sé por qué me dice esto -sostuvo Tieman, haciendo ademán de levantarse-. Lamentablemente tengo que seguir trabajando.

Con una audacia que no era propia de ella, Marissa lo tocó despacito en el pecho para obligarlo a sentarse de nuevo.

-No he terminado aún, y aunque usted no se dé cuenta de ello, está profundamente comprometido. Tengo pruebas para demostrar que el Comité Médico de Acción Política está diseminando el Ébola intencionadamente. Usted es tesorero de esa institución, y me llena de espanto que un hombre de su reputación pueda estar vinculado con tan sórdido asunto.

-Me sorprende -exclamó Tieman poniéndose finalmente de pie- que tenga el atrevimiento de lanzar acusaciones tan irresponsables.

-No gaste saliva porque es de conocimiento público que usted integra el CMAP y además es socio comanditario de uno de los únicos laboratorios del país equipados para tratar el Ébola. -Espero que cuente con una buena cobertura de seguro -le advirtió el doctor alzando la voz-. Ya recibirá noticias de mi abogado.

-Me alegro -repuso Marissa, sin darle importancia a la amenaza-. A lo mejor él logra convencerlo de que lo que más le conviene es colaborar con las autoridades. -Dio un paso atrás y lo miró directamente a la cara-. Después de haberlo conocido no puedo creer que haya aprobado la idea de diseminar una enfermedad mortal. Para usted será doblemente trágico perder todo lo que construyó a causa de un error de criterio de otra persona. Piénselo, doctor Tieman. No le queda demasiado tiempo.

Se retiró pasando por las puertas abatibles, y el doctor se dirigió desesperadamente al teléfono. Marissa se dio cuenta de que no le había advertido sobre su intención de ir a ver a los demás integrantes del CMAP, pero llegó a la conclusión de que no importaba: el hombre había quedado debidamente aterrado.

-¡Allá va la chica! -gritó Al palmeando a Jake en el hombro.

Estaban estacionados sobre la acera opuesta a la entrada del hospital. George esperaba atrás, en el otro coche. Cuando Al se volvió para mirarlo, George le hizo la seña de pulgares hacia arriba para darle a entender que él también había avistado a Marissa.

-Hoy no se nos va a escapar -vaticinó Al. Jake puso el coche en marcha, y cuando Marissa subió a un taxi, comenzó a avanzar de regreso a la ciudad. Al vio que el coche de Marissa arrancaba detrás de ellos, seguido de cerca por George. Ahora sí que las cosas comenzaban a salir como debían.

-Si se va es porque debe de haberse entrevistado con Tieman -opinó Jake.

-¿Y eso a quién le importa? Ya la tenemos -agregó Al-. Todo sería más fácil si ella volviera a su hotel.

El vehículo de Marissa pasó al lado de ellos, seguido por el de George. Jake apretó el acelerador y vio que, un trecho más allá, George se adelantaba a Marissa. Seguirían pasándose unos a otros hasta que Marissa llegara a destino.

Un cuarto de hora más tarde, el taxi se puso en una hilera de coches que aguardaban para aparcar frente al Fairmont.

-Parece que se cumplieron tus deseos -dijo Jake, deteniendo el coche junto a la acera opuesta, enfrente del hotel.

-Yo me ocupo del coche -aseguró Al-. Tú ve dentro a averiguar en qué habitación se aloja.

Jake se bajó y Al se colocó al volante. Jake cruzó la calle esquivando el tránsito y llegó a la puerta del hotel antes incluso de que Marissa se hubiera apeado del taxi. En el vestíbulo tomó un periódico, lo dobló al estilo de un pasajero y se situó de manera que pudiera ver a todos los que entraban al hotel.

Marissa se encaminó directamente al mostrador. Rápidamente él se acercó desde atrás porque supuso que iba a pedir la llave de su habitación, pero en cambio ella anunció que queda utilizar la caja de seguridad.

Mientras la recepcionista levantaba una pequeña barrera para hacerla pasar al otro lado del mostrador, Jake se dirigió hacia el letrero que anunciaba los diversos congresos que se llevaban a cabo. En seguida regresó Marissa cerrando el bolso, y con gran consternación Jake vio que avanzaba hacia él.

En un momento de desesperada confusión, Jake pensó que lo había reconocido, pero Marissa pasó a su lado hacia una galería de tiendas.

Jake comenzó a seguirla y se adelantó a ella en un pasillo donde se exhibían viejas fotos del terremoto de San Francisco. Dando por sentado que se dirigía a los ascensores, llegó allí antes que ella y se mezcló entre el gentío que esperaba.

Cuando llegó un ascensor fue de los primeros en subir, pero antes se cercioró de que quedara mucho espacio libre. Se situó junto a los botones de mando, levantó el periódico simulando que lo leía y se fijó que ella apretaba el once. Al entrar más pasajeros, Marissa tuvo que correrse al fondo. -Mientras el ascensor subía y se detenía ocasionalmente, Jake continuaba tapándose la cara con el periódico. Cuando se detuvieron en el piso once, se bajó primero -absorto aún en la lectura- permitiendo que Marissa y otra persona se le adelantaran. Vio que ella llegaba frente a la puerta 1127, y él siguió de largo. Sólo cuando oyó que la puerta de ella se cerraba dio media vuelta y regresó a llamar otro ascensor.

Salió a la calle y cruzó hasta el coche de Al. -¿Y bien? -preguntó Al, preocupado pensando que algo podía haber salido mal.

-Habitación 1127 -anunció Jake con una sonrisa complacida.

-Más vale que no te hayas equivocado -le atajó Al, bajándose del coche-. Espérame aquí. No creo que vaya a tardar mucho.

Desplegó una sonrisa tan ancha que por primera vez Jake notó que su compañero tenía los dientes descarnados casi hasta las raíces.

Al caminó hasta el coche de George y se agachó para hablar por la ventanilla.

-Da la vuelta y vigila la puerta de atrás por si acaso -ordenó.

Con la sensación de estar mejor de lo que se había sentido en todos esos días, Al cruzó la calle y entró en el distinguido salón decorado en rojo y negro.

Se acercó al mostrador principal y espió el casillero 1127, donde vio un segundo juego de llaves. Lamentablemente no había mucha gente alrededor como para arriesgarse a pedir las llaves y que se las entregaran sin hacerle preguntas. Por eso decidió encaminarse a los ascensores.

Ya en el undécimo piso buscó el carrito de servicio y lo encontró en la puerta de una suite, con su habitual complemento de ropa de cama limpia y elementos de limpieza. Tomó una toalla de mano y la dobló cuidadosamente en diagonal, creando una fuerte cuerda. Sujetó un extremo con cada mano y entró en la suite abierta, donde supuestamente estaba trabajando la mujer.

El vestíbulo estaba vacío. Había una aspiradora en el centro del dormitorio y un montón de sábanas en el suelo, pero tampoco vio a nadie. Entró entonces en el cuarto de vestir y oyó ruido de agua que corría.

La empleada estaba de rodillas en el suelo, frotando el interior de la bañera. A su lado había una botella de líquido desinfectante.

Sin dudarlo un momento, Al se colocó detrás de la mujer, y usando la toalla enroscada, la estranguló. La infortunada lanzó unos ruidos ahogados, que el agua ayudó a disimular. Se le puso la cara colorada y luego violeta. Cuando Al soltó los extremos de la toalla, la mujer se desplomó en el suelo como una muñeca de trapo.

Al le encontró las llaves maestras en el bolsillo. Salió al pasillo, colgó el cartelito de «No molestar en el picaporte y cerró la puerta de la suite. Luego sacó de circulación el carrito. Y ejercitando los dedos como el pianista que está a punto de dar un recital, se encaminó a la habitación 1127.

24 de mayo

Marissa peló la última fruta con el cuchillo de mango de madera, dejándolo luego, junto con las cáscaras, sobre la mesita de noche. Estaba hablando por teléfono con la aerolínea Northwest tratando de reservar un pasaje para Minneapolis. Como seguramente los miembros del CMAP suponían que su próxima escala sería Los Ángeles, resolvió probar suerte en Minneapolis.

El agente por fin le confirmó la reserva en un vuelo de la tarde. Marissa se tendió entonces en la cama para decidir qué iba a hacer durante el tiempo que le quedaba, pero mientras pensaba se dejó ganar por el agotamiento y se durmió.

Librodot

La despertó un chasquido metálico. Le pareció que era la puerta, pero sabía que había colocado el cartelito de «No molestar». Luego vio que el picaporte comenzaba a girar en silencio.

Le volvió a la memoria el episodio del hotel de Chicago, cuando la atacó el hombre con la pistola de vacunación. Sintió un estremecimiento de pánico pero trató de dominarse para llamar por teléfono.

No obstante, antes de que pudiese levantar el auricular, la puerta se abrió de golpe rompiéndose una parte de la madera ya que con la fuerza del empujón, saltaron los tomillos que sujetaban la cadena de seguridad. Un hombre cerró la puerta de un golpe y se abalanzó sobre Marissa. La agarró del cuello con ambas manos y comenzó a sacudirla como un perro enfurecido. Luego acercó el rostro pálido hacia el suyo.

-¿Te acuerdas de mí? -preguntó, indignado. Claro que lo recordaba. Era el rubio con corte de pelo a lo Julio César. -Te doy diez segundos para que me entregues la Dermojet -siseó Al, aflojando levemente la presión mortal que ejercía sobre la garganta de Marissa-. De lo contrario, te quiebro el pescuezo.

Para recalcar su intención le dio un violento golpe en la cabeza que le produjo un intenso dolor.

Casi sin poder respirar, Marissa arañaba infructuosamente las poderosas muñecas masculinas. Él volvió a sacudirla, golpeándole la cabeza contra la pared. Marissa tuvo el reflejo de extender las manos hacia atrás para amortiguar el impacto sobre su cuerpo.

La lámpara se cayó de la mesa y se deshizo. Marissa sentía que le daba vueltas la habitación, mientras su cerebro clamaba por oxígeno.

-Esta es tu última oportunidad -gritó Al-. ¿Qué hiciste con la Dermojet? Marissa tocó el cuchillo de la fruta y asió el minúsculo mango. Sujetándolo firmemente, se lo clavó al hombre en el abdomen con toda su fuerza. No tenía idea de si le había perforado algo, pero Al dejó de hablar en la mitad de una frase, la soltó y retrocedió. En su rostro había una expresión de asombro e incredulidad. Marissa pasó el cuchillo a su mano derecha y siguió apuntando a Al, quien se sintió perplejo al ver que se le manchaba la camisa de sangre.

Ella tenía la intención de alcanzar la puerta y huir, pero él no le dio tiempo. Se precipitó sobre ella, obligándola a refugiarse en el lavabo. Marissa tenía la sensación de que apenas unas horas antes había pasado por la misma circunstancia en Chicago.

Al consiguió introducir la mano antes de que se cerrara la puerta. Marissa lo atacó a ciegas con el cuchillo, y sintió que la punta de la hoja chocaba contra hueso. Al lanzó un alarido y retiró la mano, dejando una huella de sangre en la madera. La puerta se cerró entonces de un golpe, y Marissa rápidamente echó la llave.

Iba a llamar desde el teléfono del lavabo cuando de pronto la puerta entera cayó hacia adentro del empujón que le dio el hombre. Al la obligó a soltar el teléfono, pero con el cuchillo que aún sostenía en la mano ella lo agredió repetidas veces en el vientre, aunque no pudo determinar si producía efecto alguno.

El individuo la agarró del pelo y la golpeó contra el lavabo. Cuando trató de acuchillarlo de nuevo, él la sujetó de la muñeca y la lanzó con tanta fuerza contra la pared, que no tuvo más remedio que aflojar los dedos y dejar caer el arma al suelo.

Al se agachó para recogerla, y en el momento en que se incorporaba, Marissa tomó el teléfono que colgaba de su cable y con el auricular le pegó lo más fuerte que pudo. Hubo un breve instante en que no supo quién de los dos sentiría más dolor: el esfuerzo que había hecho para golpearlo le produjo un tremendo dolor en el hombro.

Durante un momento Al quedó como petrificado. Luego los ojos azules se le pusieron en blanco y comenzó a derrumbarse, en cámara lenta, dentro de la bañera, golpeándose la cabeza contra los grifos.

Marissa lo observaba casi esperando que se recobrara y volviese a la carga, pero el tono del teléfono la hizo volver a la realidad. Estiró un brazo y colgó el auricular. Echó otro vistazo a la bañera, desgarrada entre el miedo y su deber ético como médica. El hombre tenía un corte

de grandes proporciones en el puente de la nariz, y la pechera de la camisa era una sola mancha de sangre. Sin embargo, venció el terror: Marissa tomó el bolso y salió corriendo. Como recordaba que en Nueva York el hombre no había estado solo, pensó que debía irse lo antes posible del hotel.

Fue hasta la planta baja pero no quiso salir por la entrada principal. En cambio siguió las flechas que indicaban una salida por atrás. Permaneció apostada del lado de dentro de la puerta hasta que vio aparecer un tranvía. Luego calculó exactamente el tiempo como para abandonar corriendo el hotel y subir al vehículo. Se abrió paso hasta el fondo y desde allí contempló el hotel a medida que el vehículo se ponía en movimiento. No vio salir a nadie.

George parpadeó porque no podía dar crédito a sus ojos. Era la chica. Rápidamente llamó al coche de Jake.

-La mujer acaba de salir del hotel y subió a un tranvía -dijo.

-¿Al iba con ella? -quiso saber Jake. -No. Iba sola, y me pareció que renqueaba un poco. -Qué extraño. -Tú síguela -dijo George-. El tranvía acaba de arrancar. Yo entro en el hotel a ver qué le pasa a Al.

-De acuerdo -aceptó Jake, feliz de que fuese George quien se ocupase de Al.

Cuando éste se enterara de que la chica había huido se iba a poner más furioso que la mierda.

Marissa se volvió para mirar atrás y constatar si alguien la seguía desde el hotel. No salió nadie por la puerta, pero cuando el tranvía arrancaba, vio que un hombre bajaba de un coche y corría hacia la entrada posterior del edificio. El momento elegido le pareció sugestivo, pero como el hombre ni siquiera miró en dirección a ella, lo descartó como una simple coincidencia. Siguió observando hasta que el tranvía dobló la esquina. Entonces se tranquilizó: había conseguido su objetivo.

Cuando menos lo esperaba, un estridente tantán la sobresaltó. En el momento en que se dirigía a la puerta se dio cuenta de que era sólo la campana que hacía sonar el empleado a medida que iba cobrando los billetes.

Se bajó un hombre y rápidamente Marissa ocupó su asiento. Temblaba, y de pronto sintió miedo de tener manchas de sangre en la ropa. Lo último que deseaba era atraer la atención sobre su persona.

Al tranquilizarse un poco comenzó a tomar conciencia del dolor que sentía en la cadera -probablemente producto del golpe contra el lavabo-, y a pensar que su cuello debía estar poniéndose morado.

-Billete, por favor. Sin levantar la mirada, Marissa buscó moneda suelta en el bolso. Fue entonces cuando reparó en una mancha de sangre que tenía en el dorso de la mano derecha. Rápidamente sostuvo el bolso de otra forma, y pagó al empleado con la mano izquierda.

Cuando el hombre se alejó, trató de pensar cómo habían hecho sus perseguidores para encontrarla, pese a que ella había tenido tanto cuidado... De pronto su rostro se iluminó: la única explicación posible era que hubiesen estado vigilando a Tieman.

Perdió entonces gran parte de la confianza -y puso en tela de juicio la conveniencia de haber huido del hotel. A lo mejor habría sido más atinado quedarse y enfrentarse a la policía, pero últimamente huir era para ella algo instintivo: se sentía como fugitiva y procedía como tal. Y pensar que se había considerado capaz de burlar a sus perseguidores. Ralph tenía razón: nunca debió haber ido a Nueva York, y mucho menos a San Francisco. Él había opinado que los problemas en que se había metido eran graves antes incluso de que decidiera viajar a ambas ciudades. Bueno, las cosas estaban peor... Hasta creía haber dado muerte a dos hombres. Ya era demasiado. No iría a Minneapolis. En cambio, regresaría par-a informar al abogado todo lo que sabía, más todo lo que sospechaba.

El tranvía aminoró la marcha. Marissa miró por la ventanilla y vio que estaban en el barrio chino. El vehículo se detuvo, y justo cuando volvía a ponerse en movimiento, Marissa se levantó para bajarse de un salto. Cuando corría hacia la acera notó que el empleado sacudía la cabeza con gesto de desagrado. Felizmente nadie bajó detrás de ella.

Respiró profundamente y se restregó el cuello. Le alegró comprobar que en ambas aceras había mucho movimiento, vendedores con sus típicos carritos, camiones que hacían entrega de mercaderías, tiendas que exhibían gran parte de sus productos directamente en la calle. Todos los carteles estaban escritos en chino. Tuvo la sensación de que el breve trayecto en tranvía la había transportado a Oriente como por arte de magia. Hasta los olores eran distintos, pues predominaba: la mezcla de pescado y especias.

Al pasar frente a un restaurante chino dudó un instante y luego entró. Una mujer con un vestido rojo de seda, de cuello Mao y corte hasta la rodilla, apareció para anunciarle que el local estaba cerrado aún.

-Dentro de media hora abrimos. -¿Puedo usar el lavabo y el teléfono, por favor? La mujer la estudió un momento con la mirada, le vio un aspecto presentable y la acompañó luego al fondo del salón. Abrió una puerta y se hizo a un lado.

Marissa entró y se encontró en una habitación pequeña donde había un lavabo a un costado y un teléfono público en el otro. En la pared de atrás, una puerta con el letrero «Damas», y otra con «Caballeros».

Lo primero que hizo fue usar el teléfono. Llamó al Fairmont y avisó que en la habitación 1127 había un hombre que necesitaba una ambulancia. Cuando la telefonista le pidió que se mantuviera un instante en línea, cortó. Después trató de decidir si le convenía llamar a la policía y explicárselo todo. «No -se dijo-; va a ser demasiado complicado.» Además ella había huido, razón por la cual lo más acertado sería volver a Atlanta y ver al abogado.

Se lavó las manos y al mirarse en el espejo comprobó, que estaba hecha un desastre. Se desenredó el pelo y se hizo un par de trenzas para que los mechones no le cayeran sobre la cara. Había perdido la pinza del pelo cuando el hombre rubio la tiró de él. Luego se alisó la chaqueta y se arregló el cuello de la camisa. No podía hacer mucho más.

Por enésima vez Jake llamó al coche de George pero normalmente nadie atendió el teléfono, o bien aparecía en la línea una cinta grabada indicándole que el abonado no se hallaba en esos momentos.

No entendía lo que pasaba. Hacía rato que Al y George debían haber regresado ya al coche. Puesto que Jake había seguido a la chica; casi la atropella cuando ella decidió de pronto saltar del tranvía. Luego la vio entrar en un restaurante llamado Peking Cuisine. Bueno, al menos no la había perdido de vista.

Se acurrucó detrás del volante porque justo en ese momento la chica salía del local y detenía un taxi.

Una hora más tarde tuvo que observar, impotente, cómo Marissa entregaba su billete y subía a un vuelo de Delta, sin escalas, a Atlanta. Pensó en comprar él también un billete, pero luego descartó la idea al no contar con el visto bueno de Al. Como ella pasó la última media hora encerrada en el lavabo de mujeres, Jake tuvo tiempo de sobra para intentar hablar por teléfono en la esperanza de que le dieran instrucciones, pero nadie lo atendió.

Apenas el avión comenzó a correr por la pista, Jake volvió de prisa a su coche. Encontró una multa en el parabrisas pero no le importó lo más mínimo. Se alegraba de que por lo menos la grúa no se hubiese llevado el vehículo. Subió y decidió volver al Fairmont para tratar de encontrar a sus compañeros. A lo mejor se había suspendido la operación y sus dos amigos estaban en el bar, riéndose a carcajadas, mientras él corría por toda la ciudad.

Ya en la autopista trató de llamar una vez más al otro teléfono móvil y fue una enorme sorpresa que le atendiera George.

-¿Dónde diablos estabais? ¡Estuve llamándoos toda la mañana!

-Surgió un problema -explicó George, en tono sumiso.

-Bueno, espero que algo haya pasado. La chica está en un avión rumbo a Atlanta. Yo ya estaba volviéndome loco. No sabía qué hacer.

-Al fue acuchillado, supuestamente por la chica. Lo están operando en estos momentos en el Hospital General de San Francisco. No me permiten acercarme a él.

-¡Santo cielo! -exclamó Jake, incrédulo. No podía imaginar que una mujer tan pequeñita fuese capaz de acuchillar a Al, y además lograr escaparse.

-Dicen que la herida no es de consideración -continuó George-. Lo peor de todo es que al parecer Al mató a una empleada del hotel. Como le encontraron las llaves de la mujer en el bolsillo lo han acusado de homicidio.

-Mierda. Las cosas iban de mal en peor. -¿Dónde estás ahora? -En la autopista, saliendo del aeropuerto. -Regresa allí y reserva pasajes a Atlanta para nosotros dos. Creo que Al se merece un poco de venganza.

24 de mayo

-¿Quiere algo para leer? -le preguntó, sonriente, la azafata.

Marissa respondió afirmativamente con la cabeza. Necesitaba cualquier cosa para no recordar la horrible escena del hotel.

- ¿Revista o periódico?

- Periódico. -¿El San Francisco Examiner o el New York Times? No estaba con ánimo para tomar decisiones, y sin embargo respondió:

-El New York Times. El enorme jet niveló su posición y se apagaron los carteles de los cinturones. Marissa contempló por la ventanilla las escarpadas montañas que se extendían hasta el desierto árido. Era un alivio haber subido al avión. En el aeropuerto había sentido tanto miedo de que la atacara algún secuaz del rubio, o bien de que la arrestaran, que se escondió dentro del lavabo de mujeres.

Abrió el periódico y buscó en el índice la página donde se consignaban las noticias sobre los brotes de Filadelfia y Nueva York.

Se informaba que las víctimas ascendían a cincuenta y ocho en Filadelfia y cuarenta y nueve en Nueva York, aunque en esta última ciudad se habían denunciado más casos. Esto no le llamó la atención puesto que el caso original había sido un especialista en garganta, nariz y oídos. También leyó que la Clínica Rosenberg se había declarado en quiebra.

En la misma página se publicaba una foto del doctor Ahmed Fakkry, jefe de epidemiología de la Organización Mundial de la Salud. La nota al pie consignaba que el funcionario se hallaba de visita en el Centro de Atlanta para investigar los brotes de Ébola puesto que la OMS temía que muy pronto el virus cruzara el Atlántico.

«A lo mejor el doctor Fakkry podrá ayudarme», pensó Marissa. Tal vez el abogado de Ralph podría conseguirle una entrevista con él.

Ralph estaba poniéndose al día con la lectura de publicaciones médicas cuando sonó el timbre, a las nueve y media de la noche. Miró su reloj y pensó quién podía presentarse de visita a semejantes horas. Espió por uno de los cristales que había a ambos lados de la puerta y se encontró mirando el rostro de su amiga.

- ¡Marissa! -exclamó, sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos.

En el momento en que abría la puerta, vio que un taxi se alejaba por el sendero de acceso.

Al ver que le tendía los brazos, Marissa corrió a echarse en ellos y prorrumpió en sollozos.

-Creí que estabas en California. ¿Por qué no me avisaste que venías? Te habría ido a buscar al aeropuerto.

Marissa lo abrazaba y lloraba a la vez. Era tan reconfortante sentirse apoyada...

-¿Qué te pasó? -preguntó él, pero sólo obtuvo sollozos por respuesta -Al menos sentémonos –dijo llevándola al sofá. Durante varios minutos la dejó desahogarse palmeándole suavemente la espalda-. Todo está bien -agregó, al no saber qué otra cosa decir. Lanzó una mirada al teléfono, deseando que sonara. Tenía que hacer una llamada, y a ese paso ella no le iba a permitir que se levantara-. ¿No quieres algo de beber? Te sirvo un coñac para que te sientas mejor.

Marissa meneó la cabeza. -¿Vino? Tengo una hermosa botella de Chardonnay abierta en la nevera.

Se le iban acabando las ideas. Marissa lo estrechaba con más fuerza, pero al mismo tiempo sollozaba menos e iba recobrando el ritmo normal de la respiración.

Transcurrieron cinco minutos y Ralph suspiró. -¿Dónde está tu equipaje? Ella no le contestó, pero sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se limpió la cara.

-Tengo pollo frío en la cocina. Por fin Marissa se incorporó. -Tal vez dentro de un rato. Ahora quédate un poco más conmigo. Tuve tanto miedo...

-Entonces, ¿por qué no me llamaste desde el aeropuerto? ¿Y dónde está tu coche? ¿No lo habías dejado allí?

-Es una larga historia. Temía que alguien lo estuviera vigilando. No quiero que nadie se entere de que regresé a Atlanta.

Ralph enarcó las cejas. -¿Eso quiere decir que deseas dormir aquí? -Si no te molesta. Disculpa que me invite sola, pero siempre has sido tan bueno conmigo...

-¿Quieres que te lleve en coche hasta tu casa a buscar algunas cosas?

-No, gracias. No quiero aparecer por allí por la misma razón que me dio miedo ir a buscar mi coche. Si fuera a algún lado esta noche, sería al Centro, para retirar un paquete que supongo que Tad tendrá guardado para mí. Pero honestamente todo puede quedar para mañana, incluso la visita a ese abogado penalista, que espero sea capaz de impedir que vaya a prisión.

- ¡Dios santo! Me imagino que no hablarás en serio. ¿No te parece que ya es hora de que me expliques lo que pasa?

Marissa le tomó la mano. -Te prometo que te lo contaré. Deja que me tranquilice un poco. Tal vez me haga falta tomar un bocado.

-Te sirvo pollo. -Está bien. Yo sé dónde está la cocina. Puedo prepararme unos huevos revueltos.

-Me reúno contigo dentro de un minuto porque tengo que hacer una llamada.

Marissa caminó lentamente hasta la cocina. Paseó la vista a su alrededor y pensó que no valía la pena ponerse a cocinar. No obstante sacó de la nevera los huevos y el pan para las tostadas. Luego recordó que no le había preguntado a Ralph si él también quería comer. Iba a preguntárselo a gritos pero se dio cuenta de que él no le oiría.

Fue hasta el intercomunicador y comenzó a apretar botones con la intención de averiguar cómo funcionaba. «Hola, hola», decía mientras mantenía oprimidas distintas combinaciones. Por casualidad dio con la secuencia acertada, y de pronto oyó la voz de Ralph.

-Ella no está en San Francisco -decía- sino aquí, en mi casa.

Pausa. -Jackson, no sé lo que sucedió. Está histérica. Lo único que me dijo fue que había un paquete para ella en el Centro. Mire, ahora no puedo hablar. Ella me está esperando.

Pausa. -La mantendré aquí; por eso no se preocupe. Pero venga cuanto antes.

Pausa. -No, nadie sabe que está aquí. Estoy seguro de eso. Adiós.

Marissa se aferró al fogón por miedo a desvanecerse. Todo ese tiempo Ralph -la única persona en quien confiaba- había sido uno de «ellos». ¡Y Jackson! Debía de tratarse del mismo Jackson a quien había conocido en aquella cena en casa de Ralph. El director del CMAP, ¡y venía hacia acá!

Como sabía que Ralph se dirigía a la cocina trató de cocinar como si nada pasara, pero cuando intentó romper un huevo, lo deshizo con cáscara y todo dentro de la sartén. Tenía el otro huevo en la mano cuando apareció Ralph con las copas.

-Qué buen olor -dijo él. Dejó la copa de Marissa y le tocó ligeramente la espalda. Marissa dio un brinco-. ¡Eh! ¡Qué tensa estás! ¿Qué puedo hacer para que te tranquilices?

Marissa no le respondió. Pese a que ya no sentía ni el menor asomo de hambre, preparó tostadas con mantequilla y mermelada. Contempló la costosa camisa de seda que tenía puesta Ralph, los gruesos gemelos de oro, los mocasines de Gucci, y de pronto todo lo suyo le

pareció ridículo y artificioso al igual que su casa, con tan ostentoso equipamiento. Todo eso representaba el manifiesto estilo de consumo de un médico acaudalado, que le tenía miedo a la competencia de la nueva medicina, a los tiempos nuevos, al hecho de que su profesión ya no fuera más un mercado dominado por el vendedor.

Obviamente Ralph era miembro del CMAP, y por supuesto apoyaba a Markham. Y era Ralph, y no Tad, quien había estado al tanto en todo momento de dónde se encontraba ella. Cuando servía los huevos pensó que, aun si pudiera escapar, no tenía a quién acudir. Desde luego no podía usar los servicios del abogado recomendado por Ralph. De hecho, y ahora que sabía que Ralph estaba involucrado, comprendía por qué le sonaba tanto el nombre del bufete jurídico que él le propusiera: Cooper, Hodges, McQuinllin y Hanks figuraban como representantes del CMAP.

Se sentía prisionera. Los hombres que la perseguían tenían poderosas conexiones y ella no sabía hasta qué punto habían conseguido infiltrarse en el CCE. Por cierto que la conspiración se extendía hasta el congresista que amenazaba con reducir el presupuesto del Centro.

La cabeza le daba vueltas. Le aterraba pensar que nadie la creyera y sabía positivamente que la única prueba con que contaba -la pistola de vacunación- se hallaba en algún lugar del laboratorio de máximo riesgo al cual, según sabía por su dolorosa experiencia, sus perseguidores tenían acceso. Lo único claro era que debía alejarse de Ralph antes de que llegara Jackson, acompañado tal vez por otros secuaces.

En el momento en que tomaba el tenedor tuvo una visión repentina del hombre rubio, cuando se arrojó con ímpetu sobre la puerta del baño, en San Francisco. Dejó caer el tenedor y una vez más pensó que iba a desmayarse.

Ralph la tomó del codo y la ayudó a llegar a la mesa de la cocina. Le colocó un plato delante y le rogó que comiera.

-Estabas tan bien hace un minuto -dijo-. Vas a sentirte mejor con algo en el estómago.

Tomó el tenedor del suelo, lo arrojó dentro del fregadero y sacó otro limpio del cajón.

Marissa escondió la cara entre las manos. Tenía que dominarse porque estaba desperdiciando lastimosamente un tiempo muy valioso.

- ¿No tienes hambre? -No demasiada. El olor sólo la descomponía. -Te vendría bien tomar un tranquilizante. Tengo alguno arriba. ¿Quieres?

-Bueno. -En seguida vuelvo. Era la oportunidad que había anhelado. En cuanto él salió de la habitación, se levantó, tomó el teléfono pero lamentablemente no oyó el tono. ¡Ralph seguramente lo había desconectado! Imposible llamar a la policía. colgó y buscó precipitadamente las llaves del coche de Ralph en la cocina. Nada. Intentó después en la sala contigua. En el mueble divisorio había un pequeño jarrón de mármol con varias llaves, pero ninguna de coche. Regresó a la cocina y se dirigió al vestíbulo, junto a la puerta del fondo. Allí había un antiguo pupitre de colegio y una cómoda vieja, además de una puerta que daba al lavabo.

Levantó primero la tapa del escritorio y revisó el contenido pero sólo llaves de la casa, de formas extrañas, y nada más. Probó entonces abriendo los diversos cajones de la cómoda, en donde halló gran variedad de guantes, bufandas y elementos para lluvia.

-¿Qué necesitas? -le preguntó súbitamente Ralph apareciendo desde atrás.

Marissa se incorporó con expresión culpable, tratando de pensar en alguna coartada. Ralph esperaba y la miraba expectante. Tenía la mano derecha cerrada. En la izquierda sostenía un vaso de agua. -Creí que podría encontrar algún jersey.

Ralph la estudió intrigado. Si algo se podía decir era que en la casa hacía demasiado calor. Al fin y al cabo estaban a un paso del verano.

-Encenderé la calefacción en la cocina -ofreció, conduciéndola de nuevo a su silla. Luego le tendió la mano derecha-. Toma esto -dijo, y le puso una cápsula roja y blanca en la palma de la mano. _ ¿Es Dalmane? Pensé que ibas a darme un tranquilizante.

-Es para tranquilizarte y para que duermas bien esta noche.

Marissa sacudió la cabeza y le devolvió el medicamento.

-Prefiero un tranquilizante. -¿Un Valium? -De acuerdo. Apenas oyó que subía por la escalera corrió al vestíbulo de entrada. No había llaves sobre la elegante mesita de mármol ni en su único cajón. Abrió entonces el armario y fue tanteando los bolsillos de los abrigos. Nada.

Llegó de vuelta a la cocina justo en el instante en que Ralph regresaba del piso de arriba.

-Aquí tienes -dijo él, y le entregó una tableta azul. -¿De cuántos miligramos es? --- De diez. -¿No te parece -mucho? -Estás tan alterada que no va a afectarle como lo haría normalmente.

Ralph le dio un vaso de agua. Ella fingió ingerir el Valium, pero en cambio se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

-Y ahora tienes que intentar comer. Marissa hizo el esfuerzo de probar unos bocados mientras procuraba idear la forma de escapar antes de que llegara Jackson. La comida le pareció espantosa, y muy pronto dejó el tenedor.

-¿Sigues sin hambre? Respondió con un gesto negativo. -Bueno, vamos a la sala. Felizmente podían alejarse de los olores a comida, pero no bien se sentaron Ralph insistió para que tomara alguna bebida.

-Creo que no me conviene después del Valium. -Un poquito no te hará nada. -¿Seguro que no estás intentando emborracharme? -Soltó una risita-. Tal vez debería servir yo las copas.

-Por mí no hay problema -respondió él, apoyando los pies sobre la mesita-. Yo quiero whisky.

Marissa fue hasta el bar y le sirvió un generoso vaso de whisky. Después se cercioró de que él no estuviese mirando, sacó la tableta de Valium, la partió en dos y arrojó ambas mitades en el alcohol, pero lamentablemente no se disolvieron. Extrajo los pedazos, los pulverizó aplastándolos con la botella y volcó luego el polvillo en la bebida.

-¿Necesitas ayuda? -gritó Ralph. -No -respondió ella, sirviéndose una medida ínfima de coñac en su copa-. Ahora vengo.

Ralph recibió el vaso y se arrellanó en el sofá. Marissa se sentó a su lado, mientras se devanaba los sesos por encontrar la forma de averiguar dónde habría puesto las llaves. Pensó qué diría él si se las pidiera abiertamente, pero después se dijo que era demasiado arriesgado, porque si se daba cuenta de que lo había descubierto, tal vez tratada de imponerse por la fuerza. De la otra forma aún le quedaba una posibilidad de escapar, siempre y cuando encontrara las llaves.

De pronto tuvo el horrible pensamiento de que pudiese tenerlas en el bolsillo del pantalón. Por desagradable que le resultara se acurrucó contra él, le apoyó provocativamente una mano sobre la cadera y pudo palpar el llavero a través de la tela liviana. ¿Cómo demonios iba a hacer para sacárselo?

Apretó los dientes e inclinó la cara para alentarlo a que la besara. Cuando Ralph le rodeó la cintura, aprovechó para introducir los dedos en su bolsillo. Conteniendo la respiración, rozó el borde de la argolla y tiró hacia fuera. Al oír que las llaves producían algo de ruido comenzó a besarlo apasionadamente. Cuando pudo comprobar la excitación masculina, decidió correr el riesgo. Dios mío, Dios mío, ayúdame por favor, imploró, al tiempo que sacaba el llavero y se lo guardaba en su propio bolsillo.

Era obvio que Ralph se había olvidado de que Jackson estaba a punto de llegar, o bien suponía que la relación sexual era el mejor método para tenerla quieta. De todas formas era hora de detenerlo.

-Querido, me da mucha pena decírtelo, pero el sedante está empezando a hacerte efecto. Creo que voy a tener que irme a dormir.

-Descansa aquí mismo, en mis brazos. -Me encantaría, pero después tendrías que llevarme en brazos.

Se incorporó y él la acompañó, solicito, hasta el cuarto de huéspedes del piso de arriba.

-¿No quieres que me quede contigo? -Perdóname, Ralph, pero me estoy cayendo de sueño. -Procuró dibujar una sonrisa-. Podemos seguir después, cuando se me pase el efecto del Valium.

Como para dar por terminada la conversación, se tendió, vestida, en la cama.

-¿Quieres que te preste un pijama? -No, no. No puedo mantener los ojos abiertos. -Bueno, llámame si necesitas algo. Voy a estar abajo. Apenas Ralph cerró la puerta, se levantó de puntillas y lo oyó bajar por la escalera. Luego fue hasta la ventana y la abrió. El balcón era tal cual lo recordaba. Con la mayor celeridad posible salió a la tibia noche primaveral bajo un cielo poblado de estrellas. Los árboles eran apenas siluetas oscuras. No corría viento. A lo lejos ladró un perro. Luego Marissa oyó un coche.

Rápidamente analizó su posición. Estaba a unos cinco metros de altura con respecto al camino de asfalto. No había posibilidad de saltar puesto que el balcón estaba rodeado por una balaustrada baja, que lo separaba del techo inclinado del porche. Hacia la izquierda, el techo del porche llegaba hasta la torre, y por el lado derecho daba la vuelta hacia un costado de la casa.

Pasó por encima de la balaustrada y se dirigió hacia el ángulo del edificio. El techo del porche terminaba a unos seis metros de distancia. La escalera de incendios bajaba desde el segundo piso, pero estaba fuera de su alcance. Giró sobre sus talones para regresar al balcón, pero entonces vio que entraba al camino de acceso el coche que había oído momentos antes.

Se tendió sobre el techo de dos vertientes. Sabía que estaba a la vista de cualquiera que llegase por el frente, si por casualidad miraba hacia arriba. Las luces del coche iluminaban hacia la casa hasta que por fin el vehículo se detuvo. Oyó puertas que se abrían y varias voces, pero no en tonos excitados; al parecer nadie la había visto tendida en el techo. Ralph salió a recibirlos; hubo más conversaciones y después las voces se perdieron dentro de la casa.

Marissa volvió a saltar la balaustrada para subir de nuevo al balcón. Entró en el cuarto de huéspedes y abrió la puerta. Al salir al pasillo oyó la voz de Ralph, aunque no pudo entender lo que decía. Lo más silenciosamente posible se encaminó hacia la escalera del fondo.

La luz del vestíbulo no llegaba más allá de la segunda curva del pasillo, razón por la cual tuvo que avanzar tanteando las paredes. Pasó por varios dormitorios a oscuras hasta que por fin divisó la luz de la cocina encendida, en la planta baja.

Antes de bajar titubeó unos instantes. Los ruidos de la casa la confundían. Seguía oyendo voces y también pasos, pero lo terrible era que no podía precisar de dónde venían. En ese momento vislumbró una mano que sujetaba el poste de abajo de la barandilla de la escalera.

En cuestión de instantes Marissa volvió a subir hasta el segundo piso. Uno de los peldaños crujió bajo su pie obligándola a detenerse, con el corazón en la boca, mientras escuchaba el inexorable ascenso del hombre. Al ver que el individuo llegaba arriba y se dirigía hacia el frente de la casa, sólo entonces Marissa se atrevió a respirar.

Subió el otro tramo de escalera y cada ruido la hacía dar respingos. En lo más alto, la puerta del departamento de servicio estaba cerrada, pero no con llave.

Lo más calladamente que pudo cruzó la sala a oscuras y luego -el dormitorio, que supuestamente daba a la escalera de incendios.

Después de forcejear para levantar la hoja movible de la ventana saltó a la endeble estructura metálica. Tuvo que hacer acopio de todo su valor porque nunca le gustaron las alturas. Cuando llegó al primer piso oyó voces nerviosas en el interior de la casa, y ruido de puertas que se abrían y se cerraban a golpes. También comenzaron a encenderse luces en las habitaciones oscuras. Obviamente, se habían percatado de su fuga.

Procuró apresurarse después de pasar el descanso del primer piso, pero no pudo continuar porque algo metálico le impedía el paso. Fue tanteándolo hasta que se dio cuenta de que el último tramo de escalera estaba alzado para impedir que pudieran subir ladrones a la casa. Desesperada trató de descubrir cómo se hacía para bajarlo ya que no parecía haber

ningún mecanismo de desenganche. Fue entonces cuando reparó en un enorme contrapeso que tenía a sus espaldas.

Con cautela apoyó el pie en el primer peldaño y se produjo un chillido metálico. Como no le quedaba otra alternativa, apoyó todo su peso en el escalón. Se produjo un estruendo, la escalera descendió y Marissa pudo bajarla presurosa.

Apenas sus pies rozaron el césped, corrió agitando desesperadamente los brazos. Imposible suponer que, desde dentro de la casa, los hombres no la hubiesen oído escapar por la escalera de incendios, o sea que faltaba poco para que salieran a buscarla.

Se dirigió a la puerta del lado del garaje rogando mentalmente que no estuviera cerrada con llave. Felizmente no lo estaba. En el momento en que entraba, oyó que se abría la puerta del fondo de la casa. Cerró fuertemente la puerta del garaje, y cuando pretendía adentrarse en el interior en penumbras, chocó contra el Mercedes 300 SDI, de Ralph. Fue rozándolo con la mano hasta que logró abrirlo y sentarse al volante. Forcejeó con la llave y por fin logró ponerlo en marcha. Se encendieron entonces varias luces indicadoras, pero el motor no se puso en marcha. Después recordó que Ralph le había explicado una vez que era necesario esperar hasta que se apagara la luz naranja puesto que se trataba de un motor diesel. Volvió atrás la llave y la adelantó luego apenas unos milímetros. Cuando se encendió la luz naranja, esperó. Al oír que levantaban el portón del garaje, apretó desesperadamente el botón que trababa las cuatro puertas del coche. -Date prisa -murmuró con los dientes apretados.

Cuando la luz naranja se apagó, hizo girar la llave y el coche arrancó al apretar ella el acelerador. Alguien le dio fuertes golpes en la ventana. Marissa puso marcha atrás y oprimió el pedal a fondo. El enorme auto dio un salto atrás con una fuerza tan descomunal que la arrojó contra el volante. El vehículo salió precipitadamente del garaje, obligando a dos hombres a saltar a un costado para que no los atropellara.

El coche recorrió alocadamente el camino de entrada. Al llegar delante de la casa Marissa pisó el freno, pero fue demasiado tarde: la parte trasera del Mercedes ya se había incrustado contra el coche de Jackson. Marissa puso la primera velocidad y pensó que ya estaba libre, hasta que uno de los hombres, aprovechando la momentánea detención, se lanzó sobre el capó. Marissa aceleró. Las ruedas giraron, pero el auto no se movió porque se había quedado trabado con el otro. Puso entonces marcha atrás, luego adelante y fue maniobrando como se suele hacer cuando un coche se atasca en la nieve. Se produjo un ruido sordo y al instante logré avanzar velozmente por el sendero, lanzando a un lado a su atacante.

-Imposible -vaticinó Jake, saliendo de debajo del coche de Jackson-. Le destrozó el radiador. Aun si pudiera ponerlo en marcha no podría andar porque no tiene refrigerante.

-Maldita sea -murmuró Jackson, bajándose-. Esa mujer parece hechizada. -Miró furioso a Heberling-. Esto probablemente no habría ocurrido si yo hubiera venido directamente aquí, en vez de esperar que llegaran ustedes, idiotas, del aeropuerto.

- ¿Ah sí? -le contestó Heberling-. ¿Y qué habría hecho? ¿Hablar con ella para convencerla? Necesitaba a Jake y George. -Pueden utilizar mi 450 SL -ofreció Ralph-, pero sólo tiene dos asientos.

-Ella nos lleva demasiada ventaja -opinó George-. Jamás la alcanzaríamos.

-No sé cómo lo hizo para escaparse -se lamentó Ralph-. Yo acababa de dejarla para que se durmiera. Por Dios, si hasta le había dado un Valium 10.

Advirtió que él mismo se sentía algo mareado. -¿No tiene idea de dónde puede haber ido? -preguntó Jackson.

-No creo que vaya a la policía -sostuvo Ralph-. Está aterrorizada, especialmente ahora. A lo mejor intenta ir al Centro. Algo dijo sobre un paquete que tenía allí.

Jackson y Heberling intercambiaron una mirada. A ambos se les ocurrió lo mismo: la pistola Dermojet.

-Que vayan allá Jake y George -ordenó Heberling-. Seguro que a su casa no va a ir, y después de lo que le hizo a Al, los muchachos están más que ansiosos por tomarse la revancha.

Quince minutos más tarde Marissa, relativamente serena, empezó a preocuparse al no saber dónde se hallaba. Había dado tantas vueltas para despistar, por si la seguían, que perdió el sentido de la orientación. Bien podía haber estado avanzando en círculo.

Vio las luces de una gasolinera y hacia allí se dirigió. Al llegar bajó el cristal de la ventanilla.

-¿Podría decirme dónde estoy? -le preguntó al empleado, un muchacho joven, con gorro de jugador de béisbol.

-Esto es una estación Shell -respondió él, espiando los daños que tenía el Mercedes-. ¿Sabe que se le rompieron las dos luces traseras?

-No me sorprende. ¿Puede indicarme cómo llegar hasta la Universidad Emory?

-Ni que hubiera participado en una carrera de rompecoches -comentó el muchacho, sacudiendo espantado la cabeza.

Marissa repitió la pregunta hasta que por fin el joven le dio algunas indicaciones no muy precisas.

Diez minutos más tarde pasó frente al Centro. El edificio parecía desierto, pero ella todavía no estaba segura de lo que le convenía hacer ni en quién podía confiar. Habría preferido acudir a un buen abogado, pero no sabía dónde conseguir uno. Desde luego, el señor McQuinllin estaba descartado.

La única persona a quien deseaba recurrir era el doctor Fakkry, de la Organización Mundial de la Salud, quien obviamente estaba por encima de la conspiración y se alojaba en el Peachtree Plaza. Pero, ¿acaso le creería o se limitaría a llamar a Dubchek o a cualquiera del Centro para entregarla de nuevo a sus perseguidores?

El miedo la impulsó a tomar la única decisión que le parecía lógica: debía recuperar la pistola Dermojet, la única prueba irrefutable con que contaba. Sin esa prueba nadie la tomaría en cuenta. Todavía conservaba la tarjeta de acceso de Tad, y si Tad no tenía nada que ver con el CMAP, podía ser que la tarjeta aún sirviera. Por supuesto, cabía la posibilidad de que el guardia no le permitiera entrar en el edificio.

Con un rasgo de audacia entró por el sendero de acceso y aparcó pocos metros después de la entrada del Centro. Quería dejar el coche cerca por si acaso alguien intentaba detenerla.

Vio que el guardia estaba sentado a su escritorio leyendo una novela en edición de bolsillo. Cuando el hombre la oyó entrar, levantó los ojos y la miró sin demasiado interés.

Marissa se mordió el labio inferior y caminó con paso decidido, tratando de disimular su miedo. Tomó el bolígrafo y anotó su nombre en el libro de entradas. Esperó algún comentario por parte del empleado, pero éste se limitó a observarla, impasible.

-¿Qué está leyendo? -preguntó ella, presa de los nervios.

-Camus. No tuvo ganas de continuar la conversación preguntándole si se trataba de La peste. Se dirigió hacia los ascensores sintiendo que los ojos del hombre la seguían. Apretó el botón correspondiente a su piso, se volvió para mirar al guardia y comprobó que éste aún la observaba.

Cuando se cerraron las puertas, el hombre tomó el teléfono y marcó un número. Cuando le atendieron, dijo:

-Acaba de entrar la doctora Blumenthal y está subiendo en el ascensor.

-Excelente, Jerome -respondió Dubchek con voz ronca, como si se sintiera cansado o descompuesto-. Ya vamos para allá. No deje entrar a nadie.

-Lo que usted diga, doctor. Marissa se bajó del ascensor y durante unos instantes miró los indicadores de los pisos para cerciorarse de que ninguno de los dos ascensores se moviera. Reinaba el silencio en el edificio. Convencida de que no la seguían, fue hasta la escalera, bajó corriendo un tramo y salió a la pasarela exterior. Ya dentro del edificio de virología recorrió de prisa el vestíbulo y llegó hasta la puerta de acero. Contuvo el aliento cuando introdujo la tarjeta de acceso de Tad y marcó su número en código.

Hubo una pausa. Durante un instante temió que fuera a sonar la alarma, pero lo único que oyó fue el cerrojo que se destrababa. La pesada puerta se abrió, permitiéndole entrar.

Después de conectar los disyuntores, hizo girar la rueda de la puerta hermética, fue a la primera habitación y de allí pasó directamente a la segunda. Mientras forcejeaba para colocarse el traje de plástico se preguntó dónde habría escondido Tad la pistola Dermojet contaminada.

Dubchek condujo como un loco, frenando en las curvas sólo cuando era estrictamente imprescindible, cruzando semáforos en rojo. Iban dos hombres con él. En el asiento de delante, John, acurrucado contra la puerta. Detrás, Mark no podía evitar bambolearse de un lado a otro. Los tres tenían una expresión muy seria: temían que fuese demasiado tarde.

-Ya hemos llegado -exclamó George, señalando el cartel en el que podía leerse: «Centro para el Control de Enfermedades»-. ¡Y ahí está el coche de Ralph! -añadió al ver el Mercedes-. Puede ser que al fin tengamos suerte.

Entró en el aparcamiento de un restaurante que había al otro lado de la carretera. Sacó entonces su S & W 356 Magnum y controló que estuviese cargada. Después abrió la puerta y bajó del coche sosteniendo el arma contra la cadera. La luz hacía brillar el cañón de acero inoxidable.

-¿Seguro que quieres usar ese cañón? -le preguntó Jake-. Hace más ruido que la mierda.

-Ojalá hubiera tenido esta arma conmigo cuando ella te llevaba sobre el capó de su coche -le espetó George-. ¡Vamos!

Jake se encogió de hombros y bajó del coche. Se dio una palmadita detrás de la cintura y sintió bajo sus dedos su Beretta automática. Para él, era un arma mucho mejor.

Con el tubo de aire en la mano, Marissa pasó la última puerta para entrar en el sector de máximo riesgo. Conectó el tubo en la llave múltiple central y miró a su alrededor. Ya habían ordenado y arreglado el desorden que ella ayudara a crear aquella fatídica noche, pero el episodio le volvió a la memoria con horripilante claridad. Temblaba de miedo, y lo único que deseaba era recuperar su paquete y salir de allí. Pero no era tan fácil. Como en cualquier laboratorio, había infinidad de lugares donde se podía ocultar un envoltorio de ese tamaño.

Comenzó a buscar por la derecha, de delante hacia detrás, sacando cajones, abriendo puertas de muebles. Cuando iba por la mitad de la habitación se detuvo. Tenía que haber algún sistema mejor. En el sector central buscó la campana filtrante que Tad consideraba propia. En los armarios de abajo vio frascos de reactivos, toallas de papel, bolsas plásticas para residuos, cajas de tubos nuevos de cristal y demás instrumental, pero ningún paquete parecido al de ella. Iba a seguir adelante cuando miró a través de la campana de cristal, y detrás de unos objetos de Tad vislumbró algo envuelto en una bolsa de plástico.

Conectó el ventilador de la campana y retiró el cristal del frente. Con mucho cuidado para no desordenar las cosas de su amigo, sacó la bolsa verde, que dentro tenía el paquete que ella había enviado. Para estar más segura comprobó la etiqueta del destinatario y se aseguró de que venía dirigida, a Tad, con letra de ella.

Colocó entonces el paquete dentro de otra bolsa plástica y la cerró. Después dejó la bolsa usada dentro de la campana y volvió a poner el cristal del frente. Ya junto a la llave central, desconectó su tubo de aire y se dirigió hacia la puerta. Era hora de presentarse ante el doctor Fakkry o cualquier otra autoridad que le inspirase confianza.

De pie debajo de la lluvia de desinfectante fenólico, Marissa procuró tener paciencia. Sabía que había un dispositivo automático, razón por la cual debía esperar que terminara el proceso antes de poder abrir la puerta. Una vez en la otra habitación, se quitó no sin esfuerzo el equipo plástico, dando fuertes tirones cada vez que se le atascaba el cierre. Cuando por fin se lo sacó, notó que la ropa de calle le había quedado empapada de sudor.

Dubchek frenó con ímpetu produciendo un chirrido frente a la entrada del Centro, y los tres hombres bajaron del coche. Jerome ya estaba abriéndoles las puertas de vidrio.

Dubchek no perdió tiempo en preguntarle nada pues sabía con certeza que, si Marissa se hubiera ido, el hombre se lo diría. Corrió hacia el ascensor seguido de cerca por sus compañeros, y apretó el botón del piso del laboratorio de máximo riesgo.

Marissa empezaba a cruzar la pasarela cuando se abrió la puerta del edificio principal e irrumpieron tres hombres. Entonces giró sobre sus talones y corrió de regreso hacia virología.
-Deténgase, Marissa -gritó alguien.

Le pareció que era la voz de Dubchek. Dios santo, ¿acaso también él la perseguía?

Entró, atrancó la puerta y buscó un sitio donde esconderse. A la derecha tenía un ascensor, y a la izquierda una escalera. No había tiempo para ponerse a cavilar.

Cuando Dubchek logró forzar la puerta, lo único que vio fue la flecha del ascensor que indicaba hacia abajo. Marissa ya estaba en el vestíbulo cuando los tres hombres se lanzaron a bajar por la escalera.

Al oír que se aproximaban, Marissa supo que no se podía permitir el lujo de caminar despacio para que el guardia de seguridad no sospechara nada. El hombre levantó la cabeza de su libro justo en el momento en que ella pasaba presurosa. Se puso de pie, pero ella ya se había ido cuando él llegó a la conclusión de que Dubchek habría querido que la detuviese por la fuerza.

Una vez fuera, Marissa buscó las llaves del coche de Ralph para lo cual tuvo que pasar el paquete a la mano izquierda. Oyó gritos y vio que se abrían bruscamente las puertas del Centro. Consiguió abrir el coche, y cuando se sentaba ya al volante, tardó unos segundos en darse cuenta de que el asiento del acompañante estaba ocupado. También había alguien atrás, pero lo peor de todo fue ver la enorme pistola que la apuntaba.

Intentó volver a salir, pero tuvo la sensación de estar inmersa en un líquido espeso, viscoso. El cuerpo no le respondía. Vio que el arma se le acercaba y no pudo reaccionar. En la semipenumbra pudo vislumbrar una carta y oyó que alguien le decía «adiós». Pero el revólver se disparó con un pavoroso estruendo, y el tiempo se detuvo.

Cuando recobró el conocimiento estaba acostada sobre algo blando. Alguien pronunciaba su nombre. Lentamente abrió los ojos y comprobó que la habían llevado al interior del Centro, y estaba tendida sobre un sofá del vestíbulo.

Fogonazos rojos y azules bañaban la habitación, dándole un aire de discoteca chillona, juvenil. Parecía que entraba y salía tanta gente... Todo era confuso. Cerró los ojos y pensó qué les habría sucedido a los hombres de las pistolas.

-Marissa, ¿te encuentras bien? Levantó los párpados y vio a Dubchek inclinado sobre ella, sus ojos oscuros casi negros del miedo.

-Marissa -repitió él-, ¿te encuentras bien? Me tuviste muy preocupado. Cuando por fin lograste que comprendiéramos lo que estaba pasando, temimos que ellos intentaran matarte. Pero nunca te quedabas quieta, no nos dabas tiempo para ir a buscarte.

Era demasiado intenso el shock como para que ella hablara.

-Dime algo, por favor. ¿Te hicieron daño? -Pensé que tú eras uno de ellos, que participabas de la conspiración -fue lo único que logró articular.

-Lo temía -reconoció Dubchek-. Y bien que me lo merecía. Tanto me preocupaba por proteger el Centro, que no tuve en cuenta tus teorías. Pero créeme que no tengo la menor participación en todo el asunto.

Marissa le tomó una mano. -Yo tampoco te di muchas oportunidades para que me lo explicaras. Estaba muy ocupada transgrediendo todas las normas.

El asistente de una ambulancia se les acercó. -¿La señorita desea que la llevemos al hospital? -preguntó.

-¿Quieres ir, Marissa? -dijo Dubchek. -Bueno, aunque creo que no tengo nada.

Cuando otro ayudante se aproximaba para transportarla a la camilla, ella comentó:

Cuando otro ayudante se aproximaba para transportarla a la camilla, ella comentó:

-Al oír el primer disparo pensé que me había muerto de un balazo.

-No. Uno de los agentes del FBI que yo había llamado, le disparó al hombre que quiso asesinarte.

Un estremecimiento la recorrió. Dubchek caminó junto a la camilla cuando la llevaban a la ambulancia. Marissa estiró un brazo y le tomó la mano.

EPÍLOGO

Estaba desembalando las maletas al regresar de dos semanas de vacaciones que había tomado por petición expresa del doctor Carbonara, cuando sonó el timbre de la calle. Acababa de llegar de Virginia, donde su familia había hecho todo lo posible por mimarla, hasta el punto de regalarle otra perrita a la que en el acto denominó Taffy Dos.

Mientras bajaba la escalera se preguntaba quién podría ser, ya que no había avisado a nadie la fecha exacta de su retorno. Al abrir la puerta le sorprendió encontrarse con Cyrill Dubchek y un desconocido. -Espero que no te moleste que hayamos aparecido sin avisar, pero el doctor Carbonara me dijo que podías estar de vuelta, y el doctor Fakkry, de la Organización Mundial de la Salud, deseaba conocerle. Hoy es el último día que está con nosotros; esta noche regresa a Ginebra.

El desconocido dio un paso adelante e inclinó la cabeza. Luego miró fijamente a Marissa con sus ojos muy oscuros.

-Es un gran honor para mí -expresó Fakkry con marcado acento británico-. Quería agradecerle personalmente su brillante trabajo de detective.

-Y sin la menor ayuda nuestra -reconoció Dubchek.

-Me siento halagada -confesó ella, sin saber qué más decir.

Dubchek carraspeó. Esos nuevos rasgos de timidez de Cyrill le resultaban muy simpáticos. Cuando no hacía lo posible por enfurecerla, ella reconocía que resultaba muy guapo.

-Pensamos que te gustaría saber lo que pasó en estos días. A la prensa se le informó lo menos posible, pero hasta la policía considera que tú tienes derecho a saber toda la verdad.

-Me encantaría que me lo contaran. Pero pasen, por favor, y siéntense. ¿Les sirvo algo de beber?

Una vez que estuvieron acomodados, tomó la palabra el doctor Fakkry.

-Gracias a usted se ha podido detener a casi todas las personas relacionadas con la conspiración del Ébola. El hombre al que acuchilló en San Francisco acusó al doctor Heberling apenas se repuso un poco.

-La policía opina que el tipo quiso que lo mandaran a la cárcel para evitar que pudieras atacarlo de nuevo -bromeó Dubchek.

Marissa se estremeció al recordar el terrible episodio, cuando apuñaló al individuo en el lavabo del hotel. Por un instante el recuerdo de los ojos de su agresor la conmocionó. Luego recuperó el dominio de sí misma y preguntó qué suerte había corrido Heberling.

-Se le procesará por numerosos homicidios premeditados -respondió Dubchek-. El juez le negó la libertad bajo fianza aduciendo que es tan peligroso para la sociedad como los criminales nazis.

-¿Y el hombre al que ataqué con la Dermojet? Tuvo miedo de formular la pregunta porque no quería ser responsable de dar muerte a alguien ni de provocar un brote de Ébola. -Se va a salvar, para que se le pueda juzgar. Se inoculó a tiempo el suero de convalecientes, y éste resultó efectivo.

-¿Y los del Comité Médico de Acción Política? -Varios ofrecieron presentarse a declarar, con lo cual la investigación se está volviendo inusitadamente fácil. Casi nos hemos convencido de que la mayoría consideraba que estaba apoyando una simple campaña de presión. -¿Y Tieman? Él sí que no parecía ser deshonesto como para involucrarse en un asunto tan sucio. 0 al menos daba la impresión de que le pesaba la conciencia.

-Su abogado está gestionando una condena más benigna a cambio de su colaboración. En cuanto al CMAP, el grupo está en quiebra ya que casi todos los familiares de las-victimas les iniciaron juicio, y también demandan a los médicos en forma individual. A la mayoría de los miembros se los procesa por criminales, de modo que pasarán un buen tiempo entre rejas, particularmente Jackson.

-A él y al doctor Heberling -intervino Fakkry- el pueblo los lincharía si pudiera ponerles las manos encima.

-Supongo que también condenarán a Ralph -conjeturó Marissa.

Todavía le costaba aceptar que el hombre al que consideraba su protector hubiese intentado matarla.

-Él fue uno de los primeros en cooperar con el fiscal. Va a conseguir reducción de condena, pero de todos modos no creo que lo suelten durante largo tiempo, Aparte de su vinculación con el CMAP, se lo relaciona directamente con los ataques sobre tu persona.

-Lo sé. -Suspiró Marissa-. O sea que todo terminó.

-Gracias a tu persistencia -aclaró Dubchek-. Y el brote de Nueva York está totalmente dominado.

-.Qué tranquilidad. -¿Y bien? ¿Cuándo regresas al Centro? Ya se te ha concedido la autorización para utilizar el laboratorio de máximo riesgo. -Esa vez Dubchek exhibió una franca sonrisa-. Nadie quería que tuvieras que volver a entrar subrepticiamente de noche.

Marissa se ruborizó sin desearlo. -Todavía no lo decidí. En realidad estaba pensando en volver a la pediatría.

-¿Y regresar a Boston? -preguntó Dubchek, con rostro compungido.

-Sería una pérdida lamentable -opinó el doctor Fakkry-. Usted se ha convertido ya en una heroína internacional en el campo epidemiológico.

-Tendré que pensarlo más. Pero aun si vuelvo a la pediatría, me quedaría en Atlanta. -Acarició a su nueva perrita. Se produjo un silencio, tras el cual agregó-: Pero quisiera hacer una petición.

-Si en algo podemos ayudarla... -ofreció el doctor Fakkry.

Marissa meneó la cabeza. -Esta vez sólo puede ayudarme Cyrill. Ya sea que vuelva o no a la pediatría, me encantaría que él me invitara otra vez a cenar.

Consiguió tomarlo desprevenido. Riéndose por la expresión de asombro que puso Fakkry, Dubchek se inclinó, le pasó un brazo alrededor de los hombros y la atrajo hacia sí.

FIN